



Alberto Adriani

LABOR VENEZOLANISTA

Venezuela, la crisis y los cambios

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

Alberto Adriani Economista, diplomático, escritor y político nacido en Zea, Mérida, en 1898. Se formó en Venezuela, Estados Unidos y Europa. Fue secretario de la delegación de Venezuela en la Sociedad de las Naciones. Su estadía definitiva en Venezuela estará marcada por dos momentos: la intensa actividad intelectual y el ejercicio profesional que desplegará a partir de 1930. Fue ministro de Agricultura y Cría; fundó la revista *El Agricultor Venezolano*; cofundador del movimiento ORVE; ministro de Hacienda Pública Nacional; colaborador de la revista *Cultura Venezolana* y del *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*. Murió en Caracas en 1936. *Labor venezolanista*, libro póstumo publicado por primera vez en 1937, recoge sus artículos y ensayos.

« Alberto Adriani, s/f.

Archivo Fundación Alberto Adriani



106

Labor venezolanista
VENEZUELA, LA CRISIS Y LOS CAMBIOS

ALBERTO ADRIANI

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájnez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

Labor venezolanista

VENEZUELA, LA CRISIS Y LOS CAMBIOS

ALBERTO ADRIANI



Índice

- 13 Prólogo por Asdrúbal Baptista
- 21 Introducción de la Primera Edición (1937) por Arturo Uslar Pietri
- 33 **CAPÍTULO PRIMERO**
VISIÓN EUROPEA
- 35 La nueva Alemania y Walter Rathenau
- 47 Los Estados Unidos de Europa
- 53 **CAPÍTULO SEGUNDO**
TEMAS SOBRE ECONOMÍA GENERAL
- 55 La primera etapa de una política económica
- 61 Un sistema nacional de comunicaciones
- 81 La carretera y el ferrocarril en Venezuela una equiparación imposible
- 97 **CAPÍTULO TERCERO**
INMIGRACIÓN Y COLONIZACIÓN
- 99 Venezuela y los problemas de la inmigración
- 111 Capital estadounidense en América Latina
- 115 La inmigración de capitales en América Latina
- 121 La colonización en Venezuela
- 133 **CAPÍTULO CUARTO**
ECONOMÍA CAFETERA
- 135 La valorización del café y nuestra economía nacional

145	El café y nosotros
153	Sobre el porvenir de la industria cafetera
167	Crónica cafetera
175	Soluciones internacionales de la crisis cafetera
185	Venezuela y su industria cafetera
199	CAPÍTULO QUINTO SÍNTESIS DOCTRINARIA
201	Las limitaciones del nacionalismo económico
227	La vieja plaga y nosotros
233	CAPÍTULO SEXTO POLÍTICA MONETARIA
235	La crisis, los cambios y nosotros
263	El dilema de nuestra moneda y la situación económica venezolana
285	La desvalorización del bolívar
285	<i>Fragmentos de carta al Dr. Vicente Lecuna</i>
294	<i>Fragmentos de carta al Sr. Rodolfo A. Auvert</i>
298	<i>Fragmentos de carta al Sr. Julio Planchart</i>
304	<i>Fragmentos de carta al Dr. E. Arroyo Lameda</i>
307	Las primas de exportación
311	El convenio sobre el cambio
317	Mientras dictaminan los expertos
321	La tributación y el nuevo estado social

Prólogo

La primera percepción científica de que Venezuela, en cuanto economía nacional, se ha abierto al proceso universal del intercambio mercantil, le corresponde a Alberto Adriani:

La unificación del mundo se perfecciona incesantemente... El viejo concepto de soberanía pierde vitalidad... Todo le impone al capital y sus industrias expansivas la necesidad de buscar nuevos territorios que pueda poblar y explotar.¹

Y en otra parte escribe:

Las circunstancias... se combinan para hacer que el mundo contemple nuestra América como el mercado de mayor potencialidad para sus industrias... Cada economía nacional tiene su constitución específica, su carácter peculiar, su sistema íntimo... Venezuela gracias a la explotación de sus campos petrolíferos, verá intensificarse progresivamente la inmigración de hombres y de capitales.²

El desarrollo y elaboración analítica de esta percepción primaria, que habrán de significar una tarea que se prolonga a lo largo de dos décadas, es el tiempo vital de Alberto Adriani con quien se inicia la Economía Política en Venezuela.

Dos rasgos suyos son notorios. En primer lugar, una consecuente actitud metodológica. Quien lo lee muy pronto se persuade que se halla

[1]_ Alberto Adriani. *Labor Venezolanista*. segunda edición, Ed. Rafael A. Rondón M. (Caracas. 1946) pp. 134, 162.

[2]_ *Ibíd.* pp. 162, 446.

frente a un intelecto ejercitado en la reflexión metódica y sistemática. Y, en segundo lugar, Adriani es un hombre de acción política.

Un ensayo suyo, de juventud, establece las directrices fundamentales de la existencia por vivir: se quiere la acción: el ánimo da para la acción:

Saludo al activismo que puede ser para nosotros el alba de una nueva vida que contente nuestras expectativas³

Y hacia el final de la vida, al borde mismo del inicio de su cortísima carrera política, repite su propósito primigenio con las palabras del Fausto:

En el principio era la acción⁴

La Venezuela que se abre al mercado mundial, que se enfrenta al intercambio internacional como una economía nacional, es una entidad geoeconómica sin los medios sociales para controlar la presencia, como dirá Adriani:

“De los capitales y de los hombres que acudirán a sus playas”⁵

La respuesta social debía ser un plan nacional para regular y aprovechar los desequilibrios que trae consigo el mercado. Venezuela, políticamente, requería de un proyecto nacional. Los signos de la época se mostraban inequívocos.

Europa, por la pluma de Keynes, anunciaba ya en 1919 el final del *laissez-faire*. Y siete años más tarde, él mismo escribía que el capitalismo debía y podía manejarse.

Adriani recibe estas noticias en Europa y las hace suyas. Pero su visión de la acción política, no ya para los europeos sino para los pueblos de América Latina, iba más allá de un “manejo sabio de la cuestión económica”. La materia política bajo discusión no era tanto como controlar

[3]_ *Ibid.* p. 79.

[4]_ *Ibid.* p. 434.

[5]_ *Ibid.* p. 165.

una organización básicamente establecida, sino más bien el control del establecimiento de la organización. La legalidad del intercambio mercantil como forma de vida aun debía crearse internamente, so pena de que externamente la sociedad se sometiera a una relación de subordinación imperialista.

El principio de principios en el orden doctrinario se lee sin ambages en el siguiente párrafo:

Los intereses de una sociedad son infinitamente más considerables que los intereses de los individuos, y cada libertad concreta debe ser reglada de acuerdo con el interés colectivo⁶

De tal principio se seguía en armónica secuencia la conclusión de que:

Los pueblos latinos de América tienen necesidad para su formación y en vista de su política exterior, de crear estados fuertes⁷

Y la calificación venía de inmediato:

El Estado fuerte no significa gobierno tiránico o arbitrario que nunca aseguró la continuidad de ningún esfuerzo social ni la concordia, y no justifica a caudillos voraces e independientes⁸

Por Estado fuerte, en su turno, entenderá Adriani,

(Aquel Estado) capaz de someter a un plan armónico todos los factores de producción⁹

El proyecto nacional de Adriani reposa así en la acción deliberada del Estado. La transformación de Venezuela, en su juicio, debe regularla un plan de acción política. La Economía Política en Venezuela, de manos de Alberto Adriani, nace con la singularidad de que le atribuye al Estado la tarea de liderizar el proceso de conformación del mercado. Tal

[6]_ *Ibíd.* p. 105.

[7]_ *Ibíd.* p. 107.

[8]_ *Ibíd.* p. 108.

[9]_ *Ibíd.* p. 91.

determinación no tendrá más fundamento, en su pensamiento, que la que da el principio doctrinario antes referido. Serán las circunstancias posteriores, así como el ulterior desarrollo del pensamiento económico las que en relación con este punto afinen y precisen las ideas.

El proyecto nacional de Adriani, en el terreno de los hechos económicos tenía un objetivo claramente establecido. Aquí está toda la fuerza de sus palabras:

La agricultura y la cría son hoy y serán mañana las bases principales de la prosperidad y grandeza del país¹⁰

A su vez, las frases que a continuación se citan, y según la comprensión que tenemos del pensamiento económico venezolano, son el puente lanzado para que las ideas continúen su curso y desarrollo:

La agricultura y la cría son mucho, mucho más importantes que otras actividades postizas y antieconómicas a las cuales dedicamos mayor atención¹¹

Adriani está pensando en el petróleo. Una profunda paradoja ha cobrado vida en la reflexión del pensador. La actividad que está abriendo a Venezuela frente al mundo, que le está incorporando al proceso universal del intercambio, que está creando las condiciones para asimilar las formas del mercado, que le ha desequilibrado sus estructuras atrasadas para hacerle paso a la modernización, no se ve del todo en su importancia económica. De esta paradoja se nutrirá abundantemente el pensamiento posterior.

Esta última frase citada es indubitable expresión de una concepción fisiocrática de la vida económica. Las expresiones “postiza” y “antieconómica”, mención aparte de otros significados que luego interesarán,

[10]_ Ibíd. p. 191.

[11]_ Ibíd. p. 191.

son la manera de Adriani de decir estériles. El pensamiento económico venezolano, siguiendo una necesidad lógica acaso invencible, reproduce las líneas mismas del pensamiento económico universal. Se ha puesto en marcha en Venezuela la reflexión científica sobre la materia económica.

Vengamos ahora al petróleo. La expresión “antieconómica” adquiere pleno sentido sólo en cuanto con ella se quiere decir que se impide la producción agrícola o se la hace menos rentable.

Afirma así Adriani:

El auge de las industrias extractivas (ocurre) a costa de la decadencia de nuestra agricultura... La agricultura sufre un retroceso o una pausa con la expansión de las industrias extractivas, que absorben nuestra mano de obra¹²

Por otra parte, hay que tener presente un hecho histórico de enorme significación. En enero de 1934 el valor del dólar norteamericano se estableció en no menos del 50% ni más del 60% de lo que había sido su cotización previa. Las autoridades de Venezuela, sin embargo, por razones de diverso carácter, entre las que sobresale el interés impositivo, dejaron intocado el valor del bolívar, con lo cual su paridad frente al dólar pasó de una relación igual a 5,27 bolívars/dólar, a lo largo de 1933, a 3,54 bolívars/dólar.

Adriani reacciona. Las bases de su visión económica no admiten una sobrevaloración del bolívar:

El factor de esta agravación de nuestra crisis es la desvalorización del dólar... O lo que es lo mismo, el encarecimiento del bolívar. Con el bolívar caro los precios de nuestros productos exportación se han hecho irrisorios. Ellos están arruinando a todos los interesados¹³

[12]_ *Ibíd.* pp. 163, 234.

[13]_ *Ibíd.* pp. 351-352.

Sus proposiciones de política económica van en otra dirección:

*Yo propongo la desvalorización violenta del bolívar*¹⁴

Pero el punto importante de notar en este respecto no puede sino ser el petróleo. Los intereses impositivos del Estado, en efecto, se asocian determinadamente en este tiempo de la historia del país con el petróleo. La sobrevaluación del bolívar y la presencia del petróleo en la economía nacional, por tanto, se unen entre sí a través de un vínculo orgánico.

Este vínculo, empero, en la pluma de Adriani, solo aparece como la expresión unilateral de una potestad discrecional del gobierno, y no como un verdadero entrelazamiento causal, y así, objetivo. La cuestión petrolera en Venezuela, valga decir la comprensión científica de lo que significa el petróleo en la economía nacional, debe todavía aguardar por desarrollos posteriores.

Más aún. El petróleo, ha dicho Adriani, “es postizo”. Esta caracterización que ha de entenderse con todo el rigor exegetico, posee varias determinaciones.

En primer lugar, y preeminentemente en su pensamiento.

El petróleo es una actividad precaria, perecedera¹⁵

En segundo lugar.

El petróleo es una actividad extranjera¹⁶

Por transitoria, como lo fue la fiebre del oro de California o de Australia, y por foránea, Adriani se permite calificarla de “postiza”.

Ambas determinaciones pasarán al pensamiento posterior sin mayores calificaciones. Empero, y aquí no puede caber duda, la más

[14]_ *Ibíd.* p. 357.

[15]_ *Ibíd.* p. 363.

[16]_ *Ibíd.* p. 363.

importante de las dos, para los fines del conocimiento científico, será la segunda.

La condición de “actividad extranjera” solo la aprehende Adriani en uno de sus rasgos definitorios. Al respecto escribe:

Gran parte de las exportaciones petroleras se queda en el extranjero para satisfacer beneficios de capitales extranjeros¹⁷

Esta nota distintiva, hay que señalar, le dará a la acción política en Venezuela un punto de apoyo con un anclaje muy hondo. Sin embargo, allí no se agotan todas las posibilidades. Resta la caracterización científica de “lo extranjero”. Ello supone comprender la naturaleza del intercambio mercantil por el que se ponen en relación la propiedad estatal nacional con el capital extranjero. Este no será un tema para Alberto Adriani. Si cabe así expresarlo, en su concepción fundamental de lo económico, que emerge de su condición de productor, y que lleva consigo el rigor de la ética del intercambio como entrega recíproca de equivalentes, no había lugar para la realidad de este intercambio desigual al que da lugar el negocio del petróleo.

La Venezuela de Alberto Adriani cubre una dimensión histórica en la que coexisten los estertores de la economía agropecuaria más tradicional, con el advenimiento del petróleo en su doble condición, a saber, como una poderosa actividad productiva y como una fuente insuperable de ingresos rentísticos. Su obra, plena de rigor y de análisis, es un vivo reflejo de las contradicciones de la época, y por ello es rica y fecunda. ¡Feliz circunstancia la de la Economía Política en Venezuela, que nace de la pluma de este joven pensador que entendió el sentido de los tiempos que sobrevenían!

[17]_ Ibíd. p. 334.

Introducción

De la Primera Edición

Este no es un libro organizado, escrito para libro por un literato. Es mucho más. Es un libro orgánico escrito, casi con su propia vida, por un hombre. Esta es la hoja de temperatura de esa pasión venezolanista que se apoderó del alma de Alberto Adriani desde que asomó su inteligencia al panorama de la tierra, y que tan viva y pertinaz fue que todavía, después de su muerte, vibra y batalla.

No era la suya la pasión palabrera o el amartelamiento insípido de aquellos para quienes la Patria es solo un motivo de oratoria. Nunca pudo embriagarse de esa gloriola fácil quien tenía los ojos abiertos ante el desastre y buscaba interpretar las oscuras señales del destino colectivo. Su pasión era la de conocer por la identificación y de salvar por el conocimiento.

Cuando, todavía adolescente, Alberto Adriani comienza a disciplinar su inteligencia, ya tiene el tino profundo de los hombres responsables. El no irá, como otros compañeros, a refugiarse en el cultivo de una literatura pálida, tampoco era de los que se drogan con sueños e ilusiones para olvidar la realidad. Comprendió, con la primera ojeada, que los males de Venezuela arrancaban de más hondo y de más lejos que del personal transitorio que ejercía el Gobierno, que nada se lograría con un cambio de hombres. No se podría hacer una Venezuela distinta, sino con un venezolano distinto.

La fórmula para obtener esa trasmutación fue el acicate de toda su existencia. A lo largo de estas páginas, escritas en todas las épocas de su

vida, resuena el angustioso jadeo de esa búsqueda. Era el hombre que voluntariamente, y en silencio, se había cargado con el destino de un pueblo y se negaba el derecho a descansar.

De su Mérida nativa, donde lo asfixia el ambiente arcaico, pasa a Caracas en busca de la Universidad. Lo que encuentra es la fábrica de doctores y leguleyos. El buscaba maestros que lo enseñaran a conocer y a comprender a Venezuela y a su tiempo, y encontraba códigos, pandectas, excepciones dilatorias, nociones de derecho quirritario. Cuando se estudiaba la definición romana o francesa de la propiedad, no había quien le dijese cómo poseía el hombre de las llanuras, ni qué estructura social nacía del sistema de los conucos. Oía estupendas lecciones sobre las personas físicas y jurídicas, pero nadie le hablaba de los tremendos problemas de raza, educación y sanidad que condicionan el destino de Venezuela. Por la noche, en su alcoba de estudiante, escribía en su libretito íntimo un programa de Gobierno: “Protección para el que trabaja, queremos levantar de sus ruinas la industria y el comercio; queremos dar un impulso gigantesco a la instrucción; favoreceremos la inmigración que ha de traer a nuestras playas gente robusta de cuerpo y espíritu que levante nuestra raza que decae o se estaciona; tendremos ferrocarriles, construiremos carreteras, impulsaremos nuestras comunicaciones marítimas, para que por mar y tierra transite sin tropiezos la riqueza nacional. Adonde no llegue la iniciativa individual, allí estará la del Gobierno”. Afuera ardía la noche tibia incitando al devaneo, a la pereza y a la facilidad, ignorando aquella vigilia única y tenaz.

Después va a Europa. Pasa en Ginebra unos años de extraordinario aprendizaje. Entonces sí ha encontrado maestros que le hablen de las cosas que él siente vivir. Concorre a las facultades de ciencias económicas y sociales y comienza a comprender el proceso de la historia de una manera distinta a la concepción heroica de nuestra historia oficial. Mientras aprende a penetrar las claves decisivas de la economía,

curiosa en las vecinas dependencias de la Sociedad de las Naciones y mira a los prohombres de la hora intentar la construcción de un nuevo destino para el mundo.

El momento es extraordinario y excitante. En todos los pueblos se inician nuevas formas de vida. Walter Rathenau, personifica en Alemania un tipo humano que lo fascina. Asoma en su Italia paterna la totalitaria tentativa del fascismo. Observa, estudia, toma rápidas notas, y entre ratos mira hacia su Venezuela indiferente que parece exhausta, sentada a la orilla del camino por donde pasan los otros pueblos hacia la conquista del poderío y de la felicidad.

Su tierra atrasada y perezosa lo hostiga y le duele como una angustia física. Ya no tiene sosiego. Envía artículos sobre la actualidad mundial llenos de un detonante entusiasmo por la energía constructiva. Pasan y caen. Anota en su cuaderno: “Será necesario aprender la actividad verdaderamente eficaz, hacer pragmáticas todas nuestras potencias. Será necesario, sobre todo, hacerse una naturaleza realizadora, que haga las cosas, aun cuando las haga mal como aconsejaba Sarmiento”

De Ginebra pasa a Londres, de Londres a Washington. En todas partes se le ve en las universidades, en los Congresos, en los archivos, estudiando estadísticas, memorias, libros, cultivos, transportes, monedas, migraciones, buscando la explicación de la grandeza de los pueblos.

Se prepara y se amerita para desempeñar mejor la gran misión que, en lo secreto de su corazón, le ha confiado Venezuela. Parece querer contar con todas las armas para cuando llegue la hora terrible de encararse con la realidad y vencerla. Sus cuadernos de notas de lectura dan testimonio de su curiosidad inagotable. Copia al azar los títulos de algunos libros que comenta o cita en una temporada: *The earth population possibilities and the consequences of the presente rate of increase of the earth's inhabitants. Memoria del Ministro de Fomento de Chile. Land Policy*, por C.L. Alsberg.

La política agraria en Italia, por A. Serpieri. *L'Amérique du Sud*, por Pierre Denis. *Documents furnished by the Bureau of Reclamation Dept. of Interior Washington*. *Problemas de la Población en el Japón*, *Historia de la Civilización Ibérica*, por Oliveira Martins. *Aportación de los colonizadores españoles a la prosperidad de América*. *Los trabajos geográficos de la Casa de Contratación*, por M. de la Puente y Olea. *Selección de Leyes de Indias*. *The coming of the white man*, por Herbert Ingram Priestley. *The colonization of North America*, por H.E. Bolton. *The economic development of the British Overseas Empire*, por L.C. A. Knowles. *The new colonial policy*, por H. Key. *Spain in America*, por E. G. Bourne. *The American Indian*, por Clark Wissler. *Tropical Holland*, por H.A. Van Coonen. *The United States and the Philippines*, por D. R. Williams. *Spain Overseas*, por Bernard Moses. *The partition and colonization of Africa*, por Sir Charles Lucas. *The Dual Mandate in British Tropical Africa*, por Sir F. D. Lugard. *The history of colonization*, por Henry C. Morris. *La traite négrière aux Indes de Castille*, por Georges Scelle. *L'Argentina*, por G. Bevione, etc.

Estaba, como en el símbolo de los poetas elementales, tocando con desesperado llamamiento a todas las puertas, pidiendo auxilio para su aventura. Todas las formas del conocimiento podían servir para encontrar la clave. Como en el poema de Whitman, él consideraba todas las partes dignas del canto.

Cuando al fin regresa a Venezuela ya está presto para saltar sobre la presa. Ya tiene sólido el músculo, rápido el pensamiento y dura la voluntad. Conoce todas las formas en que puede presentarse el enemigo y la manera de vencerlo en cada una. Desde su aldea natal mira acercarse la hora decisiva en que va a entrar al escenario de la actuación pública. Tiene conciencia de la víspera que vive. “Llevo una vida campesina, dice en una carta, pero no tan salvaje como pudiera suponerse, y disfruto de una tranquilidad que no podría ser mayor en otra parte. Es bueno aquietarse los nervios”.

Son los años en que la crisis mundial se desborda sobre Venezuela amenazando arruinarla. Desde el extranjero él ha visto aparecer los primeros síntomas, y con una trágica insistencia los ha estado anunciando en artículos, que casi nadie lee o que nuestros entendidos miran con cierta despreciativa superioridad. Es el bachillercito ese que desde Ginebra o desde Washington pretende darle consejos a los potentados cafeteros. Que se atreva a hablar de cosas tan absurdas y descabelladas como la racionalización de la producción, la diversificación de los cultivos, el establecimiento de granjas experimentales, la creación de una sociedad de defensa del fruto. En el inmenso buque de la estulticia de nuestros latifundistas, él corre desesperado anunciando la catástrofe que se avecina. Los precios del café van a derrumbarse, la ruina se acerca espantosamente. Él quiere despertar a los que duermen, alertar a los que no comprenden, pero es en vano, nadie puede ni quiere comprenderlo. Su solitaria angustia recuerda una imagen de tragedia clásica. Tiene momentos dolorosos en que su voz llega al grito. “Venezuela, cuya prosperidad depende tanto del café, debe seguir atentamente las iniciativas que se toman en otros países para establecer la industria cafetera sobre bases científicas”. “Una industria cafetera brasileña que mantuviera su prosperidad sobre la base de la técnica científica y de precios mínimos de producción, significaría la ruina de la industria cafetera venezolana”. “Nuestros hacendados no parecen darse cuenta de los peligros que se preparan”. “La necesidad de reorganizar nuestra industria cafetera debería mover a los conductores de nuestro país al análisis de nuestra agricultura toda entera, más todavía, de nuestra entera economía nacional” “Que nuestros productores de café sigan el buen ejemplo que acaban de darles los de Colombia, Guatemala, Costa Rica y otros países. Pueden estar seguros de que en el porvenir la prosperidad no será un presente, sino el resultado de su propio esfuerzo. La política del avestruz, de las manos cruzadas, no podrá sino ser ruinoso. En todo caso merecería que lo fuera”. Cita cifras, alega explicaciones, presenta fórmulas

impresionantes, todo en vano. Cuanta amargura se siente en la simple frase que escribe después: “La crisis ha llegado y ha sido ruinoso para todos”.

Desde su retiro de Zea mira al organismo nacional pereciendo, indefenso ante las repercusiones de la crisis. Hay veces en que no puede contenerse, y saltando por sobre la más elemental prudencia dice las tremendas verdades que ya no caben en su espíritu. La publicación de su ensayo “El dilema de nuestra moneda” fue uno de esos gestos audaces.

Al fin suena la hora. El Presidente Gómez ha muerto. El hambre y la sed venezolanas hallan vía libre para expresarse. Alberto Adriani corre a Caracas en aquellos días tumultuosos, llenos por igual de incertidumbre y de esperanza.

A poco, fue nombrado ministro de Agricultura y comenzó la terrible experiencia para la que había estado preparándose por más de veinte años.

Nunca podré olvidar la atmósfera de energía y de confianza que se respiraba en su presencia. Tenía la voz metálica y apresurada y cierta brusquedad en el tono que contrastaba con su afable naturaleza. Cuando comenzó a trabajar en la administración pública lo hizo como un hambriento. Quería multiplicar las horas y los días para rendir la labor que le había sido negada por tantos años. Corrientemente pasaba diez y ocho horas en su mesa de trabajo.

Pertenecía a esa extraordinaria raza de hombres tónicos que en su presencia contagian una fiebre creadora. A su alrededor solo se veían gentes entregadas entusiastamente a su labor.

Pronto pasó al Ministerio de Hacienda. Tal vez desde los días de Santos Michelena, no se había sentado un hombre más capaz en el sillón de aquel Despacho. Quienes venían a hablar con el Ministro se sentían un poco incomodados de encontrar aquel joven, algo tímido, pero al terminar la breve entrevista no les quedaba la menor duda de haber estado en presencia de un representante nato de la autoridad.

Los vientres perezosos engordados en los privilegios, los que se habían hecho una industria de las condiciones del atraso venezolano, veían con desconfianza y rabia aquel joven Ministro que había estudiado tanto y de quien no se conocían debilidades. No osaban ni el soborno, ni el halago. Pero sabían que en el Palacio del Ministerio, estaba encendida hasta altas horas de la noche aquella lámpara, como una luz en el puente de mando, y que de allí saldría una Venezuela donde no encontrarían sitio.

Comenzó la sorda y solapada reacción. Se alegaba que era demasiado joven o demasiado inexperto. Se llegó a acusarle de comunismo, por gentes que no podían comprender hasta qué punto su arraigada concepción espiritualista tenía que excluir el materialismo histórico. Los que no eran sus enemigos por el temor de sus intereses, lo eran por el daño profundo que le hacían la incomprensión y la estulticia. Él no podía admitir que opinasen quienes no sabían; ni que se agitase sin un fin constructivo inmediato; ni que flaquease el principio de autoridad; y menos aún, que en un momento decisivo se perdiese el tiempo en disputas bizantinas sobre temas ideológicos de política abstracta.

El conocía la historia de Venezuela y sabía cuántas veces los ideólogos, los imbéciles y los agitadores habían contribuido a perderla mucho más que los puros y simples bárbaros. Veía con temor crecer la amenaza de un retorno de la “vieja plaga” leguleya, palabrera y vacía. Perder el tiempo le resultaba sinónimo de traicionar.

Por aquellos días convulsivos de manifestaciones y algaradas circuló la peligrosa noticia de que el nuevo Ministro de Hacienda pensaba reducir los sueldos y presentar un presupuesto comprimido draconianamente. En horas creció en torno a su nombre una ola de amarga impopularidad.

En esa ocasión fui a verlo. Acababa de publicar un comunicado de prensa desmintiendo el rumor. Lo encontré inclinado en su escritorio

cubierto de papeles. Afuera la batahola de los pedigüeños y los solicitantes se apretujaban contra la puerta.

Me recibió con su cordialidad seca y cálida. Hablamos de la infame propaganda que se le hacía. Se encogió de hombros con indiferencia y me dijo mirándome de frente, con extraordinaria firmeza: “No estoy aquí por intereses personales, ni por conveniencias egoístas, sino porque creo que puedo ser útil, y mientras crea que puedo ser útil. Cuando están en juego intereses nacionales no me arredran las responsabilidades. No me contendrían murmuraciones, enemistades, ni calumnias. Estoy dispuesto a cumplir íntegramente lo que creo que es mi deber”.

Tenía una idea romana de la autoridad. De su raza italiana le venía, con el gusto hondo por la política, el culto del Estado fuerte. No concebía que pudiera haber ningún derecho contra el de la colectividad representada en el Estado, pero tampoco concebía el Estado como un instrumento de dominación al servicio de un hombre o de una clase, sino al servicio de la mayoría nacional.

En veces ante la avalancha de sandeces que le llegaba, reía con risa nerviosa y decía por todo comentario: “amigo mío, ante la imbecilidad hasta los dioses mismos son impotentes”.

Su pasión venezolanista no conocía regiones ni épocas. Lo mismo se trasladaba al problema y a la época de los hombres de la primera patria, como se preocupaba por la situación futura del país; e igualmente proyectaba vastos planes de industrialización en la cordillera como hablaba con fe inquebrantable sobre el provenir maravilloso de las altas mesetas de Guayana. Era de la raza de los fundadores de imperios, de esos hombres que viven para transformar y multiplicar la vida circunstante.

La formidable perspectiva de todo el trabajo que habría que realizar para llegar a transformar la estructura económica y social de Venezuela en lugar de arredrarlo lo exaltaba. En veces hojeando un expediente se

tornaba con llano regocijo hacia los que lo rodeaban y decía: “Mis amigos, aquí tenemos trabajo para cinco, para siete, para diez buenos años”.

Ni los caciques surgidos de una raza contemporánea del Padre Orinoco, ni los hombres que a puro heroísmo ganaron la Independencia, ni los descendientes de los más antiguos colonos, han sido venezolanos, de modo más funcional y sustantivo, que este hijo de italianos.

El destino acababa de poner en sus manos la palanca con la que podría alterar el ritmo fatal de nuestra historia. La hacienda pública, cuya estructura arcaica contraría y comprime la economía venezolana, iba a recibir la formidable renovación que haría de ella el instrumento de una vasta y decisiva transformación nacional.

Nuestros ministros de Finanzas habían llegado a la gestión pública obsesionados por un simple criterio fiscal de aumentar los ingresos, constituir reservas y presentar cuentas excedentes. Poca o escasa noción tuvieron de las mil maneras como el sistema tributario canaliza y dirige la actividad económica de los pueblos.

Para Alberto Adriani, por el contrario, lo esencial era la economía del país y solo concebía la estructura fiscal como un modo de dirigirla y servirla. Pensaba en un sistema de impuestos directos que libertase de las cargas a las clases menesterosas, imaginaba un sistema nacional de crédito, pensaba en una moneda al servicio de las grandes necesidades del país, y no en el país al servicio de los caprichos de la moneda.

Iba a crear un nuevo concepto de la política presupuestaria y hacer que el erario actuase como la sangre que nutre y fortifica metódicamente las partes vitales del organismo nacional.

Había comenzado febrilmente por levantar el inventario estadístico de la situación venezolana. Primero era necesario conocer a fondo la realidad antes de emprender la enérgica acción salvadora.

Después vendrían los grandes planes de inmigración y colonización. Millares de hombres blancos y agresivos que vendrían a establecer su salud, su energía, su capacidad de producir riqueza, su ideología y su moral en una patria libre y feliz.

Llevaba cuatro meses apenas de plenaria actividad al servicio de Venezuela, de comenzar a revelar su formidable capacidad creadora, de tener en las manos el instrumento adecuado para comenzar la obra que por tanto tiempo había meditado.

Salió del Ministerio en la tarde de un sábado cualquiera. Había estado trabajando y proyectando como todos los días. Al lunes siguiente fue encontrado muerto en su lecho.

La brutal violencia de su desaparición añadió amargura a la infinita amargura de los que sabíamos todo lo que quedaba negado para Venezuela por aquella boca muda y aquellos ojos cerrados.

Fue un oficio de duelo y renunciación para las grandes y altas esperanzas que habíamos tendido como velas sobre el presente venezolano.

Los hombres rudos que luchaban en aquella hora contra las condiciones adversas de una tradición antieconómica, los labriegos de las montañas, los pastores a caballo en las soledades de la llanura, los navegantes de los ríos, los hombres modestos de la clase media, ignoraban la gran promesa que quedaba fallida con aquella muerte.

Del hotel trasladaron el cadáver a la sala de autopsias del Hospital Vargas, en cuya capilla quedó expuesto todo ese día.

Para llegar a la capilla hay que atravesar todas las vastas galerías del Hospital, repletas de dolor venezolano, de terribles ejemplos de pobreza y miseria de una raza que languidece.

Allí vi hombres y mujeres, más pálidos entre las blancas ropas del Hospital, subir las gradas del catafalco y contemplar a través del cristal aquella fría sonrisa que conservaba en la muerte. En sus rostros de gente

pueblerina se reflejaba la compasión natural de quien mira malogrado un hombre joven que había alcanzado una envidiable eminencia. Aquella piedad inconsciente venía a ser como el homenaje que rendía la Venezuela maltrecha, enferma y abandonada el hijo insigne que se extinguió luchando por salvarla.

Aquella fue la verdadera ceremonia nacional de sus funerales, mucho más que la solemne parada en el Capitolio con mil cirios, flores, el Ejecutivo, las altas jerarquías, las erguidas bayonetas de los honores militares y la bandera tendida sobre el ataúd

No era posible que quienes conocimos a Alberto Adriani y estuvimos junto a él en las más hermosas horas de su esperanzada angustia, nos resignásemos a dejarlo quieto y silencioso bajo su lápida blanca, y a permitir que el murmullo de los filisteos fuese echando paletadas de olvido sobre tan formidable fuerza de vocación venezolanista.

Venezuela está en una hora decisiva de su vida, casi en esa hora crucial en que los pueblos como los hombres han de responder a la pregunta de la esfinge, a la pregunta del destino con la respuesta de vida o muerte. Es hora de mirar señales y de oír voces dispensadoras de fe. En la plenitud de ese momento la fatalidad selló la voz de Alberto Adriani.

Quienes no nos resignamos a perderlo, lo hemos ido a buscar en estos escritos dispersos y distintos donde ha quedado un eco de su terrible lucha en busca de la verdad y del camino. El libro que ha resultado carece de coordinación y de método libresco, pero es una obra orgánica, terriblemente viva y suscitadora, capaz de llegar hasta el fondo de las almas venezolanas para hacerlas dignas del tiempo que las aguarda.

No se ha apagado en estas páginas la viva fiebre en que ardía la mano que las escribió, ni duerme al fin la perpetua vigilia de aquel pensamiento, ni ha encontrado reposo aquella pugna sin tregua por hallarle un sentido venezolano a la vida venezolana. La semilla de esa angustia y de

ese combate está latente en este libro, suscitando nuevos soldados para esa admirable aventura que consiste en trocar la propia vida por la faena trágica del destino de un pueblo.

Este puñado de páginas, que de las manos yertas de Alberto Adriani hemos arrancado sus amigos, sus hermanos, esta obra verdaderamente agónica, en el sentido unamuniano y batallador, la lanzamos como un mensaje a los hombres en quienes, a cada minuto, está naciendo y muriendo Venezuela.

Arturo Uslar Pietri
Caracas, 1937

Capítulo primero

Visión europea

“Es oportuno que estudiemos la mejor manera de aprovechar nuestra popularidad mundial, la prosperidad, que podría ser pasajera, traída por el auge de nuestras industrias extractivas, a costa de la decadencia de nuestra agricultura, con el designio de edificar las bases de nuestra prosperidad permanente. Para ello habremos de comenzar por encuadrar todos nuestros recursos materiales y humanos dentro de las líneas de un programa que responda a nuestras necesidades y a nuestros ideales nacionales. Es decir, debemos adoptar una política económica”.

ALBERTO ADRIANI

La nueva Alemania y Walter Rathenau

Alemania retorna y retorna prepotente. Soñadora y grave, la raza alemana vive una historia trascendental como sus metafísicas, que se levantan audaces y dominadoras sobre la realidad. En el drama de la historia, Alemania es un actor que no ha representado sino grandes papeles. Se la odia quizá por ello. Pero puede enorgullecerse del papel dominante que ella ha desempeñado en la historia del mundo y ante el halago de las contribuciones trascendentales que el germanismo se prepara a hacer en el futuro.

Alemania ha estado presente en los grandes momentos de la historia. Hace quince siglos despedazaba el Imperio Romano con el martillo de las invasiones. Pero el Imperio, cristianizado ya, enseñaba una nueva moral y los fundamentos de un nuevo orden social y político a los invasores turbulentos y famélicos de presa.

Sobre las ruinas del Imperio Romano, la Iglesia, que había heredado sus instituciones y su ambición al señorío universal, marcha a la conquista silenciosa de las almas y parece que va a edificar sobre la arena móvil de las invasiones la Ciudad de Dios, cuando Alemania, orgullosa y rebelde, destruye con la Reforma esa unidad espiritual, despedaza en dos la cristiandad y precipita a Europa en el tormento de las guerras religiosas, dinásticas y nacionales.

Hace ocho años, los sistemas de política internacional, el encuentro de imperialismos contrarios y principalmente, el traslado, al campo internacional de la concurrencia económica y de la concurrencia social,

con su doble y peligrosa tensión, provocaron la guerra. Alemania no fue, no podría ser, la sola culpable de la catástrofe, como lo afirmó durante la guerra esa admirable propaganda de los Aliados, que se burlaba de la verdad, si ello era necesario para asegurar la paz interior, mantener intacta la feroz intransigencia guerrera de sus ejércitos y conquistar entre los neutrales las alianzas y las simpatías que les aseguraron la victoria.

Pero era verdad que en Alemania las ideas imperialistas habían alcanzado una influencia concluyente y eficaz. Si ella no fue la causa de la guerra —tal vez pudo ser el motivo inmediato— fue la nación que con mayor celeridad y más perfecta preparación descendió a la lucha. En rudas batallas asaltó e invadió el Oriente y el Occidente, y en cuatro años destruyó media Europa.

Se puede hasta convenir en que el imperialismo alemán, triunfante en la lucha, habría sido un peligro para la cultura, lo que es difícil comprobar. Pero un hecho es cierto. Nada enseñaron los Aliados a la Alemania que sale de la guerra. Después del conflicto es en ella, por el contrario, donde se manifiestan con mayor vitalidad las energías creadoras. En la política, en la vida social, en la vida industrial aparecen nuevas formas renovadoras. Pero es quizás en la vida espiritual y, sobre todo, en la vida filosófica donde se evidencian singulares y audaces iniciativas.

Adriano Tilgher, uno de los espíritus más vigorosos de la Italia actual, analiza en un denso y luminoso libro —*Relativisti contemporanei*— la nueva orientación espiritual de Alemania en los sistemas y en las ideas de Vaihinger, Einstein y Spengler.

Vaihinger es el creador de la “filosofía del Como si”. Para él todas las concepciones de nuestro espíritu, todas las leyes de nuestras ciencias, todas las categorías de nuestros sistemas, no son otra cosa que símbolos, ficciones, llenos de contradicciones, sin consistencia real, que mudan de época en época y de persona a persona. La realidad está toda y sola en el material desordenado de nuestras sensaciones. El conocimiento tiene

por objeto no ya revelarnos la verdad, sino permitirnos un comercio más fácil con el caos sensible. No existen las categorías de verdad y de error sino las de utilidad y de nocividad.

Einstein es el grande hombre del momento, el renovador más audaz de la ciencia en este siglo. Destruye conceptos de espacio y de tiempo objetivos. Niega el fundamento de la física newtoniana y, con ella, de toda la física moderna: la concepción de un espacio inmóvil, homogéneo, isótropo, amorfo, vacío, existente en sí, independientemente de las cosas que lo llenan, indefinidamente extendido en las tres direcciones. El espacio, el tiempo, el movimiento, son conceptos relativos que varían con cada nuevo sistema de coordenadas que elija el observador.

Spengler es el autor de *La Decadencia de Occidente*. Para él no existe una cultura única, que acumule en el curso del tiempo sus conquistas espirituales, acercándose indefinidamente a la verdad absoluta. Todas las civilizaciones se equivalen, son irreductibles la una a la otra y todas están igualmente destinadas a nacer y perecer. De la una a la otra no hay progreso. La labor del hombre realiza una obra de Sísifo: crear para destruir, destruir para crear.

Vaihinger, Einstein y Spengler son los comandantes de la pujante ofensiva que el pensamiento filosófico alemán lanza, en la mañana de la derrota de los ejércitos del Imperio, a la disolución de la cultura de Occidente. Puede que vengan detrás otros demolidores, pero más lejos se divisan los reconstructores.

En esta renovación espiritual se adivina una sorprendente vitalidad. Terminada la guerra, nacionales y extranjeros vieron adelantarse días sombríos para la patria alemana. Había perdido una guerra de envergadura excepcional. Se la había obligado a confesar su culpabilidad en ella. Contra todas las promesas, contra empeños solemnes, se le impusieron tremendas condiciones de paz. Desarmada, y desangrada, debió aceptarlas. Su territorio fue disminuido; se la obligó a renunciar a sus

colonias, a su marina. Debió comprometerse, en fin, a pagar fabulosas indemnizaciones.

Arruinada, sin marina, confiscados sus bienes y sus empresas en casi todo el mundo, debiendo hacer frente a onerosas obligaciones, Alemania iría a perderse. En adelante sería imposible al menos si perduraban las condiciones de los tratados, mantener intacta su población, cuyo crecimiento había hecho posible un incesante desarrollo industrial y un continuo acrecimiento de riqueza. Un quinto de la población debería ser entregada a la muerte o condenada a la expatriación.

Pero sin embargo, el provenir no era realmente tan sombrío. Contra la derrota y contra las dificultades podría edificarse una nueva Alemania, en muchos dominios más favorecidos que el Imperio. En efecto, ha perdido territorio, pero Rusia se ha alejado, Austria-Hungría, con sus complicaciones balcánicas, ha sido hecha pedazos. Si se exceptúa a Francia, los estados confinantes son mediocres. Es más pequeña pero tiene más respiro. “La fuerza de una nación, dice Ganivet, se mide por la de sus vecinos”. Alemania será el centro de atracción de los pequeños Estados que la rodean. El centro económico y el centro político. Francia, o mejor, los partidos de la derecha que hoy dominan en el Parlamento y en la opinión anhelan despedazar, dislocar la República, pero no lo conseguirán, porque ni la política tradicional británica, que se opone a toda hegemonía continental, ni el interés de Italia y de otras naciones continentales, lo consentirán.

A pesar de las condiciones dolorosas en que la deja la derrota, y gracias a ellas, lo que parece una paradoja, Alemania se levanta de nuevo. La depreciación de la moneda favorece su industria, que hace ventajosa competencia a la de todo otro país de Europa. Las condiciones difíciles de la crisis la han llevado a perfeccionar la organización consumada de su industria y de su comercio. Deberá pagar una suma fabulosa de millones, pero está animada de un espíritu de empresa y de iniciativa que

la harán vencer todos los obstáculos, liquidar el pasado y renovarse y engrandecerse en no lejano porvenir.

Las contingencias de la derrota y los enemigos del antiguo régimen, determinaron la creación de la República Imperial. Creyeron los Aliados que destruyendo la Monarquía se quitaba todo asidero a un Estado fuerte y agresivo. Los monarquistas también creían —y lo creen todavía, porque son impenitentes— que la República impuesta por la Entente había empezado siendo una vergüenza, era ahora la causa de la debilidad del país y seguiría siendo en el futuro un motivo perdurable de laxitud y de decadencia del pueblo alemán. Pero otros piensan lo contrario y con mayor razón. Son los hombres eficaces frente a los que no hacen sino llorar sobre el pasado. La Monarquía, que se apoyó sobre una nobleza dócil y fatigada, había sido con la disciplina del cuartel y la escuela y la ciencia burocrática, el rudo compresor de toda superioridad. Durante la guerra, Alemania —como los otros países— no produjo esa riqueza de individualidades, que en tan gran número revelaron las guerras del pasado.

La nueva vida democrática extinguirá el monopolio de la aristocracia, que se mostró lastimosamente incapaz en los días oscuros de la guerra, y conducirá a los vértices de la vida intelectual y de la vida política, las riquezas que se esconden en las capas sociales inferiores.

En la maraña de la derrota los problemas de la política internacional parecían insolubles. Era difícil encontrar los medios para una potencia nueva; difícil contraer y consolidar nuevas amistades, pero todavía más difícil, ejecutar los tratados de paz que le impusieron duros sacrificios. Los guillermistas se encargaron de hacer la situación insoluble, al invocar la misma política torpe y ligera que condujo el Imperio a la guerra en condiciones desventajosas y que la terminó con una paz humillante. Con esta estirada altanería de *yunkers*, que era el hábito del antiguo régimen, no quieren resignarse a ejecutar las obligaciones contraídas.

Dan así margen a que se reproche a su país la mala fe y justificable la actitud inconciliable de la Entente. Frente a ellos hay otros que piensan lo contrario. Alemania ha sido vencida y es forzoso ejecutar las cargas impuestas por la derrota. Al menos, es necesario dar pruebas de buena disposición y comenzar la ejecución de los tratados. Los Aliados podrán entonces convencerse de que dichos tratados no solo comprometen la vida de Alemania. En una Europa que no puede vivir, ni prosperar sino como un solo organismo económico, la ruina de un país como Alemania no puede realizarse, sin que ella provoque repercusiones igualmente perjudiciales en la estructura económica de los otros. Los sucesos van diciendo que esa tesis es justa. Aún en Francia, donde las pasiones inspiran la política, se va comprendiendo que la ruina de Alemania sería el comienzo de la ruina de toda Europa continental.

Aislada y sospechada, como la dejó la guerra, empieza a hacerse de nuevas amistades. Rusia es su amiga y será su aliada, y Rusia se perfila la gran potencia de la Europa del porvenir. Sin colonias, sin tierras de expansión para su población que aumenta sin cesar, la penetración alemana en Rusia se prosigue con eficacia y con apresuramiento inquietante.

Y bien, hubo un hombre que había sido antes de la guerra uno de los artífices de la memorable ascensión industrial de Alemania, que fue en los días de la lucha desigual uno de los obreros que aseguraron a la nación agresividad y resistencia, que hicieron la admiración del mundo, y que, cuando llegaron los días de la adversidad casi irreparable, dijo a las generaciones que salían fatigadas y descontentas de la derrota, viriles palabras de consuelo y promesas alentadoras. Después de haber adivinado con penetración extraordinaria todas las posibilidades de la nueva situación, que iluminaban el porvenir, predicó a su pueblo un nuevo programa de vida y, como si no fuera bastante, quiso ser un realizador y aceptó la responsabilidad de dirigir los destinos de su patria, hacia una nueva ascensión. Ese hombre se llamaba Walter Rathenau. Acaba de

ser sacrificado por uno de esos guillermistas impenitentes que lloran el pasado, que se lamentan del presente y que, así tan llorosos y tan descontentos, no harán nada para preparar el porvenir.

La Alemania de Guillermo II ha muerto. Afortunadamente, sin remedio. Una nueva Alemania ha surgido de la guerra y se afirma a pesar de las veleidades monárquicas. Rathenau era el alma iluminada y el incomparable realizador. Supo ver todas las posibilidades nuevas. Como todo grande hombre de verdad no se puso a invocar las formas del pasado. Con el instinto profético y el idealismo realizador de su raza pide al porvenir las formas oportunas. Las instituciones que alejó la guerra, las transformaciones realizadas por ella, deberán servir al acercamiento de nuevas formas de vida.

Quienes lo conocieron describen sus rasgos dominantes. Talla de gigante, que le da prestancia de oficial prusiano y no de un hijo de Israel. Semblante rudo y fuerte que parece esculpido en madera. Cabeza oblonga, que denuncia de lejos al hombre de genio. Mentón agudo y penetrante, fuertes labios, ojos claros, donde parece arder un fuego extraño. Hablar tranquilo y ordenado, pero con una energía interior y un vigor de persuasión extraordinaria.

“Rathenau, decía hace meses la *Review of Reviews*, es el hombre nuevo de la nueva Alemania”. Y agregaba: “Filósofo, economista, sociólogo, compositor, músico, gran industrial, hombre de Estado, él es la personalidad más interesante, la representación más alta de la Alemania actual”.

“Walter Rathenau —ha dicho el presidente Ebert en la conmemoración del Reichstag— era un hombre de raras cualidades, dotado de los múltiples dones del espíritu, y de profunda experiencia en la vida económica y espiritual de su país, brillante por su carácter y por la bondad de su corazón. Era el único que pudiese resolver el problema de dar nuevamente a nuestro pueblo los contactos políticos y económicos con el resto del mundo, para nuestra salvación y para el bienestar de Europa”.

Era de raza judía. Nació en 1867 y era hijo de Emil Rathenau, el creador de la Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft (AEG). A los 19 años termina sus estudios preparatorios y sigue los de ingeniería, física, química y filosofía. A los veinte años ha descubierto un nuevo procedimiento para la fabricación de álcali. En Alemania, en Rusia, en Polonia se fundan fábricas para explotar el procedimiento. Entra después en la empresa de su padre y es destinado a desarrollar los intereses en la compañía. Con ese fin va a Londres, Nueva York, Moscú y Buenos Aires. Siendo Bernhard Dernburg, secretario de Asuntos Coloniales, se le encarga de visitar las posesiones alemanas, y al llegar, presenta un célebre informe. Al estallar la guerra comprendió la necesidad de proteger a Alemania contra el bloqueo. Expone sus inquietudes al Gobierno y, como resultado, se le nombra dictador de los aprovisionamientos y en ese cargo aseguró la resistencia y burló por años el bloqueo. Después, en Berna, organiza la propaganda alemana para contrarrestar el esfuerzo de la organización que encabeza lord Northcliffe. En 1916 muere su padre y Rathenau se encarga de la dirección de la AEG. Bajo su dirección absorbe nuevas fábricas y empresas hasta convertirla en ese formidable organismo que posee mil millones de capital y ocupa 66.000 obreros.

A sus capacidades singulares de organizador une la vocación del escritor. Antes de la guerra había escrito páginas proféticas que adivinan el desarrollo de la contienda y el desgraciado fin del Imperio. Durante la guerra y después de la paz redobra su actividad de escritor, y de su pluma salen obras como *La Triple Revolución*, *Cosas de Mañana*, *El Káiser*, etc., que quedarán como uno de los más notables empeños de crítica y de reconstrucción que hayan aparecido después de la guerra.

En mayo de 1921 es nombrado ministro de la Reconstrucción y, como tal, negocia con el ministro francés Loucher el acuerdo de Wiesbaden, que representa el esfuerzo más decidido para llegar a una reconciliación franco-alemana y la voluntad de ejecutar las obligaciones de los tratados.

Después, separado del Gobierno, representa a su país en Londres y después en Cannes, donde desarrolla, en beneficio de la economía y de la finanza alemana, su teoría de los desocupados invisibles, que se impuso a la admiración de los hombres de Estado de la Entente y contribuyó a imponer esa nueva orientación que ha llevado a la reducción de los pagos a los Aliados y a la concesión de la moratoria.

Al llegar a Cannes, Rathenau fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores. Su llegada al Ministerio ha contribuido a mejorar las relaciones de Alemania con los países que hoy dirigen la política mundial. Durante la Conferencia de Génova firmó el tratado de Rapallo, que es el primer acto de una "entente" con la Rusia, tratado que los franceses consideraron como un error imperdonable, pero que otros calificaron como un triunfo. De todos modos es el acto de mayor envergadura realizado por la República y encontró un eco de simpatía y de aprobación en la opinión unánime de su país. En la sesión terminal de la Conferencia desarrolló, en un célebre y aplaudido discurso, las ideas que según él debían ser las directivas de la pacificación y reconstrucción de Europa. Era el alma y el realizador de la esperada reconstrucción.

La obra crítica y la ideología constructiva de Rathenau son una de las manifestaciones más vigorosas de pensamiento de la Europa de los últimos treinta años. Dentro de su cráneo lúcido el idealismo romántico, el humanismo y el sentido práctico del hombre de negocios se sobreponían y se combinaban de modo admirable.

Su crítica del sistema capitalista y, en especial, del liberalismo económico, es concluyente. En ella evidencia todos los despilfarros de fuerzas, de materias y de trabajo, que se realizan en la economía anárquica del capitalismo. El sistema capitalista resultó en su época irremplazable. El desarrollo extensivo de la economía, que comenzó con la expansión de las economías nacionales, para terminar con la formación del mercado mundial, y el incesante progreso industrial de los dos últimos siglos, no

habrían podido encontrar medios más eficaces que la lucha individual de la concurrencia y la libertad personal ilimitada. Pero su época ha pasado. La inmensa destrucción de riquezas realizada por la guerra, las flacas posibilidades para extender los mercados y las condiciones y las tendencias sociales de la época, requieren nuevas creaciones.

Su crítica de los sistemas socialistas es penetrante y al parecer, definitiva. La base científica del socialismo, la plusvalía, se ha desvanecido, según él. Existe, pero es tan insignificante que su distribución no contribuiría al mejoramiento de la vida. Sin su acumulación, se harían imposibles el aumento de los *stocks* y el perfeccionamiento del utilaje industrial, que sí son indispensables al mayor rendimiento del trabajo, y que sí sirven al mejoramiento social.

Otro gran error, según él, de la dogmática socialista, consiste en creer que una organización mejor de la sociedad, cualquiera que ella sea, podría acelerar la producción, mejorar la suerte de la comunidad y ponerla en estado de consumir más. Por el contrario, en condiciones técnicas y físicas iguales, solo el estado de los *stocks* y la intensidad del trabajo, es decir, su grado de rendimiento, determinan el bienestar de un país. Todo paso a una nueva forma de sociedad —si esta debe tener un carácter de libertad más acentuado que la precedente— comporta una reducción de los *stocks* y una disminución de rendimiento del trabajo. No son, pues, la distribución de los beneficios ni el establecimiento de un nuevo orden social, las condiciones del mejoramiento del bienestar humano.

No es, pues, ni individualista ni socialista. Es ecléctico, como los hombres de las grandes épocas, cuando las teorías y las especulaciones se sumergen en la vida y en las cosas, para incorporarse a la realidad, que es ecléctica. En la sociedad, en el estado y en la economía que él presiente en el porvenir se asocian el liberalismo ético y la consideración de las necesidades y de las aspiraciones sociales.

Para mejorar el bienestar social, para reparar las pérdidas causadas por la guerra, para aplacar la lucha social, será necesario, entre otras reformas, sustituir la economía anárquica del capitalismo por una economía orgánica, que somete a un plan armónico todos los factores de producción. Con los medios ahora disponibles se podrá aumentar la producción y hacer bajar los precios, elevar el rendimiento y abreviar la duración del trabajo.

Pero esto solo no es bastante. El aumento de la producción y el bienestar material no darán la paz a la sociedad mientras no se contenten las aspiraciones del espíritu y no se abran todas las posibilidades de la vida a todos los hombres. Esta sociedad en la que los privilegiados de la educación y de la riqueza extrañan a enteras clases sociales, y condenan a hermanos de la misma raza a una vida de esclavitud, indigna e ingrata, deberá desaparecer, suprimida por otra, que dará a cada uno la posibilidad y la responsabilidad de elegir la profesión y la vida que le convienen. La existencia colectiva no encuentra su verdadera expresión, la sola digna de ella, sino en una comunidad bien amalgamada y que repose sobre el principio de la solidaridad, de la responsabilidad y de la confianza recíproca.

A esta reorganización social corresponderá la igualdad y la cooperación entre las naciones. El nacionalismo tramonta. En el porvenir un nuevo trabajo. Los bienes materiales y los intereses serán comunes. A los que le reprochan esta utopía, responde: "No es que yo funde esta esperanza sobre la utopía que da a la vida humana una finalidad y un valor".

Una nueva justicia acabará por imponerse en las sociedades vinculadas por un ideal de solidaridad y de elevada justicia. La economía no será asunto privado sino colectivo. El despilfarro de fuerzas, de materias y de trabajo, las acciones inútiles, la producción de objetos frívolos, ridículos y dañinos, los emolumentos adquiridos en la ociosidad, constituirán entonces injusticias hacia la comunidad. Todos los hombres

válidos deberán trabajar. El trabajo dará derecho a tomar parte activa en las deliberaciones comunes. Dará una regla y no una sujeción. El consumo de los bienes no será una cuestión de capricho. Deberá elevar el sentimiento de la vida, la energía y la inteligencia, en lugar de envilecer al hombre y dañar a la comunidad. Todos los hombres participarán en las distintas divisiones del Estado. La dirección será confiada a los más capaces, que gozarán de confianza ilimitada. No habrá elecciones agitadas, sobre programas confusos y aéreos, sino selección en el círculo estrecho y viviente del trabajo en común. El estado será dirigido por capacidades técnicas y no por políticos, aficionados e intrigantes.

Tales son algunas de las concepciones de este extraordinario animador de ideas, que supo inspirar proyectos, sugerir planes, suscitar experiencias, elaborar programas de una nueva organización económica y social. Fue de las raras individualidades surgidas del infierno de la guerra, a quienes no logró sofocar el ambiente gris y nivelador, que difundieron la disciplina del cuartel y la mediocridad de la escuela y de la ciencia burocrática.

Ginebra, 1922

Los Estados Unidos de Europa

Locarno, la pintoresca ciudad suiza tendida al pie de los Alpes y en las riberas del Lago Mayor, será considerada un día, si se realizan los propósitos manifestados en Londres, en el acto de la ratificación de los tratados que llevan su nombre, como la cuna de los Estados Unidos de Europa.

Los estadistas que tomaron parte en la ceremonia londinense estuvieron unánimes en considerar los tratados de Locarno como el comienzo de una nueva era europea. Especialmente significativas fueron las declaraciones de los representantes de Francia y Alemania, señores Briand y Stresemann, quienes reconocieron la solidaridad y la identidad del destino histórico del conjunto europeo y afirmaron el propósito de adecuar a esta situación sus relaciones internacionales.

Hasta ayer, los proyectos de unión europea fueron intentos aislados que nunca desembocaron en la corriente de la historia. Hoy ese pensamiento es más que un ideal, es una idea-fuerza capaz de dominar los acontecimientos de la época, porque la favorecen e imponen las tendencias actuales y profundas de la vida política, económica, social e intelectual. Las aspiraciones y las necesidades colectivas, aquí en Europa, superan las fuerzas de las pequeñas patrias surgidas en los siglos pasados, con tareas restrictas y han desbordado y están borrando las fronteras nacionales. Las comunicaciones y otros factores de unificación son todavía impotentes para hacer de la Tierra una patria única, pero las grandes agrupaciones de pueblos son o serán muy pronto una realidad.

La Paneuropa va a ponerse en marcha. El instinto infalible de las masas invoca su advenimiento, y los hombres responsables de las diferentes naciones convienen en que no será posible mantener en el mundo las posiciones actuales de sus patrias sin una agrupación formal de las fuerzas del Continente. Las declaraciones de Londres han confirmado solemnemente esa convicción, la cual solo niegan ciertos nacionalistas impenitentes, que se muestran sordos a todos los reclamos de la realidad. En casi toda la opinión europea la acogida ha sido favorable. Aún en la de este país, que es magna parte de un vasto imperio, dentro del cual hay posibilidades de vida autónoma, que podría reclamar un destino independiente del destino de Europa, y que hasta ayer se esforzó en mantener su “espléndido aislamiento”. Así, en el *Observer*, el órgano tal vez más autorizado del periodismo británico, su director, señor Garvin, termina con las siguientes palabras su editorial del 13 de diciembre:

“Los observadores alertas, los que tienen ojos para ver lo que los acontecimientos están promoviendo y juicio para apreciar su significación, se dan cuenta de que ha comenzado ya el lento creador irresistible impulso hacia una forma cualquiera de los Estados Unidos de Europa”.

La transformación realizada en los últimos siete años ha sido considerable. Terminada la guerra, los vencedores conservaron, como era natural, la intransigencia feroz de los campos de batalla, y no supieron o no pudieron reanudar anteriores colaboraciones. El Tratado de Versalles y los otros tratados de paz prolongaron los bandos y las divisiones de la lucha. Los nacionalismos se acentuaron hasta el paroxismo y la unión europea pareció más que nunca irrealizable.

Pero aun en los días turbios, Keynes, y otros pensadores previeron el perjuicio inmenso que resultaría para el conjunto europeo de la persistencia del espíritu de Versalles. Sus advertencias contribuyeron a aclarar una situación, que las experiencias dolorosas de la aplicación de los

tratados de paz, las reivindicaciones de las masas proletarias y el nuevo espíritu impuesto por la Sociedad de las Naciones, debía transformar profundamente.

La crisis monetaria y el empobrecimiento de Alemania, Austria, Hungría y demás vencidos de la guerra, trajeron tales perturbaciones en la vida económica y social de los vencedores y de los neutrales, que la tesis de la solidaridad europea convenció a muchos renuentes. Quedó confirmado, por otra parte, que las guerras entre europeos no son buenos negocios, pues el botín fue absolutamente inadecuado para reparar inmensas destrucciones de riqueza, y las indemnizaciones no compensaron, sino en mínima parte, las pérdidas causadas en la vida económica de los países acreedores por la ruina de los vencidos y la consiguiente disminución de su actividad industrial y su comercio.

El pueblo menudo, que fue en los dos bandos, el actor silencioso pero prominente del trágico drama, hermanado por idéntica contribución de sangre y de dolor, por las desilusiones de la paz y por la inutilidad del sacrificio, debía reclamar y reclamó, en efecto, contra los egoísmos y los prejuicios de las minorías privilegiadas, la paz que los gobiernos prometieron, como alivio y estímulo, en el infierno de las trincheras. Fueron los partidos socialistas los que interpretaron, sin duda, en la política internacional, las aspiraciones profundas de los pueblos y contribuyeron en mucha parte a imponer una política generosa con los vencidos, capaz de asociarlos en obras de paz y de evitar la repetición de la desastrosa experiencia.

Más potente que la voz de los pueblos y las invocaciones de los pacifistas, el factor decisivo acaso, ha sido la Sociedad de las Naciones. Sin este instrumento de internacionalización la transformación europea no se habría efectuado o habría sido lenta e incierta. Su creación fue acogida con escepticismo y desconfianza. El mundo la consideró organismo

débil, incapaz de toda audacia y, al mismo tiempo, institución casi diabólica, continuación de la coalición triunfante, mero órgano de liquidación de la victoria. Pero muchas veces no hay nada que ayude tanto como la mala reputación. La Sociedad de las Naciones, en circunstancias difíciles, hubo de ser muy circunspecta, casi no se hizo sentir como institución política, y concentró toda su actividad en cuestiones técnicas aparentemente inofensivas. Los problemas económicos, financieros, de transportes, sociales, humanitarios, intelectuales, fueron examinados y documentados metódicamente, en su aspecto global, haciendo abstracción en lo posible de consideraciones políticas. Naturalmente, todas estas avenidas conducen a la política, y una conclusión de gran importancia política se ha venido desprendiendo de esa documentación y de ese análisis: casi todos los problemas económicos, sociales, etc., de los países europeos, no tienen y no pueden tener sino soluciones que contemplen el conjunto europeo o mundial. La restauración económica de Austria ofrece una confirmación elocuente de esta tesis. Los peritos nombrados este año para estudiar los remedios de la crisis que, a pesar de la reconstrucción financiera, persiste en aquel país, declaran en su informe que no existen remedios austríacos y que la cura ha de ser europea. Así, la Sociedad de las Naciones, al estudiar ciertos problemas y formular soluciones de carácter continental o mundial, ha contribuido grandemente a la creación del patriotismo europeo.

Indudablemente los Estados Unidos de Europa no son un mito. Ya la idea no es cómica. Pero, sin embargo, las resistencias que será necesario superar son enormes. Será indispensable borrar recuerdos de luchas milenarias, odios profundos de religión y de raza, prejuicios e incomprendiones tenaces, modificar el actual estatuto político. La tarea es inmensa. En la opinión de muchos la historia documenta la imposibilidad de realizarla. La cosa podría subsanarse olvidando la historia, lo que, sin embargo, no será necesario, porque ella documenta todo lo que se

quiera. La creación de las nacionalidades europeas, sobre todo de Suiza, de Alemania y de Italia, son datos históricos. Ahora bien, la creación de tales Estados no parece haber sido en su tiempo menos difícil de lo que parece hoy la de los Estados Unidos de Europa.

Hay, pues, factores activos de unificación y la tarea no parece irrealizable desde el punto de vista histórico. Profetas anuncian ya que esa tarea ocupará los futuros genios de Europa. Con todo, la evolución sería lenta sin la ayuda de presiones externas que trabajan por unificar su economía y su política exterior. Tales presiones están ya en acto.

Va creciendo la convicción de que solo una Europa unida podrá mantener su puesto en la economía mundial. Rathenau, el gran judío alemán notaba, antes de su muerte, que había pasado la edad de la concurrencia y del liberalismo económico, y que colaboración y coordinación eran las dos palabras de orden. La especialización industrial, la organización racional de la producción, en fin, el rendimiento óptimo del trabajo, no son posibles hoy sino en el interior de vastas colectividades. Excepto ciertos casos de monopolio, ninguna industria de exportación puede ser al mismo tiempo sólida y conquistadora sin un gran mercado interior. Sin una nueva organización económica que destruya las barreras que dividen y anulan las fuerzas de Europa, esta deberá ceder sus posiciones a los Estados Unidos y al binomio chino-japonés, en formación.

La unión parece igualmente indispensable en el campo político. El continente europeo gobierna o tutela casi todo el mundo de color y los países nuevos aptos para absorber su población exuberante. Se trata de países inquietos, dinámicos, cuyas veleidades de autonomía prosperan, situados principalmente en la zona peligrosa del Pacífico, el campo en donde van a encontrarse las opuestas ambiciones de las razas blanca y amarilla. El despertar de los pueblos orientales, la difusión de la técnica europea en Asia y en América, la concentración en estos

dos continentes, como consecuencia de la Gran Guerra, de los metales preciosos, en una palabra, el traslado allí de los valores materiales de la civilización, hacen de ellos los señores de los placeres y de la guerra, y del Pacífico el teatro más interesante de la historia en lo que queda del siglo XX. Una Europa unida podrá hasta evitar los conflictos que se preparan. Pero si las contiendas interiores siguen restando sus mermadas energías, sus posesiones lejanas serán el botín de los Estados Unidos o del Japón, quedarán perdidos para siempre los territorios abiertos a sus inmigrantes, y, sin el diversivo de una tarea y de una responsabilidad imperiales, vendrá el período de las revoluciones extenuantes, el retorno a las edades bárbaras, la colonización por algún Atila chino.

Pero Europa comienza a darse cuenta de los peligros. La unión se hará porque su necesidad la dicta el instinto de la vida. Entonces comenzará una nueva primavera humana sobre este suelo que ha visto tantas.

Saludemos con simpatía la idea generosa de la unión. Europa es el hogar de la civilización occidental y el asiento de muchas fuerzas que todavía la dirigen e impulsan. Unificada y potente, puede ser precioso factor de equilibrio en la política mundial, estímulo inapreciable de nuestra prosperidad económica y de nuestra formación espiritual. Más todavía. Un ejemplo convincente que puede ayudar la realización de la unión de los pueblos latinos de América, que fue la idea más trascendental y la más alta del genio de Bolívar.

Londres, diciembre de 1925

Capítulo segundo

Temas sobre economía general

“Ninguno necesita más que nuestro país, previsión, método y establecer sobre bases muy sólidas su vida económica. Si Venezuela quiere mantener su autonomía económica, que es la condición de su independencia política, es imprescindible que se prepare a controlar las actividades de los hombres y de los capitales que seguirán acudiendo a sus playas, de acuerdo con el plan que demandan sus necesidades y sus ideales”.

ALBERTO ADRIANI

La primera etapa de una política económica

El mundo ha entrado en un período de sorprendente actividad, y la América Latina, especialmente la comprendida en los Trópicos, será el campo en donde esa energía va a manifestarse con mayor amplitud y vigor. Por ello, nuestros países están llegando a una encrucijada de su vida histórica, y los años próximos van a ejercer una influencia decisiva durante toda una época de su porvenir.

Factores de orden mundial y continental se conjugan para empujar hacia adelante a nuestra América. El mundo occidental está hoy animado del mismo ardor de reconstrucción y de la misma energía nerviosa y agresiva que siguieron siempre a las grandes guerras assoladoras. Esta vez la fiebre no perdona al Oriente, y el planeta presencia el despertar de las inmensas multitudes asiáticas, impacientes de jugar un papel en los destinos del mundo, respondiendo al fin a los esfuerzos voluntarios y a veces inconscientes que durante más de un siglo hizo el Occidente para sacarlas de su aislamiento y su letargo. Pero es en la América misma en donde está el hogar de las fuerzas más dinámicas e invasoras: los Estados Unidos, concentración de vigorosas energías humanas y de los recursos de una naturaleza pródiga, pueblo el más representativo del nuevo espíritu de Occidente, en donde están surgiendo las nuevas formas de la civilización occidental, de la civilización faustiana de que nos habla Spengler.

El esfuerzo de Europa para reparar las destrucciones de la guerra, que demanda un campo de acción y de empleo de sus superabundantes energías humanas; el despertar del Asia, con propósitos de rechazar

primero la dominación o la tutela del Occidente y de luchar después con él por la conquista de las tierras que se ofrecen a su expansión; la política inmigratoria y económica de los Estados, que cierra su territorio y sus mercados a los hombres y a las industrias del Viejo Mundo, y obliga a sus capitales exuberantes y a sus industrias expansivas a emprender la conquista de los mercados extranjeros, todo impone al mundo la necesidad de buscar nuevos territorios que pueda poblar y explotar.

Las circunstancias históricas obligan al mundo a dirigirse hacia la América tropical. Y he aquí que la ciencia viene en ayuda de la necesidad. Los esfuerzos realizados para vencer las dificultades que habían impedido hasta ahora al hombre blanco o de color mantener en los trópicos su vitalidad y la plena eficiencia de sus energías, han tenido el éxito más halagador. La experiencia de Australia en Queensland; el mejoramiento radical de las condiciones sanitarias en Cuba, Panamá, Puerto Rico, Filipinas y las colonias británicas y holandesas; el perfeccionamiento de los mecanismos para regular la temperatura y la humedad del aire, que ha permitido el rápido desarrollo industrial del Sur de los Estados Unidos, son ejemplos concluyentes del suceso de la ciencia. Investigaciones nuevas en materia de alimentación, sobre los efectos de los cambios periódicos del clima en el mantenimiento de la energía, etc., prometen nuevos desarrollos en el sentido de mejorar las condiciones de habitabilidad del trópico.

Las circunstancias históricas y la afortunada intervención de la ciencia se combinan para hacer que el mundo contemple nuestra América como la principal zona abierta a la inmigración de los hombres y de los capitales y como el mercado de mayor potencialidad de sus industrias.

La inmigración de hombres y de capitales, que se intensificará progresivamente va a favorecer el progreso de todo el Continente, aun cuando este será más rápido en las regiones que primero soliciten la atención del mundo. Venezuela es una de esas zonas, gracias al período de paz que

atraviesa, el más prolongado de su vida independiente, a la situación floreciente de su hacienda pública, y a la explotación de sus campos petrolíferos, que según la opinión de técnicos eminentes, son los más ricos del mundo.

Es oportuno que estudiemos la mejor manera de aprovechar nuestra popularidad mundial, la prosperidad, que podría ser pasajera, traída por el auge de nuestras industrias extractivas, a costa de la decadencia de nuestra agricultura, con el designio de edificar las bases de nuestra prosperidad permanente. Para ello habremos de comenzar por encuadrar todos nuestros recursos materiales y humanos dentro de las líneas de un programa que responda a nuestras necesidades y a nuestros ideales nacionales. Es decir, debemos adoptar una política económica. Como lo afirmó hace meses Mr. Hoover, el eminente secretario del Comercio de los Estados Unidos, sería fatal abandonar a sí mismas las fuerzas económicas de un país; permitir que las energías privadas, casi siempre incapaces de percibir y renuentes en respetar el interés colectivo, lleven a cabo, sin control alguno, la explotación de los recursos naturales, las vías de comunicaciones y muchos otros actos económicos que afectan toda la colectividad. Una política económica debe responder a la necesidad de resguardar los intereses colectivos, estimulando a la vez las energías privadas. Es la condición indispensable de la máxima productividad del esfuerzo general y del desarrollo equilibrado y metódico del organismo económico. “Cada, día se hace más necesario, dice Albert Thomas, director de la Oficina Internacional del Trabajo, que los pueblos tengan una política consciente, basada sobre ideas y ejecutada con energía y tenacidad. El porvenir pertenecerá a los pueblos que sabrán reflexionar y sabrán querer”.

Se trata para nosotros de formular un programa que, en sus grandes líneas, nos señale la ruta durante un largo espacio de tiempo y nos asegure las ventajas de la continuidad del esfuerzo. Tal programa no podría

formularse sin previo y cabal estudio, por parte de una Comisión de técnicos idóneos, de los diversos aspectos de nuestra vida económica: suelo, subsuelo, clima, flora, fauna, agricultura actual, industria, población, etc. La misma Comisión formularía las consideraciones que estime oportunas y que servirían de base al Gobierno para formular el programa definitivo. Este estudio es indispensable para que podamos resolver con buen éxito los problemas capitales de nuestra vida económica: la conservación de nuestros recursos naturales, la inmigración de hombres y de capitales, el aprovechamiento de nuestros cursos de agua y la diversificación e industrialización de nuestra agricultura.

El método es racional y lo prestigian numerosos ejemplos afortunados. Desde hace varias décadas lo practican en África, en Asia y en Oceanía las potencias colonizadoras europeas, especialmente Inglaterra. Los Estados Unidos lo están aplicando con resultados admirables en cuestiones parciales. En una obra reciente y ya clásica (*The Dual Mandate in British Tropical Africa*, Londres 1922), F.D. Lugard expone el aspecto económico de la política colonial británica. La actividad colonizadora inglesa comienza por un trabajo de exploración del territorio, de estudio de los diversos aspectos de su geografía humana: geología, clima, fauna, flora, habitantes, etc. Después viene la definición de una política económica y la creación de las instituciones de experimentación para la agricultura, la selvicultura, la veterinaria, la geología, con laboratorios y órganos de instrucción y propaganda, destinadas a ayudar a la realización del programa. El trabajo se facilita con la experiencia de la administración colonial inglesa y de instituciones admirablemente dotadas, como el Instituto Imperial Británico y organizaciones auxiliares y asociadas.

El método ha tenido, según lo afirma F.D. Lugard, admirables resultados en la India y en las demás colonias. Es gracias a esa técnica

colonizadora que los ingleses han podido desarrollar con facilidad y rapidez ciertos cultivos en sus colonias, arrebatando posiciones a países americanos y procurando riqueza a sus dependencias. La península de Malaca ocupa el primer puesto en la producción del caucho, la Costa de Oro en el cultivo del cacao; Nigeria en las nueces de coco, y la India y el Egipto uno muy importante en el algodón. Actualmente se ocupan en desarrollar el café en Kenia, el sisal en Uganda, y el algodón y otros productos tropicales en sus demás colonias.

Un nuevo ejemplo prestigia el método. Australia, tal vez la más vigorosa y cumplida de las democracias salidas de la cepa anglosajona se ha decidido a adoptarlo, y a gobernar, de acuerdo con un programa de grande envergadura, la evolución de todos los aspectos de su vida económica. Débilmente poblada, poseedora de tierras ricas e incultas, que codician las poblaciones apiñadas y miserables que bordean el Pacífico. Australia siente la necesidad de establecer su vida económica, como lo ha venido haciendo con su vida política y social, sobre las bases más sólidas y estables. Al regresar de la reciente Conferencia Imperial de Londres, Mr. Bruce, el joven y enérgico primer ministro australiano, ha anunciado el propósito del Gobierno de constituir una Comisión de ocho miembros, nacionales y extranjeros, encargada de formular la política económica del *Commonwealth*. Se trata de planear el desarrollo de todo un continente en sus diversos aspectos, agricultura, industria, comunicaciones, aprovechamiento de las aguas, colonización, etc. La prensa yanqui elogia unánimemente esta decisión, a la cual ha contribuido sin duda la experiencia de los Estados Unidos y recuerda el inmenso despilfarro de riquezas que estos sufrieron por falta de previsión, de método, de continuidad, y a causa del olvido del interés general en la explotación de los recursos naturales, en la construcción de las vías de comunicación y en las grandes obras públicas.

Aprovechemos el ejemplo de Australia. Ninguno necesita más que nuestro país previsión, método, y establecer sobre bases muy sólidas su vida económica. Si Venezuela quiere mantener su autonomía económica, que es la condición de su independencia política, es imprescindible que se prepare a controlar las actividades de los hombres y de los capitales que seguirán acudiendo a sus playas, de acuerdo con el plan que demandan sus necesidades y sus ideales. La obra de la Comisión de investigación y de estudio es el primer paso en tal sentido. La realización de esta primera etapa hará más seguro el glorioso destino de Venezuela, que hoy afirma principalmente nuestra fe invencible.

Junio, 1927

Un sistema nacional de comunicaciones

El mundo actual es extraordinariamente peligroso para los pueblos indolentes, retrasados, que en vez de seguir los caminos reales de la historia se internan por sus veredas y viven sin método, sin honorabilidad, sin audacia y sin gloria. Ayer pudo ser más o menos fácil para un pueblo permanecer aislado y vivir su vida, una vida cualquiera. Los otros pueblos no estaban vitalmente interesados en sus vicisitudes, ni los afectaba su destino. Solo se interesaban en su suerte cuando podían conquistarlo sin fatiga y realizar un buen negocio. En el mundo actual, que han unificado el rápido navío a vapor, el ferrocarril, la aeronave, el automóvil, el telégrafo, el teléfono, el transporte de energía a largas distancias y las grandes empresas económicas y financieras —para citar solo los principales agentes de unificación— el aislamiento es imposible, la vida de un pueblo interesa inevitablemente a la sociedad de las naciones, y si un país quiere tener derecho a la consideración de los otros, debe conducirse como se conducen los hombres de la buena sociedad.

En un mundo cuya unificación se perfecciona incesantemente no es de extrañar que el viejo concepto de soberanía vaya perdiendo su vitalidad, a tiempo que se afirman el concepto de la solidaridad internacional y la doctrina de la cooperación. Los teorizantes y los cruzados del nuevo orden sostienen que los intereses de la comunidad internacional deben prevalecer sobre los intereses egoístas de la nación. Sobre la base de este postulado determinan, por ejemplo, que los recursos naturales deben tenerse y explotarse por cada pueblo como si fueran patrimonio común

de la humanidad. Esta doctrina no es sino la racionalización de la ley formulada por primera vez por el capitán A.T. Mahan, en su libro *The Problem of Asia*, que dice:

“La pretensión de una población indígena para retener indefinidamente el control del territorio que ocupa no se basa en un derecho natural, sino en su capacidad para desarrollarlo de manera de asegurar el derecho natural del mundo a que sus recursos no permanezcan baldíos sino que sean utilizados en provecho general”.

Teoría que, según el decir de sir Arthur Keith, el eminente antropólogo inglés, ha justificado, consciente o inconscientemente, las conquistas y los imperialismos desde los comienzos más remotos de la historia.

En virtud de estos desarrollos los pueblos están hoy sujetos a presiones internacionales difíciles de rechazar, y amenazados por un imperialismo más sutil, más discreto y menos áspero que el pasado. La ocupación militar no será ya más la primera fase de ninguna conquista. Es muy posible que en las conquistas del futuro no ocurra nunca un desembarco de soldados. Ciudadanos de un país poderoso, “guerrilleros” por propia cuenta o al servicio de grandes empresas, protegidos diplomáticamente, armados de poderosos medios financieros y experiencia técnica, llegarán a otro país de ciudadanos menos garantizados y pobres de capital y de técnica, e irán ganando poco a poco el control de su crédito, de sus fuentes de energía, de sus tierras y de sus minas más ricas, en una palabra, de sus empresas más productivas, hasta dejar conquistados, en una batalla sin sangre y sin escándalo, todos los puntos estratégicos de su organismo económico. Entonces la conquista será completa y para mantenerla solo serán necesarias algunas presiones discretas y oportunas.

Los países de la América Latina corren, evidentemente, peligros que pueden o no materializarse según sea su conducta.

Dónde están y cómo se remedian las deficiencias

Tenemos que admitir que, comparados con los Estados Unidos de América y otros pueblos que marchan a la vanguardia de la humanidad, los pueblos latinoamericanos muestran décadas y a veces siglos de retraso, sobre todo en los dominios de la ciencia, de la técnica y de la economía. La tarea de nivelación es difícil, porque es menester saltar las etapas para equipararse con los pueblos avanzados y seguirlos en su marcha. Ello no es posible sino con los mismos objetivos, la misma tenacidad, mayor previsión y mejor método que los que han puesto en práctica los pueblos que se trata de emular. Y es necesario convenir en que hasta ahora la historia de los pueblos latinoamericanos casi no exhibe sino empirismo, improvisación y soluciones de continuidad en su acción colectiva. Situados en un mundo dominado por la ciencia experimental, la técnica y la economía, la inteligencia y la voluntad de sus clases dirigentes se ejercieron de preferencia en la poesía, la literatura, las llamadas profesiones liberales y la política. Sus más distinguidos investigadores y hombres de ciencia, sus grandes técnicos, sus grandes banqueros, sus grandes industriales, sus grandes comerciantes, fueron en su mayor parte extranjeros. Es preciso que el espíritu de nuestros países se adecúe al espíritu de la época y a nuestras necesidades, y que la inteligencia y la voluntad de sus habitantes se movilicen hacia finalidades prácticas.

Para conseguir el óptimum de eficiencia y evitar todo despilfarro de energías, al afrontar los grandes problemas técnicos, es necesario allegar antes todos los hechos e informaciones que de alguna manera se relacionen con ellos y someterlos al estudio minucioso de expertos, en vista de la formulación de planes nacionales, que puedan realizarse con método y continuidad. Las grandes naciones modernas nos han enseñado ese método de plantear y resolver difíciles problemas técnicos. Podríamos citar numerosos ejemplos. Cuando el gobierno de Italia, después de las

guerras de independencia, va a afrontar los problemas del Mediodía de la Península, comienza por crear una comisión de investigación, la cual publica el resultado de sus estudios en la famosa relación de la encuesta sobre las condiciones del Mediodía, que presenta la cuestión en todos sus aspectos y prepara la solución.

Cuando Francia, después de la desgraciada guerra del 70, se apresta a emprender su reconstrucción, encarga comisiones de expertos del estudio de los varios problemas, entre las cuales la comisión de Freycinet que formuló los principios y la política sobre el desarrollo de las vías fluviales francesas, en coordinación con los demás sistemas de transportes. Cuando Alemania, en la primera década del presente siglo, se propone realizar la reforma tributaria, la hace preceder del estudio de una comisión integrada por financistas eminentes, publicado en cuatro volúmenes en 1908, en el cual se expone la historia económica y financiera del Imperio y de los Estados confederados, se estudian sus actuales condiciones y se las compara con las de los demás países, en vista de su eventual reforma. Los Estados Unidos de América hicieron preceder la formulación de su política colonial, después de la guerra con España, de su política industrial, de su política inmigratoria, de su política bancaria, de su política tributaria, de su política de conservación de los recursos naturales, etc., de poderosos estudios de comisiones de expertos. El actual Presidente de los Estados Unidos ha creado docenas de tales comisiones. En la Gran Bretaña la comisión técnica es parte esencial del proceso legislativo. Merecen citarse dos ejemplos recientes: el de la comisión Simon, que preparó con sus minuciosos estudios la resolución del vasto y complicado problema de la reorganización política de la India; y el de las dos comisiones enviadas al África oriental inglesa, en vista de la reorganización política y de la formulación de un plan general de comunicaciones de las posesiones inglesas del Océano Índico. Es conocida de todos la obra realizada en muchos países por

Kemmerer y sus comisiones de expertos. Colombia organizó en 1929 el Consejo Nacional de Vías de Comunicación integrado por expertos de reputación internacional, con el mandato de formular un plan para el desarrollo de sus vías de comunicación. La nueva Rusia ha regularizado el método. El Gosplán, cuyas realizaciones han llenado de admiración y de inquietud al mundo, está encargado de estudiar y formular planes para el desarrollo de todos los aspectos de la vida nacional rusa. Otro ejemplo notable lo ofrecen las comisiones técnicas permanentes de la Sociedad de las Naciones, cuyos estudios y actividades tanto han hecho para prestigiar la gran organización internacional.

Estos ejemplos y otros muchos que podrían citarse, en realidad no agregan nada a lo que nos dice o debería decirnos el sentido común. Los problemas técnicos son demasiado complicados, envuelven aspectos que forzosamente escapan a la comprensión del ciudadano ordinario y solo pueden ser confiados a mentes expertas. Si un país no tiene la fortuna de poseerlas, debe buscarlas en donde las hay. Algunos opinan que eso de buscar expertos extranjeros es humillante. Pero, en realidad, nunca es humillante aprender lo que no se sabe. Lo que es ciertamente humillante, y en muchos casos sumamente perjudicial, es hacer las cosas mal, aun cuando podamos aducir en nuestra ayuda la excusa del patriotismo. El método de resolver los problemas técnicos mediante el previo estudio y las recomendaciones de expertos, se ofrece a los países latinoamericanos que quieran afrontar y resolver con buen éxito sus problemas económicos y sociales.

Un sistema nacional de comunicaciones

Uno de los problemas técnicos más importantes es el relacionado con las comunicaciones, materia que está vinculada a aspectos primordiales del desarrollo nacional de nuestros países.

La importancia que las comunicaciones tienen en la vida política, económica y social de un país ha sido ampliamente estudiada¹. Un escritor francés, Ed. Demolins, ha estudiado en su libro “*Comment la route crée le type social*”, las rutas naturales y su influencia en la historia de los pueblos. No sin razón exclama Demolins, en expresión que envuelve evidente paradoja: “*Oh! qu’il est important pour un peuple d’avoir bien su choisir sa route*”.

Un sistema de rutas fue siempre el gran agente de segmentación política de las naciones y de los imperios. En realidad, un sistema de rutas es el indicio más seguro de posesión de un territorio, de tal manera que ha podido con justicia decirse que una nación comprende los territorios que abarca su sistema de rutas. La Vía Regia, que conducía de Persépolis a Sardis, en el antiguo Imperio Persa, la vasta red de calzadas del Imperio Romano; los ferrocarriles transcontinentales de los Estados Unidos y del Canadá; el Great Trunk Road, en la India; el Transiberiano en el Imperio Ruso, son ejemplos de rutas que estructuraron varios territorios y los incorporaron a conjuntos nacionales e imperiales. Por ello las rutas estuvieron siempre asociadas a serios esfuerzos de penetración y a tentativas afortunadas de colonización.

Las rutas ejercen decisiva influencia en la vida económica. Marcan los sitios donde se levantan las ciudades y surgen los grandes centros de producción, y los puntos por donde pasa el eje de la población y de la riqueza de un país. Extienden el área y aumentan el volumen de los in-

[1]_ El estudio de las rutas es uno de los principales objetos de la geografía humana, ciencia que cuenta con eminentes representantes en Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos de América. Para el presente estudio hemos consultado al respecto: P. Vidal de La Blache, *Principes de Géographie Humaine*, París 1922, p. III; Jean Brunhes, *La Géographie Humaine*, París, 1925, ch. 3, vol. I; Jean Brunhes et Camille Vaillaux, *La Géographie de l’Histoire*, París, 1921, ch.8; Lucien Febvre, *La Terre et l’évolution humaine*, París, 1922, p. VI, ch. 2, Isaiah Bowman, *The New World*, Nueva York, 1928, y Ellsworth Huntington, *The Pulse of Progress*, Nueva York, 1926.

tercambios comerciales, porque intensifican la producción en las zonas activas, abren a la explotación las tierras y recursos baldíos, promueven la división del trabajo, circunscribiendo cada industria agrícola o fabril a la zona más favorable y acrecen, en fin, la productividad y la eficiencia de las poblaciones.

No es menor la influencia social de las rutas. Resuelven todas las gentes que se encuentran a su vera y las amalgaman en un tipo común. Realizan su unidad espiritual, porque aún todavía hoy es por ellas por donde le llega a la mayoría las noticias y los ruidos del mundo, las ideas y las leyendas que mueven sus pasiones y ponen al unísono el diverso ritmo de sus voluntades.

Es evidente que para formular un plan de comunicaciones deben tomarse en consideración las múltiples influencias que ejercen las rutas. Sería impropio que las trazáramos al acaso, insuficientes y descoyuntadas, o que las fijaran los intereses locales, exclusivistas y miopes. Solo debe fijarlas la amplia y detenida visión de los intereses nacionales. No solo esto. En Venezuela todo plan de comunicaciones debe suponer su integración con los sistemas continentales. Nuestro país tiene la vocación continental. Porque es la cabeza de puente de la América del Sur; porque a sus playas arribarán los tráficos encaminados a la región central de la América Meridional, por la vía maestra de su producción²; porque el Orinoco es el brazo norteño de ese vasto sistema de comunicaciones fluviales —potencialmente el primero del planeta— formado por este, el Amazonas y el Plata. Si la geografía no bastara a imponerla, esa vocación continental contaría en Venezuela con la fuerza de una tradición histórica, que comenzó el día en que nuestros ejércitos traspasaron nuestras fronteras para ir a libertar pueblos y quedó sellada con la gloriosa jornada de Ayacucho.

[2]_ Juan A. Briano. *Ferrocarril Intercontinental Panamericano. Sus nuevas orientaciones*, Buenos Aires, 1927.

La elaboración de un plan de comunicaciones no es, pues, posible sino después de un estudio detenido y concienzudo de nuestra geografía económica, de la historia de nuestras comunicaciones, de las experiencias de países de condiciones más o menos similares a las nuestras, del grado de evolución que han alcanzado los diversos medios de transporte y de nuestras aspiraciones. Por nuestra parte, nos limitaremos a expresar breves consideraciones sobre algunos de los puntos que parecen requerir maduro estudio.

Coordinación de los medios de transporte

Un sistema de comunicaciones, para conseguir el óptimum de eficiencia y de economía, debe ofrecer la coordinación más completa. Las últimas décadas han visto cambios revolucionarios en los medios de transporte. Las carreteras están haciendo victoriosa concurrencia a los ferrocarriles en todas partes. Los transportes aéreos se han convertido en un medio de comunicación regular, aun cuando no es posible todavía determinar su puesto en el conjunto de los medios de comunicación. Las comunicaciones fluviales han tomado nueva vida, sobre todo en países como los Estados Unidos, después de haber sido completamente supeditados por el ferrocarril. En el campo de las comunicaciones ferrocarrileras, la electrificación, la construcción de locomotoras veloces y de singular potencia y las consolidaciones han traído cambios dignos de estudio³. La opinión que parece prevalecer hoy entre los economistas es la de que las

[3]_ De Alemania nos viene la noticia de un invento, el “Zepelín sobre ruedas”, capaz de una velocidad de 100 o más millas por hora, que en la opinión de los expertos permitirá al ferrocarril competir victoriosamente con el aeroplano y el ómnibus automóvil y revolucionará las comunicaciones ferrocarrileras. La nueva invención representa años de trabajo del doctor Franz Kruckenberg y un equipo de expertos del Laboratorio Experimental del Tráfico de Hánover, en cooperación con los ferrocarriles del Estado alemán. Véase “Fast German Rail-Car, open new vistas of Transportation”, por Kendell Foss, en *The New York Times*, del 9 de noviembre de 1930.

vías fluviales son las más económicas, particularmente adaptadas para el transporte de productos agrícolas y materias primas de poco valor; que el ferrocarril es el medio más adaptado para los grandes tráficos y las grandes distancias, en la mayoría de los casos, la vía troncal por excelencia; que la carretera es el más económico, el más cómodo, el más autónomo y el más eficiente de los medios de comunicación, cuando se trata de pequeños y medianos tráficos, y aun en el caso de grandes tráficos, cuando se trata de distancias que pueden recorrerse en un día —el ideal para las vías secundarias y de alimentación; y, por último, que los transportes aéreos se anuncian como especialmente adaptados para el transporte de correspondencia, ciertas categorías de pasajeros y mercancías costosas, casos en los cuales la consideración del costo del transporte no es la dominante.

El puesto que cada uno de estos medios de transporte deba tener en un sistema nacional de comunicaciones, no podrá determinarse definitivamente sino a la luz de los estudios que hemos apuntado.

Construcción y explotación de las vías de comunicación

¿A quién deben pertenecer las vías de comunicación y quién debe explotarlas?

La cuestión ha sido muy debatida, aun cuando la discusión solo se limita a algunos de los medios de transporte. Todos admiten hoy que las vías fluviales y las carreteras deben ser acondicionadas y construidas por el Estado. En materia de ríos y de canales la práctica es general. En lo tocante a carreteras se cuentan excepciones, pero la experiencia favorece la construcción por el Estado⁴. La discusión concierne a los ferrocarriles y las vías aéreas, aun cuando hay unanimidad en lo que

[4]_ “Economía Vial”, por A. J. Brosseau, vicepresidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos. Boletín de la Unión Panamericana, octubre de 1929.

atañe a la oportunidad del control por el Estado de empresas privadas que exploten dichos medios.

La explotación de los ferrocarriles por el Estado es practicada por Alemania, Bélgica, Canadá, Holanda, Italia, Japón, Suiza, etc. La explotación privada persiste en muchos países, pero aun en Inglaterra y Estados Unidos, paraísos de los economistas liberales, el Estado ha debido intervenir para consolidar ciertos ferrocarriles y eliminar ruinosas concurrencias, impedir las tarifas abusivas y remediar deficiencias en la construcción de las líneas y en el material rodante. En los Estados Unidos, después de repetidas intervenciones, fue establecida por ley de 4 de febrero de 1887, la Comisión de Comercio Interestatal (Interstate Commerce Commission), encargada de regular todas las empresas de transporte en vista del interés público.

En general, la tendencia hoy dominante, es la explotación por el Estado y, en su defecto, el estricto control de las empresas privadas. Se critica a las compañías privadas su miopía, que no les deja ver sino sus propios intereses, y lo que es mucho peor los intereses momentáneos de sus accionistas. Las compañías privadas no pueden comprender que es tan importante construir las líneas y dependencias como edificar el tráfico, y adoptan tarifas prohibitivas que no permiten sino el tráfico obligado. El Estado es más apto para promover los intereses permanentes de la colectividad. Se contentará con rendimientos mínimos si están compensados por un aumento de la prosperidad económica general y ventajas de otro orden.

Es necesario hacer constar que si la cuestión se considera desde el punto de vista público, las ventajas que los ferrocarriles estatales procuran a los consumidores no son de ningún modo inferiores a las que procuran los de las empresas privadas. Los ferrocarriles alemanes y suizos, por ejemplo, son modelos de eficiencia. El ferrocarril sudmanchuriano,

que explota el gobierno japonés, es considerado por algunos como el mejor del mundo⁵.

Conviene fijar nuestra atención en otro punto. Es relativamente fácil para un gobierno como el de los Estados Unidos de América, Inglaterra o Francia, embozar y controlar las empresas privadas, aun cuando en muchos casos los resultados han sido desalentadores. En otros países, la tarea de controlar algunas empresas extranjeras billonarias y apoyadas por gobiernos omnipotentes es de las que desafían a un Hércules y sería mejor no tener que intentarlas. Por supuesto, esto no quiere decir que seamos hostiles a las inversiones de capital extranjero. Muy bien puede haber participación de capitales extranjeros, aun en empresas estratégicas de nuestra organización económica, si esa participación asume ciertas formas o se toman ciertas precauciones. Como lo dijo el presidente Wilson en su discurso de Mobile, las inversiones de capital extranjero no son peligrosas si están administradas por nacionales.

La crisis de los ferrocarriles

La historia de los ferrocarriles de Venezuela es de las que decepcionan a cualquiera. No han realizado ninguna de las ilusiones que se concibieron

[5]_ No hay que dejarse impresionar por el lugar común de que el Estado lo hace todo mal. Porque hay algunos Estados que hacen muchas cosas muy bien, y hay empresas privadas que no podrían estar peor administradas ni representar mayores perjuicios para el público. El liberalismo económico, el *laissez passer*, es una doctrina gastada, que los hechos, primero, y la ciencia económica después, han puesto en desuso. Queda todavía uno que otro liberal empedernido, pero carece de las robustas convicciones y el fervor de cruzado que tuvieron Smith, Ricardo, Say, Mili. Desde los días de Sismondi, se suceden las críticas certeras contra las ingenuidades y las falacias del liberalismo económico. Recientemente un eminente economista y hombre de Estado alemán, muerto trágicamente, Walther Rathenau, y el celebrado economista inglés John Maynard Keynes, han hecho el balance del liberalismo y declarado su bancarrota irremediable. Véase Walther Rathenau, *La Triple Revolution*, París, 1921, y Maynard Keynes, *The End of Laissez-faire*, Londres, 1926.

cuando fueron iniciados. Su administración no parece que haya sido ejemplar. En todo caso, sus tarifas han sido altas, de esas que no estimulan la producción ni desarrollan el tráfico. Las erogaciones hechas por el Estado venezolano para satisfacer los compromisos contraídos en los contratos ferrocarrileros componen un total de Bs. 65.052.592.73. Los ferrocarriles tampoco han gozado de envidiable prosperidad. Los mayores rendimientos han tocado al Ferrocarril de Maiquetía a Macuto, el cual percibió durante un período de 26 años (1896-1922) una utilidad media anual de 2,23%. El peor librado ha sido el de Guanta a Barcelona, con una pérdida media anual de 0,23% durante el período 1892-1922⁶. La situación parece empeorarse, o se ha empeorado decididamente, con la concurrencia de las carreteras. Pero aún sin este agravante, su situación no habría dejado de ser precaria.

Actualmente los ferrocarriles están en crisis en todas partes. Aun en Alemania, en Inglaterra, en Estados Unidos, cuyos sistemas ferrocarrileros son modelo de eficiencia, han visto disminuir sus rendimientos ante la concurrencia del vehículo automotor. En los Estados Unidos de América, los ferrocarriles sufren la concurrencia del aeroplano, apenas sensible, y la desastrosa del canal, de la carretera y de la tubería para la conducción del petróleo y del gas. Nos referiremos aquí a la concurrencia de la carretera y del vehículo automotor. El ómnibus automóvil ha reducido, en muchas partes del país, los rendimientos de los ferrocarriles en un 50%, y los servicios de los ómnibus, que antes eran locales, son hoy continentales y funcionan día y noche. Igualmente sería esa la disminución de rendimientos ocasionada por el camión de carga. Todos los ferrocarriles de Middle West han sido afectados. El tráfico local entre puntos como Kansas City y San Luis ha sido monopolizado por los autocamiones. Los

[6]_ Estos datos han sido tomados del excelente estudio de los doctores Germán Jiménez y Vicente Lecuna, intitulado "Los Ferrocarriles en Venezuela", editado en 1930 por la Cámara de Comercio de Caracas.

transportes de ganado en distancias de 200 a 300 millas han seguido el mismo curso. Grandes empresas, como la International Shoe Company, han abandonado por completo los ferrocarriles y transportan sus productos en camiones hasta puntos que distan 700 millas de sus fábricas. Hasta productos perecederos como la mantequilla, son transportados en camiones refrigeradores desde Wisconsin, en las márgenes del lago Michigan, hasta Nueva York, a un costo inferior en un 20% al del ferrocarril. Estos casos podrían multiplicarse. Los ferrocarriles se defienden. Los pequeños ferrocarriles, mal equipados y deficitarios, han sido integrados en los grandes sistemas y estos han racionalizado su administración, han reconstruido y reorganizado sus líneas, han coordinado sus servicios con los de las carreteras, los canales y las vías aéreas, y transformado el material rodante para temperar, por lo menos, la concurrencia⁷.

El auge de la carretera

Fue en la primera década del presente siglo, cuando el automóvil, superada la fase de experimentación, se convirtió en un medio de transporte de rapidez, autonomía y comodidad singulares. Las experiencias de la guerra, las mejoras hechas al automóvil y los adelantos en la técnica de construcción de carreteras han contribuido a darle creciente importancia.

El gobierno de Venezuela inició en 1910 un programa de construcción de carreteras, proseguido con rara tenacidad, y este país cuenta hoy con una red de carreteras, que media, a comienzos de 1930, 8.500 kilómetros de extensión. Las esperanzas que hizo concebir la carretera se han justificado en su mayor parte, y los beneficios económicos, políticos y sociales han sido grandes e innegables.

[7]_ “The Railroad Crisis: The Causes and Remedies”, por William Z. Ripley, profesor de Economía Política en la Universidad de Harvard, *The New York Times*, 28 de diciembre de 1930.

La carretera es de construcción más económica que el ferrocarril y requiere menores gastos de sostenimiento. En Venezuela, según los datos del Ministerio de Obras Públicas, el costo de construcción de un metro cuadrado de carretera es de Bs. 20, como máximo, en carreteras de piso natural y en terreno montañoso, rocalloso y áspero, incluyendo el costo de las obras de arte. El pavimento de macadam ha costado a razón de Bs. 5 a Bs. 8 por metro cuadrado, incluyendo el arreglo previo del camino. El costo anual de la conservación de un metro cuadrado de calzada es de Bs. 0,14 en las carreteras de piso natural y Bs. 0,30 en las carreteras de piso de macadam⁸. En nuestros ferrocarriles el valor kilométrico asignado, para el cálculo del interés garantizado, va de un mínimo de Bs. 68.000, en el Ferrocarril de Carenero, a un máximo de Bs. 500.000 en el Ferrocarril Central de Venezuela. El costo efectivo de algunas construcciones hechas recientemente ha sido de Bs. 380.268,35 por kilómetro, en la prolongación realizada por el Ferrocarril del Táchira en 1912-1915, y de Bs. 461.757,80, en la prolongación del Ferrocarril de La Ceiba. El promedio de los gastos anuales de explotación de todos los ferrocarriles de Venezuela fue, en 1929, de Bs. 16.035.50, por kilómetro. Comprendemos que estas cifras no son suficientes para la debida comparación de los dos medios de transporte, pero aun descontando lo que puedan tener de excepcionales, nos dejan ver que el ferrocarril requiere mayor capital que la carretera y un volumen mucho mayor de importaciones extranjeras.

En lo que respecta al costo del transporte, es evidente que, en general, es menor en la carretera. Si en países, como los Estados Unidos de América, a pesar de su eficiencia, de las inmensas distancias, de los cuantiosos tráficos y de tarifas que descienden hasta menos de Bs. 0,04, por

[8]_ Véase "Transporte por caminos carreteros en Venezuela". Datos del Ministerio de Obras Públicas. Boletín Comercial e Industrial del Ministerio de Relaciones Exteriores. 31 de octubre de 1920.

tonelada kilómetro, los ferrocarriles no pueden competir en la mayoría de los casos con la carretera, en Venezuela las cosas no deben ocurrir diversamente. Según datos que hemos podido recoger, el costo medio del transporte de una tonelada-kilómetro, en nuestras carreteras, es de Bs. 0,60, aun cuando sabemos de casos en que llega hasta Bs. 0,35. En el Ferrocarril de Santa Bárbara a El Vigía el costo del transporte de la tonelada-kilómetro es de Bs. 1,17, si nuestros cálculos no están errados. No disponemos de datos para hacer las comparaciones entre los otros ferrocarriles y las carreteras concurrentes, pero presumimos que en todos los casos la carretera suministra un transporte más económico y más rápido que el ferrocarril.

Mientras nuestros tráficos permanezcan medianos, el vehículo automotor, con su economía, rapidez, autonomía y movilidad será preferible al ferrocarril. El Gobierno Nacional parece guardar esa convicción. Después de haber construido algunas de las carreteras troncales, ha emprendido la construcción de los ramales, llamados a potenciar sus ventajas. Las carreteras troncales trajeron, junto con sus innegables ventajas, ciertos resultados perjudiciales, como sucedió siempre con todo progreso. Las poblaciones y los campos que quedaron alejados de la carretera perdieron muchos de sus moradores en provecho de las ciudades y poblaciones situadas a lo largo de la vía, como era natural. Algunas ganaron con el cambio y mejoraron su nivel de vida, pero buena parte abandonó sus empleos productivos para ir a aumentar los rangos de los consumidores de gasolina “de juerga”, de licores, sedas, perfumes y cosméticos, ocasionando lo que los economistas llaman una pérdida seca. Los ramales, al acrecer la producción, aumentar el volumen del tráfico y favorecer la concurrencia; aumentar la eficacia de la carretera, como vía de penetración; y procurar la mejor distribución de nuestra población, con los grandes beneficios sociales que ello acarrea, reducirá

al mínimum los perjuicios y potenciará al máximium las ventajas de nuestro sistema de carreteras.

Las vías fluviales

Con el advenimiento del ferrocarril muchos canales y vías fluviales quedaron abandonados. En Europa quedaron en actividad algunas de las arterias fluviales del centro del continente, pero en los Estados Unidos, por ejemplo, el abandono fue total. Este abandono produjo la impresión de que el riel había triunfado definitivamente sobre la vía fluvial. Sin embargo, las grandes arterias fluviales que se mantuvieron activas en Europa probaron que la vía de agua era más económica que el riel. Hoy las vías fluviales están nuevamente en favor. Los planes de los Estados Unidos comprenden la canalización de 25.000 millas de vías fluviales. En Alemania los canales en operación alcanzan la extensión de 3.850 millas, y se encuentran en construcción ambiciosos proyectos, como el canal del Rin al Danubio. Los canales transportan el 75% de los productos de gran volumen y poco costo, como la hulla, los minerales brutos, la madera y los materiales de construcción. La importancia de las vías de agua es igual en Holanda y Bélgica. Francia está ejecutando planes para el mejoramiento de sus canales y para la construcción de otros nuevos, como el del Ródano al Rin.

Venezuela es copropietaria de esa incomparable red fluvial que forman el Orinoco, el Amazonas, el Plata y sus afluentes, potencialmente el primero de los sistemas fluviales de la Tierra. Cuando ese sistema esté acondicionado y en actividad, Venezuela gozará de una situación extraordinariamente ventajosa.

Como dijimos más arriba, los transportes por vía fluvial son los más económicos cuando se trata de productos agrícolas y de materias primas de poco costo. La International Joint Commission, comisión mixta

americano-canadiense creada por el tratado suscrito por la Gran Bretaña y los Estados Unidos el 11 de enero de 1911, calcula que el costo del transporte de una tonelada-milla por ferrocarril equivale al de 6 toneladas por agua⁹. Al referirse a las obras de canalización del Misisipí, dijo recientemente el presidente de los Estados Unidos, Mr. Hoover:

“En general, si se dispone de carga para el retorno, 1.000 bushels de trigo pueden transportarse 1.000 millas en el mar o en los Grandes Lagos por \$ 20 a 30; en gabarras modernas en el Misisipí por \$ 60 a 70; y en ferrocarril por \$ 150 a 200”.

En Europa, los costos del transporte fluvial son mucho más reducidos. En una distancia de 225 millas, desde la región del Ruhr a Mannheim, en las riberas del Rin, el costo del transporte de una tonelada métrica y durante los años 1926-1927, varió entre un minimum de \$ 0,12 y un maximum de \$ 0,48. En Holanda encontramos que en una distancia de 225 kilómetros, Róterdam a Groninga, los 100 kilos pagan: por tren expreso, entregados en 1 día, \$ 2,50; por tren ordinario, entregados en 5 a 6 días, \$ 1,20; por agua, entregados en 3 días, \$ 0,30¹⁰.

Venezuela, poseedora de una vasta red fluvial, debe fijar su atención en las posibilidades de economía que ofrecen los transportes fluviales.

No muchos puertos, sino buenos

Un gran puerto es obra de la geografía, del tiempo y de recursos incontables. Nueva York, Londres, Hamburgo, son ejemplos de los emporios que han creado las necesidades del comercio moderno. La superioridad de su equipo prevalece sobre las distancias y les permite atraer tráfico

[9]_ The Nation, 15 de octubre de 1930.

[10]_ Estos datos han sido tomados de los siguientes estudios: “The Mississippi Waterway”, por Norman F. Titus, y “The St. Lawrence Waterway”, por G. P. Pillsbury, en The Annals, marzo de 1929.

que parecerían destinados a puertos más cercanos de sus puntos de partida y de destino.

Nos encontramos a veces con la ilusión de que un puerto está completo cuando se han terminado los muelles y otras obras de ingeniería. Nada más falso. Un buen puerto moderno, además de requerir un equipo superior, debe de ser una gran ciudad, un gran centro comercial, un gran centro bancario, tener condiciones favorables para el desarrollo industrial y disponer de una red de comunicaciones. Por ello no es posible improvisarlo.

Una cuestión que merece estudio es la de saber cuántos y cuáles puertos debe desarrollar un país. El Consejo Nacional de Vías de Comunicación de Colombia, al considerar la materia de puertos, encontró que por obra y gracia de intereses locales, se proyectaba en el país la construcción de cinco puertos en el Atlántico, todos situados en un litoral de 440 kilómetros de extensión, que representaban obras que excedían en todo a las necesidades y a los recursos nacionales. Uno de los Consejeros observó que en el litoral atlántico de los Estados Unidos, en una extensión de costa de 640 kilómetros, entre Connecticut y Virginia, hay solo cuatro puertos para atender a las necesidades de 65.000.000 de personas, aproximadamente. El Consejo recomendó que solo se desarrollara el puerto de Cartagena¹¹.

Los puertos son parte integrante y esencial de un sistema de comunicaciones y merecen especial atención.

Hemos querido pasar en revista algunos de los puntos que deben estudiarse detenidamente antes de formular un plan racional de comunicaciones. Nuestro análisis superficial solo es incidental a la presentación de un método para afrontar el problema de las comunicaciones y otros

[11]_ “Trabajo Preliminar del Consejo Nacional de Vías de Comunicación de Colombia”, por E. W. James, Boletín de la Unión Panamericana, abril de 1930.

problemas técnicos. Compete a técnicos de indiscutida competencia hacer los estudios definitivos.

Nos hemos atrevido a intentar este estudio, animados por la convicción de que si Venezuela adoptara este método de resolver el problema de las comunicaciones y sus otros problemas técnicos, daría un paso decisivo para colocarse a la vanguardia del mundo americano.

Zea (Estado Mérida), marzo de 1931

La carretera y el ferrocarril en Venezuela una equiparación imposible

En un libro reciente¹, el gran pensador alemán Oswald Spengler de merecida fama, filosofa sobre la crisis que desde hace dos años está suspendida sobre el mundo, y profetiza, con acento que nos recuerda el de los profetas de Israel, el fin de nuestra civilización faustiana. “Un día, dice, yacerá en fragmentos, olvidada —muertos nuestros ferrocarriles y trasatlánticos, tan muertos como las calzadas de Roma o la Gran Muralla china, en ruinas nuestras ciudades gigantescas y nuestros rascacielos, como la vieja Menfis y Babilonia”.

Para Spengler la ruina que amenaza a nuestra civilización occidental se debe al excesivo desarrollo de la técnica del maquinismo, que ya está obrando contras las finalidades que parece perseguir. Spengler afirma que en todos los campos se advierte la tendencia de la grande industria a ser sustituida por la pequeña industria, más ágil y más satisfactoria desde muchos puntos de vista. Con esta tendencia coincide el retorno palpable del mundo a la ruralización.

Y aquí viene lo que interesa a nuestro artículo. La prueba de esta tendencia la ve Spengler en el auge general de la pequeña industria, el transporte por automóvil, a tiempo que la grande industria ferrocarrilera decae bajo el peso de su competencia.

[1]_ “*Man and Technics: A Contribution to a Philosophy of Life*”, by Oswald Spengler. Knopf, New York. 1932.

No es el caso de aceptar ni de refutar las aseveraciones de Spengler, pero es evidente que el auge del automóvil y la decadencia del ferrocarril son hechos innegables.

El automóvil contra el ferrocarril

En todas partes la competencia del automóvil está resultando ruinoso para el ferrocarril. Aun en países como Alemania, Inglaterra y Suiza, por ejemplo, se ha hecho sentir esa competencia, a despecho de sus magníficos sistemas ferrocarrileros, completos y eficientes, aptos para satisfacer todas las necesidades del tráfico y del vasto movimiento de carga y pasajeros, que hace posible una gran reducción en el costo unitario del transporte.

Los Estados Unidos de América cuenta con la más vasta industria de transportes ferrocarrileros del mundo. Sus 377 ferrocarriles comprenden una extensión total de 254.505 millas. En 1930 estos ferrocarriles transportaron 692.082.000 pasajeros, en viajes de un poco menos de 40 millas, y 2.123.811.000 toneladas de carga en una distancia de más de 100 millas. Los capitales invertidos en las empresas ferrocarrileras suman \$ 20.168.783.000, en manos de 863.935 accionistas. En 1930 los ferrocarriles pagaron \$ 2.614.732.742 en salarios a 1.525.481 empleados. Se trata, pues, de una industria gigantesca, que ocupa el segundo puesto en la vida económica del país, viniendo inmediatamente después de la grande industria agrícola; y que ha sido un factor de excepcional importancia en el desarrollo económico, político y social del país, hasta el punto de que puede afirmarse que los ferrocarriles estructuraron la nación americana.

Y, sin embargo, con ser la inmensa industria de que hemos dado una idea; con haber sido ese factor decisivo de estructuración de la gran República; a pesar de contar con condiciones tan favorables para su

desarrollo y prosperidad, los ferrocarriles han sido impotentes para librarse de la competencia de medios más modernos, más eficientes y más económicos de transporte².

El transporte marítimo por el canal de Panamá; el transporte fluvial en la hoya del Misisipí, que ha tomado un desarrollo considerable en los últimos años; la conducción del petróleo y del gas por tuberías; el transporte de energía hidroeléctrica por líneas de alta tensión; y, *last but not least*, el transporte por automóvil, ha contribuido a restarle tráfico a los ferrocarriles y han sido las causas principales de la crisis que hoy sufren.

No hay duda de que la competencia más temible que tienen que afrontar es la constituida por el automóvil. Debido a su autonomía, rapidez y flexibilidad, a sus bajas tarifas, y sobre todo, a la comodidad y economía de su servicio de domicilio a domicilio (*door to door service*), el automóvil es hoy, en las distancias que pueden recorrerse en un día, es decir, las comprendidas dentro de un radio de 200 a 300 millas, según sea la carretera, sin rival y sin posible competencia. Pero no se crea que la competencia se limita solamente a los tráficos comprendidos dentro de ese radio de 200-300 millas. Los servicios de pasajeros, que antes eran locales, son hoy continentales y funcionan día y noche. Los transportes por autocamiones se han apoderado de gran parte del tráfico de San Luis (Misuri) a la frontera de México. Aun el transporte de productos perecederos o averiables, como son los de lechería, se hace hoy en autocamiones refrigeradores, desde Wisconsin, en el corazón de la América, a los grandes centros del litoral del Atlántico, en una distancia de millares de millas, a un precio, inferior a un 20%, al del ferrocarril.

[2]_ Véase sobre la crisis de los ferrocarriles estadounidenses los siguientes estudios: "The Railroad Crisis: The Causes and the Remedies", Harvard University, y The Nation Surveys Its Railroad Problem, del 28 de diciembre de 1930 y del 25 de octubre de 1931, respectivamente.

Ante esta competencia desastrosa e insuperable, algunos sectores de la opinión pública solicitan la intervención del Gobierno. Los intereses comprometidos en la industria ferrocarrilera son tan ingentes, que tal solicitud es muy natural. Algunos funcionarios de la administración también han intervenido en defensa de los ferrocarriles, y han invocado la ayuda del Gobierno, pero es de observar que este no ha considerado oportuno favorecer a ningún contendor. Es evidente que, en cuestiones como esta, el Gobierno atiende, en primer lugar, a consideraciones de orden político, y, frente a los intereses ferrocarrileros, están la grande industria automovilística y toda la América rural, que favorece la carretera. Pero, ciertamente, no estaría en el interés nacional ninguna tentativa de conservar viejos medios de transporte, cualesquiera que sean los intereses en juego y su interés histórico, cuando, como en el presente caso, van siendo sustituidos con ventaja para la economía pública por otros nuevos, más eficientes y económicos.

En Venezuela, los transportes por automóvil se desarrollaron en circunstancias que no guardan semejanza con las de otros países. No tuvieron que competir con sistemas ferrocarrileros completos, eficientes y prósperos, o se construyeron en zonas servidas por medios de transporte muy rudimentarios.

Las peripecias de nuestros ferrocarriles³

Desde la época de Monagas el ministro Aranda, abogó por la construcción de ferrocarriles en Venezuela. Más tarde, bajo la dictadura de Páez, el ministro Rojas hizo esfuerzos para llevar a cabo el Ferrocarril de Caracas-La Guaira. Fue Guzmán Blanco quien en el período del

[3]_ Todos los datos de este capítulo han sido tomados del excelente estudio de los doctores Germán Jiménez y Vicente Lecuna, *Los ferrocarriles en Venezuela. Estudio Económico*. Cámara de Comercio de Caracas. 1930.

Quinquenio, inició, por cuenta del Estado, varios ferrocarriles, entre los cuales el de Caracas a La Guaira y el de Valencia a Puerto Cabello, construcción que debió ser abandonada por imposible, dadas las condiciones políticas y el atraso económico del país.

Después de que los hechos hubieron demostrado que el sistema de construcción por el Estado era impracticable en Venezuela, el gobierno del general Guzmán Blanco se decidió por el sistema de concesiones, otorgando su gobierno numerosos contratos.

Entre los principales alicientes puestos por el gobierno de Guzmán Blanco a los capitales que se invirtieran en la construcción de ferrocarriles, debe mencionarse el contenido en el decreto dictado del 1° de octubre de 1883, que autoriza al Ejecutivo Federal a garantizar el 7% de interés anual. Se acordaron, además, otros favores y franquicias. En algunos casos (Ferrocarril Central de Venezuela, Ferrocarril de Puerto Cabello a Valencia, Ferrocarril Bolívar, Gran Ferrocarril de Venezuela), el Gobierno se obligó, además de garantizar el 7%, a tomar participación en la suscripción de los capitales necesarios, mediante la entrega de títulos o acciones.

En otro caso (Ferrocarril de Carenero) se la acompañó con una subvención a fondo perdido. En otros (Ferrocarril de Caracas a La Guaira, Ferrocarril de La Ceiba a Sabana de Mendoza), el Gobierno contribuyó solamente con la suscripción de capitales. Con la ayuda de estos cebos, el gobierno del general Guzmán Blanco pudo contratar la construcción de más de treinta ferrocarriles, muchos de los cuales no fueron aprobados por el gobierno del doctor Rojas Paúl, justamente alarmado por lo ingente de los compromisos contraídos.

Se puede afirmar que sin los alicientes al capital ofrecido por el general Guzmán Blanco, la construcción de nuestros ferrocarriles habría sido imposible o se habría retardado grandemente. Pero es un hecho

que los contratos fueron apenas estudiados. La mayor parte de las líneas fueron tendidas a lo largo de las viejas carreteras, que quedaron inutilizadas, y los ferrocarriles adoptaron tarifas casi tan elevadas como las vigentes en las carreteras. No se formuló ningún plan para integrar esos ferrocarriles en un sistema eficiente y económico de comunicaciones, ni se acompañó su construcción de una política económica susceptible de fomentar la riqueza pública, mediante las garantías al trabajo, la colonización y la explotación racional de nuestros recursos. En fin, las previsiones optimistas del gobierno de Guzmán Blanco no pasaron de ser un sueño.

Durante todo el período de su existencia —aun durante los largos años en que monopolizaron los tráficos de las regiones servidas— el ferrocarril se mostró inadecuado para resolver el problema de nuestras comunicaciones de manera satisfactoria. Ya hemos dicho que las tarifas adoptadas por nuestros ferrocarriles defirieron muy poco de las existentes en las carreteras con que contaba Venezuela para la fecha de su construcción y que los ferrocarriles llevaron a la ruina. Debemos agregar que dichas tarifas eran hasta 28 veces más altas que las vigentes en Europa y en los Estados Unidos de América. A pesar del monopolio del tráfico y de sus tarifas elevadísimas, los ferrocarriles no llegaron nunca a gozar de franca prosperidad. Sus rendimientos fueron, en general, miserables, y las ganancias máximas han sido mediocres y enteramente eventuales. Los ferrocarriles no lograron contribuir al desarrollo de las regiones servidas y el tráfico se mantuvo estacionario, como puede verse en los cuadros respectivos. En algún ferrocarril se pudo registrar más bien una disminución⁴. Es evidente que tales ferrocarriles no podían o no supieron contribuir al desarrollo económico, político y social del país. Y, sin embargo, el Gobierno de Venezuela ha tenido que pagar

[4]_ En el ferrocarril de Puerto Cabello a Valencia el tráfico, que era de 41.152 toneladas de 1893, descendió a 10.773 en 1902.

a esos ferrocarriles, para satisfacer los compromisos contraídos en los contratos de concesión, la considerable suma de Bs. 65.052.592,73, desembolso que constituye un buen ejemplo de lo que los economistas llaman pérdida seca.

Mediante rescate o por renuncia de las mismas compañías, el Estado se fue libertando de las cargas impuestas por los contratos de concesiones ferrocarrileras. La última obligación en quedar extinguida fue la referente al ferrocarril de Valencia a Puerto Cabello. Mediante el convenio suscrito el 24 de mayo de 1916, el Gobierno Nacional rescató la acreencia pendiente acumulada y el valor actual de la obligación futura, que sumaban un total de Bs. 23.126.250, por la cantidad de Bs. 4.712.000, dejando así liquidada la pesada herencia que le había dejado al país, por este respecto, el gobierno del general Guzmán Blanco.

El desenvolvimiento triunfal de la carretera en Venezuela

Cuando el Gobierno actual de Venezuela, en 1910, afrontó el problema de nuestras comunicaciones, eligió, para resolverlo, con certera intuición, la carretera, que acababa apenas de convertirse en un eficaz medio de comunicación. La primera vía en construirse fue la Carretera Central del Táchira, a la cual siguieron, con admirable continuidad y energía, muchas otras, que hoy están integradas en un sistema de comunicaciones, que medía para abril de 1930 una extensión total de 8.500 kilómetros —obra realizada con capital y trabajo nacionales, bajo la dirección de ingenieros, venezolanos, y que constituye uno de los más honrosos títulos del gobierno actual.

La carretera y el vehículo automotor están resolviendo el problema de nuestras comunicaciones con singular acierto. Sus beneficios de orden económico, político y social, han sido grandes e innegables. Las carreteras han enlazado y acercado las diversas regiones del país, un tiempo

apartadas y hostiles: han contribuido a poblar y a activar las zonas incultas; han impulsado las comunicaciones intelectuales y sociales; han revuelto las gentes; han contribuido a nivelar el progreso de las varias regiones; han desarrollado el comercio interior —en fin, de muchos modos han acelerado el proceso de unificación y cohesión nacional. Las carreteras han sido, para el Gobierno, una ayuda para el mantenimiento del orden y la paz y un factor poderoso de estabilidad política.

Se deben poner de relieve los beneficios que la carretera ha procurado en el campo económico. Queremos, en particular, insistir en el abaratamiento de los fletes traído por la carretera. Es inútil hacer la confrontación en lo concerniente al tráfico de recuas. Pero sí puede ser de alguna utilidad la comparación en la carretera y el ferrocarril. Aun hoy, después de que las empresas ferrocarrileras, debido a la competencia del automóvil, se han visto obligadas a bajar sus tarifas, el transporte por carretera resulta, en general, más barato que el transporte por ferrocarril. Así, para limitarnos a aquellos ferrocarriles y carreteras cuyos fletes conocemos, el Ferrocarril de la Estación Táchira a Encontrados cobra Bs. 0,605, aproximadamente, por tonelada kilómetro; el de La Ceiba a Motatán, Bs. 0,675, aproximadamente, y el de Santa Bárbara a El Vigía, Bs. 1. Los fletes de nuestras carreteras son considerablemente más bajos. En el trayecto Tovar-San Cristóbal es de Bs.0,19 a Bs.0,30 por tonelada-kilómetro; en el de Tovar a El Vigía, de Bs. 0,30, y en el de Tovar-Puerto Cabello, de Bs. 0,29. Es decir, al flete ferrocarrilero, que va de Bs. 0,605 a Bs. 1 la tonelada-kilómetro, se contrapone el flete de carretera, que se mueve entre Bs. 0,20 y Bs. 0,30 la tonelada- kilómetro.

Es muy posible que en las actuales circunstancias los fletes por carretera ya no puedan descender sensiblemente. Pero no hay duda de que descenderán en lo futuro, con la ampliación y mejora de la calzada, que permita el tránsito de vehículos de mayor capacidad; con el aumento del volumen del tráfico y con el establecimiento de empresas más poderosas

y mejor organizadas. En los Estados Unidos de América las tarifas de los autocamiones descienden hasta menos de Bs. 0,04 la tonelada-kilómetro. Es razonable pensar que pueda llegarse en nuestras tarifas a un nivel que sea equivalente del estadounidense, teniendo naturalmente en cuenta el mayor costo de los vehículos, de la gasolina y de otros gastos.

Para resumir, la carretera le ha permitido al país establecer una red de comunicaciones de una longitud de 10.000 kilómetros, más o menos, que ya ha rendido cuantiosos beneficios de orden económico, político y social. Nadie podría afirmar que con sus propios medios el país habría podido construir un sistema ferrocarrilero de igual extensión y capaz de rendir iguales beneficios.

Estas consideraciones justifican el favor unánime, o casi unánime, de que hoy goza la carretera en la opinión pública. Hubo algunas protestas de las compañías ferrocarrileras, lo cual era natural, de su parte. Sobre estas protestas dispuso ya una vez, al parecer definitivamente, el Gobierno, por conducto del Ministerio de Obras Públicas.

En la Memoria presentada al Congreso Nacional en 1929, el señor ministro de Obras Públicas, después de exponer cómo la carretera ha venido a satisfacer la necesidad que tenía el país de transportes rápidos y económicos, se refiere a algunas quejas de las compañías ferrocarrileras. Al respecto dice el señor ministro:

“Deploran las compañías ferrocarrileras en general que el mejoramiento y extensión de las carreteras realizadas por el Gobierno en los últimos años han traído una competencia con el automovilismo que aquellas no pueden sostener diciendo que la lucha es desigual por cuanto los ferrocarriles tienen que hacer grandes gastos para la conservación de sus caminos, mientras que los camiones no contribuyen a la conservación de los suyos, sino que se los conserva el Gobierno, que estos vehículos establecen libremente sus tarifas, mientras que las de los ferrocarriles están sometidas a control, y, por último, que el Gobierno

está llamado a salvar a los ferrocarriles de la ruina ejerciendo alguna presión sobre el automovilismo para igualar sus fuerzas con las del contendor, y piensan que un impuesto, por ejemplo, sobre el camionaje sería una medida de equidad.

“El Gobierno, consciente de sus deberes, no ha dejado de pensar en la importancia que tiene para el país la subsistencia de los ferrocarriles, pero orientado siempre por su criterio por el bien público, está cierto de seguir el camino de la razón y de la justicia, exento de las perturbaciones que engendran los intereses particulares.

“El primero de sus deberes es conservar y extender carreteras, lo que en otro tiempo era motivo de clamorosas demandas del país; desde 1910 el Gobierno ha hecho de eso una causa, a la que ha consagrado sus mayores desvelos. El segundo de esos deberes es el respeto de la libertad de la industria de transporte, en virtud del cual puede el Gobierno conceder franquicias a un sistema de locomoción por causa de conveniencia pública, como cuando se hablaba de aclimatar los ferrocarriles en Venezuela; pero nunca intervenir en la competencia, gravando o ejerciendo presión sobre uno de los contendores para favorecer al otro”.

Una equiparación imposible

En el artículo publicado en el número de mayo de 1932 del “Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas”, intitulado *Servicio Público de Transporte Terrestre*, el doctor Miguel Parra León se refiere a la competencia que le está haciendo la carretera al ferrocarril; afirma que “entre nosotros, como en muchos otros países, la explotación del tráfico por carreteras no ha estado de acuerdo con los principios fundamentales de la economía⁵, y concluye proponiendo la reglamentación del tráfico con

[5]_ Las deficiencias que el doctor Parra León encuentra en el negocio de transporte por autocamiones pueden ser objeto de buenos consejos de su parte, pero no de

el objeto de “imponer normas racionales a la competencia, permitiendo la reorganización de los ferrocarriles y la consolidación del tráfico por automotores”. Como era natural el doctor Parra León encuentra para ello necesario “equiparar los servicios de transporte en cuanto a la desventajosa situación en que hoy se encuentran los ferrocarriles para tener ellos mismos que conservar sus líneas”.

La equiparación del ferrocarril y la carretera en Venezuela nos parece tan inoportuna e inconveniente que nos cuesta esfuerzo plantearla con serenidad.

Venezuela tiene 1.070,16 kilómetros de ferrocarriles. Estos ferrocarriles constituyen monopolios, que fueron financiados por capital extranjero, atraído por onerosos privilegios y franquicias. Desde el día mismo en que fueron puestos en actividad cesaron de desarrollarse, se anquilosaron irremediamente. En la mayor parte de las líneas se sustituyeron a las viejas carreteras, que quedaron arruinadas, para cobrar fletes casi iguales a los que regían en ellas, fletes 20 y más veces superiores a los vigentes en los ferrocarriles de Europa y de los Estados Unidos. Nunca gozaron sino de prosperidad mediocre y eventual. Los tráficos apenas crecieron. Solo aumentaron escasamente la riqueza del país, sin fomentar el desarrollo de nuestros recursos naturales, ni impulsar nuestras comunicaciones intelectuales y sociales, ni contribuir eficazmente al mantenimiento del orden y la estabilidad política. El estado venezolano tuvo que desembocar una cantidad de más de Bs. 65.000.000. En fin, el ferrocarril se mostró inapto para resolver el problema de nuestras

acción coactiva por parte del Estado. Se comprende que el Estado intervenga cuando rijan para ciertos bienes o servicios precios demasiados altos y por ende perjudiciales al interés público, pero nunca para hacer subir los precios, ni para proteger a los grandes contra los pequeños, como parece quererlo el doctor Parra León. En cuanto a los “principios fundamentales de la economía”, debemos suponer que el doctor Parra León se refiere en este caso a los de la economía privada. Es de recordar, asimismo, que la libre competencia es uno de los fundamentales principios de la economía liberal.

comunicaciones y no rindió los beneficios de orden económico, político y social, que hay derecho a esperar de un sistema eficiente de comunicaciones, aun cuando se debe admitir que a ello contribuyeron otras causas de orden económico y político.

En Venezuela, las carreteras componen una red que, para abril de 1930, tenía una extensión total de 8.500 kilómetros. Desde entonces la red ha seguido extendiéndose incesantemente, y no se divisa todavía ningún otro medio de comunicación que pueda rivalizar con la carretera para seguir resolviendo el problema de nuestras comunicaciones. La carretera es la vía flexible por excelencia: desde la calzada de piso de tierra, suficiente para los tráficos mínimos, hasta la calzada de concreto y de asfalto, que atiende a los mayores tráficos. El automóvil es el “vehículo ligero, independiente, democrático, para todos y al alcance de todos”. En las distancias que pueden recorrerse en un día —distancias que en Venezuela van de un mínimo de 100 a un máximo de 200 y más kilómetros⁶— el automóvil es más eficiente, más rápido y más económico que el ferrocarril, de manera que puede decirse que no hay en Venezuela ningún ferrocarril —decimos ninguno— que no pueda sustituirse con ventaja para el interés público por una carretera. En cuanto a los servicios públicos de orden económico, político y social que ha rendido la carretera, no creemos necesario referimos nuevamente.

No, la carretera y el ferrocarril no pueden equipararse en Venezuela. El ferrocarril ha sido entre nosotros solamente un medio de transporte, que no ha dejado de ser un fracaso, cualesquiera que sean las causas que lo justifiquen.

[6]_ El doctor Parra León limita la distancia en que el transporte por automóvil es más económico que el transporte por ferrocarril a 60 kilómetros. Tal límite nos parece completamente arbitrario. No vemos ninguna razón porque no se pueda extender ese límite a la distancia que puede recorrerse en un día. Tal es el límite que se considera como económico para el automóvil en los Estados Unidos y en otros países.

La carretera ha probado ser un medio de transporte más elástico, más barato, más rápido, más eficiente, más adaptado a las condiciones y a las posibilidades del país que el ferrocarril, pero es mucho más que eso: es un factor de progreso económico, político y social del país. Es un instrumento indispensable de nuestras comunicaciones intelectuales y sociales, y de la administración civil y militar.

En Venezuela los ferrocarriles existentes no deben y no pueden prevalecer sobre la carretera.

Los medios de la equiparación

El doctor Parra León sugiere en su artículo los medios de la equiparación. Propone algunos principios para la reglamentación, que en algo influirían en tal sentido, pues estorbarían el tráfico e impedirían su desarrollo. Pero al parecer, se fía, sobre todo, para la equiparación en una “contribución directa” (sic), cuya naturaleza no se cuida de precisar. Esperamos que en su mente no haya estado el peaje, impuesto universalmente condenado, por lo vejatorio, su difícil fiscalización y el costo enorme de su colección.

Independientemente de la forma en que pueda hacerse la equiparación, no estamos, de ninguna manera, de acuerdo con el doctor Parra León, en su propósito. Es posible que la imposición de tales contribuciones sea justa y conveniente en países como Inglaterra, Italia, etc., que contaban y cuentan con sistemas ferrocarrileros completos y eficientes, aptos para conseguir ciertas finalidades públicas de orden económico, político y social, pero no en Venezuela, en donde la carretera es el único medio de comunicación que está consiguiendo y es apto para conseguir tales finalidades. Por otra parte, nuestro sistema de carreteras está en pleno desarrollo, y nadie podría afirmar que muy pronto superaremos su período extensivo, es decir, que hayamos construido todas las

carreteras que el país necesita con urgencia. Nosotros creemos que el Gobierno, después de estudiar detenidamente esta cuestión, llegará a la conclusión de que ni ahora, ni en el porvenir inmediato, es conveniente gravar las carreteras con impuestos y, mucho menos, para equipararlas con los ferrocarriles. Es claro que tales impuestos aumentarían el costo de los transportes y retrasarían nuestro desarrollo. Venezuela es un país despoblado y escasamente explotado, que necesita, para poblarse y para aumentar su producción, de transportes baratos, que solo la carretera ha podido y ha sabido dar.

Las carreteras, en Venezuela, deben construirse y sostenerse con el rendimiento de los impuestos que ya existen, o de otros generales que se creen. Puesto que rinden servicios públicos de orden económico, político y social, y son un bien complementario de la administración civil y militar, no deben considerarse como fuentes de entradas sino como un servicio público. Benefician a todos, aun a aquellos que no las usan, y es justo que cada uno contribuya a su construcción y sostenimiento, de acuerdo con su capacidad contributiva.

No se crea, sin embargo, que las carreteras constituyen solo una fuente de egresos. Los automóviles, los repuestos y la gasolina pagan impuestos de cierta entidad. Pero es aún más importante la contribución que rinden de manera indirecta y colateral. Las carreteras impulsan el desarrollo de la riqueza nacional y, por consiguiente, aumentan el rendimiento de los impuestos existentes.

La oportunidad de la reglamentación

Ya hemos manifestado nuestra opinión de que no hemos superado el período extensivo de la carretera. Mientras dure ese período, creemos que sean suficientes las leyes de tráfico y los Códigos Civil y Comercial vigentes.

El doctor Parra León dice en su estudio “que el actual momento no puede ser más oportuno para la reglamentación, puesto que por una parte los ferrocarriles han agotado casi todos los recursos y, por otra parte, el tren de vehículos automotores usado en servicios colectivos se encuentra bastante deteriorado”, y sería, además, conveniente impedir la “fuerte exportación de capital”, a que daría lugar su reposición.

Personalmente hemos podido observar que buena parte de los autocamiones que transitan por nuestras carreteras están nuevos o en buenas condiciones de servicio. Lo que no quiere decir que en otras regiones del país no suceda lo contrario.

En lo que respecta a la conveniencia de impedir la fuerte exportación de capital que implicaría la reposición del tren de vehículos automotores usado en servicios colectivos, nos limitaremos a observar que los camiones de carga y pasajeros forman parte del instrumental económico del país, cuyo desarrollo y conservación solo puede y debe obstaculizarse en raros casos de emergencia. Antes de pasar a la restricción de importaciones económicas, hay que agotar todos los medios disponibles para restringir la importación de aquellas mercaderías que no lo sean. Así, por ejemplo, antes de restringir la importación de camiones de carga y pasajeros, sería el caso de restringir la de automóviles de lujo, que representa para el país un desembolso tal vez más considerable, sin ser económica, ni productiva, ni responder al interés público.

Lo que importa actualmente no es extender ni complicar la reglamentación del tráfico por carreteras. Más bien urge el detenido estudio de nuestra geografía humana, con el fin de formular un plan nacional de comunicaciones y de coordinar todos nuestros transportes —marítimos, fluviales, ferrocarrileros, viales y aéreos— con el propósito de impulsar y racionalizar nuestro desarrollo económico, político y social. Sobre todo, necesita el país extender y mejorar su red de carreteras, que

hoy es su único sistema eficiente y moderno de comunicaciones. Es el caso de satisfacer esa necesidad y no de ponemos a trabajar en una legislación carretericida.

Junio, de 1932

Capítulo tercero

Inmigración y colonización

“... se puede afirmar que la Guayana, de acuerdo con lo que ya sabemos, es la región venezolana mejor dotada por la naturaleza. Es muy posible que un día descubramos que verdaderamente estaba allí El Dorado que tanto buscaron los conquistadores. La Guayana está llamada a jugar en el desenvolvimiento histórico de Venezuela el mismo papel que jugó el Oeste en la formación de los Estados Unidos (...); la Venezuela de nuestros sueños, no surgirá en el horizonte sino en el día en que hayamos poblado e incorporado a la patria la Guayana”.

ALBERTO ADRIANI

Venezuela y los problemas de la inmigración

I. Ventajas y desventajas de la inmigración

La experiencia de las naciones de reciente formación, entre ellas, los Estados Unidos, Argentina y el Brasil, y el juicio casi unánime de estudiosos de cuestiones sociales, permiten afirmar que la prosperidad económica y el adelanto social de nuestro país dependen de un aumento de su población, y podría agregarse, de su población blanca.

El volumen de población, independientemente de toda consideración de ambiente y de raza, tiene una importancia capital en la vida de un pueblo. Ciertas formas superiores de organización social, presuponen un volumen relativamente considerable de población, el cual, sin embargo, cuando fuere excesivo; trae la miseria y abate las energías colectivas. La vida de las sociedades es esencialmente dinámica, y las relaciones de los factores que la gobiernan e impulsan cambian incesantemente, pero es posible fijar con cierta aproximación la ecuación óptima —es decir, la que proporciona el rendimiento más considerable— que rige las mutuas relaciones entre la población y el territorio en determinadas condiciones históricas.

Naciones despobladas no pueden tener vida económica activa, y en ellas la afluencia de inmigrantes trae un aumento automático considerable de riqueza. Un hombre, en la plenitud de sus fuerzas, exige, según investigaciones de diversos economistas, una suma de más de 10.000 bolívares, necesaria para criarlo y educarlo. Además se ha calculado, en los Estados Unidos, que la llegada de cada inmigrante acrece la

riqueza colectiva en 2.000 bolívares, debido al hecho de que su fuerza de trabajo servirá para cultivar nuevas tierras, explotar minas, extender la industria, realizar en fin posibilidades de riqueza. Agréguese todavía el peculio que trae el inmigrante, y el total aparece considerable. Cualquiera que sea el valor de tales cálculos, hay un hecho incontrovertible: en los Estados Unidos, Argentina y Brasil el aumento de población ha coincidido con aumento de la riqueza colectiva, proporcionalmente tres o cuatro veces mayor.

Fuera del campo económico sus ventajas, si bien no pueden apreciarse en moneda, no son menos evidentes. La inmigración, al hacer más activa la vida nacional, aumenta las posiciones elevadas y su atribución. Como los inmigrantes generalmente se encargan de las tareas más duras y menos productivas, los nacionales son fatalmente empujados hacia puestos más remuneradores, quedando así eliminada la presión de las clases medias sobre la actividad política, que ha sido la razón más poderosa de las revoluciones frecuentes en América Latina.

A estos beneficios de orden económico y político, es necesario agregar las ventajas provenientes de la introducción de hábitos civilizadores, de costumbres y conocimientos útiles en agricultura, en artes y en la ciencia del gobierno. Bolívar, con la singular penetración de su espíritu, comprendió la importancia de las corrientes inmigratorias para el adelanto de nuestros países, y afirmó en varias ocasiones la necesidad de fomentar la afluencia de gentes de Europa y Estados Unidos, como único medio, decía él, de transformar nuestro carácter y de hacernos instruidos y prósperos.

Las perturbaciones políticas recientes de Europa, sobre todo la difusión del bolchevikismo y de sistemas más o menos afines, que tienden a destruir la propiedad y cambiar violentamente el actual orden social, es, en la opinión de algunos, un motivo suficiente para impedir toda inmigración europea. Sin embargo, los países de donde podría venirnos

inmigración no son, en manera alguna, revolucionarios bolcheviques. Por otra parte, tales peligros serían ilusorios entre nosotros, en donde no hay asociaciones obreras de carácter revolucionario ni posibilidad de que se formen porque la industria es escasa. Una gran parte de la inmigración iría a la agricultura, en donde la asociación es casi imposible y la posibilidad de llegar a ser propietario abate toda veleidad revolucionaria. El peligro no ha ofrecido gravedad ni siquiera en países como los Estados Unidos y Canadá, con masas innumerables de inmigrantes, grandes industrias y ciudades populosas. En países agrícolas, con propiedad distribuida, como es el nuestro, no se presentarán nunca revoluciones de carácter comunista.

Otros afirman que los inmigrantes europeos representan tentáculos de imperialismos peligrosos, y dan lugar a reclamaciones pecuniarias y conflictos diplomáticos de vario orden. Tales peligros son por lo menos exagerados. Ningún país europeo está, actualmente, en capacidad de atacar nuestra independencia, aun cuando no existiera la doctrina de Monroe. Más aún, hombres, técnica y capitales de Europa nos ofrecen una protección contra los peligros que puedan acompañar la pujante expansión económica de los Estados Unidos.

La posibilidad de reclamaciones y de conflictos diplomáticos, no puede descartarse, ni tampoco otros inconvenientes menores. En la vida social todo es relativo, todo tiene sus lados desfavorables y la sola cuestión que tiene real interés es la de saber si las ventajas superan o no los inconvenientes.

II. Como se plantea hoy la cuestión de la Inmigración

La cuestión, sin embargo, de saber si la inmigración favorecería o no el adelanto de nuestro país, ha dejado de tener excesiva importancia. La explotación de nuestros recursos mineros, principalmente el petróleo y

el oro, ha traído y traerá aún más en el porvenir una creciente demanda de brazos, y no es aventurado prever que los capitales ingleses y americanos encontrarán nuevas oportunidades de inversión. La necesidad es particularmente apremiante para los Estados Unidos, cuyo aumento de riqueza anual se calcula en diez mil millones de dólares, de los cuales solo invierten la mitad en el desarrollo de su propia economía. La América Latina, especialmente los países tropicales, ofrecen el campo más cercano y más conveniente al capital sobrante. Esa posible afluencia de capital comporta una demanda de trabajo, que no será posible satisfacer sino con la mano de obra nacional o con inmigrantes.

La absorción de la mano de obra nacional en empresas mineras o industriales sería fatal para el país, porque crearía automáticamente penuria de brazos en la agricultura, que es nuestra fuente principal de riqueza, el único ramo de nuestra economía que está en manos de nacionales. En mucha parte la fuerza de Venezuela y su adelanto futuro, reposan en el desarrollo de la agricultura y en el bienestar de la población rural. Tal desarrollo no ha sido considerable en nuestro primer siglo de vida independiente, y el empleo de nuestros campesinos en el trabajo de las minas o en la industria haría peores las perspectivas en los años próximos.

No parece, pues, de ninguna manera, aconsejable se atienda a la demanda de trabajo que ha traído o pueda traer el capital extranjero con mano de obra nacional. No queda otra solución sino la inmigración.

III. Las dos políticas en materia de Inmigración

Hay para la Nación dos actitudes posibles en materia de inmigración: la una, consistiría en dejar plena libertad a las empresas para buscar en donde lo crean conveniente la mano de obra que necesitan, y a los trabajadores para entrar al país y buscar oportunidades de empleo en donde lo deseen; la otra, requeriría la intervención del Gobierno en la selección

y distribución de los inmigrantes, lo cual implicaría la adopción de una política determinada y la creación de un organismo de ejecución.

a) La política pasiva y sus posibles resultados

¿Cuál inmigración seguirá afluyendo a nuestras playas en la hipótesis de que se adopte una actitud pasiva o plenamente liberal? Es de suponerse que las empresas extranjeras, que han obtenido concesiones a precios más o menos irrisorios soliciten también la mano de obra más barata que encuentren. Tal conducta estaría perfectamente de acuerdo con las preocupaciones del interés privado. La neutralidad del Gobierno y el interés de las empresas conspirarían a que la inmigración se reclutase entre los negros antillanos, los coolies chinos o japoneses y los indios asiáticos.

La mayor afluencia sería la de los negros. La población negra de las Antillas es de más de cinco millones y la raza es extraordinariamente prolífica. En algunas de las islas, Jamaica, por ejemplo, la densidad de la población es de más 70 habitantes por kilómetro cuadrado, densidad considerable tratándose de territorios agrícolas. Si a esa población se agregan los negros de los Estados Unidos, que suman 11 millones, y cuyas activas migraciones en territorio estadounidense preludian emigraciones próximas, se tiene una población de 16 millones de negros, capaces de proporcionar un contingente considerable de inmigrantes, sin necesidad de estímulos especiales, al contrario, desafiando los obstáculos que puedan oponérseles. El peligro no es imaginario, pues en Venezuela en los últimos años, la infiltración de negros antillanos ha sido activa, y es sabido que en los años de 1919 y 1920, 200.000 negros de Jamaica emigraron a Panamá, Cuba y Estados Unidos.

Otra mano de obra tentadora es la India. Las empresas inglesas en las colonias africanas y asiáticas, se han servido de esta fuerza de trabajo, suscitando entre las colectividades blancas en África problemas graves

y recia hostilidad. En 1921 vivían en Trinidad y en la Guayana inglesa 185.000 hindúes, y en la Conferencia de las Indias Occidentales, celebrada en Londres a comienzos de este año, se habló de estimular tal inmigración.

No es tampoco improbable la invasión de los amarillos, los más económicos y más dóciles trabajadores que se conocen, quienes, además, encontrarían en nuestro país condiciones favorables de clima. En 1923 había en la América Latina alrededor de 60.000 chinos, de los cuales más de 15.000 en el Perú, y 50.000 japoneses de los cuales 34.000 establecidos en el vecino Brasil.

Los chinos y los hindúes son inmigrantes inasimilables, cuyo tenor de vida es inferior al nuestro, y cuyas instituciones y costumbres son extrañas a nuestro pueblo. Su inmigración ha sido prohibida por Estados Unidos, Argentina, Australia, Nueva Zelandia, África del Sur, etc., y en los países latinoamericanos le han impuesto restricciones Perú y Panamá.

El peligro negro es el más grave y su solución es más difícil. Ya Venezuela tiene una población negra considerable, que no es conveniente tratar como de raza inferior. Por otra parte, sería difícil rechazar inmigrantes negros de los Estados Unidos. Se podría tal vez proceder de otra manera con los negros antillanos que tienen un nivel inferior al de nuestros nacionales y que, aun cuando puedan favorecer temporalmente nuestra propiedad económica, serían un elemento nocivo de nuestra vida intelectual, social y política.

Por muchas razones el negro ha sido, en los países americanos, un factor de deterioro cuando las razas se han mezclado o de desorden cuando han permanecido separadas.

En nuestro país han sido la materia prima, el elemento en el cual reclutaron sus ejércitos casi todas las revoluciones. Un aumento sensible

de la población negra podría turbar el desarrollo normal de nuestras instituciones democráticas y de toda nuestra vida nacional, y sobre todo, comprometer gravemente nuestra unidad moral.

Hay también razones de política internacional que deben imponerse a nuestra atención. Se observa que los Estados Unidos han sido, hasta este momento, especialmente duros, casi sin escrúpulos, con los países habitados por negros, como Haití y Santo Domingo, que, por otra parte, se han mostrado los más desordenados. Los americanos tienen ciertos prejuicios contra la raza negra y no colaboran gustosos ni con sus compatriotas de esa raza. Es de creerse que los yanquis se mostrarán inexorables con pueblos habitados por razas que consideran inferiores, como la negra, o eventualmente enemigas, como la amarilla.

De ninguna manera, nos conviene, pues, esta mano de obra que, por razones económicas, prefieren las grandes empresas capitalistas, o que acude voluntariamente sin que sea necesario al menor estímulo. Tal inmigración contribuirá innegablemente a la prosperidad del capital extranjero que explota nuestros recursos minerales, y ciertamente contribuiría a aumentar nuestra producción, pero a costa de perjuicios mayores en los otros aspectos de nuestra vida nacional se trata de gentes cuyo tenor de vida es inferior casi siempre al nuestro, o, en todo caso, inasimilables, que no traen ningún estímulo de progreso, que amenazan nuestra concordia y debilitan nuestra situación internacional.

b) La política de intervención

En cuestiones como esta, que interesan tan profundamente al porvenir del país, no debemos ser agnósticos. Es oportuno, es indispensable que el Gobierno seleccione los inmigrantes, se oponga a la entrada de los indeseables, estimule las corrientes más provechosas y organice su distribución territorial y en las diversas ramas de nuestra economía. Ya no se discute el derecho de los países de inmigración de impedir la entrada de

criminales, degenerados, enfermos, anárquicos y otros perturbadores políticos, o de excluir a los individuos pertenecientes a razas inasimilables.

Se debería prohibir la inmigración amarilla e india y restringir en lo posible la negra, marcando la preferencia por la inmigración europea, aun cuando para comenzar tal preferencia pueda resultarnos costosa. Las gentes de Europa poseen un nivel de vida superior y no solo contribuyen al progreso económico del país, sino también a su adelanto intelectual y social. Era esta la inmigración que Bolívar aconsejaba para enriquecer con su herencia nuestra raza y comunicarnos sus hábitos civilizadores. Esta inmigración se ha mostrado precioso factor de progreso en los Estados Unidos y Argentina, Australia y Nueva Zelandia, el Brasil y el Uruguay. Rápida o lentamente, de acuerdo con las capacidades de asimilación de cada país, los europeos se han adaptado a las nuevas patrias y han contribuido a crear Estados compactos y progresistas.

Puede decirse que ya nada impide al europeo que pueble nuestras tierras tropicales. Hasta hace años era corriente la opinión de que el clima tropical era fatal al trabajador blanco. Las experiencias afortunadas de los americanos en Cuba. Puerto Rico y Panamá, y los muchos ejemplos que ofrecen los ingleses en sus colonias tropicales, no justifican ya semejante opinión, pues la ciencia permite actualmente transformar casi de manera radical, las condiciones sanitarias del trópico, que eran el obstáculo decisivo. Entre los ejemplos que se pueden aducir, ninguno más elocuente que el de Australia. En 1901, el pueblo australiano adoptó la política llamada de la Australia blanca, y, en consecuencia, el Gobierno expulsó los trabajadores *kanakas* que cultivaban las plantaciones de caña de azúcar de Queensland, cuyo clima es tropical y singularmente inclemente. La experiencia ha tenido perfecto buen éxito. El trabajador blanco, no obstante sus elevados salarios, ha resultado mucho más económico que el indígena de la Oceanía, gracias a su rendimiento superior. No hay, pues, obstáculo invencible para que el blanco se substituya

en el trópico al amarillo o al negro, si se le aseguran condiciones higiénicas satisfactorias. Esto requeriría, es verdad, un esfuerzo financiero considerable, pero una serie de experiencias prueba que el sacrificio es largamente compensado con el progreso general del país, y el consiguiente florecimiento de la hacienda pública.

IV. Conclusiones

Formular una política de inmigración en todos sus detalles es cosa que requiere estudio detenido, aun cuando lo más importante es determinar las finalidades que debe perseguir tal política, para que responda a las necesidades del país. De esas finalidades dos son preeminentes: la una, educar, que era la función que Bolívar atribuía a la inmigración: la otra, aumentar y mejorar nuestra población blanca.

El ideal sería poseer una población blanca homogénea, lo cual es imposible, pues nuestro territorio contiene una gran proporción de indios y de negros. Podemos, sin embargo, con gran provecho nuestro, aumentar considerablemente el elemento blanco. Los sociólogos americanos Ross y Stoddard, y el sueco Helmer Key afirman que solo una numerosa inmigración blanca puede resolver las crisis endémicas en que se debaten los países del trópico y encaminarlos hacia un futuro prometedor. El americano Ross, después de un viaje a la América Latina, observa que hay una relación evidente entre el volumen de población blanca y el progreso general de aquellos países.

El programa mínimo en materia de inmigración consistiría en perfeccionar el sistema practicado por los españoles en nuestro continente, teniendo en cuenta las modificaciones y mejoras aportadas por ingleses y franceses en sus colonias tropicales del África y del Asia. Tal sistema consiste en colonizar con blancos los territorios de las altiplanicies, cuyo clima es templado, y proveer administradores, educadores y cuadros

comerciales e industriales a la población indígena o negra. Se podría, así, aumentar la población blanca y realzar su nivel de vida, y al mismo tiempo educar las poblaciones de color y hacer de ellas elementos activos de la vida nacional.

Para realizar ese programa sería conveniente establecer un Comisariado de la Inmigración, con amplios poderes y recursos adecuados. Tal organismo sería, en primer lugar, un intermediario entre las empresas mineras, industriales y agrícolas y los Comisariados de la Emigración de los diversos países europeos; y, en segundo lugar, estaría llamado a realizar un programa de colonización agrícola. Esta colonización podría tener alguna amplitud en las mesetas de la sierra, que están despobladas, o casi completamente pobladas de blancos. En las otras regiones, se limitaría al establecimiento de pequeños grupos o equipos de agricultores especializados en explotación de floresta, cría de ganado, cultivo de huertos frutales, de algodón, de caucho, plantas medicinales, etc., que serían, además verdaderas escuelas prácticas de agricultura.

Tal vez sea oportuno señalar los errores cometidos, en materia de inmigración, por algunos países. Muchos sociólogos y economistas americanos consideran quizás que las corrientes de inmigración superiores a las capacidades de asimilación del país, y el ritmo demasiado acelerado del progreso económico, con el rápido aumento de población, fue la causa de una inmensa destrucción de recursos naturales. Entre nosotros, que no poseemos los formidables medios de asimilación de los Estados Unidos, hay que tener muy en cuenta tales consideraciones.

Errores mucho más graves han sido cometidos por la Argentina, que es indispensable evitar. El régimen de concesión de tierras baldías favoreció la creación de grandes propiedades, lo cual hace difícil el desarrollo de la agricultura y crea problemas sociales muy serios para el porvenir argentino. Los Estados Unidos concedieron las tierras en pequeños

lotes, y contribuyeron así a crear sus clases medias rurales, que constituyen una de las fuerzas mayores de la democracia estadounidense. Los grandes empréstitos contraídos por la Argentina han sido otro error, que todo el mundo censura, porque comprometen su estabilidad económica y financiera.

No es que deba rehuirse el capital extranjero sino que, en lo posible, el desarrollo nacional debe apoyarse en capital nativo, aunque por ello deba ser más lento.

Capital estadounidense en América Latina

Hasta 1914 el capital británico fue el agente más poderoso en el desarrollo de la América Latina, y principalmente de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Todavía hoy ese capital conserva un puesto prominente, pues alcanza en un total de 8.000 millones de dólares, a 4.500, o sea cerca del 56%¹. Pero la guerra comprometió gravemente la posición casi hegemónica de Londres como centro monetario del mundo y detuvo el avance del capital británico, al mismo tiempo que aceleraba el desenvolvimiento de los Estados Unidos y convertía a Nueva York en el primer centro financiero del Universo.

El capitalismo americano ha crecido con un ritmo sorprendente, recorriendo con inusitada rapidez todas las fases del desarrollo económico. Durante todo el siglo XIX los Estados Unidos fue un país deudor. Al estallar la Gran Guerra las inversiones de capital extranjero en los Estados Unidos superaban sus créditos en 2.500 ó 3.000 millones de dólares. En 1925, sin contar los créditos del Estado, sus inversiones en el exterior suben a 9.522 millones, y se cree que al finalizar el año corriente pasarán de 12.000.

En América Latina los capitales estadounidenses suman 290 millones de dólares en 1899; 1.300 millones en 1913, y en 1926, 4.140 millones, comprendiendo en dicha suma los empréstitos públicos. Esta última suma representa el 43% en el total de sus inversiones exteriores.

[1]_ *The New York Times*, 19 de septiembre de 1926.

En Venezuela la intervención del capital americano es reciente. En 1912, según Osborne², el capital americano invertido en Venezuela no era sino de 3 millones de dólares, pero en 1920 alcanzaba a 40 y en 1924 a 75 millones. En los dos últimos años debe haber aumentado considerablemente³.

El avance americano en los últimos diez años ha sido impresionante. Sin embargo, el movimiento de expansión se inicia apenas. El rápido aumento de la población americana hizo posible hasta ayer el incesante crecimiento de la industria y la absorción en el país de las nuevas formaciones de capital. Pero la actual política inmigratoria hará mucho más lento el crecimiento de la población y el ritmo de desenvolvimiento de la industria. Esto acontece en el momento mismo en que la actividad económica alcanza el máximo de rendimiento.

En los últimos doce años a un aumento de la población americana del 16% se contrapone un acrecimiento de su productividad del 30 o 35%. Las granjas americanas producen hoy 13% más que hace doce años con el mismo número de labriegos. En el mismo período los ferrocarriles atendieron a un aumento del tráfico del 22%, sin aumento alguno de empleados⁴. Es decir, que disminuyen las necesidades de capital en el momento mismo en que el organismo económico alcanza el máximo de eficiencia.

Se calcula en 10.000 millones de dólares el aumento anual de la riqueza nacional americana. Solo una mitad de este total es necesaria para atender a las necesidades de la propia economía americana. Quedan, pues, 5.000 millones que los Estados Unidos pueden exportar, y los economistas piensan que en 1925 las inversiones en el exterior

[2]_ Osborne, *North American Review*, pág. 689.

[3]_ Sobre inversiones de capital americano en el extranjero puede consultarse *American Foreign Investments*, por Robert W. Dunn, Nueva York, 1926.

[4]_ *The New York Times*, del 10 de octubre. Artículo de Alfred Pearce Dennis.

habrán superado los 25.000 millones, y en 1950 la formidable suma de 50.000 millones.

Por razones de orden político y de proximidad geográfica, todavía más, porque la América Latina constituye el complemento natural de su economía, los Estados Unidos encontrarán allí los mercados ideales para sus capitales. Puede agregarse que la concurrencia será casi nula. Los capitales británicos y los europeos continentales los reclama hoy la obra inmensa de reconstrucción económica, y cuando se constituyan las primeras reservas irán a fecundar los territorios coloniales asiáticos, africanos y oceánicos.

Se puede asegurar, pues, que el capital americano tomará el camino del Sur. Entre nosotros será bienvenido, porque nos es, además, indispensable. Países nuevos que están en un período de desarrollo excepcional, con una economía inorgánica y de escasa productividad, no podemos dispensarnos de tal ayuda. Nuestros Estados también deberán recurrir al capital extranjero, porque no es posible realizar con los recursos del presupuesto ordinario las obras costosas y que no son inmediatamente productivas pero que son la base indispensable de nuestra futura prosperidad.

Muchos no divisan sino peligros en esa intervención del capital extranjero. Tales peligros son probables. Pero, en realidad, solo dependerá de nosotros que se concreten. Los empréstitos públicos no pueden ser peligrosos si se siguen ciertas reglas de simple sentido común. Empréstitos concluidos en condiciones onerosas, y destinados a aventuras militares o a obras suntuarias serán ciertamente ruinosos y llenos de peligros. Pero si se obtienen condiciones satisfactorias y se invierten en caminos de hierro, puertos, obras de irrigación, instalaciones hidroeléctricas, empresas de colonización, etc., no hay duda de que acrecerán la productividad nacional y no podrán menos que ser un factor de progreso.

Si se toman las debidas garantías no hay objeciones serias en materia de inversiones en la economía privada, sobre todo cuando se convierten en capital fijo, es decir, en empresas agrícolas e instalaciones industriales que, en cualquier eventualidad será fácil nacionalizar.

El capital extranjero, y una política liberal y previsora al respecto, el inmigrante europeo y nuestras potencialidades económicas casi ilimitadas harán o podrán hacer de la América Latina, y sobre todo, de la América tropical, el asombro del siglo XX.

Por supuesto, el capital extranjero y el inmigrante no son sino subsidiarios, y debemos contar sobre todo con la población actual y con el capital nacional. El ideal para un país es poder atender a su desenvolvimiento con sus propias reservas de capital. Con este objeto debería estimularse su acumulación favoreciendo el ahorro y dirigiéndolo hacia los empleos más productivos.

En este campo, los bancos podrían realizar una labor sumamente eficaz. Además de atender a las necesidades del crédito, deberían, siguiendo el ejemplo de Alemania, de Italia y de otros países de capital escaso, desenvolver una actividad económica, equipándose con los órganos indispensables para gobernar la inversión de los capitales que se les confían, encaminándolos hacia empleos verdaderamente productivos, e impidiendo que se dirijan hacia ruinosas especulaciones.

Washington, octubre de 1926

La inmigración de capitales en América Latina

La exportación de capitales constituye ya uno de los aspectos dominantes de la actividad económica de los Estados Unidos. Nueva York es sin disputa el primer centro financiero del mundo, el exponente de la potencia financiera estadounidense. Desde la guerra mundial las inversiones americanas en el extranjero han crecido continuamente y cada año que pasa alarga el ritmo de ese desarrollo. He aquí las cifras de esas inversiones desde 1920:

1920	-	591.093.357
1921	-	675.112.963
1922	-	838.149.284
1923	-	395.000.000
1924	-	1.209.800.000
1925	-	1.274.967.000
1926	-	1.318.554.850

En el primer trimestre del presente año se elevaron a \$ 377.472.700, suma que representa un aumento sensible respecto del mismo período de 1926, en que fueron solo de \$ 252.362.150.

La América Latina mantiene el primer puesto. Sus empréstitos representan casi el 40% del total en el primer trimestre de 1927. Venezuela figura con \$ 10.275.000, monto de las obligaciones ofrecidas por empresas que trabajan en el país.

No hay razones para prever una pausa o un retroceso en el desarrollo de las exportaciones de capitales, que son indispensables a los Estados

Unidos. Sus acumulaciones son muy superiores a sus necesidades normales, debido a su política inmigratoria y al débil crecimiento de su población. La ulterior expansión de sus industrias deberá contar con los mercados extranjeros, y no será posible realizar las potencialidades de tales mercados con la necesaria rapidez sino mediante exportación de capitales que permita elevar el nivel de vida de las masas y aumentar su capacidad de consumo.

Por otra parte, el mundo necesita de las exuberantes energías y de los capitales americanos. Toca al capital americano, del comercio y de la industria de este país realizar una gran misión; establecer un cierto equilibrio entre las condiciones económicas de los Estados Unidos y el resto del mundo, es decir generalizar el nivel de vida americano. En nuestros países la necesidad del capital se hace más urgente, sobre todo para atender a la explotación de sus ilimitados recursos, indispensables al resto del mundo.

Por supuesto, esta nueva actividad económica está creando problemas más o menos complicados y graves. Los capitales americanos en el exterior demandan garantías y protección al gobierno americano, que encuentra justificada esa protección. En el discurso pronunciado en Nueva York el 25 de abril, en el banquete ofrecido por la United Press, el presidente Coolidge declaró que “las personas y propiedades americanas son una parte del dominio público, aun cuando se encuentren en el extranjero”. Los Estados Unidos, agregó, tienen el deber de protegerlos. Tal protección es posible solo en los países débiles, pero aún allí, las intervenciones que se hagan necesarias traerán el crecimiento del organismo militar y naval estadounidense, con consecuencias que no es posible prever. La teoría que afirma los Estados Unidos con palabras y con hechos, no es en su simplicidad, doctrina de derecho internacional. Ella convertirá a los extranjeros, a algunos de ellos por lo menos, en seres doblemente protegidos, doblemente privilegiados, destinados

a constituir una oligarquía odiosa. Ni es justo que se protejan sin discriminación todos los intereses, solo porque solicitan protección, cuando hay algunos indefendibles, que ninguna nación protege dentro de sus fronteras. Hay capitales aventureros —y no son los peores— que acuden al extranjero en busca de excesivos rendimientos, y que deben afrontar ciertos riesgos. No es equitativo eliminar los riesgos y asegurar los rendimientos.

Es inútil, sin embargo, oponer los razonamientos a los hechos, cuando estos están respaldados, como en el presente caso, por la potencia militar y naval mayor del mundo. Tal realidad no es posible cambiarla, sino comenzando por aceptarla tal como se presenta.

La cuestión tiene un aspecto internacional. La Conferencia Comercial Panamericana, que acaba de concluir sus sesiones en Washington, la había incluido en su orden del día. Diversos oradores se refirieron a ella de manera indirecta, dado lo escabroso del tema. Ninguna decisión fue tomada al respecto. Pero en el discurso pronunciado en la sesión inaugural, Mr. Hoover, el distinguido jefe del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, describió las líneas de la que debería ser la política americana en la materia. No deberían concederse préstamos sino para empleos productivos, rehusando metódicamente los destinados a empresas militares, obras públicas cuyo interés no sea evidente, o a cubrir las necesidades normales del presupuesto, empréstitos que conducen a las intervenciones, son ruinosos y no pueden pagarse sino al precio del empobrecimiento del país deudor y de un descenso del nivel de vida de su población.

Los empréstitos realizados con ocasión de la restauración de Alemania, Austria, Hungría, Grecia, Bulgaria, con su fiscalización y garantías internacionales, ofrecen tal vez las mayores ventajas para acreedores y deudores, y prometen ser la práctica saludable del futuro.

Por ahora, interesa más contemplar el problema desde el punto de vista de los intereses nacionales. Para comenzar, las inversiones extranjeras no son en sí mismas un peligro. Nadie las consideró tales, ayer en los Estados Unidos, hoy en el Canadá o Alemania. Tampoco serán para nosotros si seguimos ciertas normas, entre las cuales la capital es que no debe contraerse ningún empréstito que no sea destinado a empleos productivos, en cuyo caso nunca será difícil cumplir las respectivas obligaciones. Para el estudio previo de las operaciones en los mercados del exterior, obteniendo los préstamos en las mejores condiciones posibles, los bancos venezolanos podrían crear una corporación análoga al “Consorzio di credito per le opere pubbliche”, que ha resultado tan beneficioso a la economía italiana en este período de su reconstrucción. Tal Instituto estudia previamente todos los empréstitos proyectados, indaga la seriedad de las empresas y el posible rendimiento de las inversiones, sirviendo después de intermediario entre las empresas italianas y los bancos extranjeros. Gracias a sus relaciones, experiencia y especialización, el Instituto ha podido obtener con facilidad, a tipos favorables y uniformes, numerosos empréstitos. No hay duda de que al iniciarse entre nosotros la importación de capitales en cierta escala, un Instituto concebido en la misma forma sería extraordinariamente benéfico para el país.

Actualmente, por supuesto, los peligros no provienen de nuestros empréstitos sino de las inversiones extranjeras administradas por extranjeros. Podríamos encontrarnos un día en la trágica situación de México, en donde según cálculos recientes, más de las dos terceras partes de la fortuna nacional están en manos de extranjeros. Es de suprema necesidad mantener cierta proporción entre el capital nacional y el capital extranjero. Al desarrollo del capital extranjero debe corresponder un desarrollo mayor o por lo menos igual de la riqueza nacional. Como el crecimiento de nuestra riqueza no puede efectuarse sino en la

agricultura y en la industria, que sufren hoy un retroceso o una pausa con la expansión de las industrias extractivas, que absorben nuestra mano de obra, la inmigración es necesaria para realizarla. La inmigración está hoy en el centro de nuestra vida nacional, y darse cuenta de ello es tener la llave de nuestra grandeza futura. La inmigración de capitales, si no fuere acompañada de inmigración de capital humano, nos convertirá seguramente en una colonia de explotación. El capital humano es siempre más considerable que la suma de los cuatro recursos de un país. Las estimaciones sobre el valor de un ser humano difieren según el medio a que pertenece. En Italia y Francia ha sido calculado en diez mil bolívares. La *Canadian Pacific Railway* lo ha calculado en Bs. 70.000. En los Estados Unidos, la *Metropolitan Life Insurance Company* de Nueva York, ha calculado el valor de un hombre de 30 años en más de Bs. 160.000. Dada la potencialidad de nuestros recursos explotables, podemos estimar, en Venezuela, en Bs. 50.000 el valor de un inmigrante. Partiendo de esta base, la inmigración de 1.000 individuos correspondería a la importación de 50.000.000 de bolívares. Naturalmente, mientras los inmigrantes no se hayan adaptado al medio, de manera de actualizar todas sus posibilidades de rendimiento, sus capacidades de producción no serán proporcionales a dicha suma.

Si seguimos estas normas: no contraer empréstitos sino cuando estén destinados a empleos productivos, y compensar las inversiones extranjeras con inmigración humana, que haga posible el desarrollo de nuestra agricultura y nuestra industria, no tendremos que temer peligros invencibles.

Esta es la única política que parece eficaz. No debemos dejarnos vencer por la tentación de aplicar la política simplista de México, la nacionalización de los capitales extranjeros por decreto, política llena de buenas intenciones, animada de los más nobles propósitos, pero absurda y

destinada a fracasar, o por lo menos, a ser modificada. Es inútil nacionalizar capitales por decreto, pues los capitales no se considerarán mexicanos, mientras ello no les proporcione mayores ventajas y garantías. Las disposiciones legales pueden ser oportunas y eficaces, pero la única manera segura de nacionalizar capitales extranjeros es sustituirlos con capital nacional, proceso lento y difícil, y por lo tanto el verdadero.

La colonización en Venezuela

El mundo entero advierte la expansión, cada día más y más pujante, de los Estados Unidos de América. Por primera vez en la historia, el planeta todo entero es teatro de la expansión de un pueblo. Las grandes organizaciones económicas y financieras que tienen sus sedes en los majestuosos rascacielos de Nueva York, símbolos de acero y granito de esta civilización faustiana, están empeñadas en un proceso de integración de la economía mundial.

La expansión abarca el mundo entero, pero adquiere especial intensidad en la América Latina y, dentro de la América Latina, en los países bañados por el Caribe, por razones de orden geográfico, económico y político que son obvias. Las cifras que expresan en lo que atañe a nuestros países del Sur sus tráficos comerciales y sus inversiones de capitales se multiplican con ritmo extraordinariamente rápido. En la última década, o mejor, en los dos últimos años, los Estados Unidos han dado pasos de gigante para adquirir el control de las comunicaciones ferroviarias aéreas, cablegráficas, radiofónicas y telefónicas: de las fuentes de energía hidroeléctrica y de los grandes reservorios de materias primas de la América Latina. Nuestros periódicos publican las noticias que les transmiten las agencias periodísticas americanas. Los cines del Continente muestran casi únicamente las películas impresas en Hollywood. *E pluribus unum.*

El paso de marcha de los Estados Unidos ha sido espectacular. La historia no había visto nada igual. Y, sin embargo, el proceso de expansión

se inicia apenas. Así, por ejemplo, hasta ayer los planes ideados en Wall Street para la integración de diversos ramos de la economía nacional fueron de alcance limitado y se desarrollaron casi enteramente dentro de los límites nacionales. Es en los dos últimos años en los que la formación en Europa de carteles y trust continentales y la necesidad de encontrar nuevos mercados para la excesiva producción que aflige a ciertas industrias, han extendido el alcance e impreso una fulmínea rapidez a la integración económica. Cada una de las ramas de la vida económica de los Estados Unidos, incluso las industrias agrícolas, ha ido cayendo bajo el control de organizaciones colosales, cuyos capitales se cuentan por millares de millones de dólares y cuyos presupuestos anuales son mayores de los de muchas naciones de mediana magnitud. Tales organizaciones, ya victoriosas en la lucha para el dominio del vasto mercado interior, están bien preparadas para enfrentar la concurrencia en todos los mercados del mundo. La América Latina se considera unánimemente como el mercado más prometedor, y en casi todos los casos se encuentra comprendida dentro del área económica de integración.

Este proceso de expansión económica se marida en los Estados Unidos con cierto estado de espíritu, que recuerda el que se vio aparecer en Atenas después de la victoria sobre los persas; en Roma, en la mañana de la destrucción de Cartago; en España, después de la Reconquista; en Inglaterra, después de las guerras napoleónicas. Este estado de espíritu constituye el aspecto verdaderamente trascendental de la vida americana. En nuestro mundo todavía *mens agitat molem*. Es el espíritu el que está consiguiendo triunfos en los dominios de la vida material y al mismo tiempo preparando al pueblo para un gran florecimiento moral, intelectual y artístico. Ahora parece dominar la agitación sin rumbo, la crítica destructiva de las viejas ideologías, el caos intelectual y moral. Pero detrás de Mencken, Lewis y otros demoledores, atareados en triturar una cultura ya vieja y gastada, se divisan hombres como Dewey

y Waldo Frank, que se afanan por darle un sentido moral al inmenso venero de energías que guarda el pueblo americano y en trazar los lineamientos de un “nuevo mundo” espiritual.

Queríamos expresar estas consideraciones antes de observar cómo las corrientes comerciales, que se inflan con los días; las inversiones de capitales que aumentan sin cesar; y las sucursales, agencias y representaciones de empresas bancarias, industriales y comerciales, que se establecen continuamente, traen consigo la formación de colonias, cada día más y más numerosas, de ciudadanos norteamericanos —el hecho sin duda más importante de todos los que acompañan la expansión. De acuerdo con *Commerce Reports* (1° de abril de 1929), órgano del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, los residentes norteamericanos en la América Latina suman un total de 50.104, de los cuales 2.215 habitaban en Venezuela para la fecha del censo.

No queremos hablar aquí de las consecuencias del establecimiento de estas colonias en las relaciones internacionales. Nos proponemos solo analizar los efectos de los contactos entre angloamericanos y latinoamericanos en el dominio más limitado de las relaciones interindividuales.

Nosotros y los angloamericanos

¿En qué condiciones se establece el contacto entre los americanos del Norte y los americanos del Sur? Si averiguamos cuáles son esas condiciones y tratamos de poner en claro las consecuencias iniciales de dicho contacto, tal vez podamos adivinar el camino que seguirá nuestra evolución en los próximos años.

Los angloamericanos disponen en su país de oportunidades casi ilimitadas para su formación física, intelectual, técnica y moral. Disfrutan de todas las libertades y garantías legales. Llevan riqueza, competencia, salud, prestigio y el deseo de trabajar. El trabajo es en su país como un

mandamiento religioso, y todos los ciudadanos sienten la obligación de trabajar. Su patria, que es verdaderamente paternal, los acompaña en sus peregrinaciones al extranjero, siempre lista a protegerlos contra injusticias y agravios. Y sobre todo, los anima un optimismo sin límites, planta que crece lozana en este pueblo de hombres libres.

Los latinoamericanos, con excepción de una minoría insignificante, no disponen de las mismas oportunidades que ofrece la patria providente de los hombres del Norte. Dadas las condiciones que caracterizan el período histórico que en este momento atraviesan las naciones latinoamericanas, las libertades y garantías de que gozan sus ciudadanos son decididamente inferiores a las que disfrutaban en sus propios países, gracias a la doble protección que los ampara, los ciudadanos norteamericanos. La concepción del trabajo que prevalece en nuestros países es diferente de la angloamericana. La formación que reciben los hijos de “buena familia” —de quienes podría esperarse las más preciosas contribuciones a la vida nacional— los prepara admirablemente para despilfarrar las fortunas morales y materiales de sus padres y, si todavía duran, las de sus abuelos. Y sobre todo, los latinoamericanos, como lo anotaba hace días un escritor yanqui, están afligidos por el “complejo” de la inferioridad, que los mantiene temerosos, apesadumbrados, mirando su propia sombra.

Las consecuencias iniciales y futuras del contacto son evidentes. En la lucha de competencia nosotros habremos de ser, mientras perduren las actuales condiciones, los vencidos. Si nosotros no aprendemos a emularlos en las cualidades que hacen posible su predominio, a sus manos pasarán mañana lo mejor de nuestras minas, de nuestras tierras, de nuestros rebaños, de nuestras florestas, de todo cuanto tenemos. Lo que ha sucedido en las Antillas, anticipa la suerte del Continente. Esto no quiere decir que ellos sean nuestros enemigos ni que debamos tenerles miedo. Tengámosle si mucho miedo a enemigos tan terribles como son

nuestro atraso, nuestra incompetencia, nuestra desorganización y nuestra falta de espíritu público.

Vale la pena que estudiemos la manera de resolver esta situación aflicta. Algún espíritu simplista e indolente propondría que los americanos renunciaran a su competencia técnica, a sus capitales, o que se quedaran en su casa. No parece posible que esta solución sea considerada por la generalidad de las gentes como equitativa y factible. Otros espíritus buscarán la solución con poemas incendiarios, protestas inflamadas e invocaciones a los manes de abuelos batalladores. ¿Para qué gastar la pólvora en salvas?

El esfuerzo de nivelación

La única solución que parece adecuada es mucho más compleja y requiere esfuerzos incomparablemente mayores. El plan que parece más seguro para alcanzar la victoria en esta lucha de competencia, es uno capaz de nivelarnos en los varios aspectos de nuestra vida, y particularmente en el campo de la ciencia y de la técnica, con los angloamericanos y otros pueblos que marchan a la vanguardia del progreso humano. Tal plan tiene que ser necesariamente complicado —tan complicado como la vida social misma—; pero nos aventuramos a afirmar que un nuevo sistema educativo y un plan de colonización serán sus elementos primordiales.

Es evidente, para todos los que lo estudien, que nuestro sistema educativo necesita transformaciones radicales. La educación es todavía medioeval en la mayoría de los países latinoamericanos. La tarea de efectuar con tal sistema la nivelación de nuestros pueblos con los más progresistas, es tan imposible como sería la de atravesar el Atlántico en curiara. La experiencia de muchos de nosotros nos demuestra que para los que no queremos estudiar teología o abogacía, la instrucción

recibida, en vez de armarnos para la lucha por la vida nos desorienta e inutiliza: y ni siquiera puede decirse que los teólogos y abogados quedan muy bien equipados.

No es difícil darse cuenta de que nuestro sistema educativo es inadecuado para las necesidades del país. Para llegar a esta conclusión no se requiere especial competencia. Es claro, sin embargo, que la misión de formular el sistema que ha de reemplazarlo compete a expertos y no a meros aficionados.

Solo nos proponemos expresar aquí algunas consideraciones con respecto a los problemas de población, o más precisamente, sobre los problemas de la migración humana y de la colonización, que constituyen solo parte de ellos. La inmigración y la colonización podrían ser, si se adecuaban a tales fines, poderosos factores de educación, de ascensión económica y, en general, de nivelación de nuestros pueblos con los más progresistas de la Tierra.

La importancia de la política migratoria

Nadie podría negar que la introducción de nuevas razas de animales y de variedades de plantas útiles puede proporcionar grandes riquezas a un país. La introducción de animales o de plantas portadoras de enfermedades y plagas, por el contrario, puede acarrearle ruina. Ahora bien, los problemas de la migración humana son, aun desde el solo punto de vista económico, de trascendencia incomparablemente mayor. Aun los idealistas más intransigentes deben admitir que la población humana es la mayor riqueza con que cuenta un país. Es verdad que en los Estados Unidos, por ejemplo, la naturaleza es opulenta y explica en cierto modo su riqueza. Pero no, las poblaciones indias que habitaron el país durante mucho tiempo eran las menos civilizadas y prósperas de América. Son los hombres, sus educadores, sus pensadores, sus inventores, sus hombres

de ciencia, sus técnicos y sus ciudadanos más humildes, que acogen dócilmente las normas morales y científicas que predicán sus conductores, los que han hecho la estupenda prosperidad de este pueblo.

Después de todo, no se rebaja al hombre afirmando que aun desde el punto de vista económico es él lo más importante con que cuenta un país. Pero los hombres son algo más que meros productores y consumidores de riqueza. Los inmigrantes que llegaron ayer o habrán de llegar mañana a nuestras playas pueden serlo todo. Al principio serán nuestros peones, nuestros capataces, nuestros empleados, nuestros arrendatarios y nuestros clientes. Pero más tarde serán nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros socios, nuestros héroes o criminales, nuestros genios o dementes, nuestros mandatarios o gobernados. Y si ello no ocurre en la primera generación ocurrirá en la segunda. Es evidente que la admisión de malos inmigrantes puede ser infinitamente más peligrosa que la de cualquier animal o planta plagada.

La consideración de los problemas migratorios no es extemporánea en lo que a Venezuela se refiere. El desarrollo de la industria petrolera en la región del Lago de Maracaibo y el que tendrá casi seguramente lugar en la cuenca del Orinoco; el desenvolvimiento de la industria aurífera en Guayana; y los desarrollos agrícolas e industriales que habrán de seguirlos, traerán inmigración a Venezuela, buena o mala, con o sin la intervención del Gobierno. Aun cuando nuestro país tiene inmensas posibilidades de riqueza, no abriguemos la ilusión de que ellas bastan para atraer y mucho menos para seleccionar a los inmigrantes. En general, las corrientes migratorias espontáneas se dirigen de países de nivel de vida inferior a países de nivel de vida superior, tan naturalmente como el agua corre de arriba para abajo. En el caso de Venezuela es de suponerse que la inmigración espontánea nos vendrá de las Antillas más atrasadas, de la China, de la India o de Java, y en vez de ser un factor de progreso nos hundirá todavía más en nuestro atraso. También entrarán

algunos inmigrantes europeos y americanos, pero que pertenecen a categorías, como la de comerciantes al menudeo o profesionales, que no son precisamente los que más necesita Venezuela.

Parece aconsejable que ejerzamos nuestro derecho de decidir cuáles son los extranjeros admisibles y que demos pasos para atraer los inmigrantes que más nos convengan, cualesquiera que sean los sacrificios financieros que ello demande. Cuando se trata de inmigrantes selectos, nunca nos arrepentiremos de haber sido pródigos.

La colonización en Venezuela

Los beneficios de una sabia política de inmigración son seguros. Pero sus ventajas pueden ser óptimas solo en el caso de que se combinen con un plan de colonización, adaptado a las condiciones geográficas y económicas de las varias zonas del país y susceptible de estimular todas las manifestaciones de la vida nacional.

Las regiones en donde se concentra la población de Venezuela —las mesetas de las cordilleras de los Andes y de la Costa— son las más favorables para el inmigrante europeo, tanto en virtud de sus condiciones de clima como de su mayor desarrollo económico. En estas regiones la colonización debería tal vez limitarse al establecimiento de núcleos o células de inmigrantes. Estos serían reclutados en los países que más se distinguen en las industrias o artes que se quieran establecer o perfeccionar y cuyas condiciones sociales se asemejen más a las nuestras. Tales colonias permitirían estimular los cultivos fruteros, la industria sericícola, la industria avícola, la industria lechera, la producción de hortalizas, los cultivos de trigo y arroz, etc., e industrias como las textiles, la peletería, la cantería, la sombrerería, las mecánicas, etc. En los ramos de agricultura y de la cría, en particular, dicha inmigración permitiría conseguir rápidamente el mejoramiento de nuestros sistemas de cultivo y de cría

y la diversificación agrícola, que son de tanta urgencia para el progreso económico del país y para la solidez de nuestra economía nacional.

El plan debería también contemplar las regiones despobladas del Orinoco. Aun cuando las exploraciones efectuadas hasta hoy han sido muy incompletas y nada se ha hecho para determinar sistemáticamente la medida de sus recursos, se puede afirmar que la Guayana, de acuerdo con lo que ya sabemos, es la región venezolana mejor dotada por la naturaleza. Es muy posible que un día descubramos que verdaderamente estaba allí El Dorado que tanto buscaron los conquistadores. La Guayana está llamada a jugar en el desenvolvimiento histórico de Venezuela el mismo papel que jugó el Oeste en la formación de los Estados Unidos. El Oeste, salvaje y bravío, en sus tierras siempre vírgenes, siempre ubérrimas, siempre generosas, fue el perenne renovador de los ideales que animaron a los peregrinos de la nueva Inglaterra y a los correligionarios de Penn y de Lord Baltimore, el crisol de la nacionalidad americana. Cuando la fuerza del ideal parecía declinar en los hombres satisfechos, el Oeste reanimaba y robustecía la fe en la libertad, en la igualdad, en la democracia; engrosaba los rangos de los no conformistas y de los *selfmademen*; y perpetuaba esa fisonomía que ha hecho inconfundible al pueblo americano. En la Guayana se realizará la amalgama de nuestros tipos regionales, diversos y casi hostiles, y surgirá el venezolano "nacional". Nuestra independencia no quedó asegurada sino el día en que los patriotas dominaron el Orinoco. La Venezuela que recogerá y multiplicará la herencia que le dejaron los hombres maravillosos de hace un siglo; la que esperamos que sea un día, por el genio de sus hijos y por su esfuerzo civilizador, la primera nación de la América tropical; en fin, la Venezuela de nuestros sueños, no surgirá en el horizonte sino en el día en que hayamos poblado e incorporado a la patria la Guayana.

En nuestra opinión, la colonización de la Guayana y demás regiones de la hoya del Orinoco debería hacerse principalmente con nacionales,

que son lo que más se adaptan para la conquista de su naturaleza salvaje, por su aptitud para resistir mejor sus climas, sus enfermedades y demás obstáculos naturales. Es posible que en algunas regiones puedan también establecerse algunos núcleos de inmigrantes extranjeros. En todo caso, los expertos extranjeros podrán colaborar con los nacionales en el reconocimiento de los recursos de estas regiones; en la elaboración del programa de desenvolvimiento agrícola; en el establecimiento de un sistema ferrocarrilero y vial; y en la formulación de planes para el establecimiento de las colonias.

Tanto en lo tocante al establecimiento de las células, o núcleos de inmigrantes especializados, en nuestros actuales centros de población, como la colonización propiamente dicha en la cuenca del Orinoco, debemos procurar la adopción de los métodos más aprobados y más modernos. La comisión nombrada recientemente por el Congreso de los Estados Unidos con el encargo de establecer un plan de bonificación y desarrollo de los Estados meridionales de la Unión, después de estudiar detenidamente los métodos practicados en su propio país y en el extranjero, concluye su informe con el siguiente párrafo que resume sus ideas sobre bonificación y que constituye al mismo tiempo la mejor definición que hayamos leído de lo que debe ser la colonización moderna.

“La experiencia de los Estados Unidos y de otros países —dice la Comisión— ha conducido a una nueva concepción de la bonificación. La bonificación no podría considerarse completa con la conclusión de las solas obras de ingeniería. Solo podrá llamarse tal cuando hayan sido establecidas en las tierras bonificadas comunidades agrícolas prósperas y felices. El establecimiento de tales comunidades requiere tierras a precio moderado; condiciones fáciles de compra, sobre la base de un plan liberal de amortización; preparación de las granjas para el cultivo antes de la llegada de los colonos; capital adecuado o crédito para

mejoras, implementos y provisiones; un programa agrícola preparado por peritos, con anterioridad al establecimiento de los colonos; la adecuada organización económica; y el establecimiento de instituciones sociales —escuelas, iglesias, hospitales, centros, etc.— en beneficio de la comunidad”

Con las adaptaciones necesarias, dicho sistema puede perfectamente aplicarse en Venezuela. La colonización de comunidades se recomienda especialmente en los trópicos, en donde el clima, las enfermedades y las dificultades de cultivo y de venta de la mayoría de los productos, presentan obstáculos que no pueden vencer individuos aislados. Es el sistema adoptado con tan buen suceso por la United Fruit Company en los países del Caribe, por Ford en el Amazonas, y por los ingleses y holandeses en sus colonias del Oriente. El mismo que siguen los Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelandia, Italia y otros países igualmente avanzados.

Como un buen plan de inmigración y colonización Venezuela podría, pues, poblar sus territorios desiertos e incorporarlos a la vida nacional; diversificar su agricultura; desarrollar nuevas industrias y perfeccionar las existentes; contribuir al mejoramiento de su raza y a la nivelación de su cultura, especialmente en el dominio de la técnica, con la de los pueblos más progresistas del Occidente; acelerar extraordinariamente su desenvolvimiento económico y social; integrar, en fin, sus elementos humanos en un tipo nacional que perpetúe la integridad de la Patria.

La Patria nos agradecería que encontráramos —y nuestro deber es buscarlas— las vías seguras de su prosperidad y de su gloria. Ya van a cumplirse los cien años del día en que el Libertador abandonó esta vida terrena. No conmemoremos ese día con ritos funerarios. Comencemos más bien empresas como las que él habría iniciado si estuviera entre nosotros. No podríamos tributarle más cumplido homenaje. Desde su

Olimpo, en donde continúa vigilando sobre nuestro destino, el Grande Hombre de América se exultará cuando raye el alba del día de grandeza y de gloria que soñó para Venezuela.

Washington, noviembre de 1929

Capítulo cuarto

Economía cafetera

“No imponer la mendicidad obligatoria y trocar los agricultores en mendigos que agradecen la dádiva sino producir y saber que vamos a producir. Es lo que necesita la economía ...”

ALBERTO ADRIANI

La valorización del café y nuestra economía nacional

1. La Valorización Brasileña

La creación del Instituto de Café de San Pablo, en 1924, marca una nueva etapa de la industria cafetera brasileña y de la política de valorización, que tuvo su fase inicial en 1902, cuando el estado de San Pablo prohibió toda nueva plantación de cafetos. En 1906 el Estado intervino por primera vez en la regulación de los precios del mercado y, con tal objeto, contrajo un empréstito de 3.000.000 de libras esterlinas, compró el sobrante de la cosecha, lo almacenó y vendió oportunamente. El estado intervino nuevamente en 1917-18, en la misma forma levantando un empréstito interno de \$ 75.000.000, y en 1921, obteniendo un empréstito exterior de 9.000.000 de libras. Por ley del estado de San Pablo No. 2.000, de 19 de diciembre de 1924, modificada después por las leyes Nos. 2.110 A, de 29 de diciembre de 1925, 2.202, de 30 del mismo mes y año, y 2.144, de 26 de octubre de 1926, fue establecido el Instituto de Café de San Pablo, dirigido por un consejo consultivo y bajo el control del gobierno del estado. El Instituto tiene, entre otras funciones, la de regular la exportación del café, determinando las cuotas que corresponde a los diversos productores; la de celebrar convenios con otros estados brasileños productores de café; con el de promover la defensa del café, la de conceder empréstitos directos o por intermedio de instituciones bancarias a los productores de café; la de comprar café, en el estado de San Pablo o en otros estados de Brasil, con el objeto de regularizar los precios; la de mantener un servicio de informaciones,

propaganda, publicidad y represión de las falsificaciones de café. El fondo de defensa está constituido por el producto del empréstito exterior de 10.000.000 de libras esterlinas, concluido en Londres en 1926, y por las tasas de almacenaje y exportación.

2. Las perspectivas de la valorización

La constitución actual del Instituto de Café, su carácter permanente y la situación financiera del Brasil, que cuenta con una moneda sobre al patrón de oro, lo cual constituye para todas las actividades económicas nacionales un factor de estabilidad y solidez, hacen posible una política de valorización más sana que las anteriores. Sin embargo, ¿es permitido esperar un buen éxito permanente?

La experiencia de los resultados de la política de valorización del mismo café, en el pasado, y el fracaso de las tentativas de sustituir, con respecto a otros productos, precios artificiales, provocados por manipulaciones oficiales de trust, a los que resultan del proceso natural de la oferta y la demanda, parecen desaconsejar el optimismo.

Es verdad que en las pasadas intervenciones del estado de San Pablo, se consiguió el alza de los precios y sus operaciones comerciales le procuraron pingües ganancias. Es verdad que el café no corre peligro de avería y que en caso de necesidad se hubiera podido mantener en depósito durante largos períodos de tiempo. Pero lo cierto es que en cada caso los precios altos fueron seguidos por bajas repentinas y considerables que resultaron ruinosas para la industria. Y no hay duda de que para una actividad económica cualquiera, son preferibles las ganancias moderadas pero estables a los rendimientos excesivos, seguidos de pérdidas y de depresión económica.

Se dirá que tal estado de cosas se debió en gran parte a la intermitencia de la acción oficial, y que la ejecución del actual plan está confiado

a una institución permanente, en capacidad para mantener el control continuado de los precios. Es probable. El argumento sería concluyente si el Brasil fuera el único productor mundial de café.

La historia de otras valorizaciones ofrece enseñanzas preciosas. La valorización del caucho, mediante el plan Stevenson, debió ser abandonada. Noticias recientes de Cuba indican que el gobierno piensa en devolver plena libertad a los azucareros. Los planes de valorización de la seda, la potasa, el sisal, el alcanfor, etc., han fracasado o están a punto de fracasar. En cada ocasión el fracaso se ha debido a la imposibilidad de controlar la producción mundial, y, en cierta medida, a las dificultades internacionales que provocan los precios abusivos impuestos por Estados o grandes trust. Cabe recordar aquí la famosa comunicación dirigida al congreso, sobre la materia de las valorizaciones, por el señor Herbert Hoover, actual candidato presidencial de los Estados Unidos, para entonces Secretario de Comercio.

Pero limitándose al aspecto económico de la cuestión, es evidente que la manipulación artificial de los precios, en la forma adaptada en las valorizaciones, no es hacendera y conveniente sino en el caso de monopolio absoluto o casi absoluto del producto. Toda vez que sea posible romper el monopolio, la valorización es antieconómica y resulta, con el tiempo, ruinosa para la industria a que se aplique.

Aun cuando el Brasil produce gran parte del café consumido en el mundo, no se puede hablar de monopolio o casi monopolio. Todavía más, la importancia relativa de la producción se ha mantenido casi estacionaria, mientras aumentaba incesantemente la de otros países. Y actualmente los departamentos oficiales de agricultura están haciendo esfuerzos para extender el cultivo del café en Santo Domingo, Haití, Cuba, Puerto Rico, Repúblicas de la América Central, Colombia, Ecuador, Perú, Guayanas, es decir, en casi toda la América tropical; en

Kenia, Tanganika, Uganda, Madagascar, el Congo y las colonias francesas del África occidental, en África; en la India, Indochina, Indias Occidentales y Filipinas, en Asia. En casi todos estos países la producción ha aumentado en los últimos años. En Colombia, el número de cafetos productivos que era en 1924 de 224.000.000, subió en 1926 a 331.000.000. No hay duda de que los altos precios actuales servirán de estímulo. No es necesario ser profeta para prever que el aumento de la producción extra brasileña podrá, en un porvenir que podría no ser lejano, comprometer el éxito de la valorización.

3. Un plan de organización de la Industria Cafetera

El fracaso del plan actual de valorización parece inevitable siempre que no se le modifique antes de que ese fracaso ocurra. Su abandono acarrearía la ruina de la industria cafetera brasileña, aun cuando bajen los precios. Por el contrario, no obstante la baja de precios, su prosperidad podría ser más sólida. Hoy la prosperidad que resulta de los altos precios beneficia a todos los productores. Mañana, si esa prosperidad resultara de una organización más eficiente de la industria y de la baja de precios, podría arruinar a los países en donde la organización sea primitiva y deficiente.

Los economistas y técnicos agrícolas que han estudiado la industria cafetera, opinan que en el porvenir su prosperidad dependerá principalmente de su organización científica, que permita mayor economía en la producción y mayor rendimiento por mata y por hectárea. La organización científica que se propone consistiría en la localización del cultivo del café en los terrenos más apropiados; la selección de variedades de mejor calidad y de mayor rendimiento; la prevención y lucha contra los insectos y enfermedades de la planta; la mejora de los métodos de cultivo y de beneficio; la adopción de la maquinaria más perfeccionada;

el aprovechamiento de los productos secundarios, como el salvado y la pulpa; y, en fin, la diversificación de la producción agrícola en las zonas cafeteras, para regularizar la demanda de trabajo, aumentar el rendimiento de la hacienda y disminuir el costo del producto principal. Estas medidas permitirían, se asegura, mejorar la calidad del café y al mismo tiempo aumentar la producción, disminuir los precios actuales, mantener una retribución suficiente y acrecer el consumo mundial.

Estos resultados, en particular, el aumento del consumo, permitirían colocar la industria sobre bases sólidas. A pesar de la opinión de algunos expertos, que afirman que existe saturación en el consumo, se puede asegurar que la mejora de la calidad, la disminución de los precios y una eficiente organización comercial, podrían aumentarlo considerablemente. El consumo mundial ha aumentado en los últimos quince años en un 30%, mientras que el incremento de la población durante el mismo período no ha sido sino de 6%. En los Estados Unidos el aumento ha sido extraordinario. Desde 1855 el consumo ha aumentado 700%, y la población solo 400%. Por supuesto, hay que tener presente que el consumo de géneros alimenticios no tiene la misma elasticidad que el de las manufacturas.

La organización científica de la industria cafetera podría dar una nueva razón de ser al Instituto de Café y a las organizaciones cooperativas cafeteras. En otras industrias agrícolas, la de la leche en Dinamarca, la frutera en los Estados Unidos, la del trigo en el Canadá, la cooperación las salvó en períodos de crisis y les aseguró prosperidad permanente. No hay razón para que la industria del café no pueda organizarse en la misma forma y conseguir los mismos beneficios. La cooperación podría contribuir a la transformación de los métodos de cultivo y beneficio; al aumento de las ganancias de los productores dispensándolos de intermediarios parásitos; y poder balancear la demanda más o menos regular

y constante con las cosechas irregulares, de manera que los productores no sean afectados por las fluctuaciones de precios.

Gracias a la organización de la industria, el Brasil está preparado para adoptar el plan que se recomienda. Las condiciones óptimas de sus suelos y clima, la grande extensión de sus haciendas y la eficiencia ejemplar de su explotación; la fundación de excelentes instituciones agrícolas de investigación y experimentación en los estados de San Pablo y Minas Gerais, son propicios a su aplicación. La industria brasilera, para evitar ciertas objeciones americanas a la manipulación artificial de precios por el Instituto de Café, afirma que los precios actuales corresponden al costo de producción. Un cablegrama del Brasil, fechado el 4 de setiembre último, anuncia que el Instituto de Café de San Pablo ha designado una comisión de expertos con el fin de estudiar el precio de producción. Tal estudio, en la opinión del Instituto, podrá convencer a los consumidores de los Estados Unidos de que los precios actuales no son abusivos. Pero es muy posible que la investigación revele deficiencias y despilfarros, y abra la vía a una organización más eficiente de la producción y a una reducción de los precios actuales.

Hay que apuntar que en muchos de los países que actualmente estimulan el cultivo del café, como Puerto Rico, Santo Domingo, Haití, las Indias Orientales, Kenia y Tanganika, etc., se han establecido instituciones de investigación y experimentación, que permitirán la organización eficiente de la industria.

Colombia merece una mención especial. Por ley de 1927, el Congreso colombiano confirió a la Federación Nacional de Cafeteros todo lo referente a la intensificación del cultivo del café, el beneficio del fruto, la campaña contra las enfermedades de la planta, la enseñanza de sistemas científicos de preparación y producción, estudios estadísticos nacionales y mundiales, propaganda en los mercados consumidores,

organización de los almacenes generales de depósito, destinando para ello el impuesto sobre exportación del café. Al lado de esta actividad en beneficio de la industria cafetera, deben también señalarse las gestiones del Departamento de Agricultura, de la Sociedad de Agricultores de Colombia, de las sociedades departamentales de agricultura de Antioquia, Caldas y Cundinamarca, tendientes a la diversificación de la producción agrícola colombiana, y a evitar que una crisis de la industria cafetera pueda afectar la economía nacional en la misma medida en que la crisis del caucho, la quina y el añil afectaron en el pasado ciertas regiones colombianas.

4. Sugestiones para un plan de desarrollo de la agricultura venezolana

Las sugerencias referentes a la organización de la industria cafetera también pueden servir a Venezuela. Pero las perspectivas de esta industria aconsejan que se adopten ciertas medidas de orden más general y que atañen al conjunto de nuestra economía nacional. Un país cuya economía descansa sobre uno o dos cultivos, no puede aspirar a una prosperidad continua y creciente.

Es verdad que últimamente se han desarrollado en nuestro país las industrias extractivas, principalmente la del petróleo, pero ellas están en manos extranjeras, hasta este momento no han sido favorables al incremento de nuestra agricultura, industria que está en manos de nacionales y que es la base de nuestra prosperidad permanente. En todo caso, son factores precarios de prosperidad. Cuando se agoten las minas, cuyos principales beneficios habrán sido para el extranjero, el país deberá soportar los perjuicios y pagar los gastos que implique la desmovilización de esas industrias.

Es en el campo de la agricultura en donde se abren amplias oportunidades de actividad y de riqueza para el país, mediante la modernización

y perfeccionamiento de los cultivos actualmente practicados y la introducción de otros nuevos. Ya se ha indicado lo que se podría hacer en la industria cafetera. El cacao es otro de los cultivos que podría tomar incremento. Nuestro clima, suelos y variedades son excelentes. Si Venezuela dispusiera, como otros países de instituciones de investigación y experimentación agrícola que impulsaran la organización científica de tal cultivo, la producción se podría aumentar considerablemente. El cacao es un producto de gran porvenir. Es un alimento muy nutritivo, que según el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos contiene 2.300 calorías por libra, contra 720 los huevos y 985 la carne de buey. En los Estados Unidos el consumo fue de 19 millones de libras anuales en los años 1889-01; de 126 millones en 1909-11; de 350 millones en 1919-21. Es decir, el consumo ha venido triplicándose cada diez años.

No hay posibilidades de grande extensión del cultivo de la caña de azúcar, pues hay sobreproducción. Pero nuestra producción debe alcanzar para nuestro consumo. Hay posibilidades de seleccionar las variedades, mejorar el cultivo y emplear maquinaria más perfeccionada.

También podría extenderse el cultivo del tabaco. Igualmente hay oportunidades para mejorar grandemente los métodos de cultivo y aumentar la producción.

La cuenca del Orinoco, y en cierta medida todo el país, dependen para su prosperidad de los productos forestales. Las maderas, el caucho, el chicle, el balatá, la sarrapia, etc., constituirán durante mucho tiempo una partida importante de nuestras exportaciones. A este respecto podrían tomarse medidas eficaces para la conservación de nuestros recursos forestales procurando métodos más racionales de explotaciones. En lo que respecta a ciertos productos, como el chicle, el balatá, la sarrapia, etc., debería tenderse a la sustitución de árboles de plantación a los silvestres, pues es sabido que los primeros permiten obtener productos de

mejor calidad, a precios más bajos y en cantidades regulares. Es la única manera de poder competir con las plantaciones que se han iniciado en las Indias Orientales.

Desde hace mucho tiempo se habla de las enormes posibilidades de nuestra industria ganadera, y sin embargo, tales posibilidades se han quedado hasta hoy en el papel. El cruzamiento del ganado nativo con razas selectas, la lucha y prevención de las enfermedades, la mejora de los métodos de cría, podrían asegurar la prosperidad de la industria.

Estos son hoy los elementos principales de nuestra agricultura. Como se ha hecho en otros países, esos cultivos podrían complementarse con cultivos secundarios y con ciertas industrias de la granja. La agricultura de los Estados Unidos debe mucha de su prosperidad a la cría de aves de corral, de cerdos; al cultivo de frutas y legumbres, y a otras actividades de orden secundario.

Además podrían desarrollarse otros cultivos, ya como complementarios de los actuales o como base de nuevas e importantes industrias agrícolas, en los ramos de fibras; algodón, sisal, seda, aceites vegetales, de coco, corozo, tártago, maní, frutas tropicales y nueces, especias y plantas medicinales. Muchos de estos productos tienen importancia fundamental en algunos países tropicales y en el comercio mundial, y podrían también llegar a ser fuentes de riqueza para nuestro país.

Esta es una mera enumeración de posibilidades que necesitan verificarse mediante un reconocimiento agrícola —estudio de nuestros suelos, de los cultivos actuales y posibles— y ayudarse con el establecimiento de una organización de la agricultura, que comprenda organismos de investigación y experimentación científica, y una red de escuelas superiores, medias e inferiores de agricultura. Sobre estas bases podría desenvolverse una industria agrícola floreciente, capaz de asegurar un alto nivel de vida a nuestra población —agricultores, industriales,

comerciantes, obreros— a todos los hombres, mujeres y niños de nuestra Venezuela; de damos prosperidad e independencia económica y de impulsar, el progreso de nuestra civilización y nuestra cultura.

El café y nosotros

El costo de producción en el Brasil

La comisión presidida por el J.C. Muniz, cónsul de Brasil en Chicago, presentó al Instituto del Café de San Pablo, en la sesión del 4 de diciembre pasado, su informe sobre el precio de producción del café, después de un estudio minucioso y prolongado.

Para los propósitos de su investigación la Comisión dividió el Estado en tres zonas, de acuerdo con la edad y rendimiento de las plantaciones: 1a. La zona vieja. Las plantaciones comprenden 600.000.000 de matas, de 30, 40 y 60 años de edad. El promedio del rendimiento es de 37 arrobas por cada 1.000 matas. El costo de producción de cada 15 kilos es de \$ 5.00 aproximadamente. La productividad de esta zona está declinando. 2a. La zona intermedia. Cuenta con 300.000.000 de matas de 30 a 40 años de edad. El promedio del rendimiento es de 55 arrobas por cada 1.000 matas. El costo de producción de 15 kilos, puestos en Santos es de \$ 4.67. 3a. La zona nueva. Cuenta con 100.000.000 de matas de 4, 15 y 20 años de edad. El rendimiento es de 70 arrobas por cada 1.000 matas. El costo de los 15 kilos, en Santos, es de \$ 3,94. La Comisión no incluyó en sus cálculos las mermas, que alcanzan generalmente al 2,5%. Si se considera que el tipo medio del café brasileño es el Santos No. 5; que los 10 kilos de esta calidad cuestan 3,39; y que alcanzan el precio de \$ 4,00, la ganancia resulta ser de 61 centavos, que la Comisión, en consideración de los riesgos a que está sujeto el cultivo y el comercio del producto, reputa moderada.

No hay que exagerar la importancia del estudio de la Comisión del Instituto. El costo de producción es un concepto relativo. En países cafeteros, como el Brasil, Colombia o Venezuela, los precios de los terrenos, plantaciones, mano de obra y artículos de primera necesidad, se inflan y desinflan con el alza y la baja del café, que es el gran regulador de su vida económica. Pero descontando lo que pueda haber de relativo en dicho estudio, sería conveniente que se emprendieran estudios análogos en los demás países productores. Ojalá que nuestras Cámaras de Comercio se decidieran a iniciar y costear la investigación en Venezuela. Si pudiera comprobarse que el costo de producción en Venezuela es menor que en el Brasil, las perspectivas de nuestros cafeteros no serían tan desfavorables, por lo menos, mientras no tengan lugar cambios revolucionarios en los métodos empleados por los productores brasileños.

La próxima cosecha brasilera y las existencias mundiales

Aun cuando se ha calculado la próxima cosecha de San Pablo en 15 millones de sacos, la última correspondencia llegada del Brasil trae el cálculo de que la producción de San Pablo será de 11 millones; la de todo el Brasil 16.000.000; y la del resto del mundo 8.000.000. Es decir, la producción se elevará a 24.000.000, cifra que corresponde casi exactamente al consumo mundial. La actual cosecha es mayor que la del año pasado, pero menor que la de 1927, la cual superó todas las precedentes.

Las existencias mundiales eran, el 1° de febrero de este año de 18.535.516 sacos (*Spice Mill*, febrero de 1929), es decir, 10/12 de una cosecha normal. Tales existencias son las mayores registradas hasta hoy, y superan las del año 1907-1908, que habían sido de 14.126.227 sacos. Es necesario notar, sin embargo, que para entonces el consumo mundial era solo de 17.107,727 sacos.

Durante el período 1907-1927 solo hubo sobreproducción en cinco años. Es claro que la disparidad entre la producción y el consumo permitía ajustar la oferta y la demanda en el curso del tiempo, sobre todo por virtud de las fluctuaciones de precios. La penalización de la sobreproducción tendía a restringir las nuevas plantaciones. En la actualidad, el dominio artificial de los precios, hace difícil y tardío ese ajuste. Las existencias mundiales son hoy crecidas y, sin embargo, se siguen estableciendo plantaciones. Es claro que la penalización puede retardarse, pero si las cosas siguen así, ocurrirá un día, y las penas serán graves.

La solidez financiera del Instituto del Café

Hace algunas semanas el *Farm Journal* de Filadelfia publicó un editorial, que reprodujo abundantemente la prensa diaria de los Estados Unidos, en el cual se anunciaba el colapso de la valorización dentro del corriente año. El editorial coincidió con otros rumores desfavorables para el Instituto, que habrían logrado influir en los mercados. El Instituto no tardó en desmentir la noticia y en llevar a los mercados cafeteros el convencimiento de que disponía en medios suficientes para mantener el dominio de los precios.

La posición financiera del Instituto es sólida. Pero ese solo hecho no basta, sin embargo, para tranquilizar definitivamente a los productores y sobre todo a los consumidores y traficantes extranjeros. Es posible, en primer lugar, que el Instituto se decida deliberadamente a bajar los precios y a concentrar sus esfuerzos en la mejora de los métodos de cultivo y en la disminución del costo de producción, lo cual estaría de acuerdo con las tendencias dominantes en la economía industrial. En segundo lugar, la situación se mantendrá inquietante mientras no se logre un ajuste entre la producción y el consumo. Si la sobreproducción cafetera, en vez de ser la excepción, se convierte en la regla, el solo factor crédito no permitirá mantener el dominio de los precios.

Lo que se opina de la situación

Más importante que los hechos mencionados, que cada uno interpreta a su manera, es el espíritu con que los grandes centros consumidores del exterior contemplan la situación. No se puede ni se debe esconder que, con contadas excepciones, domina el parecer de que los precios actuales son artificiales y no se justifican. Se ha dado bastante publicidad a la entrevista celebrada por el presidente Hoover con el Ministro de Hacienda, Industria y Comercio de El Salvador. En esa entrevista Mr. Hoover manifestó su opinión de que el café bajaría tarde o temprano y que era posible que la baja ocurriera más bien pronto.

Esa opinión tiene una gran autoridad. Y no es sino una de las voces del coro. El número de febrero del corriente año de la revista *Spice Mill* contiene el siguiente juicio: “De todos los países cafeteros del mundo llegan noticias sobre la adopción de medidas para aumentar la producción cafetera. Lo mismo está ocurriendo en el Brasil. Es solo cuestión de algunos años que el exceso de la producción sobre el consumo sea tal, que se impongan medidas para restringir la producción y evitar las nuevas plantaciones. Entre tanto el Brasil continúa repletando sus almacenes del interior, restringiendo la demanda de su producto y sosteniendo un paraguas sobre los otros productores, quienes pueden vender a precios, que, aun cuando sean inferiores a los que obtiene el Santos, son sin embargo lo bastante satisfactorios como para estimular nuevas plantaciones. Es claro que el resultado final de esa política no se dejará esperar mucho tiempo y afectará desastrosamente el más importante producto brasileño”.

El *South American Journal*, de Londres, publicó a mediados del año pasado un artículo, que reproduce el Boletín de la Secretaría de Agricultura de Minas Gerais, de setiembre de 1928. El artículo contiene el siguiente párrafo: “Los observadores competentes opinan que la mejor política que puede adoptar el Brasil, sería la de poner fin a la política

de control de los precios en el primer momento oportuno, dejándolos que lleguen a su nivel económico natural. Toda baja pronunciada de los precios tendería a eliminar los concurrentes, pues las condiciones de los suelos y del clima de San Pablo y de Minas Gerais son de tal modo favorables que los productores paulistas pueden soportar precios que no cubrirían el costo de producción de los otros concurrentes”.

El número que acaba de citarse del Boletín de la Secretaría de Agricultura de Minas contiene también un artículo del Hipólito de Vasconcellos, cónsul de Brasil en Manchester, que ataca vigorosamente la política de valorización y recomienda se siga la única política racional, que es la de aprovechar las condiciones naturales de Brasil, que son favorables para ese cultivo, y tratar de implantar sistemas más eficientes y económicos de cultivo, recolección y beneficio del producto. Estas ideas parecen ganar cada día mayor favor popular mientras se debilita la fe en una valorización puramente financiera.

Nuevas organizaciones cafeteras

Cualquiera que sea el suceso de la valorización, es de la mayor oportunidad y conveniencia que los productores de café de los diversos países se organicen. Así podrán aprovechar mejor la bonanza actual y presentar un frente unido a las calamidades que puedan traer los años de las “vacas flacas”.

En Colombia se estableció el año pasado la Federación Nacional de Cafeteros, con el objeto de confrontar los problemas que presenta la industria cafetera en Colombia. Su acción parece muy bien encaminada. Hasta ahora sus iniciativas se han concentrado en los aspectos de la producción. Uno de sus primeros actos fue la fundación de una granja central de experimentación y demostración en Cundinamarca y una granja local en Caldas.

The Coffee Planters Union of Kenyas and East Africa, recientemente establecida, está realizando una obra encomiable, no solo en cuanto concierne a los métodos más modernos de cultivo, sino también en lo que atañe a la organización comercial de venta.

En Guatemala se acaba de organizar (Decreto presidencial del 6 de diciembre de 1928) la Oficina Central del Café, bajo los auspicios del Ministerio de Agricultura y con la participación de la Confederación de Asociaciones Agrícolas y de la Cámara de Comercio. El Gobierno ha acordado una subvención, pero su sostenimiento estará a cargo de las organizaciones nombradas. Los proyectos presentados para su funcionamiento le dan funciones más o menos análogas a las ejercidas por el Instituto del Café de San Pablo y la Federación de Cafeteros de Colombia. El Gobierno de Guatemala está gestionando con los demás gobiernos de la América Central la creación de una oficina centroamericana, y algunos países han acogido favorablemente su gestión.

Nosotros y la situación

Nuestros hacendados no parecen darse cuenta de los peligros que se preparan. Y, sin embargo, ¿quién podría afirmar que Venezuela necesita menos que los otros grandes países productores de poner su industria cafetera sobre bases sólidas? Ni sería tampoco justificado pretender que la organización de una industria a cuya prosperidad está vinculada la prosperidad de nuestro país, no sería beneficiosa para los productores y para el pueblo todo entero. Ello es evidente de toda evidencia.

Una organización similar a la establecida en los otros países contribuiría a resguardar la prosperidad de ricas regiones venezolanas. Todo tiende hoy a aconsejar que tales organizaciones se entiendan sobre todo con los aspectos de la producción. En este campo queda mucho por hacer en cuanto al aumento del rendimiento por mata y por hectárea,

mejora de la calidad del grano y disminución del costo de producción. Se han recomendado en tal sentido la selección de variedades mejores y más productivas, la plantación en los terrenos más apropiados, el perfeccionamiento de los métodos de cultivo y beneficio, la adopción de maquinaria más eficiente, etc. Pero la lista de problemas que requieren estudio y experimentación podría alargarse.

La necesidad de reorganizar nuestra industria cafetera debería mover a los conductores de nuestro país al análisis de nuestra agricultura toda entera, más todavía, de nuestra entera economía nacional. De ese análisis saldría seguramente cualquier plan encaminado a asegurar nuestra prosperidad permanente. Nunca se insistirá lo bastante en lo deplorable de la situación de un país cuya economía descansa sobre uno o pocos cultivos. El café ha compuesto siempre la mayor parte de nuestras exportaciones. No debemos equivocarnos en la apreciación de los cambios que han seguido el auge de la industria petrolera en Venezuela; esa industria es precaria; está en manos extranjeras; es, desde el punto de vista económico, una provincia extranjera enclavada en el territorio nacional, y ejerce una influencia relativamente insignificante en la prosperidad económica de nuestro pueblo.

No insistamos sobre lo del petróleo. Pero si en la necesidad de liberarnos de la pesadilla del café, de sus precios, de sus crisis, de las perspectivas de la valorización brasileña, etc. Y para ello debemos querer la diversificación de nuestra producción agrícola. La variedad de zonas que componen nuestro territorio nos ofrecen una base natural para esa diversificación, y ella se hará necesariamente a medida que se vaya poblando el territorio nacional. Pero sería injustificable que, a causa de nuestra desidia la diversificación quedara abandonada al acaso.

Como lo han hecho otros países, también Venezuela debería proceder a un reconocimiento e inventario de sus recursos naturales. Es la base indispensable de las instituciones de investigación, experimentación y

enseñanza agrícola. De otra manera los resultados no serían los que se esperan.

Tenemos nuestra ganadería como ejemplo. Desde hace más de un siglo se viene insistiendo en la posibilidad de desarrollar en los Llanos una gran industria ganadera. Las esperanzas no han muerto, pero las potencialidades continúan confinadas al papel, y la gente comienza a temer que esas esperanzas sean defraudadas. ¿Cuáles las razones? No hay sino una. Sencillamente nuestra incapacidad para enfrentar sus problemas de manera racional y científica.

Para ello se debería, en primer lugar, practicar el reconocimiento de los inmensos recursos de los Llanos. Sobre esa base podría entonces establecerse un plan para su desenvolvimiento, que indudablemente comprenderá instituciones de investigación, experimentación, enseñanza y vulgarización de los diversos aspectos de la industria agropecuaria.

En Rhodesia, en Kenya, en Queensland, en el Brasil, la industria ganadera está en pleno desenvolvimiento. Los progresos hechos en las últimas décadas son decisivos. Hasta que se demuestre lo contrario debemos creer que en Venezuela también hay lugar para una industria ganadera igualmente desarrollada.

La industria ganadera es solo un ejemplo. Todos nuestros cultivos están en la misma situación. Mientras no se adopte y ejecute un plan científico para la racionalización de nuestra agricultura, no nos libramos de la pesadilla del café, no se diversificara nuestra producción agrícola, la prosperidad económica y el bienestar social de nuestro país no podrán descansar sobre bases sólidas. El porvenir del país requiere que se resuelvan también otros problemas vitales, pero la regeneración de nuestra agricultura es un factor primordial de ese porvenir.

Sobre el porvenir de la industria cafetera

San Pablo amenazado por una crisis del valor del café.

El exceso de producción hace correr serios peligros al plan de estabilización.

La América del Norte es un gran cliente.

El aspecto más notable de la vida del Brasil, es el desarrollo económico extraordinario del estado de San Pablo, lo que tiene un interés especial para nosotros los americanos, pues que los consumidores de café de los Estados Unidos, han contribuido en grado notable al fomento de dicha prosperidad. Además, es de oportunidad hacer el análisis de las condiciones económicas que hoy imperan por haber entrado en juego ciertos factores que bien pudieran llegar a socavar el alto nivel de precios del café que, con tan buen éxito, ha logrado establecer el Instituto del Café de San Pablo, desde la fecha de su fundación en diciembre de 1924.

Antes de entrar a hacer la relación de la actual crítica situación de la industria del café, es procedente hacer una ligera reseña de las condiciones generales del comercio, ya que el bienestar del estado depende, en gran parte, de la prosperidad de los cosecheros de café.

El presidente Julio Prestes dijo, en su mensaje de julio de 1928, a la Legislatura del Estado, que los derechos de exportación producen más de la tercera parte de la renta fiscal del Estado; y que la mayor parte de los ingresos de este ramo, provienen de pagos en relación con la exportación de café y otros productos, que dependen del precio de aquel.

El Estado no posee, en el momento presente, ninguna industria manufacturera próspera y cualquier descenso en el precio del café causaría, por tanto, una situación bastante tirante, y cualquier baja inesperada, aun cuando fuese moderada, traería consecuencias peores que las que se producirían, si acaso existiese un grupo independiente de industrias prósperas.

Persiste la crisis textil

Es difícil obtener datos precisos, sobre el volumen de producción de artículos manufacturados. Los funcionarios oficiales y las organizaciones comerciales, proporcionan sobre este particular, informaciones, por medio de panfletos, entre los cuales el más amplio de todos es el titulado “Hechos referentes al estado de San Pablo, del Brasil”, por Gilbert A. Last, publicado en 1927, por la Cámara Británica de Comercio de San Pablo y del Sur de Brasil. Las cifras más recientes que, sobre la industria manufacturera, contiene dicha publicación, son las referentes al año de 1925; fecha para la cual la mitad, más o menos, del valor total de la producción manufacturera, estaba representada por telas de algodón, de lana, de yute y de seda. Esto es bastante significativo, si se considera que, hace varios años, se padece allí una crisis de la manufactura textil.

Un hombre de negocios de San Pablo ha declarado que la causa principal de esta crisis, es la imposibilidad en que se encuentran los fabricantes locales, para producir artefactos de la calidad que hoy piden los consumidores, quienes disponen de más amplios medios monetarios desde que el Instituto del Café, se hizo cargo de valorizar el fruto. Este estado de cosas será remediado dentro de algunos años, merced a una ley que se discute actualmente en el Congreso Federal la cual tiene por objeto, aumentar los derechos de aduana, sobre las clases finas.

En materia de agricultura el estado de San Pablo puede decirse productor de un solo fruto. Según la declaración del presidente Prestes, el

64% del valor de la producción agrícola de 1926 a 1927, está representada por el café, siendo la importancia de los demás frutos cosechados y producciones la siguiente, en el orden en que se mencionan, a saber: maíz, arroz, frijoles, ron, alcohol, azúcar, frutas, papas, algodón, harina de yuca, alfalfa, vino y tártago. El valor de las carnes congeladas, producida por los establecimientos de este ramo, alcanzó como a la décima parte del valor de la cosecha de café.

La vida económica del Estado, está basada, hoy como en el pasado, sobre el café, según lo comprueban las exportaciones por el puerto de Santos, que durante los siete primeros meses del año en curso, montan a \$148.700.00 y el 95% de esa cantidad, equivale al valor del café enviado al exterior.

Las precedentes someras anotaciones, referentes a las condiciones económicas imperantes, bastan para demostrar que la prosperidad del estado de San Pablo depende del café. De ello están bien enterados, y saben lo que tal cosa significa y difícil sería, por tanto, persuadirlos a que pongan cese a la defensa de la industria del café.

Mejoras de los medios de transporte

La construcción de buenas carreteras, y la extensión de las vías férreas, han sido motivadas por el deseo de facilitar el transporte del café. En el año de 1927, el estado gastó como \$ 3.600.000, en la construcción de carreteras principales las cuales tenían en el mes de junio, 1.700 millas de extensión, y deberán alcanzar finalmente, un total de 5.600 millas, conforme al programa general que se sigue.

Los ferrocarriles del estado, tenían para la misma fecha, una longitud de 4.335 millas, incluyendo en esta cifra, 109 millas de líneas eléctricas; y haciendo cuentas de las nuevas electrificaciones que estarán pronto listas y se pondrán al servicio del público en noviembre próximo, se

completará una red de 178 millas de vías eléctricas. Estas electrificaciones se extienden hacia donde se encuentran las nuevas plantaciones de café, en el Occidente de San Pablo.

Es innegable que la producción de café de San Pablo, se encuentra en plena prosperidad, debido ello a que el Instituto del Café, ha sostenido el precio del artículo, a un tipo que ha estimulado las siembras, en una extensa escala. Las estadísticas de 1927, publicadas por dicho Instituto, demuestran que existen en el Estado 1.046.532.000 matas en producción, a más de 136.750.000 matas, de menos de cuatro años de edad, que aun no han principiado a producir. También existen grandes plantaciones nuevas, en los Estados vecinos.

Casi todos los cafeteros de San Pablo abrigan opiniones optimistas respecto al porvenir del grano, y arguyen que el próximo aumento de la cosecha, será compensado con los tres siguientes factores, a saber: el empobrecimiento natural de las tierras de las antiguas haciendas; el envejecimiento de los cafetos en general, y el aumento del consumo mundial. Hacen también hincapié sobre el hecho de que jamás se han producido seguidas, una de otra, dos grandes cosechas.

Existen, sin embargo, varios hechos que contradicen terminantemente semejantes argumentos, como es, entre otros, la circunstancia de que el estado se ocupa con vivo interés, del empleo de abonos químicos en el cultivo del café. Todos los viajeros pueden ver que los anuncios de los cartelones que se encuentran a lo largo de los caminos de hierro de San Pablo ofrecen todos ellos, abonos para el café; y estos avisos están, precisamente, en la región donde abundan las haciendas más viejas. Aun en las inmediaciones de Campiñas, una localidad cafetera de las más antiguas, se advierte la existencia de nuevas plantaciones, al pasar por allí en tren.

La producción aumenta enormemente

Ya, para la fecha presente, la cosecha del Brasil es de dimensiones peligrosas. La de 1927, conocida en el mundo comercial, como correspondiente a la época de 1927-1928, fue la mayor de todas las producidas en el país hasta hoy, y alcanzó un total de 29.451.615 sacos, conforme a los guarismos publicados por el Instituto; pero afortunadamente para el Brasil, la cosecha de 1928 ha sido pequeña, y, por tanto, se ha podido reducir la cantidad del stock.

Las estadísticas oficiales no comprueban la aseveración de que el consumo de café de Brasil, se mantiene al mismo nivel de la producción.

Debido a los cambios atmosféricos que se efectúan en el período que media entre la floración y la maduración, se hace difícil determinar con exactitud la importancia del aumento efectivo de la producción del grano en el Brasil; pero es muy significativo el hecho de que la cosecha de 1927, era tan grande, que para el 30 de junio pasado, fecha en que se principió a coger la nueva, todavía existía sin vender una cantidad de 13.109.077 sacos, equivalente casi a la mediana de la exportación de un año. Además, la política de defensa de precios, desarrollada por el estado de San Pablo, también ha beneficiado a otros países productores, especialmente a los de la América Central, y no es de dudarse, por tanto, que la producción, fuera del Brasil, también aumentará rápidamente.

Apoyo prestado por los banqueros ingleses

Para poder sustraer del mercado grandes cantidades de café es, naturalmente necesario, conceder préstamos considerables a los cosecheros, y este es precisamente, el punto donde habrá de sentirse más el conflicto, al venirse abajo el precio, como consecuencia natural de un stock excesivo.

En el momento presente, los préstamos hechos a los hacendados de café, con garantía del café que tienen sin vender, representan una cantidad considerable.

La opinión general en San Pablo, en setiembre pasado, era que los avances de dinero pendientes, concedidos por los bancos y los comisionistas, montaban a más de \$100.000.000 que una gran parte de ellos, era de préstamos hechos por el Banco del estado de San Pablo, al cual facilitan grandes cantidades de dinero en Londres, con el propósito de prestar ayuda monetaria, al plan de obligar a los americanos a que paguen bien caro su café.

Los bancos no incurren en mayores riesgos, en estas operaciones, pues solo prestan sobre la base de la tercera parte, o la mitad del precio del café y con un interés de 10 a 12% o más. El banco del estado se resguarda, haciendo que los cafeteros se obliguen a satisfacer sus deudas, al tipo de cambio imperante en el mercado monetario, en el momento en que las contraen.

Esta estipulación pone al estado a cubierto contra toda posible baja inmediata del precio del café que, en opinión de los banqueros, traería consigo, un descenso en el tipo de cambio del milréis brasileiro.

No es posible hacer una crítica inteligente y equitativa de la teoría en que se basa la defensa del precio del café, la cual tiene por todo fundamento la sencilla operación de prestar dinero a los cosecheros, con el fin de libertarlos de la tiranía de tener que enviar su café al mercado, desde el momento mismo en que se inicia la cosecha, en cantidades tales, que harían derrumbar los precios, y las utilidades irían todas a parar a manos de los intermediarios. En la actualidad, se va saliendo de la cosecha, durante todo el curso del año, con arreglo a una cuota diana determinada, en forma de poder estabilizar los precios; y el sobrante que pudiere quedar, de alguna cosecha excesiva, se deposita para el año siguiente, u otro cualquiera más avanzado, con el fin de suplir la deficiencia de una cosecha pequeña.

Pero este plan ha repercutido en contra del gobierno estatal, a modo del efecto que produjo en Aladino, el uso de la lámpara maravillosa. Es muy fácil, en verdad, realzar los precios, por medio de un mandato que ordena la restricción de las ventas diarias en Santos, y así sostener los precios y hacer que aumenten las utilidades. La adhesión de los ocho estados vecinos, productores de café, que han convenido en cooperar con el estado de San Pablo, en el plan de controlar las ventas, también ha contribuido a reforzar el poder del Instituto, sostenido además, por la cláusula que estipula que el tesorero del estado viene a ser, automáticamente, presidente del Instituto.

Los productores se muestran reticentes respecto a sus beneficios

A los cafeteros de San Pablo, no les es grato hablar de sus ganancias, limitándose a hacer observaciones abstractas a este respecto, y evasivas sobre el aumento de los jornales.

Un americano residenciado en San Pablo, me insinuó la conveniencia de abstenerme de abordar el tópico referente a utilidades excesivas, pues en su sentir, las relaciones comerciales entre Brasil y Estados Unidos se mantendrán en mucho mejores condiciones, en tanto los americanos no pretendían hacer gestión alguna, con la mira de quebrantar el plan de la estabilización. Opina dicho señor que el sostenimiento del actual nivel de precios, traerá por sí solo, dentro de poco tiempo, un exceso de producción que, por natural consecuencia, causaría un descenso en los precios, sin que ello despierte una enemistad que perduraría por muchos años, como acontecería, si semejante depreciación le pudiera ser directamente atribuida a los americanos.

Todo esto significa, en otras palabras, que ellos mismos se degollarán dentro de poco.

Me manifestó, además, que hay en San Pablo hombres de negocios influyentes en los círculos cafeteros, cuya opinión es que ya se debería principiar a pensar en bajar los precios del café, aseveración que me fue confirmada por el Pluvio Barreti, editor en jefe de *El Estado de San Pablo*, uno de los periódicos más importantes de la localidad.

Paulo R. Pestaña, director del Departamento de Industria y Comercio, me manifestó que el valor de las haciendas de café en San Pablo, había doblado, aproximadamente, desde la fecha en que el Instituto inició el plan de control, en 1924; pero observó, a la vez, que ello era debido, en parte, a las fluctuaciones en el valor de la moneda nacional. En un boletín publicado en 1920, afirma Pestaña que, entre 1907 y 1910, el número de cafetos en producción, era de 525.625.000, y que de 1925 a 1926, había aumentado a 966.142.590. En aquel año escribió, además lo siguiente: “Sin duda que ha de ser grato, a aquellos de nuestros habitantes de San Pablo, que se enorgullecen de los adelantos de la región, apreciar un progreso tan rápido, por las estadísticas que he publicado. Sin embargo, estas estadísticas, no dejan de estar envueltas en ciertas sombras, y ya se columbran, en el horizonte, nubes oscuras, presagiosas de próximos peligros.

Comentario del Dr. Adriani

Como se desprende del anterior artículo de *The New York Times*, del 9 de octubre pasado, la situación del mercado cafetero es incierta. Hay que advertir, sin embargo, que el Brasil, principal país productor, se da cuenta de la necesidad de reorganizar la industria sobre nuevas bases. La Comisión del Instituto de Café de San Pablo, que durante varios meses del corriente año visitó los Estados Unidos, estudiando las perspectivas del mercado cafetero, tuvo ocasión de presentar al Instituto las resoluciones votadas por el National Trade Coffee Council, la organización

americana de los importadores y tostadores de café, el 16 de abril pasado. Tales resoluciones, después de reconocer que existen grandes posibilidades para el aumento del consumo de café en los Estados Unidos, declaraban que era indispensable a tal efecto “establecer un precio que induzca al máximo de consumo, en vez de encontrar la resistencia de los consumidores, ofrecer oportunidades al consumo de substitutos y bebidas competidoras y hacer inútil toda propaganda”. La Comisión recomienda, en su informe al Instituto, que se tomen en cuenta las demandas de la asociación americana, que representa el primer mercado consumidor.

No hay duda de que en el Brasil se dan cuenta de que la estabilización no garantiza la prosperidad permanente de la industria cafetera, y de que la solución habrá de buscarse por otras vías. He tenido oportunidad de leer en la prensa brasileña varios artículos en que se invoca la necesidad de organizar la industria cafetera sobre bases científicas, que hagan posible el mayor rendimiento unitario, la disminución del costo de producción y de venta y el aumento del consumo. Últimamente el estado de San Pablo, después de reformar el Instituto de Café y de reformar los estatutos y aumentar el capital del Banco del Estado, reorganizó los institutos agronómico y biológico. Estos últimos podrán contribuir al mejoramiento del cultivo del café y a la lucha contra las enfermedades de la planta, una de las cuales, la *c. stephanoderis* es bastante grave, habiendo atacado más de 200.000.000 de plantas.

En otros países —Filipinas, Hawai, Angola— se acaban de establecer estaciones experimentales destinadas exclusivamente al estudio del cultivo y beneficio del café. En Colombia se concluyó recientemente un contrato entre el Gobierno y la Federación Nacional de Cafeteros, por el cual esta se encarga de la defensa y fomento de la industria cafetera, dedicando para ello un derecho de exportación. La Federación se

compromete a establecer una comisión integrada por 10 técnicos, encargados de recorrer los principales centros cafeteros de la República y dar a los cultivadores instrucciones para obtener mayor rendimiento en las cosechas y mejorar la calidad del grano. También enviará al extranjero uno o varios expertos con el fin de que estudien en los centros cafeteros de mayor importancia los métodos modernos de cultivo y beneficio.

Venezuela, cuya prosperidad depende tanto del café, debe seguir atentamente las iniciativas que se toman en otros países para establecer la industria cafetera sobre bases científicas. De no tomar tales iniciativas, cuyo éxito, en la opinión de los expertos, es seguro, puede depender la ruina de nuestra industria cafetera y una grave crisis económica para el país. Nadie sostendrá que Venezuela está en capacidad para resistir la competencia de países en donde la industria cafetera está organizándose científicamente, haciendo posible una mayor producción por mata y por hectárea, mejor calidad del grano, y precios mínimos de producción y de venta.

La Convención Cafetera de Chicago

Washington, octubre 29 de 1928. - Del 1° al 4 de octubre corriente se celebró en Chicago la XVIII Convención de la National Coffee Roasters Association (Sociedad Nacional de Tostadores de Café). Varios de los delegados expusieron la difícil situación de los tostadores de café, que han perdido, como resultado de la estabilización una de sus fuentes posibles de ganancias, o sea la compra del fruto en un mercado sujeto a fluctuaciones. Pero, naturalmente, el inconveniente más serio proviene de la deficiente organización de la industria, y la Convención declaró que deberían tomarse medidas para disminuir los gastos de fabricación y distribución.

El presidente en ejercicio, Mr. Floyd E. Norwine, atacó con cierto vigor la política de valorización que calificó de miope. Entre otras cosas,

dijo Mr. Norwine: “Los enormes provechos que resultan de la producción de café en el Brasil han estimulado su cultivo en todos los países en donde crece, y es solamente cuestión de tiempo para que la producción anual exceda al consumo y el mercado de nuevo se rijan por la ley de la oferta y la demanda. Ningún plan o política que extorsione al consumidor puede ser impuesto como carga permanente y obtener buen éxito, y todo plan que no contemple las mutuas ventajas para todos los interesados en la industria, desde el productor hasta el consumidor no puede perdurar”.

Sebastián Sampaio, representante del Brasil, defendió la política del Instituto de Café; afirmó que la industria cafetera brasileña dispone de suficientes recursos financieros para enfrentar todas las contingencias; expuso las medidas tomadas por el Gobierno, el Instituto, las Sociedades agrícolas, etc., para mejorar la calidad del grano, aumentar el rendimiento y disminuir el costo de producción.

La siguiente información publicada por *The New York Times*, del 28 de octubre corriente, resume las ideas expresadas por el Sampaio en la Convención de Chicago:

“Contrariamente a las aseveraciones que aquí se han publicado últimamente, puedo asegurar que, la industria cafetera del Brasil, se encuentra en condiciones prósperas, y que existe un espíritu de perfecto acuerdo cooperativo, entre los productores brasileños y los consumidores americanos, según lo afirma Sebastián Sampaio, cónsul general de Brasil en Nueva York, quien acaba de regresar de dos conferencias sobre café, a las cuales asistió en Chicago. El señor Sampaio, desempeñó el cargo de delegado del Instituto de San Pablo, en la Convención Anual de Tostadores, y en el Consejo Nacional del Comercio del Café. El señor Sampaio aseguró además, que no existe crisis alguna, en la industria del café, y que los actuales precios del grano, son el reflejo simple de las

condiciones del mercado, que por primera vez, están produciendo, a los hacendados de Brasil, beneficios racionales, esenciales para la vida del país, ya que el café, representa las tres cuartas partes de las exportaciones brasileñas y, por razón natural, es el factor dominante, en los cambios de la moneda nacional, así como en la prosperidad del país, y el que le da capacidad, para ser y seguir siendo uno de los mayores importadores de mercancías americanas”.

El cónsul general dijo que: “las dos últimas cosechas de café en el Brasil, justificaban plenamente la política del Instituto, de distribuir las porciones determinadas, que se iban entregando regularmente, cada mes, a los puertos brasileños, en forma de que no las entorpezca la ley de la oferta y la demanda. En prueba de ello, hizo referencia a las variaciones que se producían en el volumen de las cosechas, y observó que la actual, una de las más pequeñas que registra la historia, llega solo a la cuarta parte de la anterior, que fue una de las más grandes conocidas”.

El cónsul diserta sobre la exportación cooperativa

“Las relaciones cafeteras américo-brasileñas, han entrado en una vía constructiva de cooperación práctica, conforme se ha comprobado en las conferencias. La necesidad de colaborar en este asunto, se patentiza, al considerar que, el Brasil, produce las tres cuartas partes del café del mundo, y que los estadounidenses, se beben más de la mitad de los 24.000.000 sacos que consumen mensualmente en los países del globo; teniendo además, en cuenta, que las tres cuartas partes, casi, del que se importa en los Estados Unidos, es de procedencia brasileña”.

“Se labora en ambos países, con el fin de afirmar este espíritu de colaboración. El conductor de este movimiento, en el Brasil, es Mario Rollin Telles, presidente del Instituto del Café, a quien secundan con entusiasmo, el presidente de Brasil, señor Washington Luis, el gobernador

Julio Prestes de San Pablo, y todas las organizaciones cafeteras del país. Últimamente envió a Estados Unidos, la misión cafetera técnica, llamada Misión Lima-Queiros, la cual regresó al Brasil, imbuida de las miras americanas respecto al comercio del café, y llevando consigo, indicaciones y recomendaciones, de acuerdo con las cuales, está procediendo el Instituto, después de haberlas estudiado”.

“La tendencia hacia el sistema basado en la cooperación, es fomentado en los Estados Unidos por los comerciantes y las organizaciones cafeteras que tienen todos representación en el Consejo Nacional del Comercio del Café, y, muy especialmente, en la Asociación Nacional de los Tostadores de Café, a todas las cuales viene prestando apoyo y dispensando consejos el Departamento de Comercio, desde que desempeña esta cartera, el señor Hoover”.

Los tostadores americanos pretenden que su industria les producirá pérdidas

“El comercio de café, tanto en este país, como en el Brasil, y también en las demás partes del mundo, se encuentra de nuevo en plena prosperidad, con la sola excepción de los tostadores de los Estados Unidos, quienes se quejan de estar sufriendo serias pérdidas. Sin embargo, esta condición no es general entre ellos, según lo demuestra la venta reciente de siete establecimientos de tostar, de la Check Neal a la Postum Company, por la cantidad de \$ 45.000.000.

“Ya se ha hecho una costumbre, achacar la culpa, a los precios del café de Brasil, de toda crisis que se produce en el comercio del grano. En la Junta de Chicago los tostadores nacionales, hubieron de convenir francamente que la causa principal de la crisis se debe a la falta de nuevos métodos de efectuar las operaciones correspondientes, principalmente en lo que atañe a distribución, para poder hacer frente a la competencia de los bodegueros y a los almacenes de enlace (*Change Stores*). En el

Brasil se tomaron medidas, el mes pasado, encaminadas a establecer un acuerdo más perfecto, respecto a precios: El señor Telles, presidente del Instituto del Café de San Pablo, organizó varias comisiones técnicas, que se encargarán de llevar a cabo una campaña de educación, con el fin de mejorar aún más, la calidad del café, y también de investigar el costo de producción y poder así llegar a producir más, con gasto menor.

“Estas comisiones están ya en plena actividad, y se cuenta con que tendrán listos sus informes, para la fecha en que la Misión Americana del Café, ha de llegar al Brasil”.

No queda duda de que el Brasil se apresta a reorganizar la industria sobre nuevas bases. En su discurso de Chicago el Dr. Sampaio dijo: “Se necesita ser absolutamente ignorante en asuntos comerciales para descender el precio de cualquier mercancía sin esforzarse en reducir su costo de producción. Tal procedimiento iría contra todas las leyes económicas”. En el mismo discurso al hablar del informe presentado al Instituto por la comisión enviada a los Estados Unidos, agregaba: “En tal mensaje todo el mundo puede leer la principal conclusión de ustedes: los precios deben bajar”.

Venezuela debe observar atentamente la nueva evolución de la industria cafetera. Nosotros también debemos organizar nuestra industria cafetera, como toda nuestra agricultura, sobre nuevas bases. Una industria cafetera brasileña que mantuviera su prosperidad sobre la base de la técnica científica y de precios mínimos de producción, significaría la ruina de la industria cafetera venezolana.

Crónica cafetera

De acuerdo con el *International Yearbook of Agricultural Statistics*, 1928-1929, que acaba de publicar el Instituto Internacional de Agricultura de Roma, el promedio de la producción mundial de café fue de 12.078.000 quintales métricos (quintal métrico 220,46 libras) durante los años 1909-10 a 1913-14; y se elevó en 1925-29 a 13.971.000; en 1926-27 a 14.222.000; en 1927-28, a 23.586.000; y en 1928-29 a 20.500.000. Es decir, la producción actual es casi el doble del promedio durante el período 1909-1914, sin que pueda decirse lo mismo del consumo.

Las estadísticas publicadas por el Instituto del Café de San Pablo permiten darse cuenta del exceso de la producción sobre el consumo de los años crecientes. De conformidad con dichas estadísticas, la producción durante el período comprendido entre 1920 y 1928 se elevó a 176.000.000 de sacos, mientras que el consumo mundial durante el mismo período fue solo de 166.422.000 sacos. Es decir, la producción excedió al consumo en 9.822.000 sacos. La superproducción fue particularmente alarmante en el año de 1927-28, en que el mundo produjo 36.337.000 sacos y consumió solo 23.536.000. Se espera que la cosecha 1929-30 dejará un exceso igualmente alarmante. En tales circunstancias hay que convenir que la valorización financiera encuentra dificultades invencibles y deja de ser ventajosa

De acuerdo con la información de la Bolsa del café y del azúcar de Nueva York las existencias visibles mundiales el 1° de enero de 1930 eran de 5.079.355 sacos, contra 5.267.008 en la misma fecha de 1929. Los cambios son, pues, insignificantes.

Las cifras relativas a las existencias visibles e invisibles si son alarmantes. Según Nortz & Co., un boletín el 13 de diciembre de 1929, las existencias del Brasil comprendidas las almacenadas en el interior, se elevaban el 1° de noviembre de 1929 a 28.000.000 de sacos. La misma casa calcula que para el 1° de julio de 1930 las existencias mundiales serán de 24.000.000 de sacos, cantidad que corresponde al consumo mundial de un año. La casi totalidad de dichas existencias serán de café Santos, tipo del cual el mundo solo consume 15.000.000 de sacos.

El descenso de los precios

El descenso de los precios del café, que muchos anunciaron con la debida anticipación, ha ocurrido. Las pérdidas han sido ruinosas para muchos, y todos los países cafeteros pasan actualmente por una crisis económica cuya duración es difícil anticipar. Se calcula que la depreciación sufrida por las existencias brasileñas se eleva a más de \$ 300.000.000.

Todos habrán observado que la baja ha sido más acentuada para las calidades inferiores. Para el 1° de enero de 1910 los cafés Santos habían perdido la mitad, aproximadamente de los precios vigentes en la misma fecha del año anterior. Las calidades finas, en cambio, solo habían perdido de 30 a 35%. Así, por ejemplo, el Medellín Excelso se cotizaba a razón de \$ 0,265 la libra a comienzos de 1929 y valía \$ 0,18 el 1° de enero de 1930. De paso, es de observar las ventajas que hay en producir las mejores calidades de un producto.

Durante el presente mes de enero la baja se ha acentuado en la Bolsa de Nueva York, debido, según parece, a la inhabilidad del Instituto del Café para obtener un empréstito de \$ 50.000.000. Los precios del café, al terminar la semana 12-18 de enero, son los más bajos que se hayan registrado durante los últimos 20 años. El descenso de la Bolsa ha coincidido con una rebaja considerable en los precios al detal del café

tostado. Los grandes almacenes de comestibles redujeron sus precios, por la tercera vez, desde el año pasado. Los precios de las calidades inferiores han sido reducidos de 35 a 25 centavos.

Algunos de los negociantes en café piensan que los precios han alcanzado su nivel más bajo, y que deben esperarse en adelante precios estables. Tal es la opinión, entre otros, de Mr. Berent Friele, presidente de la American Coffee Corporation, considerado como el mayor comprador de los Estados Unidos. Es indudable que la baja de precios contribuirá a aumentar el consumo en los Estados Unidos y sobre todo, en Europa, en donde los gastos de alimentación forman un renglón mucho más importante del presupuesto familiar. Durante el último siglo el consumo de café en los Estados Unidos pasó de 3 a 12 libras por habitantes —es decir, creció cuatro veces más rápidamente que la población— y la creencia general es que puede todavía aumentarse considerablemente.

La valorización brasileña

En octubre pasado presentó su dimisión al Instituto de Café de San Pablo Mario Rollin Telles, presidente de la Organización y ministro de Finanzas del estado de San Pablo. La dimisión fue aceptada, y en su puesto fue nombrado el doctor A.C. de Sales Jr., quien inmediatamente declaró que el Instituto continuaría desarrollando la misma política que hasta ahora.

A fines de noviembre de 1929 el Instituto obtuvo de un consorcio de banqueros ingleses, americanos, holandeses y suecos un empréstito de 2.000.000 de libras esterlinas. De acuerdo con el comunicado del consorcio, publicado en la prensa de Nueva York el 27 de noviembre de 1929 el Instituto se ha obligado a movilizar más rápidamente que hasta ahora las existencias al puerto de Santos en 10.000 sacos, es decir, de 30.000 a 40.000 sacos diarios. El Instituto ha estado gestionando un nuevo empréstito de \$ 50.000.000, pero sin éxito, según parece.

El 3 de diciembre de 1929 se reunió en San Pablo el congreso paulista de productores de café, con el objeto de discutir la valorización. El congreso no parece haber llegado a un acuerdo definitivo sobre los varios problemas. La política de valorización pasa por un período de incertidumbre y ha quedado envuelta en la lucha política que actualmente se desenvuelve, con violencia inusitada, en el Brasil. El partido gubernamental la apoya. La plataforma del doctor Julio Prestes, candidato presidencial de dicho partido y actual gobernador del estado de San Pablo, se declara en favor de la valorización, que considera “indispensable para garantizar la prosperidad financiera del Brasil”. El partido de oposición no observa la misma actitud.

Parece seguro que el Instituto de Café de San Pablo podría, si dispusiera de los recursos suficientes, conseguir la colocación más ordenada y económica de la producción y hacer subir en cierta medida los precios. ¿Lo hará? Todo depende del éxito de la actual campaña presidencial de Brasil; de los resultados de la Conferencia de Desarme Naval que actualmente celebra sus sesiones en Londres; y, en general de la situación económica del mundo durante los próximos meses. En todo caso, no es dable esperar que el Instituto se decida a aceptar una vez más la política de los altos precios, que la experiencia ha demostrado ruinosa.

Congreso Anual de los Tostadores Americanos

Uno de los trabajos presentados al Congreso contenía la relación de las actividades del Brazilian American Coffee Promotion Committee, organización encargada de la propaganda del consumo. Por primera vez fueron invitados al Congreso delegados de los países productores. Algunos de ellos, entre los cuales el Brasil, Colombia, Costa Rica, Haití y Hawai aprovecharon la oportunidad para organizar exposiciones cafeteras.

Del 4 al 7 de noviembre de 1929 se celebró en New Orleans el Congreso Anual de la National Coffee Roaster Association. El Congreso examinó las mejoras que podrían adoptarse para perfeccionar los métodos de distribución y provocar el aumento del café brasileiro en los Estados Unidos. A comienzos de 1929, como es sabido, fue eliminada la agencia del Instituto de Café de San Pablo en los Estados Unidos y se dio dicha representación a una comisión del National Trade Council of Coffee Roasters. Los métodos de propaganda seguidos actualmente son los mismos que han sido aplicados con tan buen éxito en lo que respecta a otros productos alimenticios, es decir, propaganda a base de estudios científicos o pseudocientíficos, conferencias, panfletos, carteles, etc. Para financiar dicha propaganda la comisión recibe del Instituto de Café la suma de 200 réis por cada saco de café exportado a los Estados Unidos, lo cual hace una suma total de \$ 160.000.

Otro de los trabajos leídos en el Congreso fue el presentado por el doctor Robert L. Emerson, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, trabajando en cooperación con el Brazilian American Coffee Promotion Committee y los institutos científicos del Brasil en vista de poner la industria cafetera brasileña sobre bases científicas. El doctor Emerson declaró que la divisa del gobierno de San Pablo es mejor café, no más café. Cartelones con dicha frase pueden verse en todos los rincones de San Pablo.

Otra sociedad nacional de agricultores

En enero de 1929 se constituyó en San Salvador la Sociedad de Agricultores de El Salvador, con el objeto de contribuir a la mejora de los métodos de cultivo de los productos salvadoreños; de trabajar por la adopción de leyes y medidas que de cualquier modo favorezcan la agricultura, tales como la creación de un banco hipotecario y la construcción

de caminos carreteros y hacer propaganda a los productos del país en los mercados mundiales. La Sociedad se propone vender a sus socios a precio de costo abonos, herramientas y maquinarias agrícola, y eventualmente, encargarse de la colocación de sus cosechas. La propaganda en el exterior se limitará especialmente al café, en cooperación con el Gobierno y con los traficantes extranjeros.

El ingreso a la Sociedad será gratuito. Una lista de productores de café, que cosechan el 90% del café producido en el país, se ha obligado a pagar cinco centavos por cada saco de café exportado. La Sociedad acaba de pedir al Gobierno que se encargue de recaudar dicha contribución y acuerde, además, una asignación adicional.

Estragos de las plagas del café

Hasta ahora los cafetales de Venezuela han quedado relativamente inmunes de las plagas y enfermedades del café. En otros países esas plagas han sido desastrosas. A mediados del siglo XIX el *Hemileia vastatrix* arruinó las plantaciones de Ceilán, causando pérdidas que fueron estimadas en \$ 85.000.000 aproximadamente. En 1876 la enfermedad invadió las plantaciones de café de Arabia. A fines del siglo la enfermedad atacó y aniquiló las plantaciones de Madagascar. Actualmente el *Stephanoderes Coffeae* causa estragos en el Brasil; el “ojo de gallo”, *Stilbella flavida*, está haciendo daños en las plantaciones de Nicaragua; y otro insecto, el *Coccus viridis*, preocupa los departamentos de agricultura de Puerto Rico y de los otros países cafeteros. Si una de estas enfermedades llegara, por desgracia, a Venezuela, nos encontraría perfectamente impreparados. Las oraciones y las rogativas no serían suficientes; según parece. Dios no ayuda sino a los que se ayudan.

La situación y nosotros

La crisis ha llegado y ha sido ruinoso para todos. Algunos de los países productores han afrontado la crisis con coraje y se preparan a tomar las medidas más apropiadas para devolver la prosperidad a la industria. Muchos piensan que el secreto para superar la crisis consiste en mejorar la calidad del producto y en abaratar el costo de producción. Es muy posible que todo lo que se haga para dar mayor eficiencia a los métodos de producción comenzará por agravar la crisis actual —que es una crisis de sobreproducción— pero tal línea de conducta parece ser la única capaz de devolver con el tiempo la prosperidad a la industria cafetera. A los que no hagan nada, a los que “se echan de barriga”, según la elocuente expresión vulgar, debe anunciárseles ruina en la baja y después de la baja, indefinidamente.

Todo aconseja a los venezolanos que acojamos de la manera más franca la invitación de los promotores de la Asociación de Cafeteros de Venezuela. Los venezolanos también debemos hacer lo que están haciendo otros países y hacerlo mejor que ellos, de ser posible. Es evidente que nada eficaz podría hacerse sin asociarse y sin aunar recursos. Tenemos la convicción de que la acción que se propone podrá dentro de algunos años devolver la prosperidad a nuestra industria cafetera, y nos permitirá competir con los otros países productores en los mercados mundiales.

Alberto Adriani, 1930

Soluciones internacionales de la crisis cafetera

Como es bien sabido, el café, lo mismo que el cacao, el azúcar, el trigo, el algodón, la lana, el caucho y tantos otros productos agrícolas y materias primas, atraviesan por una crisis de sobreproducción. En la mayor parte de los casos, la producción había desbordado desde hacía tiempo el consumo y la crisis estaba latente, pero no se manifestaban sus efectos debido a la política de valorización seguida por los gobiernos y las organizaciones de productores. Era claro que esta política de almacenaje de los sobrantes y de precios artificiales no podía lograr buen éxito, si no se conseguía al mismo tiempo equilibrar la producción y el consumo, y compensar de alguna manera los sacrificios impuestos por el empleo de los cuantiosos capitales requeridos por la valorización. Y sucedió que los altos precios artificiales estimularon en vez de reducir la producción, burlando así todas las esperanzas y agravando la crisis final. Algunos economistas han interpretado este fracaso como una condenación inapelable de las valorizaciones. Otros consideran que las valorizaciones obedecen a un principio racional y sano, como es el de equilibrar la producción y el consumo en períodos de tiempos más o menos prolongados. Lo que sucedió fue que las valorizaciones fueron mal concebidas y mal ejecutadas. En algunos casos, el error capital consistió en la imposición de altos precios, que no podían sino inflar la producción y a la larga agravar la crisis. En otros, el mal resultó de no ver el problema en toda su amplitud. Los grandes productos agrícolas y materias primas, o sus posibles substitutos, se producen o pueden producirse en grandes zonas que nunca están bajo la soberanía de una sola nación, y en todo

caso, sus mercados son mundiales. Sus problemas no podrían ser resueltos por la acción de un solo país. Atendiendo a estas consideraciones, que parecen confirmar los hechos, se han realizado recientemente esfuerzos para estudiar, plantear y resolver, mediante la cooperación internacional, los problemas relacionados con la producción y distribución de productos afectados por la crisis actual.

La Conferencia Agrícola Internacional

Del 8 al 20 de setiembre de 1930 tuvo lugar en Washington la Conferencia Agrícola Interamericana, Conferencia que representa la primera fase de un esfuerzo metódico para afrontar los problemas trascendentales de las industrias agrícolas, y aunar, con tal fin, la ciencia, la experiencia y los recursos comunes del Continente. De paso, es conveniente hacer notar que esta Conferencia constituye la afirmación de un nuevo panamericanismo, inspirado en la fraternidad y la ayuda mutua, que no despierta inquietudes, ni recelos, ni rivalidades. Todos tienen que beneficiarse y, en efecto, se benefician en estas asambleas que tienen por objeto registrar progresos cumplidos, generalizar métodos e instituciones ejemplares y preparar colaboraciones permanentes para el futuro. Así, en muchos aspectos de su vida, los pueblos americanos irán nivelándose e identificándose, hasta ofrecer esa semejanza de civilización que permita relaciones políticas y sociales basadas en el respeto la consideración y la simpatía recíprocas.

La Conferencia Agrícola Interamericana estudió todos los aspectos de las industrias agrícolas y formuló en cada caso oportunos acuerdos.

Uno de los temas que merecieron su más cuidadosa atención fue el de la sobreproducción agrícola. La cuestión fue estudiada en uno de los trabajos preparatorios de la Conferencia. En el curso de la discusión habló al respecto el sabio e influyente economista del Departamento de

Agricultura de los Estados Unidos de América, Dr. W.J. Spillman. En su opinión, la actual crisis de sobreproducción se debe a la revolución ocasionada por la aplicación de métodos científicos y el empleo de maquinaria agrícola. En el caso del café y el azúcar, la sobreproducción no se debió, sin embargo, a esa causa, sino a los precios excesivamente altos que prevalecieron durante un período reciente. Durante la Conferencia varios oradores expusieron los resultados de la nueva técnica agrícola. El Dr. Spillman hizo notar que ciertas regiones del Medio Oeste de los Estados Unidos, como Kansas, producen trigo al costo de \$ 0,43 el bushel, al paso que en las granjas de Ohio, Pensilvania, Illinois, etc., el costo del bushel varía entre \$ 1,25 y 1,50. La región del Delta del Misisipí y las nuevas tierras de Texas, Oklahoma, Nuevo México, Arizona y California producen algodón que podría venderse con ganancias al precio entonces corriente de \$ 0,11 la libra, mientras que en la vieja zona algodonera el costo de producción de la libra varía entre \$ 0,16 y 0,18. Se espera una considerable reducción del costo, como resultado de la máquina recolectora que acaba de lanzarse al mercado, la cual hace el trabajo de 40 a 50 hombres y permite obtener una fibra de mejor calidad que la obtenida en la recolección manual. El doctor Chardón, jefe del Departamento de Agricultura de Puerto Rico citó el caso de la quina. Los holandeses llevaron a Java semillas de la América del Sur, y mediante la selección han obtenido árboles cuya corteza contiene de 3 a 5 veces más alcaloide que en América. El doctor R. Rands, del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, al referirse al caucho, dijo que hace diez años se consideraba como muy buena una cosecha de 400 libras por acre, y hoy se consiguen fácilmente cosechas de 1.000 libras. Estos ejemplos nos ilustran suficientemente sobre los efectos de la revolución que se está efectuando en las industrias agrícolas y nos inspiran serios temores sobre el porvenir de los productos que Venezuela puede todavía colocar convenientemente en los mercados mundiales.

¿Cuándo terminarán estas continuadas crisis y el progresivo descenso de los precios?

Según el Dr. Spillman, cuando se agoten las tierras nuevas que pueden ponerse en cultivo y cesen de cultivarse aquellos terrenos en donde no puede emplearse la nueva maquinaria agrícola. Entonces comenzará un período de prosperidad durable.

En relación con la actual crisis la Conferencia aprobó resoluciones recomendando la mejora de los métodos de administración agrícola, la diversificación de los cultivos, que consideró de “primordial importancia para el mejoramiento, desarrollo y estabilidad de la vida económica y social de los países de América”, y la siguiente, que se refiere al problema mismo de la sobreproducción.

“La Conferencia Interamericana de Agricultura estima que prestaría un servicio importantísimo al bienestar de todas las repúblicas de América, contribuyendo con su firme apoyo a la solución del magno problema agrícola-económico de la sobreproducción de los principales artículos agrícolas y materias primas que producen los países de América, tales como el azúcar, café, cereales, carnes y otros.

“Se ha visto en la práctica que el problema de la sobreproducción de los artículos de gran exportación no puede ser resuelto por la acción individual de un solo país, aunque este sea el principal productor, sino que requiere una común acción internacional.

“Por consiguiente, cada una de las industrias americanas, individualmente, en las cuales se ha creado y persiste una situación de desequilibrio entre los abastos y el consumo mundial, con graves consecuencias para el presente y el porvenir de esas industrias, debe procurar que se llegue lo más pronto posible a un mejor reajuste entre dichos factores, comúnmente denominados oferta y demanda, por medio de una acción internacional.

“Esta acción podría tomar tres formas en cuanto a la industria azucarera, y refiriéndose únicamente a los grandes países exportadores: 1°.- Una estabilización de las exportaciones de cada país durante un corto período de tiempo, a fin de que los sobrantes se vayan absorbiendo, basándose dicha estabilización sobre las cifras de exportaciones normales alcanzadas por cada país. 2°.- No estimular más de lo que ya lo está, por ningún medio, la producción de este artículo, hasta que el sobrante mundial no haya desaparecido. 3°.- Procurar el mayor consumo posible del artículo, en todos los países y especialmente en aquellas regiones del mundo, como el Extremo Oriente, en donde es posible una gran expansión del consumo, haciéndose esta campaña en forma cooperativa”.

De acuerdo con estas sugerencias se celebraron conversaciones en Bruselas, Ámsterdam y Berlín, durante los últimos dos meses, entre representantes de Cuba, Java, Alemania, Checoslovaquia, Polonia, Bélgica y Hungría, con el objeto de estabilizar la industria azucarera. Según los acuerdos suscritos en Ámsterdam y Berlín, los países azucareros se comprometen a restringir las exportaciones durante los próximos 5 años y a reducir, al mismo tiempo, su producción.

Recomendaciones sobre la Industria Cafetera

Como resultado de reuniones privadas celebradas por los delegados de los países cafeteros y de discusiones que tuvieron lugar en las sesiones plenarias de la conferencia fueron aprobadas, en lo que respecta al café, una resolución que recomienda a los gobiernos de los países productores la formación de un comité internacional de propaganda, encargado de desarrollar una acción colectiva para extender el consumo del café a los países no consumidores e intensificarlo en aquellos que están en posición de consumir más, y la siguiente, sobre estabilización de la industria:

“La Conferencia Interamericana de Agricultura, habiendo llegado al convencimiento (1) de que una de las medidas básicas necesarias para dar estabilidad a la producción de café en América es tender hacia el más bajo costo de producción y hacia la mejor calidad; (2) de que uno de los medios de obtener este resultado es la localización de los cultivos en las zonas más adecuadas de acuerdo con sus circunstancias naturales y económicas.

“RESUELVE recomendar a los gobiernos de los países productores de café:

“1°.- Que procedan al reconocimiento o estudio de las zonas cafeteras de sus respectivos países desde el punto de vista del costo de producción y de la calidad del fruto;

“2°.- Que procuren, por cuantos medios sean efectivos, no estimular el cultivo de las regiones que no ofrezcan perspectivas favorables para resistir la competencia en cuanto a precios y a calidad; y

“3°.- Que contribuyan eficazmente a cimentar las empresas ya existentes y las nuevas sobre una mejor base de organización interna, de cooperación para la venta, de métodos de cultivo y beneficio y diversificación de cultivos, de manera que se preparen a hacer frente en mejores condiciones a la competencia futura”.

El Brasil convoca un Congreso Cafetero

El Gobierno de Brasil ha invitado a los países productores de café a un Congreso que se celebrará en San Pablo el 31 de marzo corriente. Esta decisión ha sido tomada en cumplimiento del voto formulado en el Primer Congreso Cafetero, celebrado en Nueva York del 1° al 31 de octubre de 1902. Este Congreso aprobó cinco acuerdos, en los cuales se recomienda a los gobiernos prohibir la exportación de las calidades inferiores de café; trabajar por la supresión y reducción de las tasas

que gravan la importación; organizar una unión internacional en vista de una eficiente propaganda del café; eliminar de la venta y de la exportación las cantidades de café que sean necesarias para mantener el equilibrio entre la oferta y la demanda; y reunir un nuevo Congreso de Plenipotenciarios para elaborar y suscribir una convención para dar efecto a estas recomendaciones.

Es muy posible que el Congreso que pronto se reunirá en San Pablo reconsidere las resoluciones de 1920 y se ponga de acuerdo sobre un plan de acción internacional. Es evidente que el Congreso puede y debe tomar ciertas medidas, que aconsejan las experiencias de los últimos años y las actuales condiciones sobre producción, comercio y consumo de café, y emprender una eficiente propaganda en vista de extender e intensificar el consumo; prohibir, tanto en el comercio interior como en el comercio exterior, la venta de pasilla y calidades inferiores; acordar una acción común para obtener la reducción de los impuestos y trabas que gravan la importación de café en ciertos países y conseguir la prohibición de venta de productos que se venden como café y que no responden a esa especificación. Últimamente se han establecido en varios países de Europa impuestos sobre el café, que son prohibitivos de su consumo. Los gobiernos de los países cafeteros deberían concertarse para hacer gestiones amigables en vista de reducir dichos impuestos a límites razonables, e ir hasta las represalias, en caso de éxito negativo.

La acción que compete a los varios gobiernos

Las medidas de esa naturaleza son las únicas que compete tomar al Congreso. La restricción de las exportaciones y la limitación de la producción no parecen propias para ser objeto de acuerdo internacional, ni es conveniente que lo sean. No hay que fiarse a ilusiones falaces. Con restricciones o sin ellas se puede aumentar considerablemente la

producción de café. Tales restricciones no pueden tampoco impedir que dominen el mercado cafetero los países capaces de producir las mejores calidades y a los precios más reducidos. La limitación de la producción y de la exportación no es un medio seguro de evitar futuras crisis, ni contribuye al progreso de la industria. Hay que decidirse por las soluciones más difíciles, que son a la larga las más ventajosas.

El Brasil no ha esperado la reunión del Congreso cafetero para decidir la política que va a seguir. El Dr. Getulio Vargas, nuevo Presidente del Brasil, declaró en entrevista concedida el 11 de noviembre de 1930, que había pasado la época en que un país podía basar en un solo producto su entera estructura económica y financiera. En entrevista concedida a mediados de enero último, el Ministro Federal de Finanzas, expuso las desastrosas consecuencias de la valorización, y expresó la opinión de que se debe devolver completa libertad al mercado cafetero. Con ese fin el Gobierno ha comprado al precio de 70 mil réis el saco, los stocks invisibles, o sea, las existencias depositadas en los almacenes del interior: y se propone destruir cinco millones de sacos, penalizar las nuevas plantaciones, prohibir el comercio de las calidades inferiores, y establecer una tasa en naturaleza, que permita en cierto modo asegurar el equilibrio entre la oferta y la demanda. Las medidas acordadas o proyectadas no han bastado, sin embargo, a asegurar la estabilidad del mercado cafetero, pues el cambio brasileño continúa seriamente enfermo, las existencias invisibles siguen pesando sobre el mercado, y aún no se han tomado las medidas inequívocas, susceptibles de restablecer la libertad en el comercio del café.

Cualquiera que sea el desarrollo de la crisis, tenemos razones para esperar que dentro del año el mercado cafetero entrará en la vía de un lento pero seguro mejoramiento. Sin embargo, nada nos dice que ese probable mejoramiento sea estable. En la próxima crisis el descenso de

los precios según previsiones atendibles, puede muy bien ser más catastrófico que en la actual. Los estudios elaborados por los economistas nos demuestran que la crisis presente ha afectado al café menos gravemente que a otros productos y materias primas cuyo costo de producción se había reducido considerablemente como resultado de la aplicación de métodos científicos y de maquinaria. Es seguro que la racionalización de la industria cafetera, según las recomendaciones de la Conferencia Agrícola Interamericana, reducirá el costo de producción del grano. Es urgente prepararse para la próxima crisis, y que nos preparemos mientras durarán los años de las “Vacas gordas”. Es necesario racionalizar y metalizar nuestra vida económica, de la cual las industrias agrícolas son parte fundamental. De otra manera, no podremos contar con bases sólidas para edificar la prosperidad y la grandeza de la Nación.

Alberto Adriani, 1931

Venezuela y su industria cafetera

Todos los países cafeteros pasan hoy por una crisis de excepcional gravedad. Quizá por primera vez el consumo mundial ha dejado de coincidir, durante un largo período, con la producción, desde el día del siglo XIV, en que de Abisinia pasó al Yemen, y del Yemen, por Egipto, Siria y Constantinopla, al mundo occidental. Durante los últimos años se han acumulado stocks enormes, que ascendían en noviembre de 1934 a 19.050.000 sacos¹, a pesar de que el Brasil ha incinerado, durante los últimos cuatro años, 34.899.000 sacos. En opinión de F. Eugene Nortz, reconocida autoridad en estas cuestiones, para el 1º de julio del corriente año habrá un total de existencias visibles de 23.000.000 de sacos, o sea, exactamente, el consumo de un año. En el próximo año estima Nortz que la producción se elevará a 29 o 30.000.000, de la cual quedaba un sobrante de 6 a 7.000.000, y elevará el total de existencias visibles acumuladas a 30.000.000 para el 1º de julio de 1936². La tendencia es a la disminución del consumo. De 1931 a 1934 declinó en un 12%, como resultado de la crisis económica y de la consiguiente disminución del poder adquisitivo de los consumidores, de las restricciones impuestas a su comercio y de los pesados impuestos en muchos países consumidores³. Los precios, como resultado de todo esto, son los más bajos de su historia.

[1]_ *Bulletin Mensuel de Statistique*. Sociedad de las Naciones. Febrero de 1935.

[2]_ *The New York Journal of Commerce*, Abril de 1935.

[3]_ *La production mondiale et les prix 1925, 1933*. Sociedad de las Naciones 1934.

En espera de los años de las “vacas gordas” —que habrán de volver un día, aun cuando no es posible adivinar su llegada— la mayor parte de los países se han puesto en condiciones de resguardar su industria, de mantenerla en vida, mediante la desvalorización monetaria, que reduce los gastos, alivia el peso de las deudas y equilibra, en general la vida económica; el perfeccionamiento de la técnica, con la mira de reducir el costo de producción y mejorar el producto; y las organizaciones cooperativas, que multiplican las posibilidades del productor individual, y facilitan de muchas maneras la solución de sus problemas.

Nuestra industria cafetera y nuestros cafeteros esperan mucho, para poder sobrevivir, de la intervención providente del Gobierno Nacional, presidido por el general J.V. Gómez, que ya le prestó su ayuda, el año pasado, con el subsidio, y muy particularmente, con el alza del cambio, y de la labor de la Asociación de Cafeteros, que acaba de establecerse bajo el alto patronato del mismo general J.V. Gómez, que ha suscitado en el país grandes esperanzas.

Para la justa perspectiva y para la debida apreciación de las condiciones actuales de la industria cafetera, tal vez no sea en vano recordar algo de su historia.

Algunos datos estadísticos

El café, según todas las indicaciones, es originario de Abisinia, de donde fue introducido al Yemen, frente a la costa etiópica, en el siglo XIV. Los primeros cafés se abrieron en Egipto en 1592. Del Egipto su uso pasó a Siria, y fueron dos sirios quienes establecieron el primer café en Constantinopla, en 1554. En la Europa occidental los primeros cafés se establecieron en Venecia, en 1640, en Marsella, en 1654, en París, en 1680, en Londres, en 1692, en Fráncfort, en 1689, en Viena, con la invasión turca, en 1683. Durante los siglos XVIII y XIX su uso se hizo

general en todo el Occidente, hasta convertirse en uno de los productos más importantes del comercio internacional. Todo el mundo es hoy consumidor de café, con excepción de los pueblos del Lejano Oriente, en particular chinos y japoneses.

En América, el café fue introducido por los franceses, en 1715, a Martinica, Guadalupe y otras posesiones insulares. Hacia 1723 fue llevado al Brasil. De las Antillas francesas fue traído a Venezuela en 1748. La primera plantación fue establecida en el Valle de Caracas por el Pbro. José Antonio Mohedano, cura de Chacao. Como colaboradores y continuadores de sus ensayos tuvo al Pbro. Pedro Sojo y Bartolomé Blandín.

En Trujillo fue introducido por Francisco Labastida, quien trajo, en 1801, algunos árboles de Chacao y los plantó en su huerta de Mendoza⁴.

En Mérida parece haber sido introducido antes de 1777, fecha de su incorporación a la Capitanía General de Venezuela. De Mérida fueron enviadas semillas en 1794, a don Gervasio Rubio, quien hizo la primera plantación en la Hacienda “La Yegüera”, en el sitio donde hoy se levanta la ciudad de Rubio.

Durante muchos años, después de su introducción a Venezuela, el árbol del café es apenas una curiosidad, pero se ensaya y queda demostrada la practicabilidad de su cultivo. Las guerras combatidas en Europa hacia fines del siglo XVIII, por los obstáculos puestos al tráfico marítimo y al comercio con América, hicieron evidente la necesidad de un producto que pudiera almacenarse y conservarse en perfecto buen estado, lo cual no era posible con el cacao, y fueron la causa inmediata del desarrollo de las plantaciones de café que se inicia en 1796.

[4]_ Estos datos sobre la introducción del cafeto a Los Andes han sido tomados de don Tulio Febres Cordero, quien los trae en su Archivo de Historia y Variedades, Tomo I, págs. 166 y siguientes.

Durante los primeros años de nuestra existencia colonial las perlas fueron el principal artículo de nuestro comercio. A poco comienza la verdadera colonización del país y se desarrolla la agricultura y la cría, y van tomando importancia las exportaciones de cacao, añil, tabaco, algodón, ganados y productos de la ganadería. Durante todo el siglo XVIII el cacao tiene la preponderancia entre las exportaciones venezolanas. Su cultivo recibe un gran impulso con el establecimiento de la Compañía Guizpuzcoana en 1728. Las exportaciones aumentan considerablemente y los precios que se obtienen son remuneradores. Estas condiciones satisfactorias de la industria cacaotero son una de las causas de la prosperidad relativamente alta de que goza la Capitanía en los últimos días de la Colonia.

Hacia fines del siglo XVIII el café comienza a ser un importante renglón del comercio de exportación. Durante el cuatrienio 1786-1790 las exportaciones de Venezuela suman un total de 708 sacos de 132 libras cada uno. En los años que van de 1793 a 1796 las exportaciones son de 10.042 sacos, con un valor de 159.070 pesos fuertes. Para esta fecha el café ocupa ya el cuarto lugar entre nuestros productos de exportación, después del cacao, el añil y el algodón. Durante el cuatrienio siguiente las exportaciones se elevan a 11.681 sacos, con un valor de 184.681 pesos fuertes.

Según C. Parra Pérez⁵, quien toma estos datos de Francisco Javier Yanes y Ramón Díaz, la exportación media de café durante los últimos diez años de la Colonia fue de 12.048 sacos. En 1808, fue de 40.019 sacos: en 1809, 32.575; en 1810, 60.606 sacos. Para esta fecha ya el café ocupa el tercer puesto entre nuestras exportaciones, después del cacao y del añil.

[5]_ El Régimen Español en Venezuela, por C. Parra Pérez, Madrid, 1932, Pág. 196 y siguientes.

Sigue el período de las guerras de la Independencia, que termina ya bien avanzada la tercera década del siglo XIX, y que debieron paralizar nuestra vida económica. Sin embargo, cuando Venezuela hace definitiva, en 1830, su separación de la Gran Colombia, sus exportaciones cafeteras, en relación con las de 1810, han aumentado en una mitad, alcanzando un total de 87.454 sacos. Para esta fecha el café ha conquistado el primer puesto en nuestro comercio de exportación.

El café conserva su importancia preponderante en nuestra economía durante casi un siglo. Con las necesarias fluctuaciones causadas por condiciones naturales más o menos favorables y por las guerras civiles, que fueron tan frecuentes durante todo el siglo XIX, la producción cafetera continuó su marcha ascendente a todo lo largo de dicho siglo. Durante lo que va del siglo XX la producción continuó en aumento durante las dos primeras décadas, aun cuando fuera con débil ritmo. Durante el cuatrienio 1913-1917 nuestras exportaciones alcanzan sus cifras más altas. Hacia 1925 el café pierde el puesto preponderante que había tenido en nuestra economía desde 1830, a favor del petróleo, y hacia la misma época comienza a manifestarse una tendencia al descenso de la producción.⁶

[6]_ He aquí un cuadro de las exportaciones de Venezuela desde 1786 hasta 1935.

Sacos de 132 libras o sea de 60 kgs.

1786-1790	708	sacos
1791-1795	8.261	"
1795	3.673	"
1810	60.606	"
1831	87.454	"
1835	45.096	"
1840	143.379	"
1845	219.968	"
1850	234.678	"
1855	285.949	"

Desde 1930 la tendencia a la declinación es resuelta, no hay duda de que tal tendencia seguirá afirmándose, si persisten en el mundo las actuales condiciones económicas y si aquí no realizamos un esfuerzo vigoroso e inteligente para adaptarnos a esa situación.

Desarrollo y estancamiento de la industria

Cuando se establecieron en Venezuela las primeras plantaciones, los productos venezolanos de exportación, tales como el cacao, el añil y el

1860		287.756	sacos
1865		213.275	"
1873		571.222	"
1876		547.446	"
1881-82 – 1884-85	(promedio anual de producción)	607 750	"
1885-86 – 1888-89	" " " "	585.750	"
1883-94 – 1896-97	" " " "	742.500	"
1897-98 – 1900-01	" " " "	872.500	"
1901-02 – 1904-05	" " " "	715.000	"
1905-06 – 1908-09	" " " "	741.500	"
1908-11	(promedio anual de exportación)	690.610	"
1912-15	" " " "	979.803	"
1916-19	" " " "	901.106	"
1920-23	" " " "	738.690	"
1924-27	" " " "	916,737	"
1928-31	" " " "	857.551	"
1929-30 – 1932-33	(promedio anual de producción)	939.000	"
1933-34	(producción de la cosecha)	569.000	"
1934-35	" " " "	800.000	"
1914-1923	(promedio anual de exportación)	868.906	"
1924-1933	" " " "	818.673	"

Para este cuadro estadístico hemos consultado, hasta el año 1876, Venezuela, por N. Veloz Goiticoa, Caracas, 1905; para los años 1818 1909 y 1933-35, World Coffee Production-Years 1881-193-1, compilada por Sprague & Rhodes, y para los años restantes las estadísticas de exportación del Ministerio de Hacienda, compiladas por el señor Humberto Copello.

tabaco, tenían fama de ser mejores o por lo menos, iguales, a los de sus competidores. Para el nuevo cultivo Venezuela contaba con condiciones de clima y de suelo muy favorables. Pero, según el testimonio de F. Dépons⁷, el cultivo nació descuidado. La limpia de las plantaciones no se hacía bien. La recolección no era cuidadosa, cogiéndose al mismo tiempo el verde y el maduro. Sin embargo, en otros países las condiciones no debían de ser mejores, y el café venezolano conservó durante largo tiempo uno de los primeros puestos.

La producción se desarrolla incesantemente. Las exportaciones del cuatrienio 1786-1790 fueron, como ya se dijo, de 708 sacos. En el cuatrienio 1791-1795 suben a 8.261 y en 1810 se elevan a 60.606 sacos.

En 1831, ya definitiva nuestra separación de la Gran Colombia, las exportaciones son de 87.454 sacos. El período que se prolonga hasta 1845 es de progreso económico, durante el cual nuestras fuerzas económicas casi se triplican. En dicho año de 1845 las exportaciones cafeteras se elevan a 212.968 sacos.

Después, se suceden casi sin interrupción los disturbios políticos que terminan con el triunfo de la Federación y acaban con la oligarquía que, desde los remotos días de la Colonia, había sido la clase dirigente o la élite social. A pesar de estos disturbios la producción cafetera aumenta. En 1873 plenamente asegurado el triunfo de la Federación, nuestras exportaciones se elevan a 571.222 sacos, cifra que compone el 7,4% del promedio de la producción mundial de esa época.

Hasta mediados de la década 1890-1900. Venezuela conserva el tercer puesto entre los productores de café, después del Brasil y las Indias Holandesas. Su producción oscila entre 6,5 y 6,7% del total de la producción del mundo, y entre el 15 y el 16% del total de los suaves.

[7]_ Viaje a la parte oriental de tierra firme, por Francisco Dépons. Caracas.

En los últimos años del siglo XIX disminuye considerablemente la producción de las Indias Holandesas, como consecuencia de pestes que asuelan sus plantaciones, y Venezuela conquista el segundo puesto entre los productores mundiales, con el 5,1% del total, y el primer puesto entre los productores de suaves, con el 19% del total.

La producción se mantiene en aumento, aun cuando ese aumento es muy débil, hasta el cuatrienio 1913-1914 – 1916-1917, cuando nuestra producción alcanza su mayor volumen hasta hoy. Pero si de las cifras absolutas se pasa a las relativas se ve que el porcentaje de nuestra producción en relación con el de los demás competidores, se reduce sin cesar. Durante el período comprendido entre 1895 y 1916, Venezuela conserva el segundo puesto entre los productores mundiales y es el primer productor de suaves. En el año 1918-1919 Colombia viene a ocupar el puesto de Venezuela. Hacia 1925 viene a sentirse el impulso dado por los altos precios del período de la post-guerra, y la producción loma un gran incremento en otros países, a tiempo que aquí permanece estacionaria y más bien muestra la resuelta tendencia a declinar. En 1925, las Indias Holandesas le quitan el tercer puesto a Venezuela, que pasa a ocupar el cuarto. En 1931 el África Oriental Inglesa pasa al cuarto y Venezuela va al quinto. En 1932 El Salvador ocupa el quinto⁸ puesto

[8]_ El siguiente cuadro indica la importancia relativa de nuestra producción cafetera desde el año de 1860.

Año	% de la producción mundial de suaves	% de la producción total del mundo	Su puesto entre los productores del mundo
1860		5,8	
1873		7,4	
1881-82	15	6,5	3º.
1885-86	16	6,7	3º.
1890-91	16	6,5	3º.
1895-96	15	6,7	3º.

y nuestro país recula hasta el sexto, seguido muy de cerca por México, Guatemala y Haití. El cuadro que aparece seguidamente indica la importancia relativa de nuestra producción cafetera desde el año 1860.

No solo nuestros competidores nos superan en el volumen de la producción sino también en la calidad. Así, en los mercados mundiales son mejor reputados y alcanzan precios más remuneradores los cafés de las Indias Holandesas, Colombia, Costa Rica y hasta los de México y El Salvador.

Tanto en lo que respecta al volumen como a la calidad, la culpa no es ciertamente de la tierra venezolana sino del hombre venezolano. Según H. Pittier, quien es autoridad en esta materia, aquí “la agricultura propiamente dicha del café ha permanecido rutinaria en extremo. No debe uno extrañar que mientras la producción mínima anual por cada árbol, en las plantaciones de Centro América, es de 500 gramos, no alcanza a más de 230 gramos en Venezuela en donde todas las condiciones naturales son iguales, si no superiores”.⁹ Debemos, a este

1900-01	19	5,1	2º.
1905-06	17	4,9	2º.
1910-11	15	4,3	2º.
1915-16	18	4,6	2º.
1920-21	16		3º.
1925-26	10	3,7	4º.
1930-31	9,7	3,8	4º.
1933-34	5,4	1,4	8º.
1934-35	7,5	3,2	6º.
1930-35	7,8	2,5	6º.

Para la proporción de los años 1860 y 1875 he tenido a la vista las estadísticas contenidas en la Enciclopedia Italiana, Tomo VIII, páginas 257 y siguientes. La producción mundial que se ha tomado como base es la del promedio de la década. Para los demás años he consultado World Coffee Production Years 1881-1934, compilados por Sprague & Rhodes, de Nueva York.

[9]_ *Manual de las plantas usuales de Venezuela*, por H. Pittier, Caracas, 1926, Páginas 152-53.

respecto, agregar que en el Brasil la producción por árbol llega hasta 1.725 gramos¹⁰.

La verdad es que en materia de agricultura nos habíamos quedado en lo que sabían nuestros antepasados de la Colonia. En el dominio de la agricultura tropical, por obra de holandeses, ingleses y yankis, principalmente se han llevado a cabo considerables progresos, que han revolucionado la técnica de los grandes cultivos. A esta revolución habíamos permanecido extraños, hasta que el gobierno del general J. V. Gómez, muy oportunamente, creó el Ministerio de Salubridad, Agricultura y Cría.

En la encrucijada

Desde hace algunos años nuestra industria cafetera muestra una tendencia visible hacia la declinación. La baja catastrófica de los precios que no parece haber terminado todavía, ha llevado esas crisis hasta el extremo de convertirla en la más grave que haya sufrido nunca. Había sido desde 1830, es decir, desde el alba de nuestra nacionalidad, el nervio de nuestra vida económica y el principal regulador de nuestro sistema de precios y de nuestra riqueza. El desarrollo del país había marchado a la par con su desarrollo. Hasta el día del año de 1925 en que, al vigoroso empuje de los *taikunes* de la compañía anglo-holandesa Royal Dutch y de las americanas Standard y Gulf, el petróleo le arrebató su preponderancia.

Hoy somos al mismo tiempo espectadores y víctimas de su decadencia. Su adversa suerte acarreará la de toda la zona cafetera de Venezuela. Cada descenso de los precios, cada nuevo paso en la carrera hacia el abismo, aumentará el número de cafeteros desnutridos, malvestidos, macilentos, cabizbajos, pasto de las enfermedades, sin asidero para ninguna esperanza. Habrá en nuestros campos más y más casas derruidas,

[10]_ O Brasil Actual. Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio. Página 35.

desmanteladas, solitarias. Se irán haciendo más y más escasas las comodidades, el instrumental y, sobre todo, la cultura, que el café nos había permitido adquirir. Nos irá invadiendo el desierto y su cortejo de miserias y de males.

Hay que observar que la zona de las vertientes, comprendida entre los 800 y los 2.300 metros, que es la zona del cafeto, es el hogar del 50%, más o menos, de la población de Venezuela. Por su clima saludable y vigorizado, por la potencialidad de su agricultura, que abarca casi todos los cultivos de las dos zonas que la limitan y es susceptible del máximo de diferenciación y de complementaron, es hoy el sitio ideal para la creación de focos de civilización moderna. Las observaciones científicas y las experiencias realizadas en los trópicos americanos y de otros continentes, nos dejan el convencimiento de que, mientras no se hayan realizado mayores progresos en el dominio de las ciencias sanitarias tropicales, las mesetas y valles situados en la zona de las vertientes serán los más favorables para la salud y para la civilización. Esta es la conclusión, en lo que a Colombia respecta, del sociólogo Luis López de Meza.

Parece evidente que en Venezuela la zona de mayor vitalidad es la de vertientes, es decir, la cafetera. Desde el punto de vista demográfico, que es capital, la zona cafetera es un verdadero reservorio. No dispongo de estadísticas completas que me permitan llegar a conclusiones seguras. Pero tomemos el año de 1931, por ejemplo, que es el único sobre el cual dispongo de estadísticas oficiales casi completas. Al paso que Venezuela en ese año, muestra una natalidad de 27 por mil, nupcialidad de 27 por mil, mortalidad de 18 por mil y un acrecimiento de la población 94 por mil, los Estados Trujillo, Táchira y Mérida, típicos de la zona cafetera o de las vertientes, ofrecen en el mismo año la natalidad de 36,5 por mil, nupcialidad del 30 por mil, mortalidad del 17 por mil y coeficiente vegetativo o rata de acrecentamiento de la población del

19 por mil¹¹. Es decir, el coeficiente vegetativo de los Estados andinos es más de dos veces mayor, en dicho año, que el del país entero. Si el año de 1931 no es excepcional, podemos concluir que es en la zona cafetera en donde Venezuela crece y se hace su potencia.

El colapso de la industria cafetera, que es el eje de su economía, se haría sentir en todos los aspectos de su vida y Venezuela entera padecería con su adversa suerte. Y por el momento no se ve ningún otro cultivo, ni ninguna otra actividad, capaz de tomar el puesto de la industria cafetera. Es claro que el desiderátum de la zona cafetera es la diversificación de su agricultura, para disminuir su dependencia del café. Pero la tarea no es fácil, sino que requiere años, experimentación y considerables medios financieros y técnicos. Es posible que los mejores cultivos, en vista de tal diversificación, sean los de consumo interno, pero la población del país, es escasa y dispersa en una vasta zona, y no puede industrializarse sino en medida muy modesta mientras no crezca lo bastante. El Brasil, y la misma Colombia, pueden hacerlo y lo están haciendo en medida mucho mayor, porque su población numerosa —más de 45 millones el Brasil y cerca de 10 Colombia— permite ya el establecimiento y la segura prosperidad de ciertas industrias y hace posible una relativa autonomía económica. El desarrollo industrial de un país reposa sobre ciertos factores fundamentales, que no es el caso enumerar aquí, entre los cuales, un mercado suficiente es principalísimo. Sin un número adecuado de consumidores, las tarifas astronómicas por sí solas no permitirán el desarrollo de la industria, aun cuando sí encarecen la vida y provocan el despilfarro de capitales.

El Gobierno Nacional, con loable oportunidad y patriotismo, ha tomado una serie de medidas encaminadas al mejoramiento de nuestra entera industria agrícola, entre las cuales el establecimiento de institutos

[11]_ Boletín del Ministerio de Fomento, abril de 1932.

de experimentación y de educación agrícola. En lo que respecta al café, decreta recientemente el establecimiento de dos estaciones experimentales, que podrían un día obrar la transformación de esta industria. Por otra parte, la Asociación de Cafeteros acaba de fundarse, y no hay duda de que en diversos campos tomará medidas oportunas y eficaces.

Sin embargo, la crítica situación actual no permite esperar los resultados de estas medidas a plazo más o menos largo y pide medidas de emergencia. Otros países se han decidido por la desvalorización monetaria. En Venezuela, según opiniones autorizadas, la desvalorización no es factible. Entre las formas de ayuda directa al productor que han sido propuestas, la que parece de más fácil aplicación y la más equitativa, es la prima a la exportación, excluyendo, naturalmente las existencias que están en manos de los traficantes cafeteros.

Por fortuna para la zona cafetera y para el país, hay fundadas esperanzas de que el gobierno que preside el general J.V. Gómez tomará medidas adecuadas en favor de nuestra primera industria agrícola. Al responder a las Comisiones de las Cámaras encargadas de participar al general J.V. Gómez su instalación, dijo el Dr. Pedro R. Tinoco, Ministro de Relaciones Interiores: “los problemas que incidentalmente confronta Venezuela, reflejos de la crisis mundial, son estudiados y se están resolviendo bajo la dirección personal del ilustre ciudadano que preside sus destinos, Benemérito general Juan Vicente Gómez, cuyas dotes de estadista, reconocidas por propios y extraños, acabáis de elogiar con vibrantes frases de justicia y reconocimiento”.

Zea, Mayo 1935

Capítulo quinto

Síntesis doctrinaria

“La economía de un país, se afirma, es más sólida, más equilibrada, menos vulnerable en las crisis, mientras más diferenciada sea su estructura, que debe comprender cierto *mínimum* de desarrollo industrial. Entre dos naciones, la una agrícola-industrial y la otra puramente agrícola, la primera será siempre la más fuerte y la más progresista. La actual crisis, en efecto, ha sido más brutal, más devastadora en los países que producen tan solo materias primas.”

ALBERTO ADRIANI

Las limitaciones del nacionalismo económico

I.- El nacionalismo de moda. II.- El carácter del nuevo nacionalismo.- III.- En la brecha abierta al internacionalismo.- IV.- Las razones de los dos sistemas. V.- ¿Hacia la economía mundial o hacia las economías imperiales?

Señores:

El Presidente de esta institución civilizadora, el eminente ciudadano que por su vasta cultura, su vida ejemplar y su tenaz devoción al bien público, es honra del Táchira y del país, me ha hecho la distinción alta e inmerecida, que sé agradecer, de designarme para iniciar el ciclo de conferencias que, como parte de un programa cultural, el Salón de Lectura se propone llevar a cabo. Es de suponer que tal distinción se deba a la primera letra del alfabeto con que comienzan mi nombre y mi apellido.

La verdad es que me honra y me causa íntima satisfacción venir a hablar sobre ciertos problemas, que estoy seguro os interesan, en esta ciudad que siempre me cautivó, aun antes de que tuviera la suerte de conocerla. Circundada de tierras ubérrimas y sanas, propicias al esfuerzo; en un punto de convergencia o de cruce de vías de comunicación de importancia nacional e internacional; exponente de una raza laboriosa, emprendedora, prolífica, migratoria y colonizadora; principal población en la zona de contacto con la vecina República de Colombia, San Cristóbal está llamada a graneles destinos. Será siempre, para bien de la Patria, una de las obreras de su historia, uno de los puntos de concentración de las energías venezolanas.

La Sociedad Salón de Lectura ha querido que esta parte de su programa cultural se inicie hoy, cuando la Patria conmemora su día más trascendental y más glorioso, porque decidió nuestra incorporación al número de los pueblos libres e independientes. La lucha más sangrienta

y más destructora que haya visto la América habrá de prolongarse durante muchos años para consolidar la obra iniciada en ese día, pero en la Declaración del 5 de Julio, en la elocuencia de sus razones, en la altivez de sus sentimientos, en la firmeza del propósito, por el cual, dicen los declarantes, “damos y empeñamos, unas Provincias a otras, nuestras vidas, nuestras fortunas y el Sagrado de nuestro honor nacional”, la Independencia es ya un hecho irrevocable. Cada pueblo, y dentro de cada pueblo cada época, tienen su peculiar estilo para celebrar sus grandes días, y este estilo revela su íntima naturaleza, su fuerza o debilidad. A un pueblo fuerte no le bastan las palabras que se lleva el viento, ni los fuegos de artificio. La exaltación de las glorias pasadas, a base de estos ingredientes, constituye lo que Eloy González llamó una vez patriotismo paleontológico. La única celebración digna y eficaz de días como este, en que la Patria vivió una de sus horas de león, es la de comenzar, y todavía mejor concluir, empresas que consoliden esa hora, que la enaltezcan, que den prueba irrecusable de que la virtualidad que la llevó a ser aún está intacta. Este pensamiento, creo yo, ha animado al Salón de Lectura, al iniciar en esta fecha su ciclo de conferencias. Y no podría perder mucho de su significación, aun cuando el que ha sido llamado a cooperar en la tarea no estuviere a la altura del propósito.

I. El Nacionalismo de moda

Lo que voy a decir tiene que hacer con el nacionalismo. Durante las dos últimas décadas ha habido una verdadera erupción de nacionalismo. Es uno de los temas de moda y una de las ideas-fuerza de la época. Se trata de un movimiento que abarca toda la vida social, que tiene amplias resonancias aun en los más apartados rincones de la existencia colectiva, y cuyas repercusiones influyen poderosamente, para bien o para mal, en el dominio económico, por ejemplo. Es un movimiento que hay que analizar y darle confines precisos, si se quiere evitar que circule bajo la

forma espuria, extrema y a veces grotesca, que le dan las mentes sencillas e incultas, que apenas saben ver lo blanco y lo negro, como si su existencia transcurriera de noche e ignoraran la rica gama del iris. Pues bien, para esas mentes sencillas e incultas el nacionalismo implica, cuando no está viciado de hostilidad, el más absoluto aislamiento. La Nación debe ser como la mónada sin ventanas de Leibnitz. Ha de vivir ensimismada, admirándose, como el Narciso mitológico.

En algunos teorizantes cultos, y aun cultísimos, la ideología nacionalista puede haber llegado a estos excesos, muchas veces conscientemente. Es cuestión de estrategia ideológica. Se piensa que hay que hacer las verdades escandalosas, desafiantes, para hacerlas activas. Después la vida las sorteará, y cuando la tempestad cese y la marea baje, quedarán reducidas a sus justas proporciones. Ni el nacionalismo actual ni el que rigió en el siglo pasado, podrían dividir el mundo en compartimientos estancos. Lo único que pueden hacer, aun cuando se propongan otra cosa, es llevar ciertos principios y ciertas fuerzas al centro de su vida colectiva. A este respecto, tal vez sea de alguna utilidad recordar algo de la historia del nacionalismo.

Antes de que existiera la doctrina del nacionalismo, existieron las naciones. En el principio era la acción, dice la famosa frase de Goethe. Sobre la multitud de provincias y de estados-ciudades del período feudal se constituyeron España, Francia, Inglaterra. Como consecuencia de las Cruzadas y del Renacimiento, la vida europea se había transformado y estos grandes Estados vinieron a representar un progreso económico y social considerable. Solo los grandes Estados podían ofrecer un campo suficientemente amplio a la vida económica, a los ideales, ambiciones y voluntad del nuevo europeo. Es decir, el nuevo Estado era la única comunidad humana que estaba a la "altura de los tiempos". La prueba la tenemos en que fueron estos Estados los obreros de los grandes hechos, los principales actores del drama de la historia, los que tejieron los

grandes progresos de la época. Italia, Alemania y el resto de Europa, que siguieron fragmentados en provincias y estados-ciudades, que no supieron concebir otro patriotismo que el estrecho, menguado, asfixiante patriotismo local, hubieron de convertirse, cuando no en campo de batalla o en colonia de explotación, en actores de segundo orden, como anónimos o meros espectadores.

La Revolución Francesa y las guerras napoleónicas hicieron del nacionalismo un movimiento caudal. Por sus teorías y por la forma como operó la subversión del orden europeo, la Revolución Francesa dio un impulso decisivo a la organización nacional. En la forma que adoptó durante esta época, el nacionalismo fue principalmente el resultado de la reacción contra el mapa político trazado a su antojo por el Congreso de Viena. Ciertos gobiernos que dominaron en Europa después de este Congreso no eran de ninguna manera representativos de los pueblos, y se mostraron grandes embarazadores de la producción y disipadores de las energías humanas. En ciertos Estados, gobernantes y gobernados eran diversos por las razas, por la religión, por las tradiciones históricas y por la cultura. Surgió intensa en los pueblos la aspiración a gobernarse por sí mismos y a retener la lengua, las instituciones y la civilización de su agrado. De ese movimiento, cuyas ideas, y las pasiones que estas ideas supieron engendrar, fueron aventadas a todos los confines del mundo, viene nuestra Declaración de Independencia, vienen las naciones americanas, la Italia y la Alemania unificadas, y, finalmente, los cambios de estructura de los grandes imperios modernos.

La afirmación fundamental de este nacionalismo era que cada nación tenía el derecho de vivir su propia vida, de gobernarse por sí misma y de organizar su propio Estado. Pero ¿cuál era la razón de ser de la nación? Se ha tratado de explicar la nación por la comunidad de raza, de idioma, de religión, de tradiciones históricas. Ninguna de estas causas por sí sola, ni todas juntas, son razón suficiente para que una comunidad

sea una nación y la nación organice su Estado. No hay duda que la raza, la religión, el idioma, la historia comunes son vínculos poderosos de unión, y hasta cierto punto imponen la convivencia dentro de un grupo dado, pero el impulso decisivo lo dan siempre las esperanzas de un mayor bienestar, un proyecto de vida más próspera, más noble y más rica. *Ubi bene, ibi patria*, donde se está bien allí está la patria, dice la conocida expresión latina. Ernesto Renán resume así su idea de la nación, es un plebiscito cotidiano. Ortega y Gasset nos dice lo mismo con otras palabras, es un programa sugestivo de vida en común. Lo que interesa subrayar es que la nación es mucho más infinitamente más porvenir que pasado, y por esto es por lo que es necesario rehacerla cada día.

Después de las Cruzadas, del Renacimiento y las grandes exploraciones y descubrimientos geográficos, la nación, en cuanto implicaba la formación de un gran estado, estaba a la “altura de los tiempos”, era la forma más apta para sustentar los ideales, abrigar las ambiciones y satisfacer las necesidades del hombre europeo y americano. Pues bien, cuando el nacionalismo aún no había alcanzado todos sus objetivos, al impulso del capitalismo, de la ciencia y de la técnica, tres manifestaciones de un mismo espíritu, el mundo se pone a crecer en tal forma que las aspiraciones y las necesidades colectivas acabarán por rebasar esas fronteras nacionales recién trazadas.

El progreso material del mundo, cuando todavía estaba en vigor el primer movimiento nacionalista, fue impresionante. Así en Europa, la población creció, de 1800 a 1930, de 180 a 500 millones aproximadamente. Más todavía. Durante un período casi idéntico, es decir, de 1820 a 1924, se ha calculado que Europa envió al resto del mundo 55 y medio millones de inmigrantes. El comercio mundial, que era en 1800 de 7.600 millones de bolívares oro, se elevó en 1929, año en que culminó la prosperidad de la última década a 346.000 millones, aproximadamente. Este comercio creciente fue el resultado combinado de un

utilaje industrial que necesitaba, para alcanzar su mayor rendimiento, mercados que no era posible encontrar dentro de los límites de cada país y que los reclamaba siempre mayores; de una acumulación de capital líquido, muy superior, en los países industriales, a las necesidades normales, y que, en todo caso, resultaba provechoso exportar; de obra de mano que no era posible emplear en su patria en ocupaciones remuneradas, y prefería emigrar; y de medios de comunicación, siempre más variados, más abundantes, más rápidos y más cómodos, que acortaban las distancias, acercaban cada día más los pueblos, y hacían el mundo a la vez más grande y más pequeño. El inmenso desarrollo del comercio internacional llevó al establecimiento de grandes mercados internacionales, como Londres, New York, Liverpool y Hamburgo, en los cuales toda fluctuación de los precios, por leve que sea, provoca cambios correspondientes en todos los mercados del planeta. Había tomado lugar una estructura financiera, más que internacional, cosmopolita, cuyos centros eran Londres, Nueva York, París, Ámsterdam, tan perfecta, que en ella todos veían la anticipación de lo que podían y debían ser las organizaciones internacionales del porvenir. Poco a poco se iba llegando a una división del trabajo entre las naciones, llamada a multiplicar en ese plano el fruto de la actividad humana, como ya lo había hecho en el plano nacional. La obra de mano, el capital y la técnica se desplazaban dondequiera que pudieran encontrar un mayor rendimiento. Gracias a este proceso se creyó que era posible nivelar el tren de vida de todas las poblaciones del mundo, y el capitalismo probó que era en verdad un gran agente de nivelación.

¿Cuáles fueron las consecuencias de estos sucesos en el sistema del nacionalismo y en la estructura del Estado que había contribuido a forjar? Los hombres europeos, con sus ambiciones faustianas, su capitalismo expansivo y sus necesidades en continuo aumento, terminaron por encontrar estrecho el escenario que les ofrecían territorios que la

técnica iba empequeñeciendo. Necesitaban el mundo, o por lo menos, inmensas áreas del mundo. Las fronteras económicas seguían los intereses, estaban donde obraban estos intereses. Se llegó a una situación en que todo Estado no pudo menos de contar con los demás, y se comenzó a buscarles soluciones internacionales a problemas de interés común, y con cada solución se establecía un organismo internacional. En 1868 se estableció la Unión Telegráfica; en 1874, la Unión Postal Universal; en 1875, la Unión Internacional de Pesas y Medidas; en 1890, la Oficina Comercial para la protección de la propiedad industrial; en 1890, la Oficina Comercial Panamericana; en 1899, la Corte Permanente de Arbitraje; en 1905, el Instituto Internacional de Agricultura de Roma; en 1907, la Oficina Internacional de Higiene, y en distintas épocas centenares y centenares de organizaciones y de sociedades internacionales. El socialismo, el movimiento social más significativo de esta época, asumió desde temprano carácter internacional, y fue uno de los grandes agentes de internacionalización. Su primera reunión internacional se efectuó en 1864. Más tarde, sin embargo, debía convertirse en uno de los mayores responsables del clamoroso retroceso del internacionalismo y del resurgimiento del nacionalismo, debido a sus excesos, a sus concepciones fantásticas y a su incomprensión de lo que hay de incoercible y de justo en la organización nacional.

La vida internacional iba creciendo, pero no funcionaba satisfactoriamente. Había pueblos económicamente poderosos y pueblos pobres, de economía rudimentaria, naciones capitalistas y naciones proletarias, naciones fuertes y naciones débiles. Estas desigualdades eran inevitables, pero daban lugar a explotaciones inicuas, y a prepotencias e injusticias. Algo todavía más grave eran los conflictos entre las grandes potencias para apoderarse de los recursos de los débiles y para saciar su sed de poderío. La Guerra Mundial demostró la necesidad de darle remate al edificio internacional, es decir, darle contenido y órganos políticos.

Este desarrollo culminó en la creación de la Sociedad de las Naciones, establecida, según dice el Pacto que la estableció, “para desarrollar la cooperación entre las naciones y garantizarles la paz y la seguridad”. Con esta organización, por imperfecta que fuera, parecía cerrada la era de expansión de los nacionalismos e iniciada la de la sociedad mundial.

II. El carácter del nuevo nacionalismo

Pero no fue así. Desde el primer momento. La Sociedad de las Naciones no supo o no pudo atender al logro de su extraordinaria empresa. Vuelta al pasado, como la mujer de Lot, pronto vio que se le escapaba el porvenir, que era su vida, y se convirtió en prisionera de los llamados tratados de paz, que no supieron fundarla ni en la fuerza ni en la justicia. Un publicista inglés, R.E. McWilliams, ha escrito un libro para mostrar las muchas analogías que existen entre el período actual y el que siguió a las guerras napoleónicas. Su exposición logra convencernos. En todo caso, debemos convenir en que los tratados de Viena encendieron los nacionalismos del siglo pasado, y los tratados de paz que siguieron a la Guerra Mundial han suscitado estos nacionalismos dramáticos, exasperados, frenéticos, agresivos, de ahora.

Para la debida apreciación del nuevo nacionalismo, para darle lo que le corresponde, nunca se insistirá lo bastante en notar que es hijo de la Gran Guerra, y de la paz que ha sido la continuación de esa guerra. Las pasiones que han empujado al nuevo nacionalismo son hijas de los dolores, de las miserias, de los inmensos sacrificios de vidas y de bienes causados por la guerra y las injusticias y las desilusiones traídas por la paz. Esto no es todo. Tales nacionalismos no habrían podido surgir sino en el ambiente europeo, con sus diversidades y sus confusiones de razas, de idiomas, de religiones, de tradiciones históricas, sus largas y frecuentes guerras, sus ajenas y opresoras dominaciones, y lo que más importa,

una tierra superpoblada y estrecha, que ya no puede ser generosa con el esfuerzo humano. Han nacido en una tierra cargada de historia y de recuerdos dolorosos, muy distinta, por ejemplo, de esta tierra de América.

Este nacionalismo es muy diverso del que rigió en el siglo pasado, como es diverso el mundo dentro del cual ha nacido. El viejo nacionalismo, que nació a la vida en sociedades feudales o semif feudales, vino asociado al individualismo, al liberalismo y a la democracia, en sus varias formas de origen francés y anglosajón. Este contenido del nacionalismo era conforme con las necesidades y aspiraciones sociales de entonces. Y resultó beneficioso al acelerar la eliminación de castas y de clases inactuales, al libertar la producción de todas las trabas que la paralizaban y al traer las masas a la dirección del Estado, aumentando de muchas maneras la cohesión social. Pero, como en la dialéctica hegeliana, de la tesis salió la antítesis. El capital sin trabas se concentró en grandes organizaciones, a veces colosales. Las masas emancipadas se asociaron en poderosos sindicatos. Estas organizaciones capitalistas y obreras se hicieron tan poderosas que acabaron por constituir Estados dentro del Estado y convirtieron la política en una actividad marginal. El Estado liberal, agnóstico en economía, indiferente en política y en moral, cuya norma era gobernar lo menos posible, que no concebía sino al individuo aislado, no sabía defenderse, de esos grupos que lo atacaban.

Los conflictos sociales vinieron a demostrar que el individuo aislado no existe, es una abstracción. Sus intereses serán siempre los del grupo o grupos de los cuales forma parte. En consecuencia de esta verificación y respondiendo a necesidades y aspiraciones de ciertas sociedades actuales, el nuevo Estado es antiindividualista, antiparlamentario, antiliberal, intervencionista y autoritario. En la Carta del Trabajo, documento fundamental del régimen fascista italiano, se define la nación: “un organismo que tiene fines, vida y medios de acción, superiores, por su potencia y duración, a los de los individuos divididos o agrupados,

que la componen”. El Estado realiza integralmente su unidad y dirige o fiscaliza todos los aspectos de su vida. Elimina los partidos, las luchas de clases, los regionalismos, que disgregan, amenguan, paralizan la sociedad nacional. Interviene para estructurar la nación, reforzar su organismo, vigorizar su disciplina. Respeta la iniciativa privada, pero la encuadra en la vida colectiva, y se sustituye a ella cuando no funciona. En compensación, asume la responsabilidad de realizar la justicia social y de asegurar a las grandes masas una vida más próspera, más rica y más noble. Es decir, el nuevo Estado es integral en una sociedad que no concibe sino como un todo.

III. En la brecha abierta al internacionalismo

Durante los últimos quince años el mundo ha presenciado el retroceso del internacionalismo, tanto del que tiene su capital en Ginebra, como del que actúa desde Moscú, y la subida de la marea nacionalista. El ensueño de un organismo político mundial quedó frustrado el día en que los Estados Unidos se negaron a formar parte de la Sociedad de las Naciones, después de que le habían dado en el presidente Wilson su profeta y su artífice. Las perspectivas se volvieron desesperadas cuando el Japón a su vez la abandonó. El internacionalismo que subsiste en Ginebra, fundamentalmente de marca europea no da margen a muchas esperanzas. La expansión europea parece que va perdiendo sus resortes de acción. Más que nada lo presagia la estabilidad y madurez a que ha llegado la población de la Europa occidental y septentrional. Ya no nacen suficientes niños para que pueda mantenerse la población de Europa durante la próxima generación, y comenzará pronto a declinar si la vieja fecundidad no se restablece. El comercio internacional se ha contraído en los últimos seis años en forma preocupante. Durante el último año su valor alcanzó solo al 33%, aproximadamente, de lo que era en 1929. El movimiento de capitales ha cesado casi por completo.

La emigración europea es ya insignificante. Con la economía también se repliegan hacia el interior los otros sectores de la vida de estas naciones. La crisis mundial, que dura desde hace seis años, ha sido a la vez causa y efecto de esta evolución. Como no ha sido posible encontrar remedios internacionales para los males económicos, cada país ha tratado de defender su economía mediante las desvalorizaciones monetarias, las altas tarifas aduaneras, las prohibiciones de importación y exportación, los monopolios de exportación, los acuerdos de compensación, los contingentamientos y otras providencias de vario orden, que han contraído aún más el comercio internacional y han arrastrado las naciones hacia la economía cerrada o autarquía económica.

En su forma absoluta, la autarquía económica, que los nacionalismos actuales se han dado como ideal en este campo, significa que la nación debe producir cuanto consume y consumir cuanto produce.

Ante todo, hay que ver si tal sistema es posible. ¿Puede un país producir todo lo que consume? Los Estados que hoy proclaman la autarquía esperan mucho de la ciencia y de la técnica para sustituir los productos importados con sucedáneos. Es verdad que la ciencia y la técnica han creado el nitrato artificial, la seda artificial, el petróleo artificial, el caucho sintético y muchos otros productos de menor importancia, pero sus posibilidades no pueden ser infinitas. Aun descontado lo mucho que la ciencia y la técnica puedan hacer se debe declarar enfáticamente que, por ahora, la autarquía económica absoluta es imposible. A pesar de que se extienden sobre un área continental y es grande la variedad y abundancia de sus recursos, los Estados Unidos de América necesitan importar casi dos docenas de productos agrícolas y minerales, sin los cuales su vida industrial quedaría paralizada y verían reducirse considerablemente el nivel de vida de sus masas. Si los Estados Unidos, que con justicia son considerados como el país mejor provisto de materias primas y como el más rico riel universo, no pueden practicar integralmente tal política

económica, menos lo pueden otros países, y es absurdo e imperdonable intentarlo, cuando se trata de países como los nuestros, cuya gama de recursos puede o no ser extensa, pero que en todo caso poseen apenas escasísimas industrias. Si se quisiera la vuelta a la barbarie o el suicidio, la autarquía podría ser una fórmula eficaz.

Si no existen industrias, es el caso de crearlas, se dirá. Veamos hasta qué punto es posible hacerlo. El desarrollo industrial de un país des- cansa sobre ciertos factores funda- mentales: disponibilidad de recursos naturales, formas de energía extrahumana, como hulla, petróleo y ener- gía hidráulica, disponibilidades de capital líquido, obra de mano cali- ficada y no calificada, personal técnico, pericia tradicional en las artes mecánicas, y finalmente, mercados asequibles adecuados. Es claro que nuestros países de América, escasamente poblados, sin obra de mano calificada, sin personal técnico, sin disponibilidades de capital líquido y, sobre todo, sin grandes mercados asequibles, no están en capacidad sino para un desarrollo industrial muy relativo.

Intencionalmente he dejado de mencionar entre los factores del de- sarrollo industrial la protección aduanera, porque solo puede ser un factor de desarrollo en determinadas condiciones. Cuando se trata de industrias adecuadas a la estructura económica del país, pero que en un primer momento no podrían competir con las industrias extranjeras, la protección aduanera, el llamado arancel educativo, puede estimular su desarrollo y hasta ponerlas más tarde en capacidad de competir, aun en su ausencia, con las industrias mundiales. Esta protección puede presentar sus inconvenientes, porque tiene siempre por efecto desplazar riqueza de uno a otro sector de la sociedad. Pero el arancel cumple, en este caso, una función productiva, que compensa con exceso sus males transitorios. Por el contrario, cuando las industrias que se trata de pro- teger no cuentan en el país con las necesarias condiciones para su esta- blecimiento y prosperidad, la sola protección, por subidas que sean las

tarifas, no logra estimularlas, ni darles, por supuesto, prosperidad. En este caso la protección es una pérdida seca, como dicen los economistas. Sus esperados beneficios son ilusorios. Solo sus males son reales.

En estos países americanos, cuya economía es funda mentalmente agrícola y minera, es decir, descansa sobre la producción de materias primas, la protección aduanera atrae a industrias artificiales, condenadas, en la mejor hipótesis, a la estancación, capitales que podrían y deberían ir a las industrias agrícolas y extractivas, y los despilfarra o los esteriliza. Encarece el costo de producción de artículos agrícolas o mineros, que sí son fundamentales para la economía nacional. Hace más difícil la colonización. En una palabra, agrava indebidamente la situación de las clases rurales, fuente de orden y de estabilidad, preciosa reserva de energías, nervio de su vida social.

En casi todos los países proteccionistas se desarrollan campañas patrióticas tendientes a aumentar el consumo de los productos nacionales. En Checoslovaquia, por ejemplo, se dice: Consuma usted productos checoslovacos. En México, consuma usted productos mexicanos. Y así de todos los demás. Nada habría que objetar a estas campañas, si las industrias que se trata de favorecer fueran susceptibles de vida y de prosperidad, es decir, fueran adecuadas a la estructura económica del país en un momento dado. Pero el patriotismo estaría mal traído y resultaría perjudicial a los verdaderos intereses de la comunidad, cuando las industrias no fueran las adecuadas a esa estructura económica y no tuvieran, en consecuencia, posibilidades de vida y de desarrollo. En cuyo caso, se vendría a impedir que el capital y el trabajo nacionales se utilizaran en la forma más remuneradora, retardando así el desarrollo económico. En todo caso, es el patriotismo de los industriales el que debe manifestarse en primer lugar, fabricando artículos que honren al país, que sean, en lo posible, de igual precio y de igual calidad a los extranjeros. No sería equitativo que el patriotismo se exigiera tan solo a los consumidores,

quienes, por otra parte, componen la mayoría abrumadora en todos los países cuya actividad económica fundamental es la producción de materias primas. Importa repetir que la protección encarece el costo de la vida y hace más difícil la situación de los consumidores de productos industriales, en cuanto son, a su vez, productores de géneros agrícolas y materias primas de importancia fundamental para la economía nacional de dichos países.

Cuando el sistema de la autarquía económica nos dicta producir todo lo que el país consume, cuenta con la simpatía de todos, independientemente de su calidad de practicable o impracticable. Cuando nos manda consumir todo lo que producimos se toma odioso. ¿Cómo podríamos bebernos nosotros, por ejemplo, el millón de sacos de café que producimos? la razón y la experiencia nos dicen que el comercio no puede ser normalmente sino recíproco. Los numerosos acuerdos de compensación que imponen el equilibrio de las partidas del comercio entre dos países, hacen de esa reciprocidad una norma fundamental. Si observamos la vida económica de los países americanos, encontramos que el eje de su economía está constituido por uno, dos o tres productos agrícolas o mineros destinados casi en su totalidad a la exportación. Así, por ejemplo, la economía argentina descansa en el trigo, el maíz y los productos de la ganadería; la boliviana, en el estaño; la brasileña, en el café y el cacao; la chilena, en el cobre y los nitratos; la colombiana, en el café, el petróleo, el oro y el platino; la venezolana, en el café, el cacao y el petróleo, y lo mismo puede decirse de los demás países latinoamericanos. Pensar que alguno de estos países pueda consumir toda su producción es locura. Creer que pueda prescindir de esos productos no es serio. No, no es posible que alguno de estos países esté dispuesto a cambiar su industria o industrias-bases por el plato de lentejas de industrias fabriles, artificiales y enclenques.

IV. Las razones de los dos sistemas

La autarquía económica, como posibilidad inmediata, sería una política ruinosa, que iría contra los intereses nacionales. Veamos las razones que aducen los partidarios de la economía cerrada y los del comercio libre, para poder decidir hasta qué punto podemos orientar hacia uno u otro sistema nuestro desarrollo económico.

Los partidarios de la autarquía sostienen que una nación no es militarmente fuerte si no posee una economía autónoma. En caso de guerra, el Estado debe estar en capacidad de atender, con sus propios medios, al aprovisionamiento de los productos agrícolas e industriales indispensables a las necesidades bélicas. Siendo la guerra el hecho excepcional y la paz lo corriente, tal motivación es discutible. La vida de un país no puede transcurrir siempre en el templo de Jano. Lo realmente importante es una política que aumente la vitalidad nacional. Un estudio recientísimo del Comité Económico de la Sociedad de las Naciones suscita dudas sobre la posibilidad de que alguno de los más fervientes partidarios de la autarquía pueda, en caso de guerra, mantener su producción de cereales, carnes, azúcar, etc., al nivel de sus necesidades. Esta idea de la autonomía económica, concluye el Informe, corre el riesgo de revelarse en tiempo de guerra como una peligrosa quimera.

Las consecuencias de la crisis internacional en las economías nacionales y la dificultad de controlar las fuerzas internacionales, son otra de las razones que aducen los partidarios de la economía cerrada. En Alemania, por ejemplo, el sistema autárquico recibió un gran impulso con los efectos de la crisis bancaria internacional que se inició en Viena con el cierre de los grandes bancos austríacos. Puesto que no es posible llegar a ponerse de acuerdo sobre los remedios internacionales, y algo hay que hacer, elimínese del organismo económico lo que tiene de internacional. Cabe aquí una respuesta parecida a la que se hizo al argumento

anterior: las crisis no son toda la economía mundial y, en todo caso, no se evitan con el aislamiento. Son inherentes a toda sociedad humana.

Hay finalmente, otra razón, y es de naturaleza social y económica. La economía de un país, se afirma, es más sólida, más equilibrada, menos vulnerable en las crisis, mientras más diferenciada sea su estructura, que debe comprender cierto *mínimum* de desarrollo industrial. Entre dos naciones, la una agrícola-industrial y la otra puramente agrícola, la primera será siempre la más fuerte y la más progresista. La actual crisis, en efecto, ha sido más brutal, más devastadora en los países que producen tan solo materias primas. Por otra parte, un núcleo de población industrial le da a la sociedad cierto dinamismo, espíritu de innovación, genio organizador. Una población comercial e industrial atrae y fomenta ese tipo de hombre en quien dominan precisamente esas características, que Pareto llama instintos de las combinaciones. Por el contrario, en los grupos rurales dominan la rutina y los hábitos conservadores, es decir, lo que Pareto llama persistencia de los agregados. Esta razón parece la más poderosa entre las que aducen los partidarios de la economía cerrada. Sin embargo, es evidente que tales ventajas pueden conseguirse dentro de una economía internacional, pues no se trata sino del limitado desarrollo industrial, que permitan, en un momento dado, la estructura y la evolución económica del país, y las industrias que se establezcan deben ser susceptibles de prosperidad. De otra manera, la colectividad industrial será flaca, un elemento de depresión y de estancamiento, en vez de dinamismo y de progreso.

Los partidarios del libre cambio afirman, sin que nadie lo niegue, que desde el punto de vista del *homo economicus*, sus ventajas son claras e indiscutibles. Hace ya más del siglo y medio que Adam Smith, en su famosa obra “La Riqueza de las Naciones”, expuso, en forma magistral, las ventajas del comercio internacional. Sus argumentos no han envejecido. “En todo pueblo, dice, es y será siempre el interés de la mayoría

comprar todo aquello que necesite a quienes vendan más barato. Ningún jefe de familia prudente, agrega, se empeñará en fabricar por sí mismo ningún producto, cuando pueda adquirirlo a un precio menor del que le cueste producirlo. Así el sastre no se hará sus zapatos sino que los mandará a hacer al zapatero. El zapatero no se hará sus vestidos sino que los mandará a hacer al sastre. El agricultor preferirá ordenar sus zapatos al zapatero y sus vestidos al sastre. Y así sucesivamente. Todos encuentran que está en su propio interés emplear su trabajo y sus medios en algún oficio e industria para la cual disponga de alguna ventaja sobre sus vecinos, y comprar con una parte de su rédito, o lo que es lo mismo, con una parte del valor de su producción, todo cuanto necesite. Lo que constituye prudencia en la conducta de toda familia, no podrá ser locura en el caso de un gran país. Si un país extranjero puede suministrar un producto a un precio inferior al que nos cuesta producirlo, es mejor comprarlo con una parte de nuestro trabajo, empleado en alguna actividad para el ejercicio de la cual estamos en mejores condiciones que nuestros competidores”. En cuanto el comercio nos permite procuramos productos cuya producción o fabricación es imposible, juega un papel aún más precioso.

En la Conferencia Económica Internacional celebrada en Ginebra en 1927, su presidente, señor Theunis, expuso ideas sustancialmente idénticas a las de Smith para concluir que el comercio internacional es “normalmente y a justo título, no una victoria de los unos a costa de los otros, sino beneficio seguro y recíproco de todos los interesados”.

Algunas mentes europeas, entre las más penetrantes, reclaman más internacionalismo para curar esta crisis internacional. Así, William Martín, el reputado publicista suizo, afirma que si se pudiera conseguir en el mundo la libre circulación de mercaderías, capitales y obra de mano; y se llegara al mismo tiempo a una razonable organización internacional de la vida económica, de manera que cada país pudiera

especializarse en aquellas industrias para las cuales es más apto y parece haber sido consagrado por la naturaleza; y los consumidores del mundo obtuvieran los varios productos en los centros más cercanos de producción, sin inútiles rodeos, que no tienen ninguna explicación económica, el mundo haría economías enormes, y podría con los mismos esfuerzos y los mismos gastos, al mismo tiempo producir y consumir mucho más.

Las ventajas del comercio internacional, o simplemente del comercio dentro de una vasta área, que puede muy bien ser nacional, son evidentes. Nadie puede tacharlo de pernicioso para la civilización y la cultura. La historia nos ofrece pruebas de lo contrario. Las grandes civilizaciones surgieron siempre en los puntos de cruce de las grandes vías de comunicación, que eran y son las vías del comercio. “Observad el mapa del mundo civilizado, dice Lucien Romier en “Explicación de Nuestro Tiempo”, y os convenceréis de que cada pueblo ilustre debió el suceso de su destino a corrientes de intercambio que desbordaron inmensamente sus fronteras”. No es de suponer que haya quien se atreva a desmentirlo. En realidad, las razones poderosas que hoy se invocan en favor de la autarquía son de carácter político, y más exactamente, de carácter militar.

Todavía no hay tiempo para llegar a conclusiones definitivas en cuanto al mérito de los dos sistemas. Ninguna de las proyectadas economías autárquicas ha logrado aislarse herméticamente, y no ha podido, por supuesto, demostrar la superioridad del sistema. Es del caso tomar nota de las declaraciones oficiales de algunos de estos países, según las cuales las barreras interpuestas al comercio internacional, fueron dictadas por una política de emergencia, con el fin de evitar males peores de los que ellas mismas representan, y están dispuestos a abandonarlas tan pronto como la situación internacional lo permita.

Los tratados de comercio concluidos por los Estados Unidos con varios países americanos, los acuerdos de la Conferencia Interamericana

de Montevideo y los de la reciente Conferencia Comercial Panamericana de Buenos Aires, nos dicen que la América se atiene, como ideal, al sistema del comercio libre.

Mientras las vías se aclaran, y cualquiera que sea el sistema que finalmente predomine, los países americanos deben prepararse para dirigir conscientemente su desarrollo económico, en conformidad con un plan, adecuado a su estructura, cuidadosamente estudiado, que permita a su economía desenvolverse con método y continuidad.

El proceso de la evolución económica de un país no es caprichoso. Por lo menos, no lo es en sus grandes líneas. Cada economía nacional tiene su constitución específica, su carácter peculiar, su íntimo sistema. El sistema, o lo que es lo mismo, la estructura, la integran los datos naturales, geográficos, etnográficos, psicológicos, políticos, jurídicos y técnicos, variables según las comarcas y los períodos de evolución.

Pues bien hay que conocer la estructura económica de un país —lo cual requiere, entre otras cosas, la exploración e inventario tan completos como sea posible de todas las riquezas del país— para saber cuáles pueden ser sus actividades económicas más remuneradoras, para racionalizar su desarrollo, para estimular solo aquellas industrias que representen, en un momento dado, la mejor utilización del capital y del trabajo, únicas susceptibles de aumentar la riqueza y de empujar la sociedad hacia formas más perfectas, hacia etapas más avanzadas de desarrollo económico. Crear industrias antes de que existan los factores que puedan hacerlas posibles y asegurarles la prosperidad, es poner el carro delante de los caballos, como usan decir los yanquis.

Un plan económico permitiría coordinar todas las actividades económicas del país, tanto las públicas como las privadas, y darles la dirección que más se acuerde con los intereses permanentes de la Nación. A ese plan se adecuarían la política de tierras baldías, la de inmigración y colonización, la sanitaria, la agrícola, la minera, la industrial, la comercial,

la fiscal, la bancaria, la de comunicaciones, la hidráulica. La iniciativa privada seguiría libre, pero es claro que no podría ni le convendría apartarse de las líneas maestras del plan.

Me atrevo a anticipar algunas de las recomendaciones de los planes que lleguen a formularse en América. En primer lugar la referente a la población. Ningún impulso más poderoso de progreso podrían recibir nuestros países, ningún estímulo más eficaz para el desarrollo de su vida económica, que el que podría venirles de un aumento de su población. En la América actual, como en la de los días de Alberdi, poblar es civilizar. A este aumento podría contribuir la inmigración selecta, dirigida, no tanto a aumentar su volumen, como a mejorarla cualitativamente. El acrecimiento debe y puede obtenerse, sobre todo, con el aumento del coeficiente vegetativo de la población nativa, mediante la acción intensa, de todos los momentos y en todas partes, de la sanidad pública, que no debe quedarse en los grandes centros, donde, en todo caso, hay clínicas y médicos particulares, sino que debe llegar hasta los centros rurales, donde es insustituible. Es de recordar y de meditar lo que al hablar, para su país, de estos problemas, dijo el eminente colombiano Mariano Ospina Pérez: “Es preciso decir al país en todos los tonos y en todos los momentos, que por encima del problema del café, y del petróleo, y del oro, y del comercio, y de las industrias, y de los ferrocarriles, y de los bancos, y del sistema monetario, y de todos los problemas económicos, está la defensa del hombre, de la mujer y del niño colombianos”.

Otra de las recomendaciones que saldrán de esos planes se referirá al aumento de las facilidades para la educación en general, y la técnica, en particular. A este respecto, es interesante saber que Nueva Zelanda, país eminentemente agrícola y ganadero, que apenas contaba en 1926 con 1.344.584 habitantes, tenía en ese año en sus escuelas técnicas 12.681 estudiantes, fuera de 285.060 más, que asistían a sus escuelas primarias, colegios y universidades, población escolar que comprendía más del

22% de la población total. Este dato nos dice por qué ese pueblo austral marcha a la vanguardia de la civilización y del progreso en el mundo.

Otra, finalmente, que será parte esencialísima del plan, se dirigirá a la diversificación de las actividades económicas, tarea urgente en países cuya economía descansa en uno, dos o tres productos agrícolas y mineros. El reconocimiento de los suelos, la exploración de los recursos minerales y el inventario de las demás riquezas, que son una condición previa para la formulación de esos planes, y el estudio de los mercados nacionales y mundiales, permitirán determinar, con alguna certeza, los productos que puedan integrar la producción actual, sin exponerse a improvisaciones y tanteos ruinosos.

Cualquiera que sea el sistema económico que estos países se den como ideal y cualesquiera que sean las contingencias, estos planes que se sugieren podrán ser un factor decisivo de progreso.

V. ¿Hacia la economía mundial o hacia las economías imperiales?

Mientras obstáculos de orden político se oponen al restablecimiento de las relaciones económicas internacionales, presenciamos ciertos hechos significativos. El proceso de integración de las industrias en grandes unidades continúa sin detenerse. Este proceso se caracteriza particularmente por la producción en masa, la cual, como es bien sabido, es menos costosa mientras mayor es la masa fabricada —consecuencia casi mecánica de vastos mercados. Los medios de comunicación no cesan de extenderse y de perfeccionarse. Por otra parte, el nuevo Estado, cuyo principal atributo es el intervencionismo económico y social está organizando sólidamente las economías nacionales, de manera de disciplinaren el interior los intereses particulares y poder obrar como unidades distintas en el terreno internacional. Todos estos hechos, si bien se piensa, presagian un nuevo desarrollo de las relaciones internacionales.

Esta es la opinión del economista Ernest Wagemann, director del Instituto Alemán de la Coyuntura. Durante la crisis que siguió a las guerras napoleónicas y la que se desarrolló en la década 1870-1880, apunta Wagemann, también la economía mundial se contrajo violentamente. Pero dentro de esa contracción se fraguaron las reacciones que llevaron a una nueva expansión. Los obstáculos puestos a la intercomunicación mundial de las economías nacionales acentúan las antítesis que hay en su estructura, y los desniveles de la economía mundial aumentan de tal modo que las tendencias a la compensación irrumpen con la máxima violencia, y la economía mundial es de nuevo conducida hacia lo alto, en una gran oleada de resurgimiento.

En esta, como en las demás esferas, la vida se desarrolla en medio de contradicciones. Es precisamente la institución, el sistema caduco, el que se pretende salvar por su intensificación extremada y artificial. “Siempre pasa así, dice Ortega y Gasset. La última llama la más larga. El postrer suspiro el más profundo. La víspera de desaparecer las fronteras se hiperestesian las fronteras militares y las económicas”.

Todos no están, sin embargo, de acuerdo sobre la dirección que van a tomar los intercambios. Se puede estar seguros de que la economía cerrada es imposible en los pueblos pequeños y en los que ahora recorren las primeras etapas de su evolución económica. La opinión muy generalizada es que durante un período, que puede ser largo, se desarrollará el comercio imperial y transcontinental. Se redondearán grandes áreas capaces de controlar la más completa variedad de recursos, dentro de las cuales la vida económica puede alcanzar la mayor diversificación posible, donde puedan trabajar con el máximo rendimiento las grandes industrias de producción en masa. La mayor parte de estas áreas imperiales las tenemos ya a la vista: el Imperio Americano, el Imperio Ruso, con su nueva etiqueta de Unión de las Repúblicas Soviéticas, el Imperio Británico, el Imperio Nipo-Chino, en formación avanzada. Son estas

las agrupaciones humanas que van a ser los grandes actores de la historia por venir. En ellas se vivirá la vida más intensa y se emprenderán los proyectos más incitantes. Allí nacerán los grandes hombres que podrán realizar las grandes tareas. Es decir, el Imperio, el Estado de proporciones continentales, parece ser la agrupación que verdaderamente está hoy a la “altura de los tiempos”.

Habrà un patriotismo imperial, un patriotismo americano, tal vez un patriotismo europeo. Aquí debo hacer una aclaración. Nada se puede ni se debe objetar al nacionalismo, cuando afirma el derecho de cada pueblo a vivir su propia vida, a conservar y exaltar su patrimonio moral e intelectual, en cuanto es santa emulación que nos lleva a hacer más y mejor que los demás, a trabajar por la mayor grandeza y gloria de la Patria. Este nacionalismo se confunde con el patriotismo y debemos atesorarlo. Podría perfectamente coexistir en una sociedad mucho más vasta, de la cual formaríamos parte, como coexisten en nuestra patria el patriotismo venezolano, el regional y el local. Nuestra nación gana con que el andino ame sus montañas, el llanero sus sabanas, el zuliano sus palmeras y su lago, si ese amor no es celoso y no implica la exclusión y el odio para los demás. Es decir, no podemos aprobar el nacionalismo en cuanto nos lleve a aislarnos, a odiar a los otros pueblos o simplemente a no contar con ellos, a ponernos frente a ellos y contra ellos, y menos cuando esos pueblos tienen nuestra misma raza, nuestro mismo idioma, nuestra misma religión, tradiciones históricas comunes y seguramente un común destino. Si ese patriotismo lograra dividir en vez de unir a la América, si llegara a impedir una colaboración que podría multiplicar las fuerzas de cada país, iría contra los intereses permanentes de estas colectividades americanas. Un ejemplo puede quizás sugerir lo que no alcanzo a expresar con precisión. En los estados-ciudades italianos, desde el siglo XV, hasta 1870, no dejó de existir un patriotismo activo, pero estrecho, miope, pervertido. No supo abarcar la nación, ni darse

las grandes tareas, que son, en el fondo, las que hacen los grandes pueblos, y su vida se tomó mezquina, pobre, insignificante. Hubo grandes italianos, pero no encontraron sino Italias minúsculas. Así, fueron otros pueblos, muchas veces con la ayuda de italianos, los que recorrieron las rutas del mundo e hicieron la grande historia. Entretanto la nación italiana perdía, tal vez para siempre, sus oportunidades de expansión. Cuando el patriotismo, por estrecho y miope, se convierte, como en este caso, en un obstáculo para las grandes tareas, para el enriquecimiento y el enaltecimiento de la vida, es una rémora, no puede ser genuino. La vida estará siempre por encima de todas sus creaciones, que son tan solo sus instrumentos.

No hay duda de que nuestros países de América, encontrarán en los nacionalismos actuales objeto de estudio y muchas instituciones adaptables a nuestros medios. Sin embargo, basta comparar a América con Europa para ser extremadamente prudentes en esta labor de adaptación. Nosotros estamos mucho más preparados para emprender la integración continental, para organizar esa vasta agrupación de pueblos que soló el Libertador. A pesar de los repetidos fracasos, no hay otro continente en donde tales proyectos tengan la larga tradición que tienen en América. Y Venezuela le ha dado a esa empresa, con Bolívar y Miranda, sus dos más grandes apóstoles. La creación de la Gran Colombia y el Congreso de Panamá han sido los mayores pasos en la realización de ese ideal. No puede haber para la juventud de América y sobre todo para la juventud venezolana, empresa más trascendental y más noble que esa. Su comienzo está donde lo indicó el Libertador: en la unión de los pueblos que formaron la Gran Colombia.

Sin abandonar la Unión Panamericana, ni la Sociedad de las Naciones, aprovechando las oportunidades que Washington y Ginebra nos ofrecen para acercarnos y para colaborar con los demás países americanos, debemos consagrarnos a la tarea de laborar hasta su realización,

por la unión continental que Bolívar soñó realizar en Panamá, dándole, como es natural, la estructura y las formas que exige la época actual.

Esta tarea no puede ser la obra de un día, sino que requerirá décadas. Lo importante es que proceda con continuidad y método. Nuestra divisa debe ser la de Apeles: *Nulle dies sine linea*. Procediendo al mismo tiempo con audacia y con prudencia, fraccionando los obstáculos, realizando en cada momento solo la obra posible, desechando las construcciones demasiado ambiciosas, que siempre fueron ilusorias, no habremos de desesperar de llegar a la meta. Hoy una nueva facilidad para el comercio, mañana una nueva línea de comunicación, pasado mañana facilidades para la migración humana, y la creación de institutos científicos para el estudio de problemas comunes, y la unión irá haciéndose lenta pero inevitable. La formación de una gran potencia, capaz de influir en los destinos humanos, de una unidad económica dotada de la variedad y abundancia de nuestros recursos comunes, con una población susceptible de ofrecer mercados suficientes e industrias de mediana y aún de máxima grandeza, en fin, de albergar una economía próspera y rica, base de un desenvolvimiento correspondiente en los demás sectores de la vida social, es no solo un ideal noble y generoso, sino también un “programa sugestivo de vida colectiva”.

Cuando hayamos llevado adelante esa obra, el mismo Panamericanismo habrá ganado en solidez y en fecundidad para el bien. La mayor debilidad del panamericanismo, su pecado, el secreto de su impotencia, casi podría decirse de su futilidad, está en la extrema desproporción de fuerzas que hoy existe entre el pueblo anglosajón del Norte y los pueblos latinos del Sur. El gran país del Norte tiene que sufrir malas tentaciones al ver estos pueblos débiles del Sur, fáciles presas de su poder imperial. Los pueblos de este lado del Río Grande tienen que sentir una extraña inquietud en presencia de ese corpulento hermano del Norte.

El día en que lleguemos a un satisfactorio equilibrio de fuerzas no habrá lugar a las malas tentaciones del uno, ni a las inquietudes de los otros.

Para resumir. El nacionalismo actual es una manifestación de espíritu típicamente europeo, en un momento de turbación ante el trágico balance de una guerra pasada y los peligros cada día más amenazantes de una guerra por venir. Producto de otro continente y de sus tragedias, de un espíritu vuelto al pasado, no está en su elemento en esta tierra de América que no sabemos todavía lo que es, pero que es ciertamente diversa de Europa, porque está hecha de promesas y de porvenir. No acariciemos con mucha complacencia esos principios que están caducos, aun cuando parecen más que nunca llenos de vida. Tendamos más bien nuestras voluntades hacia la integración de nuestro Continente, matriz de una nueva raza y de una nueva civilización, para que se realice el más alto y el más fecundo de los ideales del Libertador. Por el momento, hagámonos dignos de colaborar en la restauración de Colombia la Grande, núcleo de esa unidad continental.

Julio 5, 1935

La vieja plaga y nosotros

Los días que vivimos recuerdan los que causaron la ruina de la Primera República de Venezuela o los que preludieron la sangrienta, ruinoso y retrasante Guerra de la Federación. Más todavía, recuerdan todos los que sucedieron a las muchas tiranías que han afligido a nuestro país, sin que supiéramos afianzar nunca las libertades conquistadas a precio de sangre o concedidas gratuitamente por algún caudillo de generosa inspiración.

Después de la declaración de Independencia se trataba de conservar las libertades recién adquiridas, de organizar el país para la defensa contra las fuerzas reaccionarias. Pero prevalecieron nuestros ingenuos ideólogos tropicales, que se dedicaron exclusivamente al oficio de elaborar una constitución perfecta, con federalismo y demás impedimenta. In-necesario referir que estos ideólogos no supieron hacer la guerra y como la reacción triunfante acabó con esa República perfecta y absurda acabó con muchos de los ideólogos que la había formulado, y dejó un país menos preparado para establecer el Estado que era posible y realizable, si estos ideólogos no hubieran estorbado su establecimiento.

El período que precedió a la Guerra de la Federación es un momento interesante en la historia de nuestra nacionalidad. Existía un visible descontento, que era la obra de factores de orden económico y social, y que hubiera podido disiparse si se hubieran afrontado con coraje los problemas que envolvía. Pero no fue así. Nuestros ideólogos volvieron a prevalecer, y plantearon la lucha en forma incorrecta y tal vez hipócrita.

El país se lanzó a la guerra sobre una plataforma solamente política: centralismo o federación. Triunfó la Federación porque entre sus huestes había un caudillo y no porque triunfó la Federación. Se le puso al país la etiqueta federal, sin que el pueblo sintiera la tentación de averiguar todo el contrabando que cubría esa etiqueta, porque, arruinado y desangrado, solo se interesaba en la pronta terminación de la lucha. El “Dios y Federación”, con que en delante iban a terminar las notas oficiales, era el único consuelo que le quedaba a nuestros ideólogos, pues el régimen triunfante no traía en su bagaje la solución de ninguno de los problemas económicos y sociales que estaban sobre el tapete cuando se desató el insanable conflicto. Y cualquiera que hubiera sido el sistema triunfante, la misma habría sido, después de larga y extenuante lucha, nuestra realidad venezolana: un país que había perdido los restos de clase dirigente que habían podido salvarse en la Guerra de Independencia, y que así quedaba convertido en casi pura plebe; que, necesitado de población, había sacrificado toda una generación en los campos de batalla; que, siendo pobre, había despilfarrado en el humo y el pillaje considerables riquezas; que había retrocedido en su progreso moral y material —en fin, un pueblo que tenía que encontrar ahora muchos más difíciles de resolver esos problemas económicos y sociales que lo turbaban antes de la guerra.

Ahora parece como si fuera a repetirse, para nuestra desgracia, la misma trágica experiencia, la misma horrible pesadilla. El país, después de casi tres décadas de oprobiosa tiranía, que tan solo terminó, es necesario hacerlo constar, con la muerte natural del tirano, se encamina en paz hacia un régimen de legalidad y de eficiencia administrativa, conducido por un hombre probo y ecuaníme. Esa evolución se ha venido realizando en paz, cuando todo el país temía, con buen fundamento, que no podría efectuarse el cambio de gobierno sin que se produjeran el caos y

la guerra, con su caudal de dolores y miserias. Este hombre, que nuestra patria ha tenido la fortuna de encontrar en su camino en un momento difícil de su existencia, ha presentado al país un programa de gobierno que atiende a nuestras necesidades vitales, a la solución de nuestros problemas concretos, que son de sanidad, de educación, de comunicaciones, de economía, en una palabra de nuestro tremendo atraso nacional. Estos son los problemas que están verdaderamente en el primer plano. Resolverlos es cuestión de vida o muerte para el país y siendo problemas técnicos, habremos de resolverlos de la misma manera como los resolvería la Rusia soviética, la Italia fascista. La Suiza democrática o la Australia laborista. Se trata de una guerra contra el analfabetismo, las enfermedades y flagelos sociales, el aislamiento, la despoblación y el atraso e ineficiencia de nuestra economía. Una guerra en la cual todos podemos y debemos tener un puesto de acción y de combate. Una guerra, sin ruinas, sin sangre, sin lágrimas, sin amarguras, cuyas victorias serán saludadas con júbilo por todo el pueblo venezolano. Y haremos esa guerra, si volvemos nuestros ojos a la dolorosa realidad venezolana, si nuestros oídos están atentos a las demandas y a los clamores de nuestro pueblo, que no puede satisfacer sus necesidades más elementales y pide trabajo remunerador en la tierra, en las oficinas y talleres; que es víctima de enfermedades y flagelos sociales, y pide médicos, casas de maternidad, hospicios, hospitales y acueductos; a quien la falta de comunicaciones esteriliza su trabajo, y que pide carreteras, servicios de navegación, correos, telégrafos y teléfonos eficientes; que se siente inhábil para la lucha por la vida, por la falta de instrucción y de técnica, y que pide escuelas, colegios y universidades modernos; que anhela, en fin, todos los progresos que habrán de remediar su actual inferioridad en el mundo. Cuando examinamos la trágica contabilidad de sus guerras y de sus luchas pasadas, nos resistimos a creer que Venezuela quiera oír a quienes solo le darían un mero cambio de etiqueta.

La verdad es que ahora pululan los detalladores de etiquetas y de humo. Ha vuelto a cundir la peste de los ideólogos tropicales, que se empeñan en arrastrarnos a disputas bizantinas sobre sistemas políticos, a discusiones sobre metafísica política; que persisten en mirar hacia atrás, como la mujer de Lot; y, sobre todo, que se afanan en transmitirnos los morbos que van asociados con la Rusia de Stalin, la Alemania de Hitler y la Francia de Herriot. Es claro que Venezuela no es ni Rusia, ni Alemania, ni Francia. Es cosa de Perogrullo, pero que hay que repetírselo a los que se empeñan en no hacer sus cuentas con hecho tan elemental. Se quiere partir en armas contra ese molino de viento que es el capitalismo venezolano, el capitalismo de un país que casi no tiene capital, en donde hay muchos expropietarios y muchos otros propietarios adeudados e hipotecados, algún banquero rapaz próspero, pocos comerciantes afortunados, que por poco se convierte en propiedad exclusiva de la cáfila de políticos que acumularon sus crecidas fortunas sobre la miseria y el dolor del pueblo. Se quiere armar un nacional-socialismo en un pueblo sin una densa población industrial, sin la ciencia ni la técnica alemanas, sin la tradición política prusiana, sin la disciplina alemana de la escuela y del cuartel. Se predica una democracia a la francesa en un país sin población densa y homogénea, sin prolongada tradición política, sin sólida cultura, sin clase media numerosa, sin idéntica difusión de la propiedad campesina que encontramos en Francia. ¿Por qué descuidamos las realidades venezolanas? ¿Estaremos siempre condenados a imitar a los demás, a ser el eco de los demás, a vivir la vida de los otros, a fugarnos de nuestro país, a la manera de esos literatos de la generación pasada, que se hicieron sus mundos artificiales, o a quedarnos aquí a justificar todos nuestros pecados, como lo hicieron los sociólogos de la misma generación? ¿Será acaso imposible llegar a nunca a planear una labor constructiva y civilizadora que surja de la realidad venezolana, que entronque en nuestra tradición que responda a nuestra vocación nacional?

Debemos hacerlo. En todo caso, intentarlo. Para eso tenemos que aislar estos verbosos e impulsivos ideólogos, que quieren desviar del camino real. Con su flujo verbal, con su incontinencia verbal, con sus prédicas de extrañas ideologías, que se mueven en el vacío de la realidad venezolana, estos ideólogos están haciendo obra vana y que podría ser perversa. Se trata de un verdadero onanismo intelectual, fecundo en todos los males del onanismo, absolutamente estéril para el bien. Si en algunos no estuviera acompañado de cierta dosis de malevolencia, y de apetitos voraces de poder, podría atribuirse completamente a esos pecados de nosotros tropicales, que son la pereza y la superficialidad. Es mucho más fácil discurrir sobre ideas generales, tejer diatribas ácidas y atiborrar cráneos proletarios de ideas abusivas y propósitos desordenados, que pasar meses en el estudio silencioso y metódico de alguno de nuestros problemas técnicos, imponerse una disciplina de trabajo que permitan dominarlo con desenfado.

Otra práctica de onanismo, no menos infecundo, es la de fundar partidos y elaborar programas. No son ¡ay! programas lo que hace falta en nuestro país. Lo que se requiere urgentemente es que nuestro pueblo, todo nuestro pueblo, se una en el propósito tenaz, en la feroz voluntad de lanzarse a la acción para resolver una vez por todas la media docena de problemas de todos conocidos que condicionan nuestro bienestar y el definitivo enrumbamiento de Venezuela por las vías de civilización. Sería trágico que nos entretuviéramos en luchar con el solo fin de decidir cuál es la etiqueta con que vamos a marchar a la ruina. Sería inmensamente doloroso que malbaratáramos este tiempo precioso en que reverdecen nuestras esperanzas en deliberar cuál es el santo, de marca soviética, fascista o radical, a quien vamos por fin a encomendarnos en la hora de la agonía. Después de todo, no nos agrada ser Casandras, siempre a la busca de calamidades que profetizar, ni queremos imitar a

esas mujercillas histéricas, que se alarman con nimiedades. Estos temores son más bien remotos. La tierra que dio a Bolívar, Bello, Miranda, Sucre y tantos hombres superiores, está llamada a grandes destinos y no equivocará esta vez su camino. El pueblo venezolano demostrará que tiene mejor sentido que estos vendedores de humo y falsos profetas, que habrán perdido el tiempo, que nunca pudieron ni supieron utilizar con provecho.

Caracas, abril de 1936

Capítulo sexto

Política monetaria

“Algunos venezolanos, que pertenecen a las categorías de importadores y banqueros —a los cuales habría que agregar ahora los exportadores de capital y los viajeros obligados— están en favor de que se deje el cambio libre. Los unos piensan que con ello se conseguirá la baja del cambio, aun cuando no es seguro, en vista de las compras que el Gobierno Nacional se propone hacer en el exterior. Para los banqueros, por lo menos para ciertos banqueros, las fluctuaciones son siempre bienvenidas, pues implican un mayor margen de ganancia y favorecen ciertas especulaciones”.

ALBERTO ADRIANI

La crisis, los cambios y nosotros

En octubre de 1929 la Bolsa de Nueva York se convirtió en el teatro de una baja espectacular de valores, anuncio cierto de la próxima contracción de las industrias, de la liquidación de los stocks de mercaderías y de materias primas y del paro con su séquito de calamidades sociales. De Wall Street la crisis se difundió a los varios centros económicos, hasta abarcar el mundo entero. Esta universalización de las crisis económicas es hoy la regla en un mundo que, al menos en el plano económico, está completamente unificado.

En Venezuela no tardaron en sentirse, como era inevitable, las repercusiones de la crisis. Ya desde julio de 1929 se había iniciado en los mercados del mundo la baja de las materias primas, y entre ellas el café, nuestro principal artículo venezolano de exportación, y desde entonces comenzó a observarse una leve flojedad en nuestra moneda. Con el advenimiento de la crisis mundial continuó acentuándose la depreciación del bolívar, en la forma que puede verse en el cuadro que se inserta a continuación, el cual contiene el tipo del cambio del dólar el día último de cada mes, desde marzo de 1920, en que nuestra moneda comenzó a resentirse de los efectos de la crisis económica de 1919-1920, hasta el mes de abril de 1931:

TIPO DE CAMBIO DEL DÓLAR EL DÍA ÚLTIMO DE CADA MES
1920-1931¹

Valor del dólar a la par: Bs.5,20

Años	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1920	5,25	5,35	5,39	5,365	5,60	5,75	5,75	5,90	5,83	5,80
1921	5,77	5,77	6,18	6,16	6,45	5,90	6,15	6,15	6,15	5,95	5,80	5,45
1922	5,68	5,45	5,36	5,36	5,45	5,34	5,36	5,60	5,48	5,44	5,25	5,23
1923	5,225	5,27	5,19	5,22	5,205	5,21	5,29	5,38	5,37	5,28	5,31	3,265
1924	5,215	5,19	5,17	5,20	5,22	5,26	5,23	5,20	5,18	5,17	5,17	5,175
1925	5,16	5,165	5,155	5,165	5,21	5,19	5,175	5,21	5,18	5,205	5,185	5,18
1926	5,18	5,17	5,195	5,24	5,225	5,185	5,265	5,31	5,28	5,38	5,285	5,285
1927	5,31	5,34	5,42	5,38	5,25	5,20	5,21	5,265	5,25	5,205	5,19	5,18
1928	5,18	5,21	5,175	5,18	5,19	5,19	5,23	5,275	5,225	5,23	5,21	5,21
1929	5,22	5,20	5,19	5,19	5,25	5,21	5,21	5,215	5,25	5,245	5,23	5,24
1930	5,25	5,255	5,28	5,27	5,36	5,36	5,39	5,55	5,11	5,59	5,60	5,55
1931	5,70	5,90	6,05	6,15

El promedio de depreciación del bolívar fue de 3,5%, aproximadamente, durante el año de 1930; de 10,3%, en el primer trimestre de 1931; de 16,5%, en el mes de abril próximo pasado; y llegó a 18,5% el 4 de mayo corriente. La depreciación se ha venido acentuando con la agravación de la crisis y con la baja de nuestros productos de exportación. Para el 16 de abril del corriente año el café Maracaibo se cotizaba en la Bolsa de Nueva York de 8 1/2 a 11 centavos la libra el trillado, y 14 centavos el lavado.

Los desarrollos de la actual crisis guardan, en Venezuela, gran analogía con los de la crisis de 1919-1920. Es bien sabido el desenvolvimiento de

[1]_ Las cifras relativas a los años 1920-1923 nos fueron bondadosamente suministradas por el señor Abraham Belloso, gerente de la sucursal en Maracaibo del Banco Venezolano de Crédito. Los datos relativos a los demás años fueron tomados de los informes semestrales del Banco de Venezuela y del *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*.

esa crisis. Hacia fines de 1919, el Federal Reserve Board de los Estados Unidos decidió restringir las facilidades de descuento para las operaciones con el extranjero, con el objeto de impedir el alza continuada de los precios y la especulación desenfrenada. Inmediatamente se desencadenó una crisis en el Japón, que se convirtió para ese país en una verdadera catástrofe económica. La crisis no se propagó inmediatamente al resto del mundo, pero los esfuerzos para la desinflación continuaron en los Estados Unidos, y en abril de 1920 el Banco de Inglaterra y el Banco de Francia se vieron obligados a subir la tasa de descuento. Los efectos de esta medida no tardaron en traducirse en el pánico en las bolsas de valores y, en seguida, en la crisis general, con su acompañamiento inevitable de liquidaciones, contracción de las industrias, quiebras, y el paro y sus miserias. Venezuela sufrió entonces duramente con las repercusiones de la crisis. Bajaron sus productos de exportación, alcanzando el café sus precios más bajos en la Bolsa de Nueva York el 13 de junio de 1921: 8 centavos la libra el trillado y 13 1/4 el lavado Maracaibo. En 1920 el déficit de nuestra balanza comercial alcanzó la considerable suma de 144 millones de bolívares. Nuestra moneda se mantuvo depreciada durante toda la duración de la crisis. El promedio de su depreciación, con respecto al dólar, fue de 6,5% en 1920; de 16% en 1921; de 5% en 1922; y de 1% en 1923. Su mayor depreciación ocurrió en los días 22 y 23 de mayo de 1921, cuando el dólar se cotizó en Maracaibo a Bs. 6,60 una depreciación de 26,5%. El restablecimiento de la paridad ocurrió lentamente, y no fue sino en 1924 cuando pudo afirmarse.

El mecanismo de los cambios

El cambio es el barómetro financiero por excelencia. Los economistas lo consideran como el mejor indicio de la situación económica de un país y, en particular, del estado de su balanza internacional de pagos.

Cuando el cambio es desfavorable, puede tenerse por seguro que la balanza internacional de pagos es pasiva. El bajo curso de nuestro cambio se debe sin duda a un déficit en nuestra balanza de pagos. Tal déficit se debe, principalmente, a los efectos de la crisis mundial, que ha causado la baja de nuestros productos de exportación, la disminución de las actividades de las compañías petroleras y cierta detención en la afluencia de capitales extranjeros. Pero estas causas no son las únicas, ni muchas veces las principales, que influyen en el curso del cambio. El cambio está dominado, tanto por causas comerciales: balanza comercial; como financieras: estado del presupuesto, sistema monetario, situación del crédito, etc., y políticas; es decir, todos los hechos que afectan favorable o desfavorablemente el porvenir de un país.

En circunstancias normales, cuando no entran en juego causas perturbadoras de orden financiero o político, el curso del cambio obedece a la marcha de la balanza internacional de pagos. Cuando un país dado tiene un sistema monetario basado sobre el patrón de oro², su cambio no fluctúa sino ligeramente, aun cuando sea deficitaria su balanza de cuentas, porque los pagos internacionales que no pueden saldarse mediante compensación se efectúan con oro y el curso del cambio se

[2]_ Pueden distinguirse tres tipos o variedades de patrón de oro: 1º) El patrón de oro propiamente dicho, que rige en Estados Unidos de América, Noruega, Suiza, etc., que implica la obligación de redimir en moneda de oro los billetes del Banco de Emisión; 2º) el patrón de cambio de oro, adoptado por Italia, Grecia, Chile, Colombia, etc., tipo que tiende a generalizarse, en virtud del cual el Banco Central tiene la opción de redimir sus billetes en oro o en giros contra países que poseen el patrón de oro; y 3º) el patrón de oro en lingotes, vigente en Gran Bretaña, por el cual el Banco de Emisión redime sus billetes exclusivamente en lingotes de oro de gran valor. Estos dos últimos tipos de patrón de oro obedecen al propósito de economizar el oro, reduciendo o evitando totalmente la circulación de monedas de oro. En todo caso un patrón de oro efectivo implica que el Banco de Emisión está obligado a convertir en oro sus billetes. Véase El Patrón de Oro a la luz de los acontecimientos posteriores a la Guerra, por Edwin Walter Kemmerer en *Boletín de la Unión Panamericana*, de agosto de 1929.

mantiene dentro de los límites del llamado *gold point*³. Conjuntamente con la exportación del oro u otra providencia que restablezca el equilibrio de la balanza de pagos —que apuntaremos más adelante— el Banco de Emisión alza la tasa de descuento, medida que tiene por objeto provocar el reajuste del volumen del crédito a las condiciones económicas, atraer capitales extranjeros en busca del mayor interés, y restringir, en consecuencia el movimiento del oro.

Venezuela tiene patrón de oro. Sin embargo, hace mucho tiempo que, en nuestro cambio, han sido desbordados los límites del *gold point*. No se puede sino concluir que nuestro patrón de oro, y con él nuestro sistema monetario, tienen, si no vicios de estructura, por lo menos funcionamiento defectuoso.

El actual patrón de oro data de 1918. La Ley de 24 de junio de 1918 estableció como unidad de nuestra moneda el bolívar de oro, equivalente a Gr. 0,290323 de oro fino (Art. 2). La moneda de oro es la única de obligatorio recibo, sin limitación alguna. Las monedas de plata de 900 milésimas de Ley —monedas de 5 bolívares— son de obligatorio recibo hasta la cantidad de quinientos bolívares. Las de 835 milésimas monedas de 2, 0,50 y 0,25 bolívares serán de obligatorio recibo hasta la cantidad de cincuenta bolívares, y las de níquel hasta la cantidad de diez bolívares (Art.18). En virtud del contrato celebrado entre el Gobierno Nacional y el Banco de Venezuela, este último “se compromete a procurar la regularización de la circulación monetaria en todo el país conforme al sistema legal del patrón oro”⁴.

[3]_ Se entiende por *gold point* de una moneda el tipo de cambio, excedido el cual, resulta más económico el envío de numerario, es decir, de oro, que es el único metal amonedado que tiene hoy curso internacional. Los gastos de envío comprenden el embalaje, el flete, el seguro y la pérdida de intereses durante el viaje.

[4]_ Contrato celebrado entre el Ejecutivo Federal y el Banco de Venezuela, por el cual el último queda constituido como agente y banco auxiliar de la Tesorería, Art. 16, *Gaceta Oficial*, No. 17.158, 2 de julio de 1930.

Al parecer, nuestro patrón de oro tiene sus limitaciones, pues todos los pagos que no excedan de quinientos sesenta bolívares, pueden hacerse exclusivamente en moneda de plata y de níquel.

Tal cantidad es tal vez excesiva, pues la mayor parte de los pagos no alcanzan ese límite⁵. Por otra parte, la moneda de plata, y con más razón la moneda de níquel, no llenan los requisitos de una moneda legal, la cual, en todo caso, debe tener un valor intrínseco igual a su valor nominal. Tal no es, evidentemente, el caso con nuestra moneda de plata. La plata, como es bien sabido, ha experimentado últimamente una baja catastrófica. La onza de metal, que llegó a valer 72,7/8 céntimos de dólar en 1925, no vale hoy sino 26 céntimos⁶. Es verdad que nuestra ley de monedas establece que “no podrá ordenarse una acuñación de plata sin que por la misma ley se ordene acuñar doble cantidad de oro” (Art. 15), y que “solo el Gobierno Nacional puede importar moneda venezolana de plata o de níquel”, pero estas precauciones no bastan para excluir absolutamente toda posibilidad de que el numerario de plata pueda ejercer, en ciertas circunstancias una influencia perturbadora en nuestro sistema monetario. Hay que recordar que la plata ha influido las edades de oro de la historia. Los más claros ejemplos ya otras veces desfavorablemente en nuestra circulación monetaria. En 1871 comienza un período de depreciación de la plata, como consecuencia de la gran producción del Oeste de los Estados Unidos y de la desmonetización de la plata en el Imperio Alemán. Hacia 1885 ocurre una nueva depreciación del

[5]_ En algunos países existe la obligación de recibir cierta cantidad de moneda divisional de plata o de níquel, pero esta no se considera moneda legal. En Francia, antes de la Guerra Mundial, era obligatorio, entre particulares, el recibo de 50 francos de moneda divisional, pero solo como moneda de complemento, es decir, para completar una suma. Véase *Course d'Economie Politique*, por Charles Gide. París, 1921; Vol. I, pág. 460.

[6]_ Silver, once America's issue, now a world-wide problem; a Bombay silver merchant, por S. Palmer Harman. *The New York Times*, de 8 de marzo de 1931.

metal, con efectos análogos a los de 1874⁷. En la Memoria de Hacienda correspondiente a 1914, el doctor Román Cárdenas, para entonces nuestro ministro de Hacienda, después de analizar el curso de nuestro cambio, terminaba por atribuir la flojedad de que entonces se resentía al exceso de numerario de plata en nuestra circulación monetaria⁸. La actual Ley de Monedas, fue formulada con el objeto de evitar los inconvenientes apuntados. Sin embargo, es un hecho que, sobre todo en los períodos de baja de nuestra moneda, la plata circula con exclusión del oro, que entonces goza de prima.

Otro elemento importante de nuestra circulación monetaria es el billete de banco. De acuerdo con una disposición que se encuentra en la Constitución Nacional desde 1895 “ni el Poder Legislativo ni el Ejecutivo, ni ninguna autoridad de la República, podrá en ningún caso ni por ningún motivo emitir papel moneda, ni declarar de circulación forzosa los billetes de banco, ni valor alguno representado en papel”. Esta prohibición está confirmada por el artículo 29 de la Ley de Bancos de 15 de julio de 1926, que obliga a los Bancos de emisión a convertir los billetes en monedas de curso legal. El banco de emisión que se negare a convertir sus billetes en moneda legal, será penado con una multa del 10% del valor de los billetes rehusados. El interesado deberá dirigirse al Ministerio de Fomento o al Fiscal de Bancos, quienes, comprobado el hecho, impondrán la pena y ordenarán al Banco, el pago de los billetes rehusados. El tenedor del billete puede ocurrir a los tribunales en ejercicio de las acciones que le corresponden en virtud de la negativa al recibo o pago de los billetes (Art. 55).

Puede decirse que en Venezuela el billete de Banco es una moneda sana. Las disposiciones de la Ley son severas y, en general, aptas

[7]_ El Banco de Venezuela. Anotaciones Históricas, por Leopoldo Landaeta y Vicente Lecuna. Caracas, 1924. Pág. 32 y siguientes, y 101 y siguientes.

[8]_ Citado en Landaeta y Lecuna, Obra citada, pág. 214 y siguientes.

para garantizar su sanidad. Tanto en lo que concierne a su constitución como a su funcionamiento nuestros bancos de emisión están sujetos a particulares condiciones. Los Bancos podrán emitir billetes hasta por el doble del capital enterado en caja, pero el valor de los billetes emitidos deberá estar representado por las existencias de moneda legal en caja y por la suma de los valores de su activo exigibles en el país a la vista o dentro del plazo de 30 días. En todo caso, la existencia de oro acuñado en caja debe representar la tercera parte por lo menos del valor de los billetes emitidos (Art. 26). El Ejecutivo Federal podrá autorizar a los Bancos de emisión a emitir billetes hasta por el triple del capital enterado en caja, pero los billetes emitidos en exceso del límite fijado en el artículo 26 deberán estar representados por su mismo valor en moneda de oro de curso legal en existencia en la caja del Banco (Art. 27). La actual situación de nuestros Bancos de emisión nos permite considerar nuestra circulación monetaria, a este respecto, como satisfactoria. De acuerdo con el cuadro de los balances de los Bancos nacionales y extranjeros, para el 30 de junio de 1930, el total de la existencia en caja, deducido el monto de los billetes en poder de los bancos de emisión, estaba en la proporción del 134,1/2% con los billetes en circulación. Las disponibilidades a la vista y con plazos hasta de 30 días con respecto a las exigibilidades del mismo orden, estaban en proporción de 109,67%⁹.

Como dijimos arriba, tanto la Constitución como la Ley de Bancos (Art.29) prohíben el curso forzoso del billete de Banco. Pero una prohibición legal solo es efectiva si se realiza en la práctica. Ahora bien, de hecho, cuando en una región el billete de Banco forma buena parte del numerario en circulación y no existe ninguna agencia del Banco emisor, como sucede en esta región andina en el caso de todos nuestros Bancos de emisión, excepto uno, el billete de Banco circula como si fuera de

[9]_ Cuadro de balance de los Bancos nacionales y extranjeros el 30 de junio de 1930. *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, de diciembre de 1930.

obligatorio recibo. La persona que debe recibir un pago puede negarse, y algunas veces lo hace, a recibirlo en billetes de Banco, y la ley le daría la razón. Pero en la mayoría de las veces el pagador no dispone de otro numerario y el rehúso resulta inoficioso. Este curso obligatorio que, en la práctica, tiene el billete de Banco entre nosotros y en los países que puedan encontrarse en nuestras mismas condiciones, tiene sus inconvenientes, que provienen, en primer lugar, de que forma buena parte del numerario en circulación, sin ser, legalmente, de obligatorio recibo sino para el Banco que los emite; en segundo lugar, de la pluralidad de los Bancos de emisión y de la diversidad de sus tipos de billetes; y, finalmente, del hecho de que la generalidad de los que circulan, por lo menos en esta parte del país, se encuentran sucios y rotos. En fin, creemos que la presencia del billete de Banco en nuestra circulación monetaria tiene sus inconvenientes que, en ciertas circunstancias, podría convertirse en una influencia perturbadora de nuestro sistema monetario.

Pero los inconvenientes de orden monetario que dejamos anotados no es de creerse que hayan ejercido sensible influencia en el curso de nuestro cambio. La causa debe más bien buscarse en la defectuosa manipulación de la reserva de oro.

La manipulación de la reserva áurea

En el comercio internacional, lo regular es que las mercaderías y los servicios se pagan con mercaderías y con servicios. Esto es lo que en realidad sucede siempre, si se consideran largos períodos de tiempo. En general el debe y el haber en el comercio entre dos países nunca se equivalen, pero el equilibrio se restablece en virtud de operaciones triangulares, es decir, operaciones en las cuales intervienen tres o más países, que son la norma en el comercio internacional.

El medio usual de pago en el comercio internacional es la letra de cambio, cuyo precio se rige por la ley de la oferta y la demanda. Es claro

que cuando la balanza de cuentas de un país es deficitaria y los pagos al exterior no pueden, por consiguiente, saldarse mediante compensación, el precio de la letra de cambio encarece. En un país que tenga patrón de oro, tal alza no puede nunca exceder los límites del *gold point*. Pasados estos límites es indispensable recurrir al envío de oro.

El curso de nuestro cambio hace mucho que se encuentra por encima del *gold point* y, sin embargo, no ha ocurrido ninguna exportación suficiente de oro¹⁰, ni tampoco se han tomado otras medidas que equivalen en sus efectos a dicha exportación. Nuestros Bancos de emisión poseen una reserva de oro que excede a las exigencias de una circulación sana —y dicho excedente ha permanecido inactivo o esterilizado, para decirlo en la jerga de los banqueros. El hecho de que no se haya exportado suficiente cantidad de oro, ni se hayan tomado otras providencias, indica que debe de existir en alguna parte un malentendido con respecto al significado de la reserva de oro.

A este respecto tal vez sea oportuno citar aquellas palabras pronunciadas por el doctor E. W. Kemmerer, el eminente profesor de economía y finanzas de la Universidad de Princeton, en la 39a. reunión de la American Economic Association, que se celebró en San Luis en diciembre de 1926. En ese discurso el doctor Kemmerer, al referirse a las comisiones gubernamentales de expertos, enunció “ciertas falacias muy comunes y extensamente aceptadas”, “responsables de mucha legislación financiera defectuosa que se encuentra en países económicamente nuevos”. Dichas falacias son: la de la confusión entre el dinero y el capital; la del

[10]_ Las considerables cantidades de oro que se han comprado en estos últimos meses en estas regiones nos hace presumir que se ha venido exportando oro clandestinamente. En Maracaibo el oro ha llegado a alcanzar una prima de 12%. Y precisamente, la existencia de tal prima nos ofrece la mejor confirmación de que la moneda de oro no es la corriente, y de que los otros elementos de nuestra circulación monetaria no son convertibles en oro.

saldo comercial, que supone que el oro circula en el comercio internacional obedeciendo a leyes económicas fundamentales, distintas de las que rigen los demás productos, y que el país que tiene el llamado saldo comercial desfavorable no puede en manera alguna mantener el patrón oro; y, por último, “la que consiste en creer que la reserva de oro sirve únicamente como respaldo al papel moneda, para inspirar confianza en él, y ayudarlo a mantener su valor oro. El oro no tiene que pagarse; es suficiente que el público sepa que está guardado en reserva; y el valor en oro del papel moneda varía, se supone, de acuerdo, en cierta manera, con el tanto por ciento de la reserva muerta que le respalda”.

“Una gran mayoría de los administradores financieros y de los banqueros del mundo todavía ignoran el hecho económico fundamental de que una reserva de oro es, esencialmente, un fondo regulador y no un fondo de respaldo, y que su función principal consiste en ser usada, así como en el grado en que se la emplea para ajustar el abastecimiento de papel moneda y de crédito bancario a las fluctuantes demandas del comercio, restringiendo el numerario y el crédito en circulación en tiempos de relativa escasez. El movimiento mundial en pro de una vuelta al patrón de oro se apresuraría grandemente si este principio fundamental pudiera ser comprendido por las respectivas autoridades, y si se pudiera abandonar la presente política de tratar la reserva de oro como algo sagrado que ha de mirarse pero no usarse”¹¹.

Hablando de la política monetaria de Francia durante una época reciente, dice el economista Gide:

“La exportación del oro estuvo prohibida durante toda la duración de la guerra, pero terminado el conflicto, tal prohibición no podría continuar sin descalificar la Francia en los

[11]_ Trabajo Económico Consultivo para los Gobiernos, por E.W. Kemmerer. *Boletín de la Unión Panamericana*, noviembre de 1927.

mercados del mundo, porque decir que será prohibida la exportación del oro equivale a significar que la Francia no podrá nunca pagar sus compras ni sus deudas en moneda que tenga curso internacional”¹².

La política de los Bancos de emisión, detentores de la reserva de oro, puede tener resultados análogos a los de una prohibición de exportación.

Lo que implica un cambio bajo

Los días que siguieron a la Guerra Mundial nos permitieron observar repetidas veces el desenvolvimiento de una crisis monetaria. Entonces nos fue dado palpar los efectos de la depreciación de la moneda en sus diversas fases, desde las más leves hasta las extremas. Muchos que nunca habríamos tenido la curiosidad de estudiar las cuestiones monetarias, supimos de ellas por experiencia, y pudimos apreciar la importancia que el sistema monetario tiene en la vida económica, social y política de un país.

Una moneda que se deprecia rápidamente hasta perder todo su valor como sucedió con el marco alemán o la corona austríaca, por ejemplo se convierte en una maquinaria gigantesca de redistribución de la riqueza, que trabaja día y noche y trabaja ciegamente. Despoja a una clase de su riqueza y la regala a otra. Los acreedores ven desmigajarse sus acreencias mientras los deudores miran con alivio que se aligeran sus obligaciones. Las rentas se evaporan sin remedio, y la remuneración de los servicios a salario fijo se reduce incesantemente hasta llegar a casi cero. Los precios interiores tardan tiempo en nivelarse con los precios exteriores, y el costo de bienes y servicios para el que los paga en oro llega a ser

[12]_ Obra citada. Vol. I, pág. 476.

ridículo. Con estos precios interiores en zaga a los precios exteriores, las industrias se colocan en una situación privilegiada para hacer una concurrencia invencible a las de los países de moneda estable. Todos los negocios, que deben ajustarse incesantemente a una moneda inestable se toman arriesgados y se hacen al día. El riesgo favorece, casi puede decirse que impone, la especulación. Nadie ahorra en una moneda que se volatiliza. El proceso de acumulación del capital y las empresas a largo vencimiento, los dos fenómenos más típicos y que dan el mayor mérito al capitalismo, desaparecen. Cuando la moneda ha perdido gran parte de su valor tiende a ser sustituida por una moneda estable. La moneda pierde, pues, en todo o en parte, dos de sus funciones: deja de ser medio de tesaurización y medio de intercambio. Cuando llega el día de estabilizarla y de la rendición de cuentas, se encuentra que casi todo el capital líquido se ha volatilizado, y que es necesario afrontar el difícil reajuste de toda la vida económica y financiera.

Esta es la fase extrema de la depreciación. Las otras fases presentan los mismos fenómenos con intensidad proporcional. Aun depreciación tan leve, como la que sufre nuestra moneda, produce sus consecuencias perceptibles. Unas, al parecer, son favorables; otras, perturbadoras. Los productores de artículos de exportación se benefician en la proporción de la prima que tiene la moneda en que venden. Los fabricantes que trabajan para el mercado interior también se benefician en la medida en que sus costos permanecen invariables. Los deudores ganan en cierta manera, sobre todo aquellos que pagan con productos exportables. La depreciación crea una situación difícil y, en general, desfavorable para los importadores, los banqueros y los acreedores. Los mayores inconvenientes provienen de la inestabilidad, que dificulta los negocios con el exterior, que no permite sino los negocios al día y que favorece la especulación.

Los remedios practicados

Cuando la depreciación de una moneda es extrema, como fue el caso del marco alemán, de la corona austríaca o del rublo ruso, el establecimiento de una nueva unidad monetaria es inevitable. El establecimiento de la nueva moneda, para ser eficaz, debe ir acompañado de un empréstito que asegure la confianza y permita proveer a ciertas necesidades urgentes, de la creación de un Banco Central independiente, dotado de la estructura que hoy se considera indispensable, del equilibrio del presupuesto y de una política económica favorable a la acumulación del capital y al incremento de la producción.

Cuando se trata de una moneda que ha sufrido una depreciación menos seria, pero, sin embargo, considerable, como fue el caso del franco o de la lira, la práctica consiste en procurarse mediante empréstito o en otra forma los recursos indispensables, equilibrar el presupuesto y tomar las demás medidas que permitan que la moneda alcance un nivel estable. Una vez obtenida la estabilización se establece a dicho nivel la nueva moneda.

Cuando se trata de una depreciación todavía menor, como fue la de la libra esterlina o la del yen japonés, la completa revalorización es posible. En estos casos la paridad puede restablecerse mediante el saneamiento de la situación financiera, y el empleo de la reserva de oro o del empréstito extranjero que se haya obtenido con tal fin. Tanto Inglaterra como el Japón consiguieron empréstitos en los Estados Unidos, que nunca llegaron a usarse.

Estos medios —empleo de la reserva de oro, alza de la tasa de descuento, obtención de créditos extranjeros— habrían podido emplearse con buen éxito para impedir la depreciación de nuestra moneda. En las actuales condiciones, depreciada ya en medida sensible, tal vez no sea aconsejable la revalorización inmediata y total. Lo más conveniente, en nuestra

opinión, sería la revalorización gradual, como ocurrió después de la crisis de 1919-1920¹³. El principal inconveniente que puede temerse es la prolongada inestabilidad, pero si nuestros institutos bancarios lograran mantener el cambio bajo control —mediante el envío a Nueva York, por ejemplo, para ser colocada en calidad de depósito, de parte de la reserva de oro, como lo han hecho los Bancos centrales de Colombia, Chile, etc.— de manera que la revalorización fuera lenta, casi imperceptible, sus efectos perturbadores podrían reducirse al mínimo.

El balance de los años prósperos

Venezuela, es preciso notarlo, hubo de afrontar esta crisis en condiciones, por muchos respectos, excepcionalmente favorables. Durante varios años el café y otros artículos de exportación disfrutaron de precios altos. El desarrollo de la industria petrolera vino a aumentar nuestra producción y nuestras exportaciones, y trajo al país cuantiosas sumas por concesiones, regalías, impuestos y gastos de explotación. Nuestra balanza comercial alcanzó, durante los últimos diez años, un saldo activo de más de Bs. 1.000.000.000¹⁴.

[13]_ Sobre todo para los productores de géneros de exportación sería inconveniente la revalorización inmediata. Si nuestra moneda volviera repentinamente a la par, el quintal de café perdería en el mercado interior de Bs. 8,50 a 10,50, según sea trillado o lavado. Igual cosa pasaría con los demás artículos de exportación.

[14]_ Los saldos de nuestra balanza comercial fueron, durante los últimos diez años, como sigue:

1921	Bs. 38.000.000,00 (+)	1926	Bs. 16.978.922,72 (-)
1922	37.000.000,00 (+)	1927	80.525.775,40 (+)
1923	4.000.000,00 (+)	1928	192.942.449,75 (+)
1924	2.438.223,77 (-)	1929	325.708.096,45 (+)
1925	26.327.806,10 (+)	1930	341.944.691,80 (+)

Para este cuadro se han consultado el *Annuaire Statistique International*, publicado por la Sociedad de las Naciones en los últimos cuatro años para 1921-23; los dos volúmenes de la Estadística Mercantil y Marítima correspondiente al año 1929, para

Las inversiones de capitales extranjeros durante el mismo período debieron superar a los Bs. 1.000.000.000¹⁵. Nuestra balanza internacional de pagos, si aceptamos el indicio que nos da el cambio de esos años fue activa. Igualmente satisfactoria ha sido nuestra situación financiera. Nuestro presupuesto se ha cerrado regularmente con superávit, y la existencia de un sobrante considerable en las arcas del Tesoro Nacional ha sido la regla. Debido a la sabia política seguida por el régimen acaudillado por el general J.V. Gómez, nuestro país no ha incurrido en nuevas deudas durante los últimos años y ha pagado, por el contrario, la totalidad de su deuda exterior y, en considerable medida la interna. Nuestra situación monetaria se mantuvo sólida.

Nuestra situación económica al presentarse la crisis era, pues, bajo todas las apariencias, sólida. Sin embargo, no podemos saber cuán sólida. Sabemos que nuestra balanza internacional de pagos fue activa durante esos años, pero no podríamos decir a cuánto alcanzan los sobrantes, pues no disponemos de estadísticas relativas al monto de los capitales

los años 1924-1929; y la Introducción a la Memoria del ministro de Hacienda correspondiente al presente año y reproducida en el *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, de mayo de 1931, para el año de 1930.

[15]_ De acuerdo con Max Winkler las inversiones de capital americano en Venezuela durante los años 1924-1928 fueron las siguientes:

1924	Dls.	11.590.000
1925		61.000.000
1926		56.800.000
1927		2.825.000
1928		26.350.000
Total	Dls.	158.565.000

No disponemos de datos detallados sobre las inversiones de capital británico, pero según el mismo Max Winkler sumaban en 1913 Dls. 41.350.000; y en 1929, Dls. 92.141.000, y es de suponerse que la diferencia entre estas dos cifras debe provenir de inversiones hechas en los últimos diez años.

Véase *Investments of United States Capital in Latin America*, Max Winkler, Boston, 1928, págs. 175-176 y 285.

emigrados al extranjero, ni de las sumas enviadas para satisfacer las rentas de los capitales extranjeros invertidos en Venezuela, ni de los gastos de viajeros, estudiantes y residentes venezolanos en el extranjero, ni tampoco de los que Venezuela paga anualmente por fletes, comisiones bancarias, seguros y otros servicios de menos importancia.

Durante los años de prosperidad habríamos podido descubrir en esa situación de apariencias tan favorables ciertos aspectos adversos. Los beneficios de la industria petrolera no podían ser los que esperábamos. Es verdad que esta industria aumentó el volumen de nuestra producción y de nuestra exportación, acreció la productividad del trabajo nacional y apresuró mejoras en nuestras comunicaciones con el exterior y en nuestras facilidades para el comercio extranjero. Sin embargo, por su índice y por la estructura particular que ofrece en Venezuela, esa industria es, desde el punto de vista económico, una provincia extranjera enclavada en nuestro territorio, y el país no obtiene ventajas con las cuales podamos estar jubilosos, por más que sean, en cierto sentido, satisfactorias. Hay que ver que gran parte de las sumas correspondientes a las exportaciones petroleras se quedan en el extranjero para satisfacer rentas de capitales extranjeros invertidos, maquinaria y aprovisionamientos extranjeros, fletes de navíos extranjeros, altos empleados extranjeros. Repentinamente, sin consideraciones excesivas para nosotros, aun cuando tal vez con causas justificadas, reducen un día sus explotaciones, dejando sin trabajo millares de venezolanos y sumidas en la crisis ricas regiones venezolanas.

Nos castigan, sin que alcancemos a adivinar el porqué, con vendemos sus productos a precios mayores de los que obtienen en el extranjero. En fin, el desarrollo de la industria petrolera no ha sido un bien relativo.

En lo que atañe al superávit de nuestra balanza de pagos, cabe preguntarnos: ¿Se economizó? ¿Se convirtió en reserva del país? ¿Se empleó en

inversiones útiles, susceptibles de aumentar la productividad del país? No se puede responder con un sí o un no absolutos a estas preguntas. Pero, en general, puede afirmarse que fue mucho mayor la parte que se empleó en consumo inmediato y en inversiones, más propias para aumentar los gastos futuros que la futura productividad del país. Muchos de los beneficiados por los años de prosperidad y otros por seguir su ejemplo fueron los constructores de lujosas mansiones, los pródigos viajeros de los viajes de placer, los consumidores de automóviles, victrolas, licores, sedas, prendas, perfumes y otros artículos de lujo¹⁶. En cambio, la producción de

[16]_ Durante el año de 1929 las importaciones de artículos que no son de primera necesidad componen una suma de cierta importancia. Las correspondientes a los artículos comprendidos en los siguientes renglones suman más de Bs. 68.000.000:

Vehículos (automóviles, motocicletas, bicicletas y accesorios, llantas de caucho, tripas, gasolina y productos lubricantes)	Bs. 36.840.000
Sederías (artículos de seda no especificados, telas de seda animal, artificial y mezclada, ropa de seda, medias de seda, corbatas de seda)	7.920.000
Licores (brandy, whisky, vinos, cidra, cerveza, ginebra, ron, licores dulces)	10.720.000
Artículos de perfumería y tocador (perfumes, lociones y aguas para el tocador, aceites perfumados, jabones perfumados, polvos, mortas para polvos, atomizadores y perfumadores, cosméticos, pomadas y preparaciones para el pelo, y el cutis, adornos para la cabeza)	2.450.000
Fonógrafos (fonógrafos, accesorios y discos)	3.690.000
Artículos de modas (encajes, pasamanería, bolsas de mano, sombreros adornados)	Bs. 4.690.000
Artículos de joyería (artículos de oro, artículos de metal con baños de oro, prendas finas y falsas, perlas falsas, piedras preciosas, artículos de platino)	2.110.000

Estas cifras tienen valor aproximado y sólo se ofrecen a título de ilustración. Los diversos renglones no contienen todas las partidas que en rigor deberían contener, sino solo las que se mencionan en cada caso. Consideramos que estas categorías de mercaderías no son de las llamadas de primera necesidad, pero nos damos cuenta de que las importaciones correspondientes al ramo vehículos, por ejemplo, pueden considerarse

artículos de exportación vernáculos, los que verdaderamente aumentan la riqueza del país, ha permanecido estacionaria¹⁷. El *homo economicus* latinoamericano pertenece a una forma económica que podríamos llamar economía de consumo, para adoptar la denominación que Werner Sombart ha dado a la economía del mundo medioeval. La vida económica latinoamericana, en cuanto son latinoamericanos sus protagonistas, no parece estar dominada por el espíritu faustiano del capitalismo —lo cual tal vez constituye una fortuna— que da a los hombres la sed del dinero, la sed de dominio; que les infunde el espíritu de empresa y los aburguesa, es decir, los vuelve metódicos, racionalistas, con su inteligencia y su voluntad tendidas hacia un fin; que les arranca, finalmente, del círculo de una economía estática, dirigida solo al sustento y al goce, y los lanza al tumulto de la economía por la ganancia. En general, el latinoamericano, al adquirir un capital más o menos considerable, se preocupa solo en transformarlo en cosas de uso o de lujo, y en goces y otros empleos

en buena parte como económicas, susceptibles de aumentar la productividad del país. [17]_ Una rápida ojeada a las estadísticas contenidas en el *Annuaire Statistique Internationale*, que publica desde 1927 la Sociedad de las Naciones, en *Les questions agricoles au point de vue international*, preparado en 1927 por el Instituto Internacional de Agricultura de Roma para la documentación de la Conferencia Económica Internacional y del cuadro sintético denominado Venezuela — *A Tabular Guide to Economic Conditions*, aparecido en *Commerce Reports*, órgano del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, correspondiente al 23 de abril de 1928, basta para convencernos de que nuestra producción de café y de cacao no ha aumentado sensiblemente, ni en valor ni en cantidad desde 1913. Si de las cifras absolutas pasamos a las relativas, encontramos que, en lo que respecta a estos dos productos, nuestro país no ha podido mantener su rango entre los productores mundiales. Ya avanzada la preparación de este trabajo nos llega el número de mayo corriente del *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, el cual contiene, bajo el título “Situación General”, algunas oportunas y documentadas consideraciones sobre la situación económica del país. En vista de los cuadros de nuestras exportaciones desde 1910, el articulista llega a la conclusión de que “la producción ha tenido un aumento escaso en lo que se refiere al café; es estacionaria, con una ligera tendencia al aumento, en la producción de cacao, y para los otros productos es regresiva”.

extraeconómicos. La persona que ha acumulado el capital o, en todo caso, sus hijos, se retiran a su pueblo, a la capital o a París, a vivir de sus rentas, y desertan la producción¹⁸.

En previsión de la próxima crisis

Pero, en fin, ¿para qué detenerse a formular un *cahier de doléances*? Lo que importa más bien es tender nuestro espíritu hacia lo futuro, divisar los caminos más expeditos, y conducimos de manera de estar preparados para cuando se presente la próxima crisis. Porque no hay esperanza de que nos libremos de estas crisis periódicas, mientras la economía mundial se mantenga desorganizada. Todo período de expansión desmedida de la actividad económica se traduce inevitablemente en una crisis, que es a la vez la reacción y el correctivo necesarios.

Todos están unánimes en que la actual crisis pasará, como pasaron las que la precedieron. Es solo cuestión de tiempo. Es seguro que después de la crisis las industrias de lodo orden continuarán racionalizándose y mecanizándose, los costos de producción seguirán disminuyendo, y la concurrencia, por lo menos en lo que atañe a los productos que cosecha Venezuela, se hará más certera. Algún día ocurrirá un desequilibrio y se desencadenará otra crisis, y será para los que no se preparen en los días de la prosperidad mucho más ruinoso que la actual.

Todo progreso económico requiere cierta acumulación de capital, resultado que debe provenir, sobre todo, de una mayor productividad del trabajo nacional. La palabra de orden de nuestro mundo económico debe ser: racionalizar nuestra vida económica. Todos nosotros, cada uno de nosotros, deberíamos tener esa consigna. En cada actividad económica,

[18]_ Este fenómeno no es exclusivamente latinoamericano. Pero en los países latinoamericanos asume mayores proporciones y mayor significación que en otras partes. Es de notar, igualmente, que solo se consideran los fenómenos de masa.

en cada industria, en cada cultivo, es necesario que nos esforcemos por adoptar la técnica más perfecta. Nuestras industrias fabriles prosperan, menos en virtud de su eficiencia que de un proteccionismo excesivo, que las dispensa de mucho esfuerzo. Algunas de ellas no cuentan con las condiciones que podrían asegurarle una prosperidad permanente, ni tampoco pueden ofrecer oportunidades para el empleo óptimo de nuestras fuerzas de trabajo. Nuestra agricultura es rudimentaria. No hay un solo cultivo en el cual Venezuela pueda servir de ejemplo al mundo. No hay un solo sector de nuestra vida económica en donde no se descubran posibilidades de aumentar la eficiencia, de acrecer la producción económica, de estímulos fecundos¹⁹. Al meditar un momento en nuestra vida económica, advertimos la necesidad de reformar nuestra educación,

[19]_ Si examinamos los volúmenes correspondientes a 1929 de la Estadística Mercantil y Marítima, no es difícil divisar oportunidades para el establecimiento o expansión de ciertos cultivos e industrias, que parecen contar en nuestro país con condiciones favorables. Durante el año de 1929 Venezuela importó 58 millones de bolívares, por respecto de los siguientes artículos, que no sería imposible producir aquí en su totalidad:

Aceite (de almendras, de coco, de linaza, de maíz y de oliva)	Bs. 2.280.991,05
Algodón en rama	1.212.972,25
Arroz (en grano y molido)	5.313.411,95
Cemento romano	6.161.478,20
Despojos animales (preparados y sin preparar)	2.816.529,50
Frutas (frescas, pasadas, secas, en su jugo y conservadas en aguardiente)	2.490.027,85
Harinas (de maíz, papas y trigo)	10.044.565,70
Huevos de aves	275.833,35
Leche conservada	2.096.428,60
Legumbres y hortalizas (preparadas y sin preparar)	727.116,10
Maderas	12.355.109,05
Manteca de cerdo y tocino	7.481.036,30
Mantequilla	3.467.405,70
Papas	1.454.421,55

para levantar el nivel general de nuestra cultura; adecuar nuestro pueblo a las necesidades de la vida moderna; hacerlo partícipe del inmenso progreso técnico de las últimas décadas que nos viene llegando en forma incompleta y fragmentaria; para conseguir, en fin, nuestra capacidad económica y nuestra afinación espiritual. Y nos damos también cuenta de todos los beneficios que podría traer una inmigración selecta. Tal inmigración contribuiría a la solución de muchos de nuestros problemas económicos y sociales. Acrecería nuestra riqueza, daría solidez a nuestra economía y podría hacer mucho para educarnos. Cada familia de inmigrantes selectos podría influir en nuestra transformación tanto como una buena escuela. Por otra parte, si como es de preverse, después de la crisis actual nuestros países latinoamericanos llegaran a convertirse en el campo de inmensas inversiones de capital extranjero, la inmigración del capital humano —hombres formados, educados y dotados por un país extranjero, capital el más fácilmente nacionalizable en países nuevos—, puede ofrecernos la necesaria compensación y ayudarnos a mantener inviolada nuestra autonomía.

Los problemas monetarios y de crédito

Dada la índole de este trabajo, queremos extendernos un poco más extensamente sobre los problemas monetarios y de crédito.

Nuestro patrón oro tiene leves defectos de estructura, y otros vicios que provienen de defectuoso funcionamiento, aun cuando, como hemos dicho, nuestra circulación monetaria puede considerarse sana. Nuestros Bancos de emisión tienen el defecto de ser varios²⁰, lo cual

[20]_ La práctica general en materia de emisión de moneda, práctica que responde al interés público, es la del monopolio. Italia fue el último país económicamente importante en concentrar la emisión de billetes, que antes estaba en manos de los Bancos de Italia, Nápoles y Sicilia, en el solo Banco de Italia. “La multiplicidad y la diversidad de los billetes -dice Gide- es, por otra parte, tan incómoda, que aun en los países en

dificulta la unidad de control del crédito y del cambio, y de pertenecer a un tipo híbrido de Banco de emisión y de depósito, que ya no se encuentra en ningún país económicamente importante. Todos los Bancos centrales creados en el mundo en los últimos años guardan cierta analogía con el Banco Federal de la Reserva de los Estados Unidos, el cual ha demostrado su eficacia y solidez en las últimas crisis económicas.

Pasaremos en revista la estructura y organización de algunos de dichos Bancos. Tomemos para el caso el de Colombia, uno de los Bancos establecidos por Mr. Kemmerer en varios países de América y de Europa. Bancos que han dado pruebas de su solidez y excelente organización durante la actual crisis. El Banco de la República, creado por la Ley No. 25 de 1923, es la piedra angular del sistema bancario de la Nación, y fue instituido principalmente con el objeto de atender a la unificación del sistema monetario y de la estabilización de los cambios. El capital del Banco es de —10.000.000 de pesos, dividido en acciones de 100 pesos cada una. La mitad del capital fue suscrito por el Gobierno Nacional, y las acciones corresponden a la Clase A. Las acciones de la Clase B son las suscritas por los Bancos nacionales. Las de la Clase C pueden ser adquiridas por los Bancos extranjeros establecidos en Colombia. Los Bancos nacionales y extranjeros, miembros del Banco, deben suscribir una suma igual al 15% del monto del capital pagado y de las reservas. Se considera como capital y reserva de un Banco extranjero los empleados efectivamente en el país. Las acciones de la Clase D podrán venderse al público.

La administración del Banco de la República está a cargo de una Junta Directiva compuesta por 10 miembros, de los cuales 3 serán nombrados por el Gobierno, 4 elegidos por los tenedores de acciones de la

donde la libre concurrencia está admitida para la emisión de billetes, como en los Estados Unidos, se ha debido imponer a todos los Bancos el mismo billetes y aun hacerlo fabricar por el Estado”. Gide. Obra citada, Vol. 1, págs. 569-70.

Clase B, 2 por los tenedores de acciones de la Clase C, y uno por los tenedores de la Clase D, siempre que se hubieren emitido acciones de dicha clase por un monto no menor de 500.000 pesos.

Para inducir a los Bancos domésticos y extranjeros a ser accionistas del Banco de la República, la Ley prescribe que todo Banco, exceptuado el Banco de la República, deberá garantizar los depósitos a la vista con una reserva de caja de 50%, y los depósitos a plazo con un 25%, excepto en el caso de que se trate de Bancos accionistas del Banco de la República, y en este caso dicha reserva será reducida a la mitad, esto es, 25 y 12,1/2, respectivamente. La ley de 17 de junio de 1925 redujo todavía dichas reservas al 15 y 5%, respectivamente, para los Bancos que se comprometieran a no cobrar más del 2%, sobre el tipo de descuento del Banco de la República, sobre efectos comerciales de la clase que este redescuenta.

El Banco de la República puede recibir depósito y practicar operaciones bancarias, pero de las generalmente permitidas a instituciones de su índole, esto es, solo puede negociar letras y papeles agrícolas y pecuarios. No puede extender crédito en cuenta corriente a descubier-to, ni descontar o redescantar efectos comerciales que no posean más de dos nombres de firmas responsables, excepto en el caso de que exista la garantía de un conocimiento de embarque, o documento análogo, que permita la venta de la mercadería. El Banco no puede invertir su capital ni tomar participación en transacciones sobre valores de carácter especulativo, acciones en general e inmuebles. El Banco podrá invertir sus fondos en bonos u obligaciones del Estado, de los Departamentos y de los Municipios, y hacer empréstitos a dichas entidades; pero tales empréstitos no podrán nunca exceder del 30% del capital y reservas del Banco, y las operaciones respectivas deberán ser aprobadas por siete miembros, por lo menos, de la Junta Directiva.

Aun cuando, según las previsiones, todos los negocios del Banco deberán ser transados con los Bancos accionistas, con el objeto de aumentar

su capacidad de rendimiento, y con el fin de hacer efectivo el control de la tasa de interés de la circulación monetaria, se le permite negociar directamente con el público, con sujeción a las restricciones de esta clase de operaciones. El Banco puede recibir depósitos a la vista, comprar y vender oro y negociar letras de cambio, tanto nacionales como extranjeras, de las elegibles para descuento.

Por fin, el Banco de la República tiene el poder exclusivo de emitir moneda, y el gobierno se obliga a no emitir ni permitir que se emita moneda u otra forma de numerario que pueda circular en tal calidad. El Banco deberá mantener una reserva de oro de 60% de los billetes de circulación y los depósitos²¹.

El Banco Federal de la Reserva de Australia es obra del gran experto financiero Otto Niemeyer. Según el preámbulo de la Ley que lo establece el Banco “tiene por objeto mantener la estabilidad y seguridad del sistema monetario y de crédito del Commonwealth”. Como su mismo nombre lo indica, este Banco sigue el modelo del Banco Federal de la Reserva de los Estados Unidos. Una característica digna de notar, en lo que respecta a este Banco, son las limitaciones de que se rodean sus operaciones. El Banco “no podrá hacer préstamos hipotecarios, ni ejercer el comercio, aceptar depósitos o llevar cuenta corriente con interés, excepto con el Commonwealth y los Estados federados, o hacer préstamos y adelantos sin garantías, excepto al Commonwealth o a los Estados de la Federación”²².

Un Banco Central de Emisión, para el cual se aprovechara nuestra propia experiencia y la de otros países, y que siguiera los mejores modelos, podría dar mayor solidez, y al mismo tiempo mayor flexibilidad

[21]_ *Colombian Public Finance*, por Charles A. Mc Queen —U.S. Department of Commerce— Washington, D.C. 1926.

[22]_ *The Banker*, de Londres. Mayo de 1930.

a nuestro sistema monetario, y permitir la unidad y la efectividad del control sobre la tasa de descuento y sobre nuestro cambio.

Estrechamente asociado a los problemas monetarios está el sistema de crédito. En países que han alcanzado un alto grado de desarrollo económico, el volumen del crédito bancario es más importante que el de la moneda en circulación, y es aquel el factor que principalmente influye en el nivel general de los precios y en la marcha de los negocios. Por esto, los economistas que hoy estudian los problemas monetarios lo hacen en unión del crédito bancario. La “moneda manipulada” (*managed currency*) de Keynes y otros expertos en cuestiones monetarias es una moneda híbrida, que resulta de la fusión de la moneda propiamente dicha, con las varias formas de moneda fiduciaria y los depósitos bancarios.

En lo que concierne a nuestros Bancos de comercio, no es de dudarse que, estudiados con el debido detenimiento, podrían sugerirse importantes mejoras. Los Bancos de depósito desempeñan o pueden desempeñar un importante papel en nuestra vida económica. Mediante la mejor utilización de su propio capital y del que se les confíe; merced a un esfuerzo tenaz para implantar en beneficio de los productores, todas las facilidades y servicios de los más adelantados bancos modernos, nuestros institutos podrían ejercer una acción fecunda en el desenvolvimiento de nuestra vida económica²³. Tal vez no es exagerado ni injusto

[23]_ Tal vez sea oportuno citar aquí un fragmento del discurso pronunciado en la Asamblea General de la Asociación Bancaria Italiana, el 23 de mayo de 1923, por Alberto De Stefani, el gran ministro de Finanzas del régimen fascista italiano: “Los institutos de crédito, dijo, tienen una misión decisiva en la vida económica de la Nación, porque todo el plan de desenvolvimiento de sus energías productivas está subordinado a sus apreciaciones y por ellas controlado. A vosotros incumbe, señores, la altísima misión de distinguir las buenas de las malas empresas, de regular sus dimensiones en relación con las posibilidades concretas, de contener o promover su desarrollo en vista de su más económica organización. La floridez de vuestros institutos no depende de actos de pura especulación, de infecundos desalojamientos de riqueza, sino del modo como sabréis potenciar, mediante la diaria desmovilización de su poder adquisitivo, los planes y las actividades de

decir que nuestros Bancos no podrían contarse entre los más modernos. Pertenecen, en general, a ese viejo tipo que solo cuenta con su propio capital. Entre sus actividades guarda particular importancia, si se compara a este respecto con los Bancos modernos, el crédito hipotecario, la inversión menos líquida, la menos móvil, la más congelada. El Banco moderno, es sobre todo, un instituto de mediación de crédito. Su negocio consiste en recibir capitales que, en manos de sus propietarios, permanecerían inactivos e infecundos, incapaces de grandes cosas, y encontrarle la utilización más completa, y a la vez, la más segura, la más líquida y la más remuneradora. Las operaciones que están en el primer plano de las actividades del Banco moderno son las de financiación de comercio, de colocación de valores industriales o públicos, participación y dirección en las industrias, de gestión de patrimonios, administración de herencias y otras practicadas por los llamados trust de los ingleses; y, por último, las de los *investments trusts*, que tanto se han multiplicado en los últimos años en los Estados Unidos e Inglaterra.

Está en el interés de nuestros Bancos nacionales reforzar su estructura y modernizar su organización y sus funciones. No es imaginario el peligro de que, en ciertas circunstancias, puedan ser supeditados por los Bancos extranjeros²⁴. Estos son, en general, Bancos de gran magnitud²⁵,

los emprendedores. *Discorsi*, por Alberto De Stefani. Milán, 1923; pág. 228.

[24]_ No disponemos de estadísticas que nos permitan conocer el movimiento total de nuestros Bancos, tanto nacionales como extranjeros, pero las estadísticas de que podemos disponer sí nos dicen que el monto de los depósitos, cuentas acreedoras de correspondientes del exterior, créditos comerciales, cartas de crédito y giros sobre el exterior, en poder de los Bancos nacionales, es de Bs. 47.105.854,33, y los mismos en poder de los Bancos extranjeros alcanzaban a Bs. 119.183.132,58, o sea mucho más del doble. Ni aun en este respecto, las estadísticas que hemos consultado son completas, pues no comprenden las sucursales que los Bancos extranjeros tienen establecidas en el interior del país. Véase *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, del 1° de Diciembre de 1930.

[25]_ En materia de servicios bancarios, como en materia de producción o de transportes, tiende a regir la ley de concentración. Un gran Banco tiene la posibilidad de emplear

y que por este hecho están en condiciones de ofrecer facilidades mayores y más económicas que un Banco pequeño o mediano. Los Bancos nacionales, no cabe duda, afrontarán estos problemas con plena conciencia de la misión que desempeñan en la economía del país.

La presente crisis pasará, como se cree generalmente, y como tiene que suceder, si no se derrumba el mundo capitalista —hipótesis infinitamente poco probable—. Pero no transcurrirán muchos años antes de que vuelva a presentarse otra crisis. Es necesario que nos preparemos en los años prósperos, en los años de las “vacas gordas”. Uno de los elementos de esa preparación es el perfeccionamiento de nuestro sistema monetario y de crédito, de manera que sea capaz de afrontar con éxito todas las contingencias.

Zea, mayo de 1931

las mejores capacidades, de dar mejores servicios y darlos más económicamente que uno pequeño o mediano. En los últimos diez años han quebrado en los Estados Unidos cerca de 6.500 Bancos, casi todos pequeños o medianos. Actualmente se estudia allí la forma de remediar esta situación y todas las soluciones consideradas consisten en favorecer, en una u otra forma, al Banco grande. Véase: “What’s wrong with the Banks”, por J.G. Curllis, en *The Nation*, del 17 de diciembre de 1930; “Bank Failures”; “The problem and the remedy”, por J. M. Daiger, en *Harpers Magazine*, de Abril de 1931; “Our Banking System”, por Alexander D. Noyes, Financial Editor, en *The New York Times*, del 22 de febrero de 1931; y la exposición presentada por Owen D. Young, el gran experto financiero a la Comisión del Senado de los Estados Unidos encargada de investigar la situación bancaria de ese país, publicada en *The New York Times*, del 8 de febrero de 1931.

El dilema de nuestra moneda y la situación económica venezolana

El progreso humano no es continuo, unilinear. “En todo tiempo, dice V. Pareto, los hombres han tenido la idea más o menos precisa de la forma rítmica, periódica, oscilatoria, de los fenómenos naturales, comprendidos los fenómenos sociales”.¹

Como ha creído probarlo el mismo Pareto, la causa, está en que sobre la sociedad actúa un conjunto de causas, en relaciones de interdependencia, que dan origen a acciones y reacciones, que periódicamente modifican el inestable equilibrio social. Las ondulaciones económicas no son, pues, sino el reflejo de las ondulaciones periódicas que tienen lugar en el entero organismo social.

Los factores que obran en el dominio económico son tan complejos como la sociedad misma. Pero, sin embargo, en ese campo es mucho más fácil discernir la presencia y medir la amplitud de las oscilaciones. En todos los períodos de prosperidad los precios están en alza. En todos los períodos de crisis los precios descienden. El nivel de precios es, a la vez, el indicador y el barómetro de las ondulaciones económicas.

Desde los remotos comienzos de la economía capitalista hasta nuestros días, como lo ha demostrado el eminente economista W. Sombart, el nivel de precios ha guardado estrecha relación con el ritmo de producción de los metales preciosos, de los cuales, la plata fue el más importante hasta mediados del siglo XIX, y desde entonces el oro. Cada vez que

[1]_ Vilfredo Pareto. *Trattato di Sociologia Generale*, Florencia, 1923, Tomo I, pág. CVIII.

en la historia se descubren nuevas fuentes de metales preciosos, aparece la prosperidad y la vida económica entra en un período de florecimiento. Cuando la corriente de metales preciosos se debilita, sobrevienen las crisis, el capitalismo entra en un período de cansancio, su crecimiento se detiene, sus fuerzas disminuyen. Sin embargo, ¿jugará siempre el oro el mismo papel? Desde hace mucho tiempo vienen ganando importancia las formas no metálicas de la moneda y aun las formas no materiales del poder adquisitivo, y es muy posible que los metales preciosos estén para perder su preeminencia como factor de los cambios del nivel de precios y, en consecuencia, de las fluctuaciones económicas.

Los períodos de alza de precios que han sido también de abundancia de metales preciosos, son, como ya se dijo, de prosperidad. El alza de precios trae consigo la posibilidad de la ganancia, y el estímulo de la ganancia alienta el espíritu de empresa, que es el que ha edificado y el que mantiene los progresos materiales del mundo. Es claro que entonces aumenta el empleo, aumenta la producción y aumentan los salarios. Aumenta la circulación de las élites sociales. En esta atmósfera de abundancia y de contento, las sociedades adquieren el vigor y el optimismo de la juventud. Son las edades de oro de la historia. Los más claros ejemplos son la Atenas de Pericles, la Roma de Augusto, la Florencia medicea, la España de Felipe II, la Inglaterra de Isabel, la Europa del período que va del 1898 al 1914, que disfrutaron de abundancia de metales preciosos y de precios en alza.

Los períodos de baja de precios, que han coincidido con la escasez de metales preciosos son de crisis. La baja de precios obra en el organismo económico como un depresor. Acaba con el estímulo de la ganancia, y sin ese estímulo, muere el espíritu de empresa y desaparecen los hombres que lo personifican. Disminuye el empleo, disminuye la producción, bajan los salarios, se hace más lenta la circulación de las riquezas y la circulación de las élites sociales. La sociedad padece del decaimiento

de fuerzas y del pesimismo de la senilidad. La decadencia del Imperio Romano; el largo período de estancamiento de la Edad Media; la decadencia española, que comienza hacia 1600; el período de crisis económica y de estancamiento en Europa, que va del 1889 al 1898, coinciden con la escasez de metales y con la baja de precios².

Los efectos de la actual crisis en el mundo³

Desde el fatídico día de octubre de 1929, que vio iniciarse el derrumbe de los valores en la Bolsa de Nueva York, la baja de los precios, ha sido incesante y progresiva. Para marzo de 1933 el índice de los precios al por mayor había bajado 34,4% en el Canadá, 37,6% en los Estados Unidos, 40,9% en Francia, 48,7% en las Indias Holandesas, 51% en los Países Bajos. En muchos países la baja había sido contrarrestada con la manipulación de la moneda. Si se combina el índice de precios al por mayor con otros índices, se obtiene que la baja del nivel medio de precios no había sido, para esa fecha, inferior al 50%.

El índice de precios ha llegado a un nivel más bajo que el que existía para 1913. Al comienzo de 1933 el nivel de precios había bajado, en relación con el que existía en 1913, 43% en los Estados Unidos y 18 y 19% en Francia, Italia y otros países. Sobre todo para los productos agrícolas y materias primas la baja ha sido verdaderamente calamitosa.

[2]_ Véase W. Sombart, *Il Capitalismo Moderno*, Florencia, 1926, págs. 156 y siguientes. Vilfredo Pareto, Obra citada. Tomo III, págs. 136 y siguientes; Charles Gide, *Cours d' Economic Politique*, Paris, 1921. Tomo 1, págs. 136 y siguientes; John Maynard Keynes. *A Treatise on Money*, Cambridge, 1930. Tomo II, págs. 149 y siguientes.

[3]_ Todos los datos relativos a la situación económica mundial han sido tomados de la publicación editada por la Sociedad de las Naciones e intitulada *Situation Economique Mondiale 1932-33*, Ginebra, 1933, y del Informe presentado a la XVIIª. Conferencia Internacional del Trabajo, que se reunió en Ginebra en 1933, por el director de la Oficina Internacional del Trabajo.

Así, por ejemplo, el trigo alcanzó en 1932 el precio más bajo que se haya registrado desde el siglo XVI.

La disminución de la producción ha sido continua. El índice de la producción industrial del mundo, en relación con el del promedio del lapso 1925-1929, es 30% más bajo. El índice del consumo se ha mantenido, sin embargo, por debajo de aquel, de tal modo que a fines de 1932 los stocks de materias primas eran 190% mayores que en 1927.

Los efectos de esta baja de precios y de este descenso de la producción han traído el más vasto y generalizado desempleo. A comienzos de 1932, el director de la Oficina Internacional del Trabajo pudo calcular en treinta millones el número de obreros desocupados, con todo su cortejo de miserias ignoradas, de talento y energía malgastadas, de esperanzas burladas. A este desempleo, como si no fuera bastante, hay que agregar la disminución de los salarios de los que quedan empleados, que en ciertos casos ha sido considerable.

El comercio mundial se ha contraído en forma impresionante. En relación con el valor total en 1929 la reducción había sido, a comienzos de 1933, de 65%. Durante el mismo período la reducción en el quantum de dicho comercio había sido de 26 a 27%. Esta reducción no ha cesado. De las estadísticas de comercio exterior de veinte países, se desprende que de Enero de 1931 a Enero de 1934 el valor de las importaciones ha disminuido en cada uno de ellos del 21 al 79%, y que el valor de las exportaciones ha sufrido una reducción que va del 24 al 80%⁴.

El comercio internacional de capitales ha cesado casi por completo. El mercado de cambios está completamente desorganizado. Para junio de 1933, 41 países habían abandonado el patrón de oro, y casi todos los que todavía lo conservaban nominalmente, habían establecido la fiscalización oficial de los cambios, o su fiscalización indirecta, mediante las

[4]_ Véase *Corriere d'America* del 10 de abril de 1934.

prohibiciones de importación, las cuotas, los acuerdos de compensación, la moratoria de las deudas extranjeras, públicas y privadas, y otras medidas restrictivas del comercio.

Debido al desequilibrio creciente entre los precios del costo y los precios de venta, que es una de las peores consecuencias de una baja progresiva del nivel de precios, las empresas industriales y agrícolas se han ido haciendo deficitarias. Así, por ejemplo, al paso que en Alemania las empresas industriales obtuvieron en 1929 un beneficio neto de 7,2%, liquidaron, en 1931, pérdidas de 4,8%. En los Estados Unidos las sociedades industriales y comerciales, que en 1929 habían obtenido beneficios de 7.551 millones, sufrieron en 1931 pérdidas valuadas en 1.524 millones. En la agricultura la baja de precios ha sido aún más pronunciada que en la industria, contándose algunos productos que han perdido hasta el 75% del precio que tenían en 1929.

Esta reducción considerable de precios, la disminución de la producción y el paro habían reducido la renta nacional, es decir, el producto global de la actividad de la nación, en la generalidad de los países, a menos del 60% del nivel alcanzado en 1929. En estas condiciones es claro que sufren los económicamente activos, y se establece una situación particularmente trágica para los deudores, cuyas deudas aumentan en la misma proporción en que bajan los precios. La deflación de las deudas es la principal causa de la crisis, en la teoría del economista americano Irving Fisher, lo cual implicaría que es precisamente en ese sector en donde hay que obrar para conjurarlas.

Las finanzas públicas no pueden y no deben aislarse de la economía nacional. Su prosperidad está estrechamente ligada a la prosperidad de la economía privada, y, a la larga, no puede sino seguir su suerte. En esta prolongada depresión económica es razonable suponer que las condiciones de las finanzas tienen que ser difíciles, y lo son, en realidad. Al

tiempo que disminuyen las fuentes de ingresos han ido creciendo las erogaciones para aliviar el desempleo y para otros fines sociales.

Los efectos particularmente severos de esta crisis; su extraordinaria duración, y el hecho de que, como ha pretendido demostrarlo el economista alemán F. Fried y lo han observado muchos otros economistas, no han obrado en ella, con el mismo automatismo que en las anteriores, los factores que antes trajeron y podrían traer ahora la vuelta a la prosperidad hace pensar que se trata no de un mero ciclo económico, como los muchos observados desde la Revolución Industrial del siglo XVIII, sino de una crisis de la estructura misma de la organización económica actual⁵.

Los efectos de la crisis en Venezuela

En Venezuela no disponemos de todas las estadísticas que nos permitirían medir con alguna precisión las consecuencias de la crisis. Sin embargo, las pocas de que disponemos si demuestran claramente que no hemos sido inmunes.

Aquí la baja de precios ha sido ruinoso. Desde 1927, el año de más elevados precios para el café y el cacao durante la última década, la baja ha sido continua. En 1927 el precio medio del quintal métrico de café, del tipo Santos 4, en la plaza de Nueva York, fue de 265 francos suizos. El 7 de abril de este año, el café de la misma calidad se cotizó en el mismo mercado, a 78 francos suizos el quintal métrico, precio que apenas representa el 29% del de 1927⁶. Desde esa fecha han ocurrido nuevas

[5]_ Véase F. Fried. *La Fine del Capitalismo*, traducción italiana, Milán, 1932, y *La Crisis del Capitalismo*, Pisa, 1933. Este último volumen es un simposio de economistas europeos y americanos que estudian las transformaciones que actualmente se realizan en la organización económica. Este volumen tiene un largo apéndice del Prof. G. Brugier en el cual está catalogada y analizada la inmensa bibliografía que ya existe al respecto.

[6]_ *Annuaire Statistique de la Société des Nations* 1931-32, Ginebra, 1933. *The New York Times* del 18 de abril de 1931.

bajas. Es necesario recordar aquí que en el año de 1932, a causa del movimiento revolucionario ocurrido en el Brasil, en los meses de julio a octubre, hubo un alza de precios del café que, combinada con el alto valor del dólar, que llegó a cotizarse hasta Bs. 7,50, permitió a nuestro comercio deshacerse de gran parte de sus existencias a precios satisfactorios y liquidando utilidades que retardaron los peores efectos de la crisis.

El descenso de precios del cacao ha sido mayor todavía que en el caso del café. El cacao del tipo Accra, obtuvo, durante el año de 1927, en el mercado de Londres, el precio de 181 francos suizos por quintal métrico. Desde entonces la tendencia ha sido a la baja, hasta el extremo de que el Bahía superior se cotizó el 7 de abril de este año a 36 francos suizos el quintal métrico, precio que es tan solo el 19% del alcanzado en 1927⁷.

El azúcar, los cueros, el ganado y otros artículos de exportación han alcanzado en los mercados del exterior precios tan bajos, que harían reír si no fueran trágicos. Los precios de los productos agrícolas que solo entran en el comercio interior han bajado en simpatía con los del café —y hasta cierto punto con los del cacao— que es el gran regulador de nuestra vida económica⁸.

[7]_ Véase *Annuaire* citado, pág. 107, y *The New York Times* de la fecha citada.

[8]_ El café compuso en 1929 el 72%, aproximadamente, y el cacao el 13% del valor de las exportaciones venezolanas, excluido el petróleo —comprendiendo bajo esta denominación el gas oil, la gasolina, el kerosene, el petróleo combustible y el petróleo crudo—. En el año comprendido entre julio de 1932 y junio de 1933, el café compuso el 56% y el cacao el 12,5%, del valor de nuestras exportaciones, excluido el petróleo. El petróleo es un producto de primera importancia en nuestra economía nacional, como elemento de la balanza de comercio y de la balanza de pagos; como fuente de ingresos fiscales; y como elemento de vida de algunas regiones venezolanas, de extensión más bien limitada, sobre todo después de que ha sido mecanizada, electrificada y racionalizada en alto grado. En 1929 el petróleo compuso el 75% del valor y el 99,2% del quantum de nuestras exportaciones. En el año que va de julio 1932 a junio 1933, el mismo producto compuso el 86% del valor y el 99,43% del quantum de nuestras exportaciones. En el tráfico de cabotaje, el mismo producto compuso

La reducción de nuestro comercio no ha cesado de acentuarse desde 1929. En ese año el monto de nuestras exportaciones fue, excluido el petróleo, de cerca de 186 millones de bolívares, y nuestras importaciones fueron de cerca de 430 millones. En el año que va de julio 1932 a junio de 1933, las exportaciones solo llegaron a un poco más de 80 millones, excluido el importe del petróleo, y nuestras importaciones a cerca de 150 y medio millones⁹. De modo, pues, que durante el lapso 1929 – junio 1933, las exportaciones disminuyeron en 43% y las importaciones en 35%. Es de observar que el monto de nuestras exportaciones en el año que va de julio 1932 a junio 1933, si se excluye el petróleo, es inferior al promedio de dichas exportaciones durante el período de 1906-1910, que fue de 82.997.000 bolívares¹⁰.

En el tráfico de cabotaje, hubo, entre 1929 y el año que termina en junio de 1933, una disminución de 38% en el valor y de 8,5% en su quantum, excluido, naturalmente, el petróleo.

De acuerdo con los datos que aparecen en los cuadros de los balances de los bancos nacionales y extranjeros para el 30 de junio de 1930 y 31 de diciembre de 1933 solo hubo una disminución de cerca de 4.000.000 de bolívares en el medio circulante —oro, plata, níquel y billetes de banco— que se suponía en poder del público, en el lapso

en 1929 el 28% del valor y el 92% del quantum. En el año julio 1932-junio 1933, fueron 33,5 y 90%, respectivamente. La producción se ha mantenido constante, con tendencia más bien al aumento, pero ello no ha impedido que la situación económica del país haya seguido empeorando.

[9]_ Los datos sobre el comercio exterior y el tráfico de cabotaje venezolanos, cuando no se indique otra fuente, han sido tomados de la Estadística Mercantil y Marítima, que edita el Ministerio de Hacienda. Las cifras aquí contenidas y que tienen como base esas estadísticas, son meras aproximaciones, a las cuales, sin embargo, he procurado dar la mayor exactitud posible.

[10]_ Véase *Commerce Yearbook 1928*, editado por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, Tomo II, pág. 659.

comprendido entre las dos fechas¹¹. Sin embargo, por lo menos en esta sección de la República, se siente una escasez de medio circulante, que no tiene precedente en las últimas generaciones, según el testimonio de ancianos. Tal escasez debe explicarse, de seguro, por los muchos millones de oro que emigraron al exterior, durante los años en que el dólar se mantuvo a un alto valor; por las grandes cantidades de numerario atesoradas o, en todo caso, apartadas de la circulación, y, sobre todo, por la muy escasa velocidad de circulación del dinero que efectivamente está en manos del público.

El estado de nuestra hacienda pública es, sin duda, el aspecto más favorable de la actual situación del país. El país se encuentra sin deuda pública exterior; con una deuda interna, que es cantidad depreciable; y con una reserva de Tesorería, que era el 15 de abril pasado de Bs. 83.619.100,29. Esta situación de nuestra hacienda pública es un privilegio de la nación, y es tal vez única en el mundo. Sin embargo, el año fiscal 1929-1930 fue el más próspero que haya tenido el país, habiendo alcanzado los ingresos a la suma de Bs. 255.444.823,52. Desde entonces los ingresos no han cesado de disminuir. Si se toma como punto de comparación el total de ingresos del año 1929-1930, la disminución fue de 17,5% en 1930-31, de 27,5%, en 1931-32 y de 32,5% en 1932-33, en cuyo año el total de ingresos solo se elevó a la suma de Bs. 171.889.094,39¹².

El mercado de valores que, en otros países, suministra el índice más sensible a los cambios económicos, está en Venezuela poco desarrollado. Con todo, no se debe despreciar la indicación que nos ofrece. Los valores de algunas empresas ferrocarrileras, de centrales azucareros, de

[11]_ Véase *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, de diciembre de 1930 y febrero de 1934.

[12]_ Véase "Resumen de la Estadística Fiscal en el lapso económico de 1908-1933", Ministerio de Hacienda. Caracas, 1933.

seguros, de hilanderías, de cervecería y bancarias han sufrido una baja ruinos¹³.

Otros valores no han bajado sensiblemente, pero no nos es dado saber si tal firmeza se debe a que las empresas a que corresponden gozan de relativa prosperidad, o a que están distribuidas en pocas manos y no puede obrar el regulador de la oferta y la demanda.

Es de presumir que en el año que no cubren las estadísticas de que dispongo, ha disminuido nuestro comercio exterior¹⁴, ha disminuido nuestro tráfico de cabotaje y han disminuido los ingresos fiscales. Pero no solo es de presumir, sino de afirmarlo con certeza, con una certeza que no deje lugar a dudas, que durante el último año nuestra situación económica ha empeorado en gran medida. El factor principal de esta agravación de nuestra crisis es la desvalorización del dólar americano. Hasta el año pasado el dólar conservó en Venezuela un valor, que hacía todavía mediocrementemente remunerador el cultivo del café y del cacao, los dos productos que están en el centro de nuestra vida económica. Con el nuevo dólar desvalorizado, o lo que es lo mismo, con el bolívar caro, los precios de nuestros productos de exportación se han hecho irrisorios, no cubren ni siquiera los gastos de beneficio y están arruinando a todos los interesados. Aun cuando es bastante serio, no es todo. Como nuestros principales competidores en los mercados del mundo han desvalorizado su moneda en medida todavía mayor que el mismo dólar, y en consecuencia sus exportadores pueden ser menos exigentes que los nuestros, la demanda del exterior por nuestros productos ha venido disminuyendo en una forma que amenaza sernos fatal para el porvenir. Así, por

[13]_ Véase *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, de marzo de 1930 y marzo de 1934.

[14]_ De conformidad con la Estadística Mercantil y Marítima del semestre julio-diciembre de 1933, que recibo después de escrito este artículo, las exportaciones durante dicho semestre solo se elevaron a Bs. 25.064.778.43 excluido el petróleo.

ejemplo, en lo que respecta al café, hemos leído informes de algunas firmas cafeteras de Nueva York que avisan que algunos tostadores americanos están sustituyendo en sus mezclas el café venezolano por el de otras procedencias, que pueden comprar en mejores condiciones. Estas firmas prevén que algunos de esos tostadores, como es natural pensarlo, no volverán a emplear los cafés venezolanos, aun cuando se restablezcan las condiciones antes existentes. De manera que amén de que nuestro café no vale nada para nosotros, cuesta y seguirá costando venderlo.

Esta nueva baja de nuestros principales productos de exportación, causada por la desvalorización del dólar americano y de las monedas de los países que son competidores del nuestro en los mercados del exterior, ha traído una situación que, sin ambages, puede calificarse de ruinosa. Las transacciones comerciales se han reducido al *mínimum*. Todas las empresas industriales, comerciales y agrícolas, salvo raras excepciones, son deficitarias. Todo el mundo está sumamente adeudado, y la mayoría de los deudores no pagan, no pueden pagar, y no es justo pretender que lo hagan. Nuestros campesinos y nuestros peones —sin que de ello se pueda culpar a nadie, en particular— no ganan sino para vivir una vida, dentro de la cual no son posibles ni la salud ni la decencia. En fin, puede resumirse la situación diciendo que todos los que desempeñan un papel activo en nuestra vida económica se están empobreciendo de hora en hora. Los menos probados por la depresión, los que gozan de mayor tranquilidad, son los avaros que tienen sus capitales enterrados y otros capitalistas y capitales desocupados e improductivos. Es decir, la crisis ha herido con mano ruda a todos los que combaten en las primeras líneas la batalla de nuestra economía, y ha ahorrado, en cambio, todo sacrificio y toda pena, a los emboscados y a los desertores de la producción.

En el país, merece mención especial el Táchira, uno de los emporios de la riqueza y uno de los centros de la energía venezolana. De su situación habla así la “Revista Mercantil”, de abril pasado: “Quizás

desde aquellos últimos períodos convulsivos de nuestra historia, que se prolongan hasta los primeros años del siglo actual, el Táchira no había sufrido una crisis tan acentuada y de proporciones tan extensas como la que soporta actualmente”. Debido a los precios ruinosos del café y a la baja de la moneda colombiana, que ha anulado todos los posibles beneficios del reciente arreglo comercial con la vecina República, el comercio y la agricultura de esta rica región están decayendo y van camino hacia la ruina. El intercambio comercial con Colombia ha cesado. Solo subsiste de ese intercambio el lado pasivo, que contribuye a hacer extrema la escasez de numerario. Un articulista de “El Tiempo” de Bogotá calcula las exportaciones de Colombia a Venezuela, durante el último semestre, en más de un millón de pesos.

El mundo frente a la crisis

En todos los países que reconocen en los intereses de la mayoría los intereses de la nación, es claro que los gobiernos no podían limitarse a la resistencia pasiva, sino que han tenido que intervenir.

Como era natural, todos los países, dada la diversidad de circunstancias, no han estado acordes en la elección de los medios. Se han establecido dos doctrinas frente a la crisis: “la una insiste en que la actividad económica debe ser estimulada principalmente por una acción monetaria que procure el alza de precios y haga más tolerable el fardo de las deudas; la otra sostiene que ningún restablecimiento económico es posible mientras que las deudas no hayan sido reducidas, no ya al nivel demasiado bajo de la capacidad de pago, comprobada en el punto más bajo de la crisis, sino, en todo caso, a niveles inferiores de los que existían cuando las deudas fueron contraídas¹⁵.

[15]_ *Situation Economique Mondiale 1932-33*, pág. 273.

Algunos países, como Francia, Alemania e Italia, han adoptado una política de deflación, que se ha caracterizado por una parte, por la reducción de los salarios y de los sueldos; la conversión de la deuda pública; la reducción de las deudas privadas, sobre todo de ciertas categorías; la reducción del tipo de interés, la fiscalización de la producción y del intercambio, y otras providencias que pueden englobarse bajo la designación de “economía maniobrada o dirigida”; y, por la otra, por vastos planes de obras públicas, encaminados a aliviar el desempleo y aumentar de muchas maneras la actividad económica. Hay que notar que, de estos países, Francia es una nación excepcionalmente rica, y Alemania e Italia dan pruebas de una admirable disciplina colectiva. Por otra parte, estos tres países estabilizaron su moneda hace muchos años, a niveles muy bajos, que permitieron restablecer el equilibrio en sus relaciones económicas¹⁶. A pesar de circunstancias tan favorables muchos dudan de que la deflación sea tan cabal como sería necesario para que pudiera conseguirse un equilibrio satisfactorio. “Un número más considerable de economistas no ponen ninguna esperanza en la deflación progresiva. Observan que la desocupación, lejos de disminuir con la reducción de los salarios, ha continuado aumentando. Afirman que la deflación de los salarios y de los precios, habrá de conducir, en definitiva a una inflación de todas las deudas —comprendidos todos los capitales fijos y los hipotecarios— hasta el punto de que será imposible soportarlas y deberán ser en gran parte amortizadas”¹⁷.

[16]_ Alemania estabilizó su moneda en 1923, sobre la paridad de un billón de marcos papel por un rentenmark; Italia la estabilizó en 1927, al 27% de la vieja paridad; y Francia en 1928 al 20% de la paridad anterior.

[17]_ XVII Conférence Internationale du Travail, Rapport du Directeur, Ginebra, 1933, pág. 68. Véase sobre las razones que explican las dificultades de la deflación, y sobre las ventajas y mayor practicabilidad de la inflación Keynes. Obra citada. Tomo I, págs. 276 y siguientes, y Giovanni Demaria, *Le teorie monetarie e il ritorno all'oro*, 1928, págs. 103 y siguientes.

En general, el método que ha probado ser el más satisfactorio, y el único que en todo caso podía ser empleado por la mayoría de los países, ha sido el de la inflación o desvalorización de la moneda, encaminada a elevar los precios y restablecer el equilibrio de sus relaciones económicas. Ha sido el sistema adoptado por las dos mayores naciones industriales y comerciales del mundo. Gran Bretaña y Estados Unidos, y por todos los países ligados estrechamente a la economía británica y a la economía estadounidense, a quienes una política monetaria independiente habría expuesto a una grave dislocación de su comercio, que habría intensificado sus desequilibrios económicos. Es indudable que tal política monetaria ha permitido conseguir, entre los países pertenecientes a los dos grupos, una relativa estabilidad de sus relaciones comerciales. Los países están alertas a todo cambio monetario, porque saben hasta qué punto el nivel de la moneda influye en el intercambio comercial. Así, cuando en 1931, los dominios británicos y los países escandinavos siguieron a Inglaterra en el abandono del patrón oro, Nueva Zelandia, con la mira de asegurarse ciertas ventajas en el mercado inglés puso una prima de 25% a la esterlina. Como quiera que los productos neozelandeses de lechería compiten en el mercado inglés con los productos daneses. Dinamarca hizo descender su corona en la misma proporción.

Es de suponer que los males de la inflación controlada o de la desvalorización de la moneda son, en todo caso, menos graves que los de la deflación desordenada e intermitente que causa la crisis, y aun de la deflación dirigida que están practicando ciertos países, pues cada día se agrega un nuevo país al grupo de los inflacionistas, y ninguno de los convertidos piensa en volver atrás. Hace pocos meses, Reginald McKenna, el gran financista y banquero inglés, hizo un elogio público y franco de la nueva moneda dirigida inglesa. La situación en los Estados Unidos, si no ha mejorado de modo espectacular, por lo menos no ha

empeorado, y ciertos sectores del país se han beneficiado sensiblemente. El Japón ha recibido con la inflación tal impulso industrial y comercial, que amenaza desalojar de algunos mercados a las mayores naciones industriales, y adquirir un puesto definitivo más alto en el escalafón económico del mundo. Checoslovaquia es la última convertida a la desvalorización, habiendo recientemente disminuido en una sexta parte el contenido de oro de su corona.

Todas estas naciones no se han decidido por la inflación a la loca, o por puro gusto. Saben bien que la inflación y la desvalorización tienen sus inconvenientes, pero evidentemente, han encontrado mucho peores los males de la deflación desordenada que provoca la crisis¹⁸.

[18]_ A muchas personas la inflación inspira un terror pánico, porque la consideran algo como el infierno de los teólogos: conjunto de males sin mezcla de bien alguno. Es probable que solo recuerden las inflaciones de tipo extremo, monstruoso: la emisión de John Law, los asignados de la Revolución Francesa, los greembacks de la Guerra de Secesión americana, las inflaciones alemana, austríaca, húngara, polaca y rusa, posteriores a la Guerra Mundial. No recuerdan o no quieren recordar, las muchas inflaciones controladas que tenemos ante nuestros ojos, ni saben que ha habido grandes variaciones de valor en las mismas monedas metálicas, causadas por la apreciación o depreciación de los metales preciosos, o por la inflación o deflación del crédito. Hay un ejemplo de que la inflación es cosa humana, en que el bien y el mal están más o menos bien dosificados, que vale la pena citar porque es americano y tropical: el del Brasil. La moneda brasilera ha tenido una tendencia casi continua hacia la baja, y ha estado sometida a una inflación intermitente, desde el advenimiento de la República, en 1889. Para esta fecha el milréis valía 27,3/16 peniques, o sea 54 céntimos del viejo dólar, aproximadamente. En 1898 ya no vale sino 12 a 14 céntimos; en 1900, 19; en 1905, 32; en 1910, 32; en 1915, 24; en 1920, 32; en 1925, 12; en 1930, 11; y el 7 de abril pasado apenas alcanza a valer 8,75 céntimos del nuevo dólar. A pesar de esta baja casi continua del valor de la moneda, o gracias a ella, su población se ha triplicado entre 1890 (14.333.915) y 1930 (41.000.000), y los índices de su vida económica indican un desarrollo más que proporcional de su producción, de su comercio exterior y de su riqueza. Véase Brasil en la *Enciclopedia Italiana*, el *Commerce Yearbook 1928*, citado, el *Annuaire*, también citado.

El dilema de nuestra moneda: Tónico o Depresor

El tiempo ha corrido mientras nosotros hemos estado esperando la vuelta de la prosperidad. Pero la crisis ha desafiado las profecías de los optimistas y las esperanzas de los ingenuos. Aun cuando la prosperidad estuviera a la vuelta de la esquina, no sería justo que siguiéramos confiando nuestro destino a esperanzas que han quedado burladas con cada nuevo amanecer, que nos deja ver, por el contrario, una situación peor que la del día anterior; y, que, implacable, nos sigue acosando.

En esta situación, es necesario repetirlo, se están empobreciendo todos los que tienen un puesto activo en la vida económica. Pero la crisis adquiere el significado de una tragedia cuando se advierte la situación de los deudores, cuyas deudas fueron en gran parte contraídas cuando nuestro nivel de precios era tres veces más alto que el actual, y que tienen que atender a ellas cuando su trabajo y sus bienes apenas les producen escasamente para vivir; y los frutos de exportación solo valen la tercera parte de lo que antes valían; y los intereses se siguen acumulando; y va acercándose, ineludible, el espectro de la ruina.

Como es natural, los acreedores no tienen la culpa, y la ley les da el justo derecho a ser pagados. Pero mientras la situación se mantenga inalterada ¿es conveniente que ejerzan ese derecho? Supongamos, por mera hipótesis, que los bancos, que son los principales acreedores, se resuelvan a ejecutar a sus deudores. Se iniciaría entonces un proceso de liquidación, que se difundiría por el país entero, y convertiría nuestros gremios agrícola y comercial en un vasto cementerio, del cual saldría proletarizada buena parte de nuestra clase media, con consecuencias sociales incalculables.

Para aliviar esta situación no se adivina ninguna solución agradable, que sea, como el cielo de los teólogos, conjunto de bienes sin mezcla de mal alguno. Tales soluciones no son de este mundo. Nuestra elección

no puede hacerse sino entre soluciones desagradables, entre las cuales es una y ciertamente la peor, la de dejar las cosas como están. La mejor será siempre la menos mala, la menos desagradable.

Entre las que hasta ahora se han propuesto, se encuentran las inflaciones con curso forzoso, la acuñación de moneda de plata, los subsidios a los principales productores de exportación y la fiscalización de los cambios. Estas soluciones tienen el grave defecto de ser de aplicación difícil, unas, y otras de no curar los peores males que nos aquejan. En todo caso, debe preferirse cualquiera otra, si la hay, que dé esperanzas de mayores ventajas. Yo propongo un plan sencillo —de fácil aplicación— que evita la inestabilidad que acarrearía una inflación de curso forzoso o una abundante acuñación de plata; que obraría como un tónico en nuestro entero organismo económico; que daría inmediato alivio a los dos sectores más probados por la crisis: los deudores y los productores y exportadores de café, cacao y otros artículos de exportación; que traería, en fin, una situación más equilibrada, y por consiguiente, más sólida que la actual: la desvalorización violenta de nuestro bolívar, mediante la reducción, de un solo golpe, de su contenido de oro fino de doscientos noventa mil trescientos veintitrés millonésimos de gramo, establecido por la ley de 15 de junio de 1918, a la mitad. Este fue el tipo de desvalorización propuesto para los Estados Unidos, por el distinguido economista Henry Hazlitt. Es la solución que acaba de adoptar Checoslovaquia, y que mereció un coro de elogios por parte de los banqueros reunidos recientemente en el Banco de Arreglos Internacionales, de Basilea.

Es claro que el nuevo bolívar tendría el mismo poder liberatorio que el antiguo, sin lo cual no habría razón para el cambio; y que las ganancias que provengan de la nueva valuación del oro, siguiendo los precedentes establecidos, tocarían al fisco nacional, pudiendo dedicarse dicha ganancia a financiar un plan de obras públicas adecuado, con el

fin de aumentar la circulación monetaria, y activar, de muchas maneras, la economía del país.

En busca de opositores

En una situación normal no me habría atrevido a proponer la desvalorización, es decir, la mutilación del bolívar. Habría sido un acto inmoral, patológico. Pero hoy, después de que los Estados Unidos de América, Inglaterra y más de cuarenta países han desvalorizado su moneda; cuando la han desvalorizado los países que compiten con nosotros en los mercados del mundo; cuando la crisis está acosándonos y ya nos tiene al borde de la ruina, lo anormal, lo patológico, es que en esta situación solo la moneda sea intangible. Establecido el contraste entre nosotros y la moneda, no hay duda sobre quién debe ser el vencido.

Sin embargo, presiento que hay opositores. Salgamos en su busca.

En primer lugar, los que por cinismo, por indiferencia o por pereza están, por no hacer nada, por dejar las cosas como están, aun cuando se estén poniendo insostenibles. Son las “tristes almas” que Dante encontró al entrar al infierno, “que vivieron sin merecer alabanza ni vituperio, que no fueron ni rebeldes ni fieles a Dios, sino que solo vivieron para sí”. Son el peso muerto de la raza de Prometeo. Sigamos el consejo de Virgilio a Dante: mirémoslos y pasemos adelante.

También están en el deber de oponerse los que adquirieron sus convicciones económicas en la lectura de los economistas del siglo pasado, y que a la sombra de su fe liberal se han habituado a admirar en todo la obra armoniosa de la naturaleza, y sostienen que lo mejor es dejar hacer sin intervenir. Las crisis son, según ellos, inevitables, y aun providenciales, porque eliminan los organismos económicos más débiles y no dejan subsistir en el porvenir sino los más fuertes y mejor adaptados. Por supuesto, esta doctrina ya ha perdido sus adeptos en las nuevas

generaciones. “Por una evolución tácita, pero franca, dice el director de la Oficina en el informe presentado a la XVII Conferencia Internacional del Trabajo, se ha ido desvaneciendo la creencia en que la acción automática o semiautomática de las leyes económicas temperada por bruscas, intermitentes intervenciones del Estado, es el medio de conseguir la prosperidad. La crisis ha tenido como principal efecto el de dar un golpe mortal a la doctrina del puro *laissez faire*, y de afirmar, por el contrario, la tesis de la economía dirigida”.

La solución tampoco debe de ser del agrado de los puritanos o ascetas de la economía, que creen que los pueblos se forman en las dificultades, como los hombres se educan en el dolor. Detestan la especulación, que consideran un pecado digno de castigo. Con tal fin, no encuentran que sea el caso de oponerse a la restricción del crédito y a la baja de precios. Todo lo que sabe a inflación es para ellos anatema. Tal punto de vista tendría visos de razonable si los especuladores fueran los únicos castigados. Pero todos trabajamos para el porvenir y somos especuladores por ese solo hecho. Lo único que habría podido salvarnos de las garras de la crisis era una presciencia imposible y, en su defecto, la inacción, un lujo que todos no podemos darnos. En verdad no merecían castigo los que la crisis ha castigado tan duramente.

Por razones de interés, este plan puede parecer ingrato a todos aquellos que en nuestra organización económica tienen la fortuna de ser acreedores. Sin embargo, está en su interés bien entendido prestar su apoyo a cualquiera iniciativa que detenga la marcha hacia la ruina; que restablezca la actividad económica; que premie con la ganancia el espíritu de empresa; que permita a los deudores, quienes nunca podrán pagar sus deudas si persistiera esta situación, pagarlas, aun cuando sea en una moneda, aparentemente desvalorizada pero de igual poder adquisitivo a la antigua. Uno de los defectos más graves de la organización económica actual consiste en que, como lo dice Henry Hazlitt, la moneda

es de caucho y las deudas son de acero. Cualquiera desvalorización de la moneda que la ponga en armonía con el nivel de precios existentes, no va, evidentemente, contra la equidad. Si el acreedor va a ser pagado con una suma que compra la misma cantidad de bienes y servicios que compraba la que se le adeuda, no tiene derecho a hacerse pasar por una víctima.

En el plan de desvalorización del bolívar, que propongo, he tratado de armonizar su poder adquisitivo, en cuanto ello es posible, con el nuevo dólar americano, la moneda de nuestro principal mercado exterior, y con nuestro nivel interno de precios.

Para aprovechar la oportunidad

Aun cuando nuestro plan no requiere necesariamente la reforma de nuestro sistema bancario, creo que debería aprovecharse esta coyuntura para transformarlo, creando un banco central, y reglamentando los bancos de comercio de acuerdo con ciertas normas que la experiencia ha consagrado.

El banco central es hoy considerado como elemento indispensable, digo indispensable, de una sana y eficaz circulación monetaria y de un buen sistema de crédito. La Conferencia de Bruselas de 1920 aprobó una resolución incitando a los países que no la tuvieran a establecerlo. Desde entonces se organizaron en Europa y en América un gran número de dichos bancos, hasta el punto de que son muy raros los países que todavía están desprovistos. La Conferencia Económica que se reunió en Londres el año pasado, también adoptó resoluciones preconizando la creación de bancos centrales en los países que todavía no los hubieran creado.

El Canadá es uno de los países que cuenta con uno de los sistemas bancarios más sólidos. Sin embargo, la Comisión presidida por Lord

Macmillan y encargada del estudio del sistema bancario del país, acaba de presentar recientemente su informe al Gobierno, en el cual dictamina que “para darle al patrón oro internacional los mecanismos necesarios para su satisfactorio funcionamiento, es necesario que se establezcan bancos centrales en los países que aún carezcan de ellos, y que se les confieran los poderes y la libertad necesarios para poder llevar a efecto una política monetaria y de crédito apropiada”¹⁹.

Es claro que nuestro régimen monetario es rudimentario, para decir lo menos. Sin fijar la atención en otros principios que han recibido general aplicación en los bancos centrales organizados bajo los auspicios de la Sociedad de las Naciones, se impone recordar el muy importante de que el activo del banco de emisión debe componerse de efectos comerciales y otros haberes inmediatamente liquidables. Ahora bien, entre los negocios de nuestros bancos de emisión tienen mucha importancia el crédito en cuenta corriente pasiva y el crédito hipotecario, que están entre los menos líquidos que se pueda dar.

Hemos visto que el Canadá, a pesar de tener un sistema bancario solidísimo, va a establecer un banco central de emisión. Es que, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico, solo un banco central puede ser, con serias posibilidades de éxito, un eficaz regulador de la circulación monetaria y del crédito, de manera que sirvan efectivamente los intereses de la economía nacional.

Se acepta generalmente que la mayoría de los principios concernientes a la organización de los bancos centrales han sido fijados, en cuanto a nosotros, creo que —sin dejar de estudiar los estatutos de los bancos creados bajo los auspicios de la Sociedad de las Naciones, así como también las recomendaciones contenidas en el Informe del Comité del Oro— podrían seguirse en sus grandes líneas los bancos centrales

[19] Véase *The New York Times* del 25 de febrero de 1934.

creados en Colombia y otros países de América y Europa por el economista E.W. Kemmerer, y que no han dado malas pruebas de sí.

Pereunt et imputantur

Mientras las dificultades se agravan el tiempo huye, implacable como el Destino. Las horas se deslizan furtivamente, llevándose nuestras esperanzas y nuestras oportunidades, que son fragmentos de nuestra vida. Recordemos las elocuentes palabras grabadas bajo el reloj de sol del Colegio de Todas las Animas, en Oxford: *pereunt et imputantur*: las horas pasan y se nos cargan en cuenta.

Alberto Adriani, 1934

La desvalorización del bolívar

Fragmentos de carta al Dr. Vicente Lecuna

Haré un esfuerzo para exponerle, de la manera más franca y con la mayor amplitud, las razones que me hacen persistir en mi opinión. Usted teme que con la baja del bolívar pierda el país y se beneficien las compañías petroleras, en particular, pues disminuirían las entradas de dinero por el respecto del petróleo, dinero que financia en gran parte nuestro comercio de importación, y forma una buena proporción de nuestras entradas fiscales.

Es posible que, en un primer momento, haya una disminución de entradas por lo que respecta a los gastos de explotación, pues los salarios y otros servicios tardan algún tiempo en adecuarse al nuevo valor de la moneda. También puede esperarse una reducción en el rendimiento de ciertos impuestos, como el *superficial* que establecen el Art. 83 de la Ley de Minas y los Arts. 34, 35 y 36 de la Ley de Hidrocarburos, y los de estampillas y papel sellado. Pero, si no estoy equivocado, el impuesto más importante es el de explotación, impuesto *ad-valorem*, cuyo rendimiento aumentaría en la misma proporción en que se redujera el contenido de oro de nuestra moneda, tratándose de productos cuyo valor se determina en el mercado mundial. Yo traté de hacer un cálculo del producto de los impuestos mineros específicos y *ad-valorem*, pero después de haber concluido ese cálculo, me encontré con que hay compañías petroleras —no he podido saber cuales son—, que se rigen por el Código de Minas de 1910, que establece un impuesto específico de Bs.2

por tonelada de petróleo. De manera que la reducción de entradas por el respecto del petróleo solo puede tener lugar, primero, en virtud de la disminución temporal de los gastos de explotación, en particular, de los salarios y servicios; y segundo, por virtud de la reducción de los impuestos específicos. Si se realizan ciertas condiciones, los salarios y servicios irán adecuándose, poco a poco, al nuevo valor de nuestra moneda. En lo relativo a los impuestos específicos, la compensación puede venir del aumento de las explotaciones. Es de creerse que el programa del Presidente Roosevelt, que mira a restringir las explotaciones petroleras en los Estados Unidos, tenga sus repercusiones en Venezuela. Por otra parte, la disminución de los impuestos y de otros gastos de explotación, hará que las compañías encuentren mayor provecho en incrementar la producción y las exportaciones.

No dispongo aquí de los elementos que me permitirían precisar mis ideas y darle el necesario acompañamiento de las cifras. Mi impresión es que, por este respecto del petróleo, este perdería mucho con la desvalorización del bolívar. Pero, sin embargo, vamos a suponer lo peor. Demos por sentado que todos los impuestos sobre el petróleo sean específicos y que la baja del bolívar traiga necesariamente la reducción de todas las entradas provenientes del petróleo. En este caso, se haría imperativa la reforma de las leyes de Minas y de Hidrocarburos. Esto no es cosa fácil, pero no es de dudar que los juristas puedan encontrar la fórmula apropiada. Algunas compañías tienen contratos, que son un obstáculo en tal sentido, pero un Estado que se respete puede y debe establecer los impuestos que se hagan indispensables. El Estado, creo yo, puede hacerlo, sin dar lugar a objeciones substanciales. Todo es cuestión de forma.

El petróleo es un elemento importantísimo de nuestra economía nacional y, en particular, de nuestra economía fiscal, pero no tiene derecho, ni es conveniente dárselo, a la preponderancia absoluta sobre todos

los demás elementos de nuestra organización económica. En primer lugar, es innecesario decirlo, se trata de una riqueza que está en manos de extranjeros. Por otra parte se trata de una explotación destructiva, o der abbau, es decir, devastadora, según la expresión de algunos economistas alemanes. Mañana, cuando se agoten los yacimientos, las regiones petroleras volverán a convertirse en desiertos, y el petróleo dejará un vacío enorme en nuestra organización económica. Para resumir, el petróleo es extranjero, y como factor de nuestra economía y como fuente de impuestos, es precario, precedero, lo cual implica que, en lo posible debemos independizarnos de él.

Hoy no se discute, creo yo, que el elemento principal de la vida económica de un país es su población trabajadora, comprendiendo bajo esta denominación obreros, técnicos y dirigentes, es decir, a todos los que tienen un puesto activo en la vida económica. Ahora bien, esta crisis está minando la salud y perjudicando la moral de nuestra población en forma que compromete nuestro porvenir. Aquí yo no he visto morir gente de hambre, pero si he visto familias enteras que están enfermas y apenas pueden trabajar, porque no tienen con que alimentarse. A cada paso se ven rostros pálidos, descamados, anémicos, que parecen ya sin vida, y esto no es literatura. Las clases medias están sufriendo sobre todo en su moral. Son muchos los agricultores y comerciantes quebrados y desbaratados. La crisis ha perjudicado particularmente a las personas más activas y más emprendedoras. Yo había notado esto en mi artículo, pero después he tenido ocasión de leer el resumen de un estudio realizado en los Estados Unidos bajo los auspicios del Bureau of Economic Research Inc. sobre las entradas personales de los americanos y su distribución en el período 1929-1932. Al comentar este estudio, dijo el conocido publicista Walter Lippmann: “Los datos del análisis revelan que la crisis no fue como una gran catástrofe, un naufragio, por ejemplo, en el que todos sufren por igual. Indican, por el contrario,

que los sacrificios fueron muy desiguales, y lo que es peor todavía, que aun cuando casi todos experimentaron pérdidas, la distribución de la riqueza se tomó cada vez más desproporcionada, victimando de la peor manera a los más débiles e infiriendo a los más activos elementos productores de la riqueza mayores daños que a los favorecidos por rentas fijas o entradas garantizadas”. La sociedad económica es claro que sufre un daño irreparable al perder sus elementos más activos o emprendedores, daño que no puede compararse con la pérdida de capital.

Hablando de nuestro país, en particular, creo que se puede afirmar, sin temor de ser desmentido, que, después de la población trabajadora, la agricultura —este término incluye la cría y las explotaciones forestales— es el factor principal de nuestra riqueza. Pero no solo es el factor principal, sino que es permanente, perdurable. Es claro que la agricultura ha decaído en los últimos años, pero esa decadencia será catastrófica, si continúa la actual situación y los precios actuales. Por aquí hay ya muchas propiedades abandonadas, y todas están más o menos descuidadas, y por fuerza se abandonarán más y más si los precios del café y del cacao para la próxima cosecha fueran los de hoy. Puede afirmarse que con los precios actuales no se recolectará sino el 50% de la cosecha más o menos. En este caso, es claro que disminuirán todas las entradas que no provienen del petróleo y se contraerán todas las rentas que no se basan en el petróleo. Hay que pensar en esta posibilidad infinitamente más grave que la que se quiere impedir. En todo caso, tomará impulso la decadencia de nuestras industrias agrícolas, que viene poniéndose en evidencia desde hace ya muchos años. Durante el período 1909-1913, Venezuela ocupaba el segundo puesto entre los exportadores de café, contribuyendo con el 4,6% de las exportaciones mundiales. En 1933, Venezuela ocupó el séptimo puesto, y sus exportaciones solo computaron el 3,8%, aproximadamente, del total mundial. Esto ha tenido lugar a tiempo que Colombia, que ocupaba en ese período 1909-1913

el tercer puesto y exportaba menos que Venezuela, ha pasado al segundo puesto y exporta, por lo menos, seis veces más que Venezuela, y su café se cotiza mucho más alto que el nuestro. En el cacao ha sucedido algo parecido. Durante el período 1909-1913 Venezuela ocupó el séptimo puesto entre los países productores, contribuyendo con el 0,075% del total mundial. En 1932, seguía ocupando el mismo puesto, pero apenas produce el 0,045%, aproximadamente, del total del mundo. ¿No cree usted que el petróleo tiene su culpa en que nos hayamos despreocupado de esas fuentes permanentes de nuestra riqueza? ¿Si el petróleo adquiere preponderancia absoluta en nuestra economía, en detrimento de todas nuestras demás fuentes de riqueza, no cree usted que corre peligro nuestra independencia económica?

En una nuez, el país ha probado que puede vivir y prosperar sin el petróleo. Habremos de convencernos, y ojalá no sea tarde, de que es imposible que viva y prospere con una población en gran parte sumida en la miseria; cuya salud física y moral está empeorando en grado peligroso, y con una agricultura arruinada —aun cuando siga aumentando la explotación petrolera, aumento que no hará sino aproximar el día de su final agotamiento.

Si la desvalorización del bolívar puede mejorar las condiciones de nuestra población y de nuestra agricultura, se justifica plenamente, aun cuando traiga una reducción de las entradas por el respecto del petróleo, reducción que en todo caso se podría de alguna manera remediar. Creo que los efectos de la desvalorización, si alcanzo a ver justo, serían entre otros los siguientes:

a) Aumentaría el rendimiento de los impuestos *ad-valorem* en la misma medida en que se reduzca el valor de la moneda. Habría una reducción en el rendimiento de los impuestos específicos, pero es razonable esperar cierta compensación a causa de la mayor actividad económica.

b) Las deudas se reducirían en la proporción en que aumenten los precios de los artículos de exportación y otros servicios, en cuanto sean medio directo o indirecto de pago.

c) Los precios de los artículos de exportación, cuyos precios se determinan en los mercados mundiales, subirían en la misma proporción en que se reduzca la moneda.

d) Con el alza de los precios, habría posibilidad de ganancias, aumentaría el empleo y aumentaría la acumulación de capital —que se efectuaría por parte de los elementos más activos y emprendedores— y aumentarían los salarios y retribuciones.

e) Los precios de los artículos de importación irían adecuándose más o menos lentamente al nuevo valor de la moneda. En raros casos el alza sería inmediata. De algunos artículos, hay existencias en el país, y los nuevos precios no alcanzarían su nivel definitivo sino después de la llegada de las nuevas importaciones. El alza de precios sería menos que proporcional a la baja de la moneda, pues hay algunos elementos de costo que permanecerían invariados, como el impuesto aduanero, por ejemplo. Según mis cálculos, el impuesto aduanero compone, en promedio, más del 50% del valor de los artículos importados. Pero supongamos lo peor: que todos los precios doblen al reducir la moneda a la mitad. Nuestros productos tendrían el mismo valor en oro que hoy, y comprarían exactamente los mismos efectos que hoy compran, con la diferencia de que el poder adquisitivo de la mayoría de nuestra población aumentaría, pues la desvalorización tiende naturalmente a aumentar las exportaciones. Los deudores y los pequeños productores tendrían un alivio real, indiscutible, aun en la hipótesis de que sus beneficios fueran nulos en los otros sectores.

f) Como dije antes, la desvalorización monetaria favorecería nuestras exportaciones y obstaculizaría nuestras importaciones, lo cual, en las actuales circunstancias, no me parece perjudicial para el país.

Los subsidios y el alza temporal del cambio:

Debo confesarle que no soy partidario de los subsidios. Con estos subsidios me parece que se crearía un mal precedente, que se haría imposible, después, terminar. Algunos de los países productores pueden considerarlo como una forma de *dumping*. Por fuerza habría que extenderlos a una serie de productos. Es verdad que el café y el cacao son los productos más importantes de nuestro país, pero hay regiones venezolanas cuya prosperidad depende de otros productos. Si se concediera subsidios al café y al cacao ¿por qué no concederlos al azúcar, al ganado, al balatá, etc? Es natural que para administrar estos subsidios tendría que crearse una organización con personal competente, que costaría dinero, que ya no iría a beneficiar a los interesados. Esta organización, de acuerdo con la ley de todas las burocracias, tendería a perpetuarse, y a extender sus atribuciones. Otro inconveniente grave lo constituye el peligro de que vaya, principalmente, a beneficiar a los negociantes y exportadores, en vez de los productores, que son los que más lo merecen y más lo necesitan. Nuestra firma negocia en café, y nosotros nos beneficiaríamos con los subsidios, pero no sería ni justo ni honrado que yo los defendiera por esa sola razón. La ayuda debe ir al agricultor en todo caso, y no hay que correr el peligro de que beneficie a ciertas firmas que, en esta situación, han encontrado manera de especular con los errores, las dificultades y la miseria de los otros. Por otra parte ¿serían esos subsidios suficientes? Muchos expertos americanos y europeos están convencidos de que el presidente Roosevelt desvalorizará aun más el dólar, es decir, lo rebajará en ese diez por ciento, para lo cual está autorizado por la Ley Monetaria. También es creencia general que el dólar se desvalorizará al entrar en vigor la proyectada legislación sobre la plata. Si se hace efectiva esta desvalorización que ya está en potencia, el subsidio, para ser eficaz tendría que ser considerable, y la desvalorización sería otra vez la única solución posible, por ser la más fácil y la más eficaz.

Tampoco soy partidario del alza temporal de los cambios, que tiene el inconveniente gravísimo de la inestabilidad, que es la verdadera peste de las inflaciones de curso forzoso.

Cuando el cambio vuelva a bajar, es claro que volverán a presentarse los mismos inconvenientes que hoy deploramos.

Voy a referirme a otros puntos de su carta.

Causas de la crisis: En mi artículo, dije que Sombart había demostrado que hasta ahora las ondulaciones o fluctuaciones de la vida económica han dependido de la abundancia o escasez de los metales preciosos. Es claro que no puede afirmarse lo mismo de la actual crisis, pues la moneda metálica no solo ha dejado de ser la única moneda, sino que no es siquiera la más importante. En Inglaterra y los Estados Unidos el oro no representa sino el 5 o 6 por ciento del medio circulante. La moneda bancada tiene que tener en tales países más importancia que el oro, aun cuando en cierto sentido se basa sobre él.

Creo que la opinión más admitida, en lo que respecta a las causas de la crisis, es que son muy complejas, aun cuando hay siempre una que ocupa un puesto central. Yo me adhiero a la tesis sustentada por Keynes, Cassel y Fisher entre otros, que consideran que la causa principal de la actual crisis es de orden monetario. Es verdad que el Asia, o mejor, el Japón, ha sido un factor importantísimo del desajuste de la economía mundial, pero hay que notar que el Japón no se convirtió en el formidable competidor que es hoy sino después de haber desvalorizado el yen, el cual valía en 1931, 12,52 francos franceses, y apenas vale hoy 5 francos. Según noticias que trae el *New York Times* del 15 de abril pasado, durante el último año las exportaciones japonesas, aumentaron en 63%, aumentando también extraordinariamente la actividad industrial y las ganancias comerciales e industriales. Otro pueblo, que no fuera el Japón, no habría hecho otro tanto, sin la desvalorización, ni el Japón habría podido hacerlo.

El dólar americano: Lo que ha sucedido con el nuevo dólar no puede juzgarse debidamente, creo yo sino imaginando lo que habría sucedido con el viejo. Los precios no han subido mucho, porque si se evalúan en oro, los precios mundiales han seguido bajando. Sin embargo, a pesar de eso, el nivel general de precios había aumentado durante el año que terminó el 20 de enero pasado en un 16%. En el caso de ciertos productos, como el algodón, el trigo, el maíz, la avena, el cobre, etc., el alza ha sido hasta de 100%. Pero más importante que el alza de precios, es la disminución del desempleo, el aumento de la producción industrial y el hecho de que las compañías industriales y comerciales ya registran ganancias, en vez de pérdidas. La política de Roosevelt no ha dado todos los resultados que se esperaban, porque ha sido muy contradictoria, habiéndose propuesto objetivos que se excluyen. Pero sin, embargo, por modestos que sean esos resultados, son inmensos, si se piensa en los males que causó la desesperante inercia de Mr. Hoover, y en la catástrofe en que habría culminado tal política de inercia. El estudio del *Bureau of Economic Research*, de que le hablé antes, documenta esos males: durante los años 1929-1932 las pérdidas de las compañías industriales y comerciales se elevaron a la enorme suma de 24.194 millones de dólares, y el rédito nacional se redujo al 60 o 70%. La necesidad de aliviar esta situación justifica perfectamente el abandono del patrón oro, aun cuando, como se ha demostrado, no hubo causas de orden estrictamente monetario. La moneda no es sino uno de los elementos de la vida económica de un país, y no es, con mucho, el más importante. En realidad, su importancia económica y social depende de sus funciones como instrumento de intercambio y como medida o común denominador de valores. En el caso de una desvalorización, como la que yo he propuesto, la moneda conserva estas dos funciones esenciales.

En una situación, como la actual, que causa grandes sufrimientos a la población trabajadora y compromete el porvenir de nuestras industrias

agrícolas, bases permanentes de nuestra riqueza, me parece que se justifica la desvalorización de la moneda, u otra medida igualmente grave, cuando ofrezcan esperanza de alivio. Tal política tiene reales inconvenientes, y envuelve peligros graves, pero la actual situación justifica medidas de emergencia. Cuando una casa se está incendiando, los bomberos dirigen sobre ella sus mangas de agua, sabiendo que con el agua van a causar graves daños, pero que siempre serán menores que los del incendio. Cuando todo un barrio de una ciudad corre peligro de ser destruido por las llamas, se destruyen manzanas enteras, como sucedió recientemente en Chicago. En una situación normal, tales actos son considerados criminales o de locos. En una situación de emergencia, lo imperdonable es que no se tomen esas medidas enérgicas.

Si se llegara a la desvalorización del bolívar, como yo lo espero, se habría adoptado una medida que ya han adoptado casi todos los países del mundo, y después de que nos ha sido dado ver las consecuencias. No nos habríamos lanzado a una aventura de exploración. Es indudable que Colombia atraviesa una situación de prosperidad, por más que esa prosperidad esté acompañada de males y envuelva ciertos peligros. El Brasil tiene una experiencia en materia de desvalorización, que es ya vieja de casi medio siglo, y esa experiencia le ha probado que la desvalorización alivia realmente, a pesar de los males que la acompañan, como a todo lo humano. Siempre es mejor tener algunos inconvenientes que una selva de inconvenientes.

Fragmentos de carta al Sr. Rodolfo A. Auvert

Ante todo, me parece conveniente que le exponga algunos de los razonamientos en que se funda mi proyecto de desvalorización de la moneda.

1) Venezuela es un país eminentemente agrícola. Si no estoy equivocado en mis cálculos, más del 80% de la población venezolana vive,

directa o indirectamente, de la agricultura, haciendo extensivo este término a la cría y las explotaciones forestales. En buena parte, esa población agrícola está compuesta de agricultores o cultivadores independientes. El peonaje, por lo menos en los Andes, es una minoría ínfima.

En la actualidad, la agricultura no es remuneradora, como usted lo sabe. Los agricultores y los que viven de la agricultura se están arruinando. Las propiedades están quedando abandonadas. Los campesinos están en la mayor miseria, y hay quienes se están muriendo de inanición, si no de hambre. A este estado nos han llevado los precios irrisorios de nuestros productos de exportación, y la carga desmesurada de las deudas, que pesa principalmente sobre la gente de los campos. Deudas que hoy no pueden pagarse, y que si nada viene a aliviar, obligarán a los campesinos a deshacerse de sus propiedades.

Todos estos agricultores condenados a un trabajo no remunerador; las propiedades descuidadas, insuficientemente explotadas, o abandonadas; el traspaso de muchas fincas a manos de los que no las cultivarán por sí mismos, y tantos otros perjuicios, implican una inutilización o destrucción de riqueza, que es difícil calcular, pero que es ciertamente considerable. Hay que recordar que la agricultura es una de las bases perdurables, permanentes, de la riqueza y del bienestar del país. Por otra parte, Venezuela es un país despoblado e inexplorado, cuyo crecimiento y cuyo desarrollo dependerán, durante mucho tiempo, de la expansión de las industrias agrícolas, expansión que no será posible si esas industrias no son remuneradoras.

Estas consideraciones, creo yo, justifican que se le dé a la agricultura el primer puesto, y un puesto preponderante, entre los factores de la economía venezolana; que se considere a los que viven de la agricultura como la mayoría del país, y sus intereses, como los intereses de la Nación.

2) Una parte, relativamente pequeña, de la población venezolana vive directa o indirectamente de la industria. Creo que usted no ignora que nuestras industrias han padecido siempre de una crisis crónica de sobreproducción debido a que no disponen sino del mercado venezolano, y este mercado tiene un poder adquisitivo muy limitado. Como, en general, los artículos fabricados en Venezuela están destinados a las clases campesinas, y como hoy esas clases están miserables y su poder adquisitivo se ha reducido en gran medida, esas industrias han visto contraerse aún más su mercado, y sus condiciones son más que nunca difíciles.

3) La industria petrolera es fuente de vida de algunas regiones venezolanas y de una parte no insignificante de nuestra población. Rinde cuantiosos recursos al erario nacional. Pero se trata, es innecesario decirlo, de una industria que está en manos de extranjeros. De una industria de carácter destructivo, devastador, como todas las industrias mineras. Cuando se agoten los yacimientos, las regiones petroleras volverán a su anterior condición de desiertos, si entretanto no han desarrollado otras fuentes de riqueza. El caso de México es elocuente. En fin, el petróleo es una riqueza perecedera, precaria, que dejará un vacío enorme en nuestra economía, el día que se agote, si para entonces no hemos desarrollado suficientemente otras fuentes de riqueza, que puedan restarle importancia relativa.

4) Es mi opinión que el alto cambio de nuestra moneda es la causa que más ha contribuido últimamente a empeorar la situación de nuestra agricultura y de nuestra industria, y ha agravado hasta el extremo nuestro desequilibrio económico; desequilibrio, cuyas manifestaciones principales son la ruina de los agricultores; la ruina de los industriales; las numerosas quiebras de comerciantes; la situación desesperada de los deudores; el abandono de las fincas agrícolas, etc., por una parte; y por la otra, las condiciones prósperas, o relativamente prósperas, de ciertas categorías, como las de los empleados, por lo menos de cierta clase, los rentistas, y en general, de los favorecidos por entradas fijas o garantizadas.

5) Uno de los principales efectos de la inflación o desvalorización de la moneda, es la redistribución de la riqueza y, en particular, del rédito nacional de un país. Usted lo dice muy bien. Dicha inflación o desvalorización monetaria, si se mira desde el punto de vista del interés general, será conveniente, si con esa redistribución de la riqueza y del rédito nacional, se benefician las categorías más numerosas, las más productivas y las que más lo necesitan. Es decir, la inflación o la desvalorización de moneda contribuye al acrecimiento de la riqueza nacional si las categorías beneficiadas con la redistribución de la riqueza y del rédito, pueden utilizar estos con mayor provecho que antes.

En resumen, considero que la agricultura es, desde todo punto de vista, el principal factor de nuestra vida económica. Considero las clases agrícolas como las más numerosas y las más importantes, tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista social. Sus intereses se confunden con los intereses de la Nación. La crisis la ha perjudicado principalmente, y los remedios deben adecuarse al mal.

Estoy convencido de que el único remedio eficaz para combatir los males que hoy sufrimos es la desvalorización de la moneda, en la forma que he propuesto, sin curso forzoso y sin inestabilidad, conservando sin cambio alguno el patrón oro. Con la desvalorización se volvería remuneradora la agricultura. Se daría un impulso a nuestras industrias, mucho mayor que el que puede esperarse de cualquiera medida de protección aduanera, pues aumentarían los precios de las mercaderías extranjeras y se aumentaría el mercado interior, es decir, se aumentaría el número de consumidores efectivos. Se favorecería el desarrollo de la industria petrolera. Se aliviaría la situación de los deudores en la medida en que se eleve el nivel general de los precios. Y, sobre todo, se restablecería un equilibrio satisfactorio en nuestras relaciones económicas. Yo podría aducir razones muy poderosas que hacen aconsejable, aún más, imperativo, el restablecimiento de ese equilibrio.

La desvalorización tiene, por supuesto, su pasivo, y el pasivo es grande. Hay ciertas categorías, como los rentistas, los empleados, asalariados y, en general, todos los favorecidos por entradas fijas, que se perjudican en mayor o menor grado. Las entradas por el respecto de las compañías petroleras disminuyen, pero no, sin embargo, en la proporción que se cree. El costo de los sueldos, salarios y servicios, tarda un cierto intervalo en adecuarse al nuevo valor de la moneda, pero se adecuará, sobre todo si, como consecuencia de la desvalorización, se presenta una mayor actividad económica. Las entradas correspondientes a los impuestos específicos, tales como el superficial, también se reducen. Aun cuando con el desarrollo de la industria petrolera aumenta la materia imponible, y puede preverse una compensación. Pero el impuesto más rediticio es el de explotación, que es un impuesto *ad-valorem*, cuyo rendimiento aumentaría en la misma proporción en que se reduzca el valor de la moneda. Estos males son graves, pero hay que verlos, creo yo, con cierto sentido de perspectiva, pensando en los males, que podrían ser mucho más graves, si quedara arruinada nuestra agricultura.

En esta situación, que es en sí sumamente mala, no es posible pensar en ninguna solución que no envuelva perjuicios para nadie. Se trata de un caso de emergencia, en que se pueden usar remedios que causen inconvenientes, si pueden evitar un mal peor.

Fragmentos de carta al Sr. Julio Planchart

En dos palabras, a usted le parece que mi remedio es heroico. Le responderé que el remedio debe adecuarse al mal, y el mal es sumamente grave. Es posible que me equivoque en la apreciación de su gravedad, y entonces mi remedio estaría contraindicado, en cuanto habría el peligro de que resulte peor que la enfermedad. Pero mientras no se demuestre que mi diagnóstico está errado, persisto en creer que mi remedio es el

único adecuado y eficaz. Los demás remedios propuestos son meros paliativos, meros “paños calientes y bálsamos anodinos”.

Mientras más estudio y pienso en esta cuestión, más me convengo de que la desvalorización es el remedio eficaz.

En primer lugar, devolvería la prosperidad a nuestras industrias agrícolas, que son las bases permanentes, perdurables de la riqueza y del bienestar del país —y que están camino de la ruina—. Me objeta usted en su carta que no considero sino el sector agrícola. Le demostraré que he tomado en cuenta los demás sectores. En todo caso ¿le parecen a usted poca cosa los intereses agrícolas, Don Julio? En la misma nota de la Cámara para el señor Ministro del Interior, que creo escrita por usted porque está muy bien escrita, se afirma que la agricultura nacional “es el fundamento de la vida económica del país”. Esto no me parece exagerado. Haga usted un cálculo, cálculo que hay que hacer sin poder basarse en estadísticas precisas y que tiene que ser aproximado, y encontrará que más del 80% de la población venezolana vive, directamente o indirectamente, de la agricultura. Es decir, las clases agrícolas componen una mayoría abrumadora de la población de Venezuela. Si tal fuere el resultado del cálculo que le sugiero, ¿habría razón para considerar como absurdo económico toda medida que las beneficie, aun en la peor hipótesis de que las beneficie exclusivamente? Menos razón habría para considerarla como un absurdo social.

Pero no solo son las más numerosas y las más importantes del país, desde el punto de vista económico. Son también las más importantes desde el punto de vista social. Son nuestro reservorio demográfico. Están conquistando el desierto y extendiendo las fronteras efectivas del país, luchando contra los enemigos terribles que esconde la selva y el desierto, en medio de los mayores sacrificios. No me parece que es esa clase benemérita la que debe subvencionar las otras. Es merecedora, por el contrario, de todos los privilegios.

Venezuela es un país despoblado e inexplorado, cuya población y explotación dependerá, durante mucho tiempo, del desarrollo de nuestra agricultura, o lo que es lo mismo, de las clases agrícolas. Ahora bien, ese desarrollo es imposible, evidentemente, si la agricultura no es remuneradora. Hay un hecho que viene en apoyo de mi tesis. Personas llegadas del Táchira cuentan que en las cuatro últimas semanas han emigrado a Colombia tres mil personas más o menos, entre las cuales se cuentan más de trescientas familias, cuya presencia le da un carácter definitivo a dicha emigración. Puede suceder que dichas cifras sean exageradas. Pero lo cierto es que la gente está emigrando de este país, que dicen de moneda sana, a otro país, cuya moneda ha sido exageradamente inflada y es inestable, de seguro porque a pesar de todo ofrece mejores oportunidades para el trabajo. Esto me parece grave. Este es un país despoblado, que tiene en sus fronteras a Colombia, cuya población se acerca a los once millones, y Brasil, con sus cuarenta y cinco. De acuerdo con el axioma aquel de que la fuerza de un país se mide por la de sus vecinos ¿no le parece a usted que esta situación envuelve sus peligros?

La desvalorización no solo beneficiaría la agricultura sino también a la industria. En el Boletín dijo usted una vez que nuestras industrias sufrían de sobreproducción crónica, debido a lo reducido de nuestro mercado. Teniendo en consideración el hecho de que nuestras industrias trabajan para las clases campesinas, y que hoy el poder adquisitivo de esas clases campesinas es mínimo, tal crisis de sobreproducción es extrema. Con la desvalorización estas industrias se benefician doblemente: con la reducción de los costos y con la extensión del mercado, que implicaría el aumento del poder adquisitivo de nuestros campesinos. Las industrias venezolanas son relativamente modestas, pero no dejan de tener importancia, sobre todo si se piensa en el porvenir del país.

La desvalorización aliviaría la situación de los deudores, en la proporción en que suban los precios. Aquí ha habido una deflación durante

los últimos cinco años, que se ha hecho cada día más seria. Ayer recibí un periódico de Bogotá —El País— que trae un artículo de Aquilino Villegas, y que me ha remitido un amigo. He estado leyendo la prensa colombiana de los años pasados. Por dicha prensa he podido darme cuenta de que la inflación colombiana, contra la versión corriente aquí de que fue el resultado de la guerra con el Perú, fue muy discutida y practicada deliberadamente como un remedio a los males económicos que sufría como consecuencia de esa deflación. Pero vengo al asunto de que le hablaba. En ese artículo, que aparece publicado en El País del 30 de julio de 1933, está expuesto este asunto de la deflación mejor de lo que yo pueda hacerlo. Voy a copiar algunos párrafos, aun cuando esta carta se haga demasiado larga.

“La solución del problema de las deudas es hoy en el mundo la principal de las preocupaciones de los pueblos y de los gobiernos... El mundo todo se infló, es decir, aumentó su circulación monetaria, no solo de billetes y monedas, sino sobre todo de créditos bancarios y otros de todas clases... A consecuencia de esta inflación o excesiva abundancia de moneda esta se desvalorizó, como se desvalorizan el trigo o las papas cuando la cosecha es abundante...

“Vino luego la deflación por causas largas de explicar. Nadie quería prestar dinero: ni pueblos, ni gobiernos, ni banqueros, ni capitalistas, ni usureros. El crédito se acabó, porque nadie creía en las posibilidades de pago del deudor. Al escasearse el crédito que hace las funciones de la moneda en cantidades fabulosamente más grandes que las monedas metálicas y los billetes representativos, se valorizó la moneda, subió considerablemente de precio, como suben el trigo y las papas cuando la cosecha es mala y no alcanza al consumo normal de la población. La moneda, como si fuera de caucho, se alargó, ya no cabía o cabía pocas veces en el valor de las cosas que se venden y se compran. La vaca que valió primero \$ 50, cuyo precio alcanzó a \$ 100, bajó a \$ 30. El precio

de las cosas rebajó considerablemente, el precio representado en esta medida excesivamente grande, en esta moneda valorizada. Lo que vale decir que los bienes que el deudor tenía para el pago, ya no alcanzaban, ni mucho menos a satisfacer la obligación. El deudor tiene que agregar otros y otros bienes y muchas veces toda su fortuna para pagar. Ese deudor recibió una moneda que valía como CUATRO y hoy se le exige el pago en una moneda que vale como DIEZ. Eso no es justo: choca contra elementales principios de equidad: ante un criterio jurídico más valiosa que la que le prestó a su deudor; y, en consecuencia, éticamente, jurídicamente, el Estado tiene el derecho y la obligación de intervenir para restablecer el equilibrio. Aún más: teóricamente el deudor es el trabajo, el hombre de trabajo, aquel que con su esfuerzo físico, la energía de su voluntad o el vigor de su inteligencia se ocupa en aumentar la riqueza pública. Es pues, un problema de los llamados de orden público, superior al estrictamente privado”.

Con la desvalorización o la inflación de la moneda se alivia la situación de los deudores, situación trágica que amenaza desposeer a todas nuestras clases agrícolas, y arruinar a casi toda nuestra clase comerciante. ¿No se asusta usted con esta proletarización de nuestros agricultores y de nuestras clases medias? ¿No le parece a usted gravísima la concentración de la propiedad que va a efectuarse al mismo tiempo?

Pero la importancia mayor, la vital, en este asunto, es que la desvalorización permitiría restablecer cierto equilibrio en nuestras relaciones económicas. Debido a la baja de precios de todas las mercaderías y al crecido valor de la moneda, hay ciertos grupos —rentistas, acreedores, empleados y, en general, de los favorecidos por entradas fijas o garantizadas— que acabarán por hacerse propietarios del país, por ser los beneficiarios del producto líquido del rédito del país.

El efecto principal de toda inflación o desvalorización de la moneda es la redistribución de la riqueza y del rédito del país. En esta

redistribución de la riqueza y del rédito se beneficiarían en nuestro país las categorías más numerosas, las más beneméritas y las más necesitadas. Es claro que esta redistribución de la riqueza y del rédito favorece la economía nacional siempre que los beneficiados estén en capacidad de aumentar su rata de productividad. Por supuesto, además de estos efectos económicos hay que considerar sus efectos en el dominio social, efectos que son casi siempre los más importantes. Usted compara en su carta los glóbulos áureos de la circulación monetaria con los glóbulos rojos de la sangre. La comparación no me parece propia. Diría más bien que propongo una poda, que permita al rédito del país, que es la savia de nuestra economía, que vaya a fecundar las ramas más productivas.

En su carta, la Cámara sugiere al Gobierno Nacional, como principal remedio de la situación actual, que se lleve el cambio del dólar a Bs. 4,50. El alza de nuestro cambio sería, por supuesto, temporal. Tengo la seguridad de que esta medida no tendría la eficacia de la que he propuesto, y sería fuente de inestabilidad que es la peor peste de las inflaciones de curso forzoso, la principal causa de que una moneda sea considerada mala. Un país puede vivir y prosperar con cualquiera moneda, que en el fondo no es sino una medida de valor, sea grande, pequeña o pequeñísima. El hecho de que Francia, Bélgica y Checoslovaquia, por ejemplo, tengan monedas que apenas valen mínimas fracciones de las anteriores, no ha impedido que sean prósperas. Es decir, desde el punto de vista de la economía, tanto vale la corona como la esterlina. Lo que más importa es que esa moneda sea estable. En el proyecto de la Cámara, la fase peor será la fase de la revalorización. Cuando el bolívar, después de haber sido llevado a Bs. 4,50, vuelva a su paridad volverán a presentarse los mismos inconvenientes que hoy deploramos.

Usted dice que se dudaría de la economía dirigida si quienes debieran aplicarla fueran como médicos probados. Yo pondría, es decir, plantearía la cuestión en otra forma. Los médicos probados han estado en la

cabecera del enfermo y han fracasado lastimosamente. Como el enfermo sigue agravándose, no es locura llamar a otros médicos que ofrezcan el alivio o la curación, aun cuando fracasen igualmente. Cuando la llamada economía liberal fracasa repetidamente, es saludable, porque suscita nuestras esperanzas, que hay hombres de energía y de coraje que propongan nuevas formas de organización económica, y que haya hombres de Estado que tenga el valor de llevarlas a la práctica. Me parece que el progreso humano se debe en buena parte a los hombres de imaginación y de coraje que han creído que se podía hacer algo diverso y mejor que sus mayores.

En fin, en todas estas cosas hay que dejarle la palabra al tiempo. El tiempo dirá quienes tenían la razón. Si la situación mejora decididamente en el futuro inmediato, entonces hasta la inercia habrá sido buena conducta. Si la situación se prolonga y se agrava, entonces tal vez se dará razón a los que hoy invocamos remedios heroicos.

Fragmentos de carta al Dr. E. Arroyo Lameda

Yo sé bien que usted es uno de los más capacitados para opinar sobre estas cuestiones económicas. Por eso tenía interés en conocer su opinión y sus objeciones, sobre todo, sus objeciones. Créame sincero cuando le digo que tan solo me considero un humilde estudiante, deseoso de aprender. A mí me sucede, como debe sucederle a usted que me incomodan ciertas críticas provenientes de personas que ni siquiera intentan estudiar las cuestiones antes de opinar; pero nunca me disgusta, por el contrario, me agrada la crítica que viene de personas que tienen algo interesante que decir, después que le han dedicado siquiera poco esfuerzo. Desgraciadamente, usted se calló esas reservas de que me habla.

Un sentimiento de piedad me llevó a publicar ese artículo. La situación de esta parte del país era pésima. Ahora es mucho peor y continúa

agravándose de hora en hora. Hay mucha gente de los campos que no tiene con qué comprar la sal —gente que se está muriendo de inanición, si no de hambre—. Las defunciones han menudeado en los últimos días, y son mucho más numerosas que los nacimientos. Por todas partes las quiebras, la ruina, la miseria, los sufrimientos. Crea usted que esto abate el ánimo.

Es indudable que se trata de una situación mundial, pero sí hay posibilidades de aliviar nuestros males económicos. Mientras más pienso en la solución que he propuesto más me convengo de que es la única que, como usted bien lo dice, es posible, a nuestro alcance. Aliviaría la situación de las clases que más han sufrido con la crisis y permitiría restablecer un equilibrio más o menos satisfactorio en nuestras relaciones económicas. Este restablecimiento del equilibrio económico es de la mayor importancia.

Por aquí, tengo la impresión de que, con la excepción de algunos avaros, la ruina será general. El Táchira es, sin duda alguna, la región más rica y más laboriosa de los Andes. Todos los que llegan dicen que se está arruinando. El solo Consulado de Colombia en San Cristóbal expidió cerca de 12.000 permisos a venezolanos para emigrar a Colombia. Y hay dos consulados colombianos más en el Táchira. En San Cristóbal hay más de 300 casas desocupadas. La situación empeora a medida que uno se acerca a la frontera. En una sola calle de Ureña hay más de 60 casas desocupadas. Mi amigo, llegaremos a la completa inopia.

Alberto Adriani, 1935

Las primas de exportación

Un breve cambio de ideas en la redacción con el doctor Alberto Adriani, miembro de la Junta nombrada para el estudio de tan delicado asunto, nos permitió recoger datos de capital importancia sobre la gestación del proyecto presentado por la mencionada Junta al Ejecutivo Federal y el criterio que dictó el Decreto mencionado.

Podemos escoger el café para dar una idea cabal del asunto y señalar con líneas netas la verdad de la situación. Se trata de un fruto que no tiene mercado o que tiene un mercado que no cubre el precio actual de producción. No se trata de un grupo de productores, grandes o pequeños, que se encuentran en la estacada, sino de una crisis que afecta a toda nuestra industria cafetera. Y estas condiciones adversas que acogotan al pequeño productor, son por lo general mortales para los grandes fundos. Es decir, el proceso de la bancarrota se inicia en el gran productor, y debe, por tanto, regir un criterio igual: organizarse la defensa de la industria cafetera en su totalidad.

Al respecto final, considera el doctor Adriani que la prima ha debido ser para los exportadores y que así, por obra del libre juego comercial y de la natural competencia, iría infaliblemente a beneficiar al productor grande y pequeño, y se hubiera evitado, hasta el mínimo, nada que afectara al comercio cafetero, tan delicado y obra de tantos años de esfuerzo y de trabajo.

Entre el proyecto presentado por la Junta y el Decreto Presidencial existen diferencias de importancia y es criterio de nuestro informante

que vienen a limitar el radio en la acción benéfica de la medida. Algunas de las diferencias aparejan graves dificultades para el cumplimiento del Decreto, hasta el punto de que pudieran resultar disposiciones irrealizables, y ello aportaría el decaimiento moral que es fruto nefando para los Gobiernos cuando se dictan leyes que no se pueden cumplir. Tal pudiera ocurrir con la complicada fiscalización de la propiedad del fruto, cuando tal fiscalización, en el aspecto que existiera, tenía que ser muy sencilla y práctica, de manera de evitarse por su misma sencillez todo manejo desmoralizador. Además, el proceso comercial que sigue el fruto de los pequeños productores, urgidos de numerario y careciendo de suministros, pues ya no se dan en las regiones apartadas, aumenta el nudo de las dificultades. Es necesario recordar que en cada lote de exportación concurren, en ocasiones, hasta doscientos productores pequeños, y se vislumbrará el alcance de los tropiezos con que se topará en el cumplimiento de la medida.

Cuatro puntos esenciales nos señala Adriani que difieren entre el proyecto elaborado por la Junta y el Decreto del Gobierno, los cuales podrán ser objeto del estudio, análisis y crítica por parte de los conocedores de nuestra situación económica, y en especial de quienes se preocupan por una cuestión tan ardua como es la situación de nuestra industria cafetera.

Primero: Las primas indicadas en el Decreto son más bajas que las indicadas en el Proyecto de la Junta.

Segundo: La Comisión únicamente excluía de las primas a las existencias de café propiedad de casas exportadoras localizadas en Caracas y en los puertos de embarque.

Tercero: En el Proyecto de la Junta las primas debían ser pagadas al exportador mediante la sola presentación del conocimiento de embarque, por medio del Banco de Venezuela.

Cuarto: No se fijaba ningún plazo para limitar el efecto de la medida y el plazo que fija el Decreto es prácticamente de un mes menos, por los trabajos que hay que realizar, para los productores de la Cordillera, para los cuales, entonces, el plazo vendrá a terminar el 30 de mayo en lugar del 30 de junio.

He aquí, pues, un grupo resumido de consideraciones alrededor de la medida que ojalá rinda un máximo de beneficios para todos nuestros productores.

El convenio sobre el cambio

Caracas, febrero de 1936.— Se discute desde hace semanas sobre la oportunidad de mantener o terminar el convenio que mantuvo hasta hace días el tipo de cambio del dólar entre 3,90 y 3,93. ¿Será oportuno, ahora que se conoce la entidad de las primas acordadas por el Gobierno Nacional, terminar dicho convenio?

Hace ya algún tiempo que la Junta nombrada por el Gobierno para estudiar la mejor manera de extender a otras ramas de la industria agrícola nacional la ayuda acordada en beneficio de los productores de café, por Decreto del 21 de diciembre pasado, presentó informe. En este informe la Junta hizo una recomendación con respecto al convenio del cambio. Consideraba la Junta que el momento en que el Gobierno iba a conceder una ayuda generosa a los productores de géneros agrícolas exportables, era el más oportuno para terminar el convenio existente sobre cambios y dejar que estos recobraran su nivel del punto oro. Con esta medida, si es verdad que se reducirían las primas que iban a acordarse, se daría, en cambio, un paso en el sentido de equilibrar nuestra economía, principalmente mediante la reducción del costo de la vida. También se lograría hacer más favorable la balanza de pagos del país. Los que habrían podido sentirse más perjudicados serían los importadores, pero, en la actualidad las existencias de mercaderías son bastante reducidas y las pérdidas, por este respecto, podrían ser compensadas en razón de que muchas de estas mercancías serían pagadas con giros obtenidos al nuevo curso de cambio. La Junta terminaba recomendando

que se tomaran las medidas necesarias para conseguir la estabilidad del cambio.

Sin embargo, las primeras sugeridas por la Junta fueron sustituidas por otras relativamente modestas. En vista del Decreto del 27 de enero, es claro que no podrían mantenerse las sugerencias del informe relativas al convenio sobre el cambio. Toda alza del cambio del bolívar implicaría una reducción de la modesta prima acordada, y si llegara hasta el punto oro, vendría a anularse casi por completo. Hay que notar que el alza de los jornales que se ha hecho inevitable, como consecuencia del salario fijado por la Administración de Obras Públicas, ha tenido como consecuencia aumentar considerablemente los costos de producción de los artículos exportables, así como también de los de primera necesidad y consumo interno. De tal manera que puede afirmarse que aún cuando el alza del bolívar hasta el punto oro no consiguiera anular completamente el importe de la prima, la situación de los productores de artículos exportables sería mucho peor que antes de la ayuda.

Algunos venezolanos, que pertenecen a las categorías de importadores y banqueros —a los cuales habría que agregar ahora los exportadores de capital y los viajeros obligados— están en favor de que se deje el cambio libre. Los unos piensan que con ello se conseguirá la baja del cambio, aún cuando no es seguro, en vista de las compras que el Gobierno Nacional se propone hacer en el exterior. Para los banqueros, por lo menos para ciertos banqueros, las fluctuaciones son siempre bienvenidas, pues implican un mayor margen de ganancia y favorecen ciertas especulaciones.

Los intereses de los importadores y de los banqueros son dignos, naturalmente, de tomarse en cuenta, y deben satisfacerse, si a ello no se oponen intereses colectivos de mayor monto. En el caso que consideramos, es seguro que tales intereses se oponen a los intereses de los

exportadores, que son los mismos de nuestros productores. Si nuestro cambio vuelve al punto oro, sin que de alguna manera se compense a los productores, nos pondremos en situación de mayor inferioridad que la actual con respecto a la casi totalidad de los países competidores de Venezuela en los mercados mundiales, los cuales disponen, con sus monedas desvalorizadas, de un potente instrumento de política comercial, mediante el cual han podido reducir sus costos de producción, librarse en buena parte del peso muerto de las deudas privadas, corregir muchos desequilibrios, en fin, poner en marcha su vida económica. Si la producción de la mayoría de nuestros artículos exportables deja de ser remuneradora, como hasta el Decreto de ayuda a la agricultura, es claro que se reducirán las exportaciones, y esos productores dejarán de ser consumidores, aún cuando se verifique la reducción del costo de la vida, y los importadores y banqueros sufrirán inevitablemente. Se puede asegurar que ninguna empresa, aún cuando sea una empresa bancaria venezolana, puede realizar buenos negocios en el vacío económico.

Se ha dicho, sin aducir naturalmente las pruebas, que a Venezuela no le conviene el cambio bajo del bolívar porque importa más de lo que exporta. Para llegar a esa conclusión se excluye de nuestras exportaciones el petróleo, lo cual, evidentemente, no es razonable, porque las exportaciones de petróleo son exportaciones venezolanas, en cuanto representan trabajo venezolano e impuestos pagados al Erario venezolano. Pero supongamos que sea cierto que tenemos una balanza comercial deficitaria. Este hecho no sería definitivo. Lo que importa para un país, más que su balanza comercial, es su balanza internacional de pagos, y nuestra balanza de pagos es ciertamente favorable. Se podrían aducir estadísticas y cálculos en prueba de este aserto.

Pero nos basta fijarnos en el oro que el país ha acumulado en los dos últimos años con los excedentes de su balanza de pagos.

Pero se puede aceptar la tesis de los que afirman que Venezuela importa más de lo que exporta, sin tomar en cuenta la balanza de pagos. A su manera, y muchas veces sin saberlo, estos señores son mercantilistas, y los mercantilistas consideran que la balanza comercial deficitaria es un grave mal para el país que la padece. Aún cuando no sea uno mercantilista hay que convenir en que la balanza comercial desfavorable es un mal para países productores de materias primas, como el nuestro. Sería el caso de hacer algo para remediar ese mal, pues si es verdad que el político debe ver las realidades tales como son, no es menos cierto que frente al mal la mejor conducta no es la que se inspira en el fatalismo oriental. Pues bien, si se encarece nuestra moneda, ese mal no solo no se alivia sino que se agrava, pues la experiencia ha demostrado hasta la saciedad que la moneda cara favorece las importaciones y dificulta las exportaciones.

En las actuales condiciones, tengo el convencimiento de que el convenio existente sobre el cambio satisface los intereses de los productores, sin sacrificar de ninguna manera los intereses de los importadores, ni causarle perjuicios indebidos a los banqueros, y menos todavía a nuestros exportadores de capital. Ni los importadores, ni los banqueros, pueden estar interesados en el alza del bolívar, si con ello se va a hacer aún más difícil la situación de los productores de nuestros principales artículos exportables, y disminuir el poder adquisitivo de muchos consumidores, y hasta ocasionar tal vez su completa ruina. Evidentemente que eso no les conviene, ni como comerciantes, ni como interesados en el bienestar social de la colectividad.

Es necesario también declarar que es de la mayor urgencia que se establezca el cambio, y termine la incertidumbre que tanto perjudica a los negocios. Puede afirmarse que el peor vicio de una moneda es la inestabilidad. Los negocios prosperan con la confianza, y la moneda inestable

es enemiga de la confianza. Las especulaciones malsanas son las únicas que prosperan con la moneda inestable, y entre los especuladores es claro que se cuentan los bancos, especialmente interesados en esos negocios, aún cuando no todos se benefician.

La estabilización, en mi opinión es cosa relativamente fácil. Bastaría que el Banco de Venezuela, el cual como agente de la Tesorería es el encargado de regularizar la circulación monetaria, obtuviera, con la mediación del Gobierno Nacional, un crédito de dos millones de dólares, por ejemplo, en un Banco de Nueva York, para que la estabilización quedara asegurada. Este es un procedimiento que ha sido empleado en otros países con éxito, sin que en algunos casos tales créditos hayan tenido que ser empleados.

También podría el Gobierno conseguir la estabilización indicando el propósito de importar o exportar oro, cuando el cambio sobrepase los límites del punto oro. Yo creo que el solo anuncio del Gobierno, en este sentido, bastaría para conseguir la estabilidad.

Para concluir, las actuales circunstancias aconsejan que se mantenga el convenio existente sobre el cambio, y que se haga lo necesario para mantener la completa estabilidad.

Alberto Adriani, 1936

Mientras dictaminan los expertos

Caracas, febrero de 1936.— El comunicado de la Cámara de Comercio de Caracas, publicado en *El Universal* del 8 de los corrientes, contiene interesante información en lo relativo al actual convenio sobre el cambio, pero nada concluye sobre el problema que hoy preocupa a nuestros agricultores, comerciantes y banqueros: el de la estabilización del tipo de cambio.

No podría decirse que la Cámara de Comercio sea indiferente en cuanto a la solución que se dé al asunto. En todo caso, no debería serlo. Pero la verdad es que no parece contrariarla el agnosticismo del Gobierno, precisamente porque no tiene ninguna convicción sobre el particular, ni tampoco puede ofrecer alguna recomendación. Solo se limita a declarar que “lo más aconsejable, desde el punto de vista patriótico, es estudiar concienzudamente esta clase de problemas”. Sobre lo cual se puede tener la seguridad de que no habrá quien disienta.

La Cámara de Comercio afirma que ni el Ejecutivo Federal ni los fiscales de Bancos tienen autorización legal para establecer un control rígido de las operaciones de cambio. Esto es cierto en cuanto se refiere a los fiscales de Bancos. Pero es por lo menos discutible, en lo que respecta al Ejecutivo Federal. Si el Gobierno lo quiere, ya se descubrirán, no una, sino muchas maneras de hacerlo. Podría, por ejemplo, valerse del Art. 72 de la Ley Orgánica de la Hacienda Nacional, que autoriza al Ejecutivo Federal para adoptar, en receso de las Cámaras Legislativas, las medidas de emergencia de orden económico o financiero que pudieran

ser requeridas por circunstancias extraordinarias imprevistas. Aun cuando es ocioso, en el presente caso, averiguar si el Gobierno tiene o no poder para intervenir en la materia, ¿acaso no intervino en el convenio que todavía está vigente? ¿Por qué habría de necesitar autorización del Congreso para importar o exportar oro? ¿Qué le impide mediar para que el Banco de Venezuela consiga un empréstito, con el fin de alcanzar la estabilización? Si se quiere intervenir, no me parece que el Gobierno tendrá que detenerse ante obstáculos insuperables.

Todos debemos celebrar que el Gobierno esté gestionando la venida de técnicos extranjeros para que lo ilustren sobre tan “complicado” problema. Yo encuentro que debería precederse de igual manera en lo que concierne a otros problemas técnicos, pues es mejor aprender con los que saben, que correr el peligro, un peligro que no es imaginario, de que nuestro país sea un conejo de laboratorio, condenado a ser víctima de los aprendices y del aprendizaje.

Pero, en fin, el problema de la estabilización del cambio, al nivel establecido en el convenio, no es cosa del otro mundo, ni requiere que los expertos hayan estudiado antes el conjunto de nuestros problemas monetarios y bancarios. Hay que ayudarse con un poco de buen sentido. El actual convenio no se ha salvado de los críticos, pero puede asegurarse que no ha causado graves perjuicios a ningún sector de nuestra economía. Sería de desear que los críticos competentes se tomaran el trabajo de documentar sus críticas. En cambio, la inestabilidad si será un mal innegable, por la incertidumbre que acarrea y por las especulaciones malsanas que siempre prosperan a la sombra de esa incertidumbre.

¿Qué razón poderosa hay para que mientras los expertos estudien “concienzudamente” el problema del cambio, se modifique el actual convenio? ¿Por qué habrán de preferirse los cambios inestables, la incertidumbre y las especulaciones? Evidentemente que es más divertido, y

más cómodo, por supuesto, sentarse a presenciar las “fluctuaciones naturales de la ley de la oferta y la demanda”. Después de todo, los gustos son también hijos de la naturaleza.

La tributación y el nuevo estado social

Caracas, febrero 1936.— Bajo este título, publica *The Nation*, la conocida revista neoyorquina, una serie de artículos sobre los problemas financieros del Estado moderno, bajo la dirección de Paul Studenski, profesor de economía política en la Universidad de Columbia. En este simposio toman parte eminentes autoridades financieras de los Estados Unidos de América y de Europa.¹

Aun cuando estos artículos estudian los problemas financieros con especial referencia en los Estados Unidos, vale la pena fijar la atención sobre algunos puntos de interés para todos los estudiosos y técnicos de la finanza.

La estructura financiera del Nuevo Estado

Todos los autores que toman parte en el simposio están de acuerdo en que el Estado liberal ha dejado de existir. Ese Estado, cuya divisa en el campo de la economía era *laissez faire, laissez passer*, limitaba sus actividades a la protección de la vida y de la propiedad. Eran los días en que existía el convencimiento casi general de que el individuo sabía administrar la riqueza mucho mejor que el Estado. Los impuestos eran módicos, y su recaudación se efectuaba de acuerdo con los beneficios que los ciudadanos derivaban de las actividades protectoras del Estado. La mayor parte de las rentas, como todavía sucede en muchos países, se destinaba a la defensa nacional y al pago de las deudas de guerra.

[1]_ “Taxation and the New Social State”, en *The Nation*, números 3615 a 3635.

Estas teorías, como todas las teorías, no tienen sino la realidad sustentada por los hechos, y el hecho es que a espaldas del liberalismo y no obstante los prejuicios corrientes sobre la incapacidad económica del Estado, las funciones de este no han cesado de crecer en todas partes. Esta afirmación puede documentarse en forma que no admite discusión. El nuevo Estado es intervencionista. No puede contenerse, en ningún campo, con dejar hacer y dejar pasar. Sin abandonar sus actividades tradicionales, el nuevo Estado, cuando no hace, fiscaliza. Es productor de mercaderías y servicios, organiza y dirige la conservación y el desenvolvimiento de los recursos naturales, resguarda la salud de la población, asegura su educación universal y gratuita, cuida de los indigentes, fiscaliza las condiciones del trabajo, e interviene en los seguros contra el desempleo, los accidentes del trabajo, las enfermedades y la vejez.

Este acrecimiento de actividades ha producido la transformación de la estructura financiera del Estado Moderno. Ha sido necesario aumentar los impuestos existentes y crear otros nuevos. En los Estados más progresistas de Europa la administración pública absorbe hasta el 20 y 25% del rédito nacional. La tendencia actual es el aumento de los gastos. Como dice Mr. Slade Kendrick, uno de los autores que toman parte en el simposio “el retorno a la filosofía económica del individualismo y del *laissez faire* es tan poco probable como el retorno a los medios de transporte de hace un siglo”. Los viejos prejuicios sobre la incapacidad económica del Estado han desaparecido o, en todo caso, han perdido su eficacia. Cuando se creía que el Estado era económicamente incapaz y apenas debía ejercer las funciones que se suponían inevitables, se comprende que los impuestos se consideraran como un mal y se buscara escapar a ellos. En la actualidad, lo que se considera como un mal es que no rinda ciertos servicios socialmente útiles, que el individuo o la iniciativa privada no podrían producir en las mismas condiciones.

Es claro que ha desaparecido también la prevención contra los impuestos, que se consideran como un bien para la colectividad y para los mismos particulares, cuando se emplean para financiar servicios sociales útiles.

Poderes financieros del Nuevo Estado

Todos los economistas y los expertos financieros están de acuerdo en que las actividades financieras del Estado ejercen una influencia decisiva en las “coyunturas” económicas. Mediante su poder de tributación y sus actividades en el campo del crédito y como supremo regulador del sistema monetario, el Estado puede contribuir poderosamente a estabilizar la vida económica, impidiendo la inflación desmedida, en los períodos de auge y la deflación incontrolada en los períodos de depresión. El Estado puede valerse de estos poderes financieros como un agente poderoso de control social, procurando que la tributación sirva para conseguir una mejor distribución de la riqueza, de manera que se beneficie toda la colectividad. La opinión sobre las consecuencias de la actividad fiscal en la vida económica y en lo que respecta a los fines sociales que deben satisfacerse con la tributación, ha alcanzado cierta unanimidad. Tan solo se requiere que el Estado adquiera clara conciencia de los nuevos desarrollos de la economía tributaria y se resuelva a adoptar una política deliberada. Como dice Paul Studenski, “en vez de conformarse solamente a los cambios que ocurran en el orden social, la tributación debe impulsarlos. Entre todos los medios pacíficos susceptibles de promover el nuevo Estado social, la tributación es el más poderoso. Debería usarse, no solo como un expediente para recaudar rentas, sino como una fuerza positiva de reconstrucción social”.

Estas corrientes de opinión se van imponiendo. Una de las causas de la presente crisis es, en la opinión de muchos, el hiato que ha venido a

abrirse entre la producción y el consumo. Pues bien, según el reputado economista inglés J.A. Hobson, el desajuste entre la producción y el consumo se debe al excesivo aumento del capital fijo, el cual proviene invariablemente de los grandes réditos. Según Hobson, ese desajuste podría desaparecer si la tributación se encargara de dirigir tales réditos hacia las masas consumidoras.

¿Cuál es la naturaleza del poder de tributación? La teoría contraactual es evidentemente anticuada y está en contradicción con las teorías más recientes del derecho público. La teoría de la contraprestación según la cual el impuesto corresponde a beneficios recibidos del Estado, ha sido renovada y expuesta en forma brillante por Viti De Marco. Según las teorías más recientes de la finanza alemana e italiana, los dos principios que inspiran los sistemas tributarios modernos son el principio de la capacidad contributiva y el principio del beneficio. Con estas ideas se acuerdan las expuestas por las autoridades del simposio. Studenski observa que las intervenciones cada día más frecuentes del Estado en la vida económica hacen de él un socio de todas las empresas, y así se justifica su derecho a reclamar una participación en los beneficios que contribuye a obtener. Este nuevo principio del Estado socio, y de la capacidad contributiva deben ser, según Studenski, la fundamentación de los sistemas tributarios del porvenir.

¿Cuáles son los impuestos que tienen hoy preferencia? Los autores del simposio prefieren los impuestos directos, en particular el impuesto progresivo sobre la renta y sobre las sucesiones, que es el que mejor puede adecuarse a la capacidad contributiva y el más susceptible de servir, al mismo tiempo, de instrumento de control social

En la América Latina el impuesto sobre la renta ha sido establecido en algunos países. Sin embargo, aun cuando ningún sistema tributario puede llamarse racional si no cuenta con impuestos directos e indirectos, es menester proceder, en nuestros países, con la necesaria cautela

y moderación. Hay que observar que, no obstante los ataques que le dirigen los partidos llamados de izquierda, la tributación indirecta representa una parte necesaria, y muchas veces preponderante, en las entradas de los Estados modernos. Por otra parte, todo sistema tributario debe conformarse a la estructura económica de cada Estado. Los países latinoamericanos son pobres de capital, y la política fiscal no debe de ninguna manera dificultar la formación del capital líquido y debe facilitar la amortización del capital fijo. De manera que la necesidad de darle a la organización fiscal una estructura moderna deberá siempre conciliarse con las limitaciones de cada economía.

En lo que concierne al impuesto sobre la renta hay que atenerse a ciertas reglas. Los réditos mínimos no pueden ni deben pecharse. Los réditos medianos deben pecharse con gran moderación. Como lo demostró Alberto de Stefani, en lo relativo a Italia y Francia, la riqueza ofrece su mayor dinamismo, es decir, el coeficiente máximo de crecimiento, en las fortunas medias, que por este hecho se convierten en las más útiles desde el punto de vista social.

La presión mayor debe descansar sobre las grandes fortunas. Es nuestra América, en donde todavía domina la “economía de consumo”, para usar la calificación que Werner Sombart dio a la economía medioeval, los grandes capitales tienen un origen turbio, y si no en la primera, en la segunda generación, caen en manos de despilfarradores, viciosos, degenerados. Es decir, en la América Latina los grandes capitales son más para el consumo que para la producción. Indudablemente que la mayor presión, por razones de orden social y de equidad, debe pesar sobre las grandes fortunas.

En la actualidad, no es misterio para nadie que la política de crédito público puede ejercer una influencia decisiva en la evolución de las coyunturas económicas. Los expertos del simposio abogan porque se

adquiera plena conciencia de ese hecho y se racionalice el crédito, teniendo en vista su acción en la crisis. Según ellos, el Estado debe acudir al crédito, en los períodos de depresión, en la medida que lo requieran el sostenimiento de los servicios públicos, la ejecución de programas extraordinarios de obras públicas y la ayuda para el desarrollo de la producción planificada privada. Tales deudas deben pagarse en los períodos de prosperidad, aumentando los impuestos, de manera que sea posible también evitar las especulaciones antieconómicas y perturbadoras. Paul Studenski opina que el enorme aumento que se ha realizado en la deuda pública de los Estados Unidos, en los últimos años, podría pagarse en 7 u 8 años, sin tocar los servicios públicos. En los períodos de crisis el capital privado se vuelve tímido y se esconde. Es necesario entonces que el Estado emprenda una política de obras públicas y otros gastos en forma tal que los recursos pasen a la circulación general, y constituyan una adición neta del poder adquisitivo, favoreciendo el alza de los precios.

Uno de los poderes financieros de mayor importancia, en el Estado moderno, es el relacionado con el sistema monetario. Las dos últimas décadas han permitido que nos demos cuenta de la importancia que el sistema monetario tiene en la vida económica y social de un país. Durante esos mismos años ha podido también observarse que algunos intereses particulares han llegado a considerar, porque en ello estaba su interés, la moneda como el fundamento de la vida económica, a la cual esta puede sacrificarse. Arbitraria afirmación, porque, como dice el conocido economista sueco Cassel, no es la economía la que debe ponerse al servicio de la moneda, sino la moneda la que debe ponerse al servicio de la economía. En tal virtud, en todos los Estados modernos, el sistema monetario se ha independizado de los intereses particulares casi siempre miopes y rapaces, y se ha encomendado su administración a bancos centrales, constituidos de manera que puedan guiarse por los intereses generales.

La coordinación de los sistemas tributarios

La estructura del Estado moderno, el desarrollo verdaderamente extraordinario de sus funciones, y la tendencia que hoy domina, según la cual el Estado debe proponerse, en su acción fiscal, fines sociales deliberados, llevan a considerar como un todo los varios sistemas tributarios de un país, no como un conglomerado de sistemas disparatados y sin conexión entre sí.

Algunos de los grandes Estados modernos se han dado últimamente a la tarea de conseguir tal coordinación. Italia, por ley de 1932, dio una solución al problema, y estableció los límites dentro de los cuales puede moverse los impuestos locales. Las reformas más radicales han ocurrido en Inglaterra y en Alemania. Alemania ha estado últimamente trabajando en la organización de un sistema único de tributación, en el cual la fiscalización está encomendada al poder central. Los organismos locales tienen el deber de rendir un mínimo de servicios públicos, que puede superarse pero solo hasta cierto límite. Algunos impuestos han sido reservados a la administración provincial y municipal, pero en muchos casos los administra el poder central. El Estado central contribuye a las rentas locales, y, para esta contribución, se toman en cuenta las necesidades de cada localidad.

En los Estados Unidos se han sugerido varias soluciones. Clarence Heer, propone la creación de una Comisión compuesta de representantes del Estado federal y de los Estados, con el fin de formular un plan de coordinación. La Comisión tendría el encargo de estudiar las necesidades fundamentales de la Administración Federal, de los Estados y de los cuerpos locales, atendiendo a su importancia para el conjunto del país. Sobre la base de este estudio, formularía un plan maestro de tributación federal, estadual y local, eligiendo la forma de recaudación más racional, económica y equitativa. De conformidad con este plan,

se someterían proyectos de leyes en el Congreso Federal y en las Legislaturas de los Estados.

La coordinación de los sistemas tributarios es una tarea urgente en nuestros países americanos y, por supuesto, en Venezuela. En todos nuestros países sería oportuno someter a nuevo examen toda la cuestión de los servicios públicos de las varias administraciones y de su financiación, con el fin de conseguir una coordinación completa, y de alcanzar en los servicios públicos el mínimo costo y la mayor eficiencia. En todos los países que formaron parte del Imperio Español, no hay duda de que los cabildos fueron la institución más interesante, aun cuando hay muchos que, como el argentino A. García, afirman que tales cabildos no fueron sino una triste parodia de los cabildos españoles disueltos por Carlos V, después de Villalar. Sin insistir mucho en el pasado, no hay duda de que pueden jugar un importante papel en nuestra organización política del porvenir. Para que el municipio viva es imprescindible asegurarle las rentas adecuadas. Hay que determinar el minimum de servicios que cada municipio debe rendir a la comunidad y asegurarle los medios de financiarlos. Las demás unidades de nuestra organización administrativa también merecen cuidadoso estudio, con el fin de asegurar a la colectividad nacional los servicios más eficientes y menos costosos.

Alberto Adriani,
Caracas, febrero 1936



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-097-1

Depósito Legal

DC2022000486

Caracas, Venezuela, Junio de 2022

La presente edición de
LABOR VENEZOLANISTA
fue realizada
en Caracas
durante el mes
de junio de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Labor venezolanista Alberto Adriani puso todo su esfuerzo y entusiasmo en impulsar los cambios que necesitaba el país, entendió —a diferencia de algunos de sus contemporáneos—, la urgente necesidad de modernizar la administración, la distribución de la riqueza y la necesidad de aumentar la producción nacional. El propio Arturo Uslar Pietri —compilador junto con Diego Nucete Sardi del conjunto de textos que forman este libro— señala que fue visto con desdén por los burócratas del momento cuando lo nombraron ministro de Hacienda. Pocos notaron la insistencia de este hombre que desde muy joven pareció entender el papel fundamental que jugaría a la muerte de Juan Vicente Gómez. Sus ensayos están escritos con la finalidad de advertir, señalar y prevenir los cambios necesarios que debían realizarse, al tiempo que advierte acerca del costo que se pagaría en caso de no hacerlo. Reunidos en seis capítulos, los ensayos de Adriani reflexionan sobre los procesos de inmigración en Venezuela, la economía cafetalera, la política monetaria y la economía en general. La edición que aquí se presenta, la sexta, conserva los prólogos de las anteriores y recoge parte de las cartas y otros documentos con que el libro se ha nutriendo a través de los años.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

